

Una celebración
de la comunidad
hispana

Sopa
de Pollo
para el
alma

Latina

Jack Canfield
Mark Victor Hansen
Susan Sánchez-Casal

AGUILAR

**SOPA DE POLLO
PARA EL ALMA
LATINA**

Una celebración de la comunidad latina

**Jack Canfield Mark
Víctor Hansen Susan
Sánchez-Casal**

AGUI LAR

AGUI LAR

Título original: *Chicken Soup for the Latino Soul* ©Jack Canfield, Mark Victor Hansen, Susan Sánchez-Casal. *Sopa de pollo para el alma latina. Una celebración de la comunidad latina.* Published by agreement with Health Communications, Inc. 3201 S.W. 15th Street, Deerfield Beach, FL, 33442

Primera edición en español: febrero de 2008

© De esta edición:
2007, Santillana USA Publishing Company, Inc.
2105NW86th Avenue
Doral, FL 33122
(305) 591-9522
www.alfaguara.net

Traductor: Rubén Heredia
Adaptación de cubierta: Antonio Ruano Gómez
Formación de interiores: La Buena Estrella Ediciones, S.A. de C.V.

ISBN-10: 1-59820-967-1 ISBN-13:
978-1-59820-967-9

Agradecemos a las personas y casas editoriales que nos permitieron reproducir el siguiente material. (Nota: Esta lista no incluye los relatos anónimos, los del dominio público o los escritos por Jack Canfield, Mark Victor Hansen, Susan Sánchez-Casal.)

Avenida Universidad. Reproducido con permiso de Arte Público Press y Pat Mora. ©1985 Pat Mora.

Enchiladas: ¡Una metáfora de la vida! Reproducido con permiso de Elizabeth Renee Fajardo. ©2003 Elizabeth Renee Fajardo.

La curación. Reproducido con permiso de Dahlma C. Llanos. ©1999 Dahlma C. Llanos.

¿Qué ocurre con los papas y los emparedados de chuleta de cerdo? Reproducido con permiso de Angela Christina Cervantes. ©2003 Angela Christina Cervantes.

(Continúa en la página 377.)

Todos los derechos reservados. Impreso en Estados Unidos de América. Ninguna parte de esta publicación se puede reproducir, almacenar en un sistema de recuperación o transmitir en cualquier forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otra manera, sin el permiso escrito del editor.

**Este libro está dedicado con amor y respeto a
los más de 40 millones de latinos y latinas en
los Estados Unidos. ¡Pa'lante, siempre!**

Ín di ce

Agradecimientos	13
Introducción.....	17
Comparte tu historia	21

1. NUESTRO PASADO PRESENTE

Avenida Universidad <i>Pat Mora</i>	25
Enchiladas: ¡Una metáfora de la vida! <i>Elizabeth Renee Fajardo</i> . .	26
La curación <i>Dahlma C. Llanos</i>	30
¿Qué ocurre con los papas y los emparedados de chuleta de cerdo? <i>Angela Christina Cervantes</i>	34
La bendición <i>Aurelio Deane Font</i>	39
Donde los rosarios vuelan con el viento <i>María Ercilla</i>	43
La máquina pastelera de Titi Flori <i>Joe Colón</i>	45
Lecciones de salsa <i>María Luisa Salcines</i>	50
La mejor lección de papá <i>Olga Valle-Herr</i>	53
La receta de mi abuela <i>Jacqueline Méndez</i>	57
Abolengo <i>Marie Delgado Travis</i>	59

2. EL AMOR DE LA FAMILIA

Mi mamá no sabe leer <i>Charles A. Mariano</i>	65
--	----

Hoy me gradúo en Barkely Regina Ramos	69
Hermanos Randy Cordova	73
La promesa Antonio Farias	77

El niño bendito de la abuela <i>Sylvia M. DeSantis</i>	82
El oso <i>filmara Cline</i>	86
Más allá de la cripta <i>Tahaira Lawrence</i>	90
Papá, la estrella de rock de los tamaleros <i>Kathy Cano Murillo</i> . . .	93
En la sangre <i>Pat Mora</i>	98
Nuestra maravillosa tragedia <i>Carlos R Bermúdez</i>	99
Tita <i>Cindy Lou Jordán</i>	102
Ostiones y zarzuelas <i>María Ercilla</i>	105
El baile de la cocina cubana <i>Johnny Díaz</i>	107
Los zapatos de mamá <i>Irma TAndrade</i>	112

3. LECCIONES QUE DA LA VIDA

Cosas que aprendí de mi madre <i>Sylvia Rosa-Casanova</i>	117
Aprender a volar <i>Steve Peralta</i>	122
Cada primer viernes <i>Alejandro Díaz</i>	124
El capítulo final de Isabel <i>Linda M. González</i>	127
Aprender a apreciar a papi <i>María Luisa Salcines</i>	133
Nada como un pez <i>Melissa Annette Santiago</i>	136
¡Oiga, señor! <i>Rogelio R Gómez</i>	140
Un puente hacia la libertad <i>Jacqueline Méndez</i>	143
El Día de Sadie Hawkins <i>C. M. %apata</i>	146
El anillo <i>Esther Bonilla Read</i>	150
Lecciones que me enseñó mi madre <i>Marta A. Oppenheimer</i>	152
Esperanza, tu nombre es Lina <i>Elizabeth García</i>	155
Mi Alma <i>HeatherJ. Ktrk</i>	158
Sobre la enseñanza <i>Salvador González Padilla</i>	161

4. LA IDENTIDAD LATINA

Del jaloneo al baile <i>Juan Blea</i>	167
¿No soy mexicano? <i>Rubén Navarrete, Jr.</i>	171
Hambre <i>Misa Mariano</i>	176
Mi trasero (todos los lugares incorrectos) <i>Michele Cario</i>	181
La lección más dura <i>Caroline C. Sánchez</i>	186
El poder de nuestra historia familiar <i>Cynthia LealMassey</i>	190
Educar a nuestra familia sobre la mezcla de culturas <i>Liza M. Rodríguez</i>	195
Hija de América <i>Aurora Levins Morales</i>	198

5. LOS DESAFÍOS

Huevos, 1930 <i>Aurora Levins Morales</i>	203
La clínica <i>Dhalma Llanos Figueroa</i>	207
En mi salón de clases <i>Anjela Villarreal Ratliff</i>	211

El amor de una madre <i>Johnny K Ortez, Jr.</i>	216
Siempre te recordaré <i>Norma Oquendo</i>	220
Vagar por el sueño de un chico <i>María Luisa Salcines</i>	222
El poder de brillar <i>Deborah Rosado Show</i>	225
Transformar la tragedia <i>Maya Álvarez-Galván</i>	230
El tren de Navidad <i>Bárbara Gutiérrez</i>	234
Amor en las sombras <i>Mary Helen Ponce</i>	238
Un regalo de Jehová <i>Melody Delgado Lorbeer</i>	244

6. NUESTRAS LENGUAS

La i larga, la e muda <i>Rick Rivera</i>	249
Hogar, dulce caldo de pollo <i>Alvaro Garduño</i>	253
Chuleta <i>Michelle Capriotti</i>	256
Limpiar galletas <i>Colin Mortensen-Sánchez</i>	258
Los huracanes <i>Xiomara J. Pages</i>	261
Una lección más importante que las matemáticas <i>Ellen G. Batí</i>	263
El canal equivocado <i>Roberto G. Fernández</i>	268

7. HÉROES VERDADEROS

La brava <i>Robert Suárez</i>	273
Abuelita, abuelita... <i>Lauren Pérez</i>	278
¡No lo hagas, Willy! <i>Susan Sánchez-Casal</i>	283
Vivir el sueño <i>Carlos R. Bermúdez</i>	289
Historia de un héroe <i>Ménica García-Sáenz</i>	293

Amador <i>María Luisa Alaniz</i>	297
Policía por destino <i>Rubén Navarrete, Sr.</i>	300
Mi abuela puertorriqueña <i>Patricia L Herlevi Balquin</i>	304
Patricio Flores <i>Ménica González</i>	306
"Soy curandera" <i>JVancy Harless</i>	311
Frente a frente con mi héroe de la infancia <i>Carlos R Bermudez</i> .	316

8. LO ESPIRITUAL Y LO SOBRENATURAL

Flores de lavanda <i>Caroline C. Sánchez</i>	323
Vengo del mar <i>Susan Sánchez-Casal</i>	327
Feliz Navidad <i>Adriana Rosales</i>	330
En mi altar <i>Suzanne LaFetra</i>	333
La mariposa blanca <i>Jennifer Ramon-Dover</i>	336
La magia de mi abuela <i>Michelle Capriotti</i>	340
Yo y don Paco <i>Marie Delgado Travis</i>	343
Oraciones, papas y un tornado <i>Margarita B. Velez</i>	347
La fe de un ángel <i>Cristina Cornejo</i>	351
Alimentar el alma <i>Chela González</i>	355
¿Más sopa de pollo?	357
Ayudar a los demás	358
¿Quién es Jack Canfield?	359
¿Quién es Mark Víctor Hansen?	361
¿Quién es Susan Sánchez-Casal?	363
Colaboradores	365
Permisos (continuación)	377

Agradecimientos

Queremos expresar nuestra más profunda gratitud a las siguientes personas que ayudaron a la realización de este libro:

A nuestras familias, ¡quienes han sido sopa de pollo para nuestra alma!

A la familia de Jack: Inga, Travis, Riley, Christopher, Oran y Kyle por todo su amor y apoyo.

A la familia de Mark: Patty, Elisabeth y Melanie por todo su apoyo y por ayudarnos con amor a crear otro libro.

A la familia de Susan: Craig, Ryan, Colin, Max Fernando y Jessica por su amor, cariño y apoyo constante.

A nuestro editor Peter Vegso por su visión y compromiso para traer al mundo *Sopa de pollo para el alma*.

A Patty Aubery y Russ Kalmaski por ayudarnos en esta empresa con su amor, risas e infinita creatividad.

A D'ette Corona por su entusiasmo, su trabajo dedicado y su apoyo constante y orientación al ayudarnos a producir este libro.

A Barbara Lomonaco por su generosidad, su pericia en la evaluación de los relatos y su apoyo general.

A Patty Hansen por su conocimiento profundo y profesional de los aspectos legales sobre permisos en los libros de *Sopa de pollo para el alma*. ¡Eres magnífica!

A Laurie Hartman por ser una guardiana preciosa de la marca *Sopa de pollo*.

A Robert Berardi por crear historietas inteligentes y creativas para el libro.

A Kim Kirberger por su apoyo y aliento, fundamentales durante la gestación de esta obra y por ayudar a Susan a hacer despegar el proyecto. Gracias por regalarnos tu generosidad.

A Colin Mortensen Sánchez por abrir la puerta a la coautoría de Susan en *Sopa de pollo para el alma latina*, por sus consejos permanentes y creativos, y por infundir inspiración y confianza en el proyecto a lo largo de los cuatro años de su producción. Y por su amor.

Un agradecimiento muy especial a Marilú Travis por las interminables horas en que nos ayudó de manera voluntaria a solicitar historias e investigar dónde contactar a los autores, por su actitud afectuosa y positiva, y por su solidaridad y apoyo diarios. Has impreso en este libro tu generosidad, lo cual agradeceremos por siempre.

A Craig Kollegger por crear y mantener la página *Latín Soul* en internet y por las incontables horas de apoyo técnico, logístico y las muestras de afecto que nos brindó. Y por preparar la cena y recoger los trastos mientras su esposa trabajaba en *Sopa de pollo para el alma latina*.

A Michael Sánchez por su diligente apoyo al producir decenas de relatos para el libro. A Michele Sánchez por su amor y alegría, y por ayudar a cuidar a los hijos de Susan durante los cuatro años de producción del libro.

A Ryan Mortensen-Sánchez y Amie Macdonald por apoyar, desde el principio, la visión de Susan para desarrollar el proyecto.

A Verónica Romero, Teresa Esparza, Robin Yerian, Jesse Ian-niello, Lauren Edelstein, Jody Emme, Debbie Lefever, Michele Adams, Dee Dee Romanello, Shanna Vieyra, Lisa Williams, Gina Romanello, Brittany Shaw, Dena Jacobson, Tanya Jones y Mary McKay, quienes brindaron su amor y habilidades a los proyectos de Jack y Mark.

A Sandra Bark por editar nuestro manual de estilo. Gracias por la eficiencia de su trabajo.

Una mención especial para Elisabeth Rinaldi por su magnífica edición del original y para Brett Witter, Allison Janse y Kathy Grant —el equipo editorial de Health Communications, Inc.— por su devoción a la excelencia.

A Terry Burke, Lori Golden, Kelly Maragni, Tbm Galvin, Sean Geary, Patricia McConell, Adriana Daner, Kim Weiss, Paola Fernandez-Rana y los departamentos de ventas, mercadeo y relaciones públicas de Health Communications Inc. por su increíble labor de apoyo a nuestros libros.

A Tbm Sand, Claude Choquette y Luc Jutras quienes año tras año logran que nuestros libros se traduzcan a 36 idiomas en todo el mundo.

Al departamento de diseño gráfico de Health Communications Inc. por su talento, creatividad e inexorable paciencia al producir las portadas e ilustraciones que captan la esencia de *Sopa de pollo*: Larissa Hise Henoch,

Lawna Patterson Oldfield, Andrea Perrine Brower, Anthony Clausi, Kevin Stawieray y Dawn Vbn Strolley Grove.

A todos los coautores de *Sopa de pollo para el alma*, quienes nos hacen sentir orgullosos y felices de pertenecer a la familia *Sopa de pollo*.

A nuestro experimentado panel de lectores por ayudarnos a realizar las selecciones finales y ofrecernos sugerencias invaluables para mejorar el libro: Marie Delgado Travis, Caroline Sánchez, Michele Capriotti, Elizabeth García, Al Carlos Hernández, Cristina Cornejo, Antonio Farias, Arme A. Macdonald, Darwin Ortiz, Heather Kirk, Irene Morales Del Valle, Jim Ridgell, Jody Feagan, John Laguna, Kathy Cano Murillo, Leticia Gómez, Ai-leen Colón, Liz Fortini, Lupe Ruiz Flores, María López-Bernstein, Martha David Laguna, Norma Oquendo, Jack Himmelblau, Jessica L. Corn, Verónica Bucio, Julio Vázquez y Janie Torres.

Aquellos cuyos nombres hemos omitido sin querer, por favor acepten nuestras disculpas y nuestra sincera gratitud por su contribución a esta obra.

Todos aquellos que con la mejor voluntad nos enviaron sus relatos, poemas y citas para su posible inclusión en este libro, reciban nuestro profundo agradecimiento y saludos afectuosos. Aunque no nos fue posible incluir todo lo que nos enviaron, apreciamos profundamente las historias que compartieron con nosotros así como el apoyo e interés que han mostrado por *Sopa de pollo para el alma latina*.

Y, sobre todo, nuestro más cálido agradecimiento a los talentosos autores cuyos relatos han dado vida a este libro y cuyas experiencias y aportaciones nos alientan a vivir cada día con valor, solidaridad, sentido del humor y amor.

Introducción

Para mí, es un honor ser coautora de *Sopa de pollo para el alma latina* y espero hacer una contribución significativa a las comunidades latinas de toda la nación. He trabajado en este libro durante cuatro años y cuidado cada texto que aparece incluido aquí. Ha sido un placer trabajar con un grupo muy diverso de autores latinos cuyo talento y espíritu me han inspirado a lo largo de todo el proceso, y cuyos relatos constituyen el corazón y el alma de esta obra.

Aunque cualquier lector de esta serie se sentirá atraído por las poderosas historias que se narran en estas páginas, el libro tendrá un significado especial para los latinos y latinas, quienes encontrarán historias que reflejan con gran fidelidad muchos de los retos que enfrentamos, las alegrías que compartimos, los obstáculos que libramos, la sabiduría de nuestros ancianos, la risa que nos une, las pérdidas que superamos, las lecciones que aprendemos, las personas que mantienen unidas a nuestras familias y la fe, esperanza y relaciones que nos mantienen cuerdos y en continuo avance.

Mi meta al escribir, compilar y editar relatos y poemas para *Sopa de pollo para el alma latina* fue entregar a los lectores un libro que presentara temas humanos universales pero vistos desde la perspectiva de los latinos. Las experiencias narradas en esta co-

lección incluyen la historia de inmigrantes latinos cuyos sacrificios y tesón han contribuido de manera decisiva al crecimiento y la prosperidad de esta nación y que han preparado el camino para las nuevas generaciones de latinos en los Estados Unidos; el sentido de conexión con nuestros países de origen o el anhelo de esa conexión; la complejidad de la identidad latina; la búsqueda de una conexión espiritual con nuestros seres queridos que ya han fallecido y la importancia de cuidar a los moribundos así como de recordar y celebrar a los muertos; los retos y las ventajas de ser bilingües, la lucha por preservar la lengua española en condiciones adversas y las consecuencias, a menudo cómicas, de vivir dos idiomas (Espanglish); la inspiración que se obtiene de las tradiciones culturales y creencias espirituales de los latinos; la fe de los latinos en el poder de la comunidad; el lugar tan fundamental que ocupa la familia en nuestras culturas así como la fiera lealtad de los niños hacia sus padres, abuelos y hermanos; la importancia tan vital que las madres y las abuelitas tienen en nuestra crianza y en la enseñanza de las lecciones de la vida; el valor supremo de la comida en nuestras culturas y la manera en que los latinos amamos, aprendemos y fortalecemos nuestros lazos culturales en la cocina; la creencia en lo sobrenatural y las historias de sucesos inexplicables y poderes mágicos que suelen estar asociadas a relatos de fe, de curaciones milagrosas, de tradiciones indígenas y africanas, y de renovación espiritual.

Ha sido un enorme placer recibir tantas y tantas manifestaciones de amor y apoyo por parte de latinos y latinas de todo Estados Unidos, quienes me han conferido muestras de agradecimiento por hacer esta contribución a sus comunidades. Pero soy yo quien desea agradecer a cada una de las personas que se ha puesto en contacto conmigo. Gracias de todo corazón por sus palabras de afecto y solidaridad constante, por darme la inspiración y confianza para seguir adelante. Gracias por haber esperado con paciencia el lanzamiento de este libro.

Me siento muy emocionada de presentar esta colección de apasionantes historias para celebrar a la comunidad latina. Espero que *Sopa de pollo para el alma latina* nos dé a todos una oportunidad de honrar la diversidad, dignidad y belleza de la vida de los latinos en Estados Unidos. ¡Que lo disfruten!

Susan Sánchez-Casal

Comparte tu historia

Te invitamos a que nos envíes relatos que te gustaría ver publicados en futuras ediciones de *Sopa de pollo para el alma*.

También nos encantaría conocer tus opiniones acerca de las historias de este libro. Haznos saber cuáles son tus historias favoritas y cómo influyeron en ti.

Por favor envía tus colaboraciones a:

Chicken Soup for the Soul

Apdo. Postal 30880 Santa

Bárbara, CA 93130 Fax:

805-536-2945

También puedes visitar la página de *Sopa de pollo para el alma* en:

www.chickensoup.com

Esperamos que disfrutes leer este libro tanto como nosotros disfrutamos al compilarlo, editarlo y escribirlo.

NUESTRO PASADO PRESENTE

Ser latina es conocer la profundidad, el poder y la belleza de mi cultura. Es celebrar a mis antepasados y, al mismo tiempo, vivir en el presente. Ser latina es estar centrada, cimentada, fortalecida y bendecida. Ser latina es entender lo divino en mí, lo eterno en mí y la esencia única de mi alma. Ser latina es decir: "Sí se puede" e "¿Ypor qué no}" Ser latina es reconocer la gracia y moverse hacia delante con compromiso. Ser latina... ser latina... ser latina... ser latina es mi alegría, mi don más precioso.

Denise Chávez

Avenida Universidad

Somos los primeros de nuestra gente
en recorrer este camino.
Avanzamos con cautela,
extraños a los sonidos,
somos guías para quienes nos siguen.
Nuestra gente nos preparó
con los dones de la tierra,
el fuego, las hierbas y la canción.

La yerbabuena nos tranquiliza por la mañana, los ritmos
resuenan en nuestra sangre, los abrazos permanecen en
nuestro cuerpo, los cuentos nos susurran lecciones en
español.

No viajamos solos.
Nuestra gente arde muy adentro de nosotros.

Pat Mora

Enchiladas: ¡Una metáfora de la vida!

El amor entra por la cocina.

Proverbio latino

Mi familia es de Colorado. Durante mi primer año en el colegio universitario hice una visita a mi casa para una celebración familiar: las bodas de oro de mis abuelos. Todo el clan Fajardo estaba ocupado en los preparativos de la fiesta esperada. Y mientras yo ayudaba a preparar lo que parecía un millón de enchiladas, me puse junto a la barra de la cocina mientras observaba a Lucía, mi tía abuela.

Era una mujer hermosa, y para esas fechas tenía cerca de 70 años de edad. La más joven de ocho hermanos (nacida una década después de mi abuela), solía adoptar el papel de cocinera principal en todas las celebraciones familiares. Según ella, hacía esto porque pensaba que, al ser más joven, resistía más que los demás. Yo sospecho que lo hacía más bien porque podía enrollar enchiladas más rápido que cualquier otro ser humano vivo.

Tenía ese don de Dios. Yo la admiraba muchísimo y siempre me asombraba su dedicación por cada detalle* de nuestras fiestas: se encargaba desde hacer el pan y preparar los tamales con varios días de anticipación hasta guisar; unos chiles verdes en verdad exquisitos y preparar una salsa para enchiladas que aún hoy me hace llorar de alegría.

Aquel fue el primer día de mi vida en que de verdad la observé con atención. Ella siempre estaba tan ocupada en la organización de los últimos detalles o la preparación de la comida que nunca tenía tiempo para hablar sobre ella misma. Me intrigaba el exilio que se había impuesto en la estufa de la cocina, y pensé que mi tía había cocinado para nosotros toda la vida. No tenía nietos. Sus tres hijos habían muerto en forma trágica y la única hija que le quedaba no tenía hijos. Aunque sabía en mi corazón que esto debió haber sido una terrible pena para ella, nunca la oí quejarse. Nunca la oí mencionar las dificultades que había enfrentado cuando era niña. Tampoco la había escuchado hablar de la humillación que debió soportar por pertenecer a una familia chicana pobre. Supe por otros parientes que mis abuelos y demás personas mayores de mi familia habían pasado por muchas desventuras y dolor.

Me armé de valor, la miré durante un largo rato y entonces le pregunté acerca de su vida. Recuerdo que tartamudeé mientras le preguntaba cómo es que ella siempre parecía tan feliz pese a haber sufrido tantas pérdidas. Creo que incluso le dije que la mayoría de las personas no habrían sido capaces de seguir adelante tras haber perdido tantos hijos.

Lo que me respondió aquel día cambió toda mi visión de la vida. Me miró y sonrió mientras se secaba las manos en el delantal.

"M'ija," dijo suavemente, "para mí la vida es como hacer enchiladas".

Yo eché a reír al oírla decir esto, pero ella prosiguió:

Mira, lo primero es la tortilla de maíz; ése es el cimiento de la enchilada, como la familia. Luego sumerges la tortilla en acate caliente; eso hace que la tortilla se vuelva suave y fácil de doblar. Me gusta pensar que el aceite es algo sagrado; es un ungüento de la familia que contiene todo lo precioso de la vida. Es parecido a ir a la iglesia y que te unjan ta frente con los santos óleos. Así se bendice a la familia.

A continuación rellenas la tortilla de queso y cebolla. El queso es dulce y rico, y está hecho con la leche de la vida. Simboliza la alegría y la riqueza de este mundo. Pero ¿cómo puedes apreciar el queso sin la cebolla? Quizá la cebolla nos haga llorar, pero también nos hace saber por qué el queso es tan suave. El queso es suave porque tiene una contraparte, el equilibrio de la alegría... la tristeza no es siempre mala. Es parte de aprender a apreciar esta vida. Después cubres las enchiladas con la saba más deliciosa del mundo —una salsa de color tan rojo y rico que me recuerda la sangre de

Cristo, un sacrificio por amor—. Aún hoy se me hace agua la boca cuando huelo la salsa para enchiladas que se cuece en la estufa.

El ingrediente más importante de la salsa es el agua. El agua es la fuente vital de todo lo que conocemos y somos. Alimenta los nos que desembocan en los grandes océanos. Cae desde los cielos y nutre la fértil tierra para que crezcan los granos, los pastos, las flores y los árboles. Nos tranquiliza cuando la oímos caer por los riscos de las montañas. Calma nuestra sed y baña nuestro cuerpo cansado. Cuando nacemos, se nos bautiza con agua, y todo el tiempo que pasamos en esta Tierra está entrelazado con el agua. El agua es el espíritu de la salsa.

La salsa para enchiladas también contiene ajo, sal, chile en polvo y aceite. Estos ingredientes son lo que dan sazón y gusto a la vida —y a la salsa—. Hacer la salsa es como hacer tu propia vida: tú puedes elegir la combinación de ingredientes y decidir qué tan picante y salada quieres que sea.

Cuando juntas todo, obtienes la enchilada terminada. Debes mirar tus enchiladas y sentirte satisfecha con ellas; después de todo, eres tú quien va

a comerlas. ¡Vb tiene sentido pensar los quizás; hay alegrías y penas, risas y lágrimas. Cada enchilada es una historia en sí misma. Cada vez que sumerjo, relleno, enrolló y me sirvo una enchilada, pienso en alguna parte de mi vida que se ha ido u otra parte que aún no llega. M'ija, ¡tú tienes que servirte muchas enchiladas en esta vida! Haz que esas experiencias sean buenas, y te convertirás en una viejita como yo.

No podía creerlo. Mi tía, quien jamás había pronunciado más de dos palabras sobre su filosofía de la vida, me acababa de explicar el Universo. Me limpié las manos en el delantal y empecé a reír. "Gracias", le dije entre lágrimas y risas. "¡Nunca olvidaré lo que me acabas de decir!" Y así ha sido.

**Renee
Fajardo**

La curación

Cada mal tiene su cura.

Proverbio latino

Ocurrió a cientos de millas de aquí, en el vestíbulo de la casa de mi abuela. Yo fui ahí para recuperarme de la cirugía que me había robado el útero, los ovarios y tantos años de batallas mensuales con mi cuerpo que ya lo veía más como un adversario que como parte de mi ser. Había leído todo acerca de la depresión, los cambios de estado de ánimo y la disminución de la libido que sufriría, pero nadie mencionó la aridez emocional que me invadió y me dejó desamparada. Hice lo que siempre he hecho cuando me siento perdida: irme a casa para ser curada por el sol, el mar y las manos de mi abuela.

Me vi en el avión y después en los brazos de mi abuela que me tomaban y dejaban que reposara mi cabeza y mi pobre cora-

zón. El primer día, guardó las pildoras y prescripciones en mi maleta. Llamó a sus amigas Yeya —su vecina de enfrente—, Cecilia —quien vivía en lo alto de la colina— y Aurelia —de la botica—. Ellas intercambiaron opiniones y juntas decidieron cuáles serían mis nuevos remedios. Todos los días, mi abuela iba a su jardín y recolectaba hierbas. Luego comenzaba todo —los interminables baños en lengua de perro, para reducir la hinchazón y calmar los nervios, galones de té de jengibre para calmar el vómito, higuera para combatir la infección y flor de virgen para aliviar la tristeza.

Pero la parte más importante de mi recuperación no tuvo que ver con las hierbas. El remedio más importante resultó ser la comunidad. "No me importa lo que digan los doctorcitos. Esta chica vive sola allá en el frío... no me extraña que se haya enfermado. Necesita calor por dentro y por fuera". Y todas las señoras estuvieron de acuerdo.

Colocaron un catre para mí en el vestíbulo, y todos los días, mientras mi abuela realizaba sus quehaceres, sus peliblancas amigas llegaban renqueantes desde la colina y el otro lado del camino.

Cuando terminaban de lavar los trastos del desayuno, se trenzaban el cabello, se ponían sus aretes de oro y venían a sentarse conmigo. Traían consigo sus ungüentos secretos calentados por el sol y los aplicaban por todo mi cuerpo. Mientras yo estaba ahí, acostada y demasiado adolorida para fijarme, me entregaba por completo a sus manos —manos arrugadas que extrañaban cargar a bebés y consolar a infantes—. Me llevaban su amor en los pliegues de aquellas arrugas y lo untaban en mi cuerpo. Y mientras sus manos trabajaban, me entregaban el regalo de las historias que vivían bajo sus uñas, entre sus dedos y en sus cabellos. Me hablaban de su vida y de la vida de otros, de todo el pueblo. Compartían conmigo sus sueños y decepciones. Celebraban sus alegrías y susurraban sus fracasos.

Yo las miraba con su delantal flojo y sus pies cuarteados en pantuflas para hombre. Veía su boca y escuchaba cómo surgían las palabras de entre dientes desalineados o encías inflamadas. Los días se convirtieron en semanas y yo aún las escuchaba. Ellas llenaron mis días y mi vacío con la riqueza de su vida. Mi abuela les contó que yo había empezado a anotar sus relatos, y ellas, cubriéndose la boca con las manos, sonrieron y me trajeron más, confiadas de que haría buen uso de ellos. Los trajeron en sus bolsillos, sus tazas de té, sus álbumes fotográficos, sus alhajeros. Los trajeron en medallones, marcos rotos y periódicos amarillentos. Deben haber hurgado en el fondo de sus cajones, debajo de su cama, por entre sus vestidos viejos y atrás de su guardarropa. Me trajeron enormes biblias cosidas con piel, amarillentas togas bautismales y flores aplanadas. Me trajeron fragmentos de su vida para que les fabricase un edredón de palabras. Cuando el mundo se movía demasiado rápido para ellas, me pedían que detuviese el tiempo.

Se necesitó de una comunidad para sanarme, una comunidad de ancianas que me entregaban las diversas etapas de su vida. Y ahora que aquellas señoras se han ido hace tanto tiempo, todo lo que queda de su mundo son sus historias. Ellas me contaron historias que nunca había oído e historias que cada una conocía a la perfección. Mientras hablaban, se transformaban de repente en un grupo de niñas que jugaban en el arroyo, en mujeres jóvenes que enviaban a sus hombres a la guerra, en madres que entregaban en matrimonio a sus ya no tan pequeñas hijas, en ancianas sentadas ante el féretro de sus esposos y que se preguntaban qué les depararían los áridos días por venir. Sus narraciones me hicieron descubrir que yo, al igual que ellas, viviría mi vida en etapas, y que ésta era sólo una de tantas. Sus relatos eran regalos de su corazón, remedios que me ayudaron a reconocer mi propia humanidad en la suya, me dieron fuerza y restauraron mi mente y mi corazón.

La fuerza y la esperanza que escuché en las historias de estas ancianitas me inspiraron para ser escritora. Así podría compartir su vida y sabiduría con otros cuando ellas ya no estuviesen aquí. Siempre les agradeceré esto.

Dahlma *Llanos*
Figueroa

¿Qué ocurre con los papas y los emparedados de chuleta de cerdo?

Dime con quién andas y te diré quién eres.

Proverbio latino

El señor Delgado unta mayonesa en dos rebanadas de pan blanco. Revisa su chuleta de cerdo que sisea en la sartén y se frota las manos como si fuese un mosquito de la fruta que detecta un durazno muy maduro. Su hija Elizabeth y yo nos sentamos a la mesa de su cocina y lo miramos rebanar una cebolla y tararear una canción de amor a su trozo de carne. Lo hemos visto preparar emparedados de chuleta de cerdo durante los últimos veinticinco años. Siempre canturrea "Sólo tú", un corrido mexicano que haría llorar hasta al macho más macho con su tequila. Pero el señor Delgado ríe de oreja a oreja ante la apariencia crujiente y dorada que ha tomado la carne.

Cuando la chuleta esté "más morena que yo", como le gusta decir, la colocará con cuidado dentro del pan que ha aderezado con mayonesa, una hoja de lechuga, una rebanada de cebolla y mmmmmmmmm, el emparedado .está listo. El señor delgado se sienta con nosotras y sonrío. Siempre sonrío.

"El Cielo", dice él entre mordidas y párpados cerrados. "Esto es todo lo que necesito", dice, y me guiña un ojo.

"Mi familia, buenos amigos como tu padre, m'ija, y un buen trabajo que me permita tener emparedados de chuleta de cerdo cuando yo quiera".

El cielo.

Antes de que Elizabeth y yo pudiésemos escapar de la mesa, el señor Delgado nos contó, por centésima vez, cómo había conocido a mi papá en la década de los 70, cuando los "mexicano-estadounidenses eran chicanos y no hispanos confundidos", y si no hubiese sido por el omnipotente emparedado de chuleta de cerdo y una "loca marcha chicana en Califas", ellos nunca se habrían vuelto amigos tan cercanos. No me importaba escuchar esa historia una y otra vez; en verdad, creo que mejora cada vez que la cuenta el señor Delgado. Siempre agrega detalles adicionales y nunca antes revelados. Cuando oímos un fragmento nuevo o exagerado, Elizabeth y yo nos miramos y alzamos las cejas. Una vez, el señor Delgado añadió un episodio amoroso a la historia; otra, una salvaje persecución en un auto achaparrado; y otra más, una confrontación con el fantasma del Che Guevara.

La versión de mi padre siempre era la misma, y terminaba con la misma revelación orgullosa:

"Ya ves, m'ija. Yo le salvé la vida a este condenado chicano".

Los dos hombres son del mismo pueblo de Kansas, pero no se conocieron sino hasta que ambos asistieron a un mitin en defensa de los derechos civiles de los chicanos en California, allá por los años 70. En el mitin, cuando uno de los organizadores preguntó si había ahí algún chicano de Kansas, mi padre y el señor Delgado alzaron el puño.

Cuando el señor Delgado cuenta la historia, dice que mi padre no le agradaba al principio. Menciona que mi padre parecía uno de esos santurriones con cara de monaguillo que siempre quieren ayudar en algo. Mi padre tenía el pelo muy negro y bien peinado, anteojos de aro negro y pantalones holgados. Usaba una camisa de cuello blanco con un escapulario de la Virgen alrededor del cuello. El señor Delgado tenía el cabello negro, largo y ondulado. Usaba unos viejos pantalones vaqueros, huaraches y una especie de chaleco de piel sobre una camiseta manchada de salsa verde.

Después de una marcha de cuatro horas llena de discursos, canciones y cantos aztecas bajo el cálido sol de California, el señor Delgado pronto aprendió a apreciar al chico católico y santurrón que era mi padre. Hambriento, sediento y con los bolsillos vacíos —la noche anterior había gastado todo lo de su pasaje y comida en tatuajes y demasiadas cervezas—, el señor Delgado empezó a buscar a mi padre para pedirle un aventón a

Wichita. Cuando estaba a punto de abandonar la búsqueda de mi padre y pedir aventón para regresar a Kansas, mi papá lo vio y lo llamó con la mano. Mi papá sacó de una bolsita marrón dos botellas de Coca-Cola y un gran emparedado de chuleta de cerdo, y los compartió con él.

El señor Delgado dice que mi padre se volvió como su brazo derecho en el momento indicado. (Elizabeth y yo siempre nos reímos de eso.) El y mi padre volvieron de California con parches del Che Guevara, tatuajes aztecas del dios de la guerra en la espalda y, lo más importante, como compadres.

Los compadres son inseparables una vez que se juntan. Su compadrazgo se vuelve más fuerte que tu apellido y tan casual como tu nombre. Si mi padre dice: "Sí, mi compadre y yo vamos a ir a ver esa propiedad mañana", todo el mundo sabe que se refiere al señor Delgado. Los compadres y las comadres son las personas en quienes confiarías para que cuiden a tus hijos. Así de cercanos son.

Me encanta la relación que tienen estos dos hombres. Ambos se quejan de su espalda, planean las fiestas del 4 de Julio durante la misa de Navidad y refunfuñan que el sacerdote hace que se duerman. En sus días libres, se juntan en la entrada de la casa y sacuden la cabeza al ver el estado de mi Chevy Corsica. Mi padre y el señor Delgado han tratado de enseñarme a cambiar una llanta desinflada durante diez años.

"¡Cuento con ese servicio de AAA!" y agito mi tarjetón. "No necesito aprender."

Mi padre se persigna y pide a la Santísima Trinidad que me bendiga, no la AAA. Siempre perceptivo de la preocupación de mi padre, el señor Delgado se acuchilla cerca de la llanta delantera derecha de mi auto y me asegura que volverá a enseñarme en caso de que la AAA no responda a mi llamada.

"¡Odio los neumáticos! Nunca puedo sacar esas condenadas tuercas," respondo. "Si se desinfla uno, esperaré a que alguien se detenga y me ayude."

Mi padre vuelve a santiguarse en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Al siguiente día, me compra un nuevo juego de llantas de Sears.

Mi padre y el señor Delgado tienen una amistad que se basa en el desvelo por causa de los hábitos de sus hijas al conducir y del movimiento chicano.

A Elizabeth y a mí nos gusta molestar a nuestros padres sobre su pasado chicano rebelde en el que atravesaban Kansas, Colorado y California por la causa. A veces, nos juntamos todos frente al vestíbulo y hojeamos los álbumes fotográficos donde nuestros padres aparecen como dos jóvenes morenos con barba de chivo y caquis holgados. Por cada foto dicen un discurso acerca de la educación bilingüe, la vivienda digna y la resistencia a la asimilación cultural total. Elizabeth y yo contamos una vez más de veinte fotos de nuestros padres con los puños cerrados y levantados contra el cielo de Kansas —lo bastante altos y duros para que Dios los sintiese y mirara hacia abajo con asombro. "¿Acaso hay chicanos en Kansas?"

¡Sí señora! Mexicanos como mi abuelo, quien a los catorce años de edad viajó de Jalisco a Kansas para trabajar en ferrocarriles. Mexicanos como mis abuelos, quienes se quedaron aquí y criaron a una carnada de orgullosos mexicano-estadounidenses en pueblos de Kansas como Hutchinson, Garden City, Newton, Wichita y Topeka. Chicanos de Kansas como nuestros padres, quienes fueron los primeros de su familia en concluir el colegio universitario y mostraron a sus hijas libros acerca de César Chávez, Delores Huerta y Frida Kahlo. Los mismos chicanos cuyos dedos morenos, hoy sin cerrar el puño, me enseñan a revisar el aceite de mi auto y a poner aire a los neumáticos. Los dedos a quienes gusta desmenuzar un pedazo de chuleta de cerdo mientras se cocina en la cacerola. Y los mismos dedos que se persignan cuando les menciono que he pensado volver a cambiar de carrera. Hoy, nuestros padres se santiguan con esos dedos morenos y callosos, pero aún oran por sus hijas, y aún oran por la raza.

Si preguntas a mi papá cómo se hizo compadre del señor Delgado, te dirá que fue por causa del movimiento chicano. Si le preguntas lo mismo al señor Delgado, te dirá que fue por un emparedado de chuleta.

Como quiera que sea, ambos hombres tienen la razón ¡y todos estamos mejor por ello!

*Angela
Cervantes*

La bendición

En muchos hogares hispanos católicos es costumbre pedir a tus padres o abuelos una bendición cuando los ves por primera vez en el día o cuando sales de casa. En respuesta, ellos te bendecirán al decir: "¡Que el Señor te bendiga!"...

Carmen Alvarado

Yo crecí en un barrio pobre de Filadelfia y, cuando era niño, no me importaba en absoluto la costumbre de pedir la bendición a mi madre. Me parecía demasiado anticuada y algo absurda en aquellos días. Las pocas veces que se la pedí, lo hice sólo para complacerla.

Me daba vergüenza el hecho de que las madres de los chicos anglosajones nunca les decían a sus hijos que les pidiesen una bendición cuando salían de casa. Un simple "¡nos vemos después!" era más que suficiente. En aquellos días, la despedi-

da anglosajona me parecía más varonil, y yo no quería que mis amigos se burlasen de mí o que creyesen que era menos hombre que ellos.

Cuando era niño, no podía poner palabras a mis sentimientos, pero sabía que, de algún modo, el acto de pedir la bendición me hacía sentir manchado o sucio. A medida que los años pasaban, enterré el recuerdo de aquella vergüenza. La escondí en lo más profundo de mi alma, como una espina oscura y amarga que se clavaría en mi conciencia de vez en cuando.

Con el paso del tiempo, las experiencias de la vida me han dado una perspectiva diferente de las cosas. Tras la muerte de mi madre en 1978, empecé a extrañar esa hermosa costumbre puertorriqueña de pedir y recibir la bendición de mamá. La muerte de mi madre me hizo despertar, pues me sentí deshecho al percatarme súbitamente que nunca volvería a tener esa oportunidad.

Regresé a Puerto Rico en 1987 para visitar a mi abuela, doña Carmelina Eustaquia Rivera de Font. Una vez charlábamos sobre varias cosas, nada de importancia, cuando de repente comencé a sentir comezón en la nariz. Al instante, me embistió un estornudo tan fuerte, que pareció hacer temblar todo el vecindario de Santa Teresita, Santurce, donde vivía mi abuela.

En silencio, mi abuela me miró fijamente y, con una seriedad fingida, pronunció: "¡Salud!...¡Y que se muera el bicho que te hizo estornudar!"

Su respuesta me tomó por sorpresa. Yo la miré, y ambos estallamos de risa. Descubrí cuan maravilloso había sido recibir aquella demostración verbal de afecto de la madre de mi madre, y quedé conmovido por la ternura y la belleza de la relación que existe entre las madres, las abuelas y los hijos.

Cuando me llegó la hora de partir, me detuve en el corredor de la salida y dije: "Abuela ... dame tu bendición".

"¡Que Dios te bendiga, m'ijo!", respondió mi abuela.

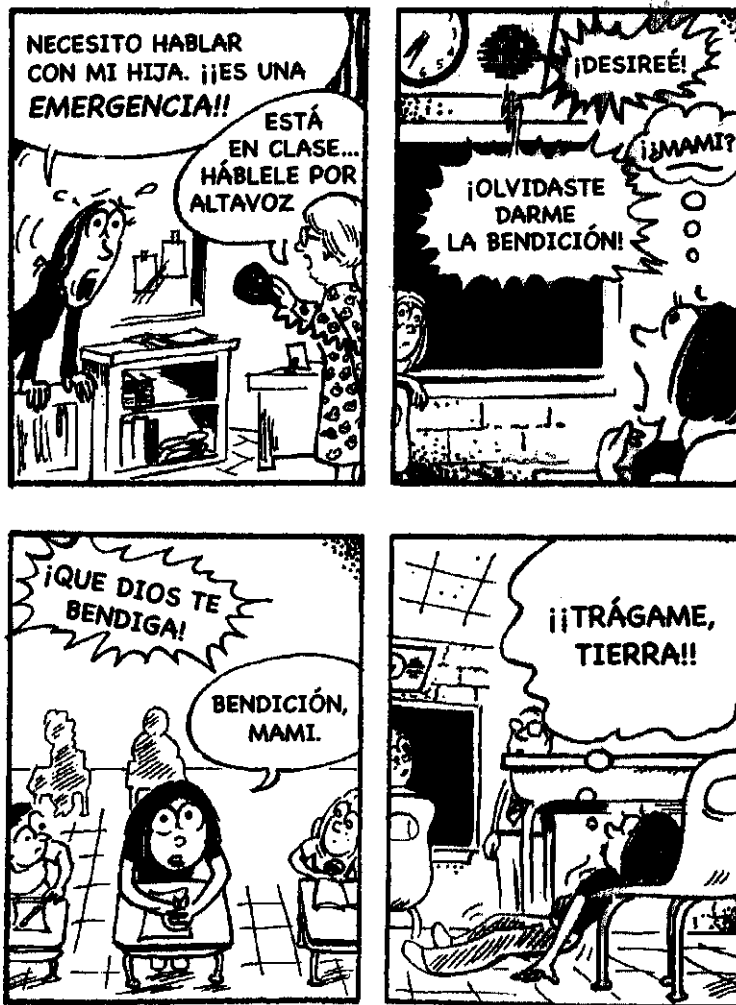
Yo di un respiro muy profundo y la espina secreta que estaba en el fondo de mi alma desapareció. Me sentí aliviado y purificado.

Mi abuela murió en 1994, pero el recuerdo de la dulce bendición que me dio aquel día aún está conmigo.

Hoy, en los momentos menos esperados, anhelo pedir y recibir la bendición de las personas mayores de mi familia. Hace unas pocas semanas, tuve una larga y amena conversación con mi tío Agapito, quien vive en Río Piedras, Puerto Rico. Hablamos sobre todo tipo de cosas, como la familia, la política y la música. Y antes de despedirnos, le dije: "Tío, dame tu bendición ..."

Aurelio Deane
Font

SIN RODEOS ®



Donde los rosarios vuelan con el viento

Yo vengo de un mundo
donde los rosarios vuelan con el viento
desde los espejos retrovisores,
y donde los hombres visitan negros senderos
y se acuchillan
como mujeres de tierra que dan a luz, y donde los crucifijos
cuelgan sobre las camas en cuartos donde los cuerpos
centellean al calor del querer,
y donde los chicos se tatúan el nombre de su madre, en el
corazón,
y donde las abuelas comulgan con los santos. Vengo de un
mundo
donde los templos nunca cierran sus puertas, y donde las
oraciones y velas se venden en vinaterías,

junto con los cigarrillos y chicles,
y donde los radios transmiten sus canciones de amor
hasta muy tarde por la noche,
mucho después de que la luna se ha ido.

María Ercilla

La máquina pastelera de Titi Flori

Donde una puerta se cierra, otra se abre.

Proverbio latino

Al haber crecido como puertorriqueño en Nueva York, recuerdo con gran cariño cuando comía pasteles durante las fiestas navideñas. El pastel es el platillo puertorriqueño por excelencia, y consiste en una tarta rectangular (según quién la haga) hecha de masa, plátanos verdes molidos, yautia o yuca y trocitos de carne de cerdo picante. Entonces, el pastel se envuelve en papel —u hoja de plátano para los tradicionalistas a ultranza— y se le cuece en agua salada.

La masa se muele a mano con un instrumento llamado guayo. Preparar la masa correctamente es la parte más difícil del platillo, pero es esencial para hacerlo bien. No intentes hablar con puertorriqueños de Nueva York sobre la manera correcta de hacer la masa, o de seguro te responderán todos en coro "¡Ayyyyy, nooooo! ¡Estás loco!" (no la hacen igual). Verás, para los puertorriqueños de Nueva York hacer la masa para pastel se ha con-

vertido en el Rubicón que divide al verdadero puertorriqueño del puertorriqueño neoyorquino. Quienes se sienten seducidos por la tecnología moderna son vistos con desconfianza por sus hermanas y hermanos de cultura pura.

Mi hija tenía tres años y aún no probaba su primer pastel cuando mis padres vinieron de Puerto Rico a visitar su viejo vecindario en Williamsburg, Brooklyn. Para celebrar la ocasión, mi cuñada decidió hacer pasteles para que mi madre pudiese enseñarnos los secretos de cómo preparar este platillo al estilo de doña Ana. Mi madre es una aclamada pastelera, y tú nunca encontrarías sus secretos aunque los buscaras en los recetarios más auténticos.

Llevé a mi hija a Williamsburg para visitar a su abuela y pasar un tiempo con la familia. La estrella de la tarde fue Titi Flori, mi cuñada, quien nos presumió su nueva máquina pastelera. Era un aparato hecho a mano, ensamblado con un poco de ingenuidad y muchas tuercas y pernos. Consistía en una caja de metal que contenía un motor y, unido a él, un disco de metal. El disco tenía la forma de un viejo LP perforado con cuatro orificios que formaban una superficie que se veía como un guayo circular. Empernada a la caja, estaba lo que parecía una olla puesta de cabeza con un hoyo en el centro y un tubo vertedor pegado a un lado. En teoría, uno tenía que colocar los plátanos en el hoyo y luego encender el motor, el cual haría rotar el guayo circular y molería los plátanos. La masa formada debía empujarse de manera uniforme para que cayese por el vertedor para acumularse en una bandeja de aluminio. ¡Y mira! Masa instantánea.

¡Todos nos maravillamos ante aquella máquina! Incluso la abuela Ana, quien al principio había mirado el aparato con desconfianza, después de probar la masa, aceptó que estaba aprobada oficialmente por el Departamento de Control de Alimentos de Puerto Rico. Parecía que al fin habíamos encontrado la combinación perfecta entre la tradición y la comodidad moderna.

La consistencia de la masa conservaba su calidad gracias al guayo circular, pero el tiempo para producirla se reducía a sólo una fracción dado el motor de alto poder. ¡Y lo mejor de todo era que tus uñas quedaban intactas! Además, la máquina estaba fabricada por el dueño de una tienda de botánica local, de modo que estaba garantizada la bendición de los espíritus orishas. Era demasiado bueno para ser cierto.

Titi Flori empezó su labor de amor, la cual sería menos ardua gracias a su maravillosa máquina. Las cosas marchaban a paso ágil y parecía que empezaríamos a doblar la masa de inmediato cuando, de repente, la máquina produjo un extraño sonido. El motor gruñó y la masa dejó de caer del vertedor. Titi apagó el aparato y, mientras se rascaba la cabeza, exclamó: "¿Qué ruido fue ese?" Recogió la masa sobrante y retiró el guayo circular. "Quizá se coló algo de masa en el motor, pero se ve limpio ..."

Los hombres dejaron de ver el fútbol americano y se turnaron para determinar qué ocurría con "la máquina ésa". "Es que necesita un tornillo aquí. Mira, se salió", dijo el tío Ralphie. "No, eso tiene que ver con el motor. Pusiste demasiados plátanos a la vez", dijo el tío Danny. "Muchacho, tú estás loco. Esa porquería no sirve. Al tipo ése de la botánica le gusta vender cuanta madre que haya", gritó el abuelo Víctor. Era un misterio que desafió a tres generaciones de expertos mecánicos autoproclamados. Ni toda la ingeniería inversa ni todo el pleito avivado por la cerveza lograron siquiera que alguien se acercara a una solución.

"Con todos estos plátanos que guayar, nos quedaremos aquí para siempre", dijo Titi Flori. "Devolveré la máquina a la tienda de botánica, pero debe ya estar cerrada." Todos empezamos a enfrentar la triste realidad de que no habría pasteles aquel día.

En medio de todo esto, la abuela Ana estuvo serena, casi como un buda. La adversidad no le era ajena —habiendo criado con éxito a cuatro hijos en una vivienda pública de la ciudad de Nueva York—, pero su calmada actitud habría sido la envidia de cualquier maestro zen. Ella tomó la mano de mi hija y, poco a poco, la llevó hasta un rincón tranquilo.

"M'ijita, te voy a demostrar cómo guayar los guineos para formar la masa," dijo a su nieta. Mi hija iba a aprender el fino arte de hacer pasteles a la antigua. ¡Gracias a Dios, ella era demasiado joven como para preocuparse por sus uñas!

"Comencemos con los diferentes tipos de plátanos y tubérculos que se usan para hacer la masa", postuló la maestra, "y luego te enseñaré a usar el guayo". Acercó el guayo a mi hija y le dijo: "Siente qué áspero es este lado".

Durante las horas que siguieron, mi madre enseñó a mi hija con todo su amor y paciencia todo sobre preparar pasteles. Conforme la lección progresaba, todas las mujeres compartieron sus historias acerca de cómo aprendieron a cocinar este gran platillo, y a medida que se requirió de la ayuda de los hombres, ellos también contaron sus historias sobre cómo las ayudaban a prepararlo. Varias horas, innumerables historias, muchas risas y muchos pasteles doblados después, el trabajo estaba hecho, y todos nos sentamos a ver Sábado Gigante. Era hora de regresar a casa con mi hija.

Hicimos nuestras rondas de adioses y bendiciones, y mientras conducía a casa, recordé lo que había ocurrido aquella tarde y sonreí. Quizá hacer pasteles deba ser una labor intensa. Tal vez ése sea el secreto. Es un trabajo sencillo, ¡y quienquiera que desee comer está invitado a guayar!

La risa, el amor y las historias son las hierbas y especias secretas de este platillo, y no se les puede vender, fabricar o crear. Lo que aprendimos aquel día fue que hacer pasteles es una oportunidad para que la familia, los amigos y los vecinos convivan en la creación de la comunidad y el amor. ¡Buen provecho!

Joe Colón

SIN RODEOS ®



Lecciones de salsa

creo y celebro nuestra típica danza caribeña. Me enorgullezco de mi herencia y llevo la riqueza de nuestra cultura a todo lo que hago.

María Torres

Cuando era niña, el sábado era el día de hacer limpieza. Como protestar no servía, mi hermano y yo caminábamos con pereza y de mala gana a la cocina, donde mi madre nos decía qué teníamos que hacer.

Mi madre hacía las labores pesadas de limpieza y, por lo regular, nosotros hacíamos las sencillas. Yo sacudía el polvo de todos los muebles y tendía las camas. Mi hermano aspiraba los pisos y tiraba la basura.'

Justo antes de empezar, mi madre, quien siempre ha tenido el talento de hacer divertida hasta la labor más mundana, encendía la grabadora. No importa cuan cansados estuviésemos, cuando

sonaba la música, volvíamos a la vida. Con la salsa que salía de la grabadora, limpiar la casa se convertía de algún modo en una tarea más fácil.

Mi madre podía bailar con la escoba, el fregador o una almohada: cualquier cosa podía ser una pareja de baile. Mi hermano y yo reíamos y, al final, todos acabábamos por bailar. El ritmo de los bongós en la música de salsa entra en tu alma de una manera tal que, una vez que te atrapa, no te vuelve a soltar.

Siempre me ha encantado la música y estaba ansiosa por aprender a bailar. Mi mami empezó a enseñarme pasos. Me instruyó sobre cómo mantener quieta la parte superior de mi cuerpo mientras sacudía las caderas y movía los pies al ritmo de la música. Mi mamá sabía casi todas las letras de las canciones y cantaba mientras me hacía girar por toda la habitación. Marcábamos el ritmo de las congas y, bailando, entrábamos y salíamos de todas las habitaciones de nuestra pequeña casa. Cada vez que iniciaba una buena canción, dejábamos lo que hacíamos y empezábamos a bailar. No era raro que mi papá viniera a comer a casa y encontrara a su esposa e hijos en pleno baile y las labores domésticas inconclusas.

Al principio, mi hermano no mostraba demasiado entusiasmo por bailar. Miraba hacia otra parte como si no estuviese interesado, pero mi mamá nunca se dio por vencida. Ella pasaba por alto la renuencia de mi hermano y lo alentaba a unírseles. Cuando él creció y descubrió que a las chicas les gustaban los chicos que sabían bailar, su interés aumentó. Aunque la salsa es muy distinta de otros tipos de baile, bailarla nos permitió aprender con facilidad los pasos de la música de nuestra generación.

La costumbre de poner música cada vez que hago labores domésticas nunca me ha abandonado. Siempre que tenga algo que hacer, escucharás música de salsa que sale por las bocinas que he instalado por toda mi casa. También bailo con los cojines del sofá y otras parejas imaginarias mientras mis hijos ríen ante las

locuras de su mamá. Enseñé a mis hijos varones a bailar de esta manera, y ahora mi pequeña de cinco años y yo compartimos sesiones semanales de baile.

Al recordar aquellos sábados en la mañana, me doy cuenta de que ahí aprendimos algo más que un baile. Aprendimos que aunque la vida no sea siempre fácil o agradable, poseemos la capacidad de extraer lo mejor de cada situación. Lo importante es la actitud que elegimos tener cuando enfrentamos las circunstancias que se nos presentan.

La música ayudó a mi madre a mantener la cordura durante sus primeros años en los Estados Unidos. La ayudó a lidiar con su tristeza. La ayudó a olvidar lo pobres que éramos y lo incierto que se mostraba el futuro. Estoy seguro de que la música la llevaba de vuelta a nuestra tierra, Guantánamo, a los carnavales y a una época de su vida sin preocupaciones.

La salsa me lleva directo a mis raíces caribeñas. Las letras de las canciones hablan de la isla donde nací. La salsa me ayuda a mantenerme conectado con un lugar y un modo de vida que siempre he querido conocer mejor. Cuando bailo salsa, los tambores retumban en consonancia con mi corazón y, por un momento, esta chica cubana regresa a Guantánamo.

María Luisa Salaries

La mejor lección de papá

Fue mi abuelo el primero en enseñarme a sentirme orgullosa de ser latina. Mi abuelo contó a sus hijos y todos sus nietos muchos relatos maravillosos acerca de nuestra historia y herencia. Nos dijo que éramos los descendientes de una de las más grandiosas, antiguas y hermosas culturas del mundo. Mencionó que honrar nuestra herencia significa que teníamos que educarnos a nosotros mismos, hacer las cosas lo mejor posible, ya fuese en la escuela o el trabajo, y que teníamos no sólo que respetar y cuidar a nuestra familia, sino también respetar y cuidar a nuestra propia persona... Siempre estaré agradecida con mi familia por esas lecciones sobre cómo ser una latina orgullosa y fuerte.

Linda Chávez-Thompson

Desde el jardín de niños hasta que egresé de la preparatoria asistí a una escuela de monjas católicas, la Ursuline Academy, ubi-

cada en el viejo pueblo fronterizo de Laredo, Texas. Mis padres no eran ricos pero sacrificaron muchas cosas para que pudiese estudiar en un colegio religioso.

Varias de mis amigas eran anglosajonas pero la mayoría eran latinas como yo. Nosotras jugábamos, cantábamos y estudiamos juntas, organizábamos piyamas, días de campo y bailes escolares en aquellos despreocupados días de los años 50. Aunque crecimos comiendo tacos, enchiladas y tamales, tampoco podíamos resistirnos a las hamburguesas, la Coca Cola y la tarta de manzana.

Crecimos en una ciudad en donde el Río Grande divide México y los Estados Unidos. Nos encantaba cruzar el puente que nos dejaba probar el sabor de ambos países. A veces me sentía dividida entre los dos, entrelazados como cuerdas de pescar mal lanzadas. Por ejemplo, mis padres hablaban español en casa y a menudo me recordaban: "Nunca olvides el lugar de donde viniste, tus raíces, tu cultura, tu lengua y México, la tierra donde nacieron tus abuelos". ¡Pero en la escuela se nos multaba con 25 centavos si descubrían que hablábamos en español! Eso me confundía y molestaba. Tuve que dar a las monjas varias monedas de 25 centavos porque siempre hablaba de la manera que me resultaba más natural. Pero al final, tras recibir muchos castigos por hablar en español, empecé a sentir vergüenza por nuestra lengua materna.

Tengo la tez blanca y los ojos color miel. ¡Mi abuelo solía llamarme Blanca Nieves! Una vez fui con la banda musical de la escuela a un partido de fútbol americano fuera de la ciudad y luego nos detuvimos a comer hamburguesas. Tardaron horas en atendernos, y cuando por fin alguien se acercó a nuestra mesa era el gerente, para pedirnos que saliéramos del restaurante porque ahí no atendían a mexicanos. ¡Esa es discriminación! Luego incluso tuvo las agallas para mirar hacia mí, la Blanca Nieves mexicana, y decir: "¡Oh, pero tú puedes quedarte". Todos salimos de inmediato, pero primero lo confronté y le pregunté: "¿Qué le hace pensar que usted es superior a nosotros?" Él tan sólo señaló el letrero que decía que tenía el derecho de negar el servicio a quien sea.

Al día siguiente, con lágrimas en los ojos, conté a mi padre lo que la experiencia en el restaurante me había hecho sentir. Sus ojos verde esmeralda traicionaron su enojo y empezaron a acumular lágrimas que caían como lava ardiente. Me preguntó: "¿Te avergüenzas de tu raza?" Le respondí que la gente empezaba a hacerme sentir que éramos de una clase inferior debido al color de nuestra piel, a que hablábamos español o inglés con acento. También le dije que me gustaba que me llamasen Blanca Nieves y que empezaba a resentir el hecho de que se me etiquetara como chicana, mexicana o latina. Había llegado a creer que era mejor ser anglosajona que latina, pues a los anglos no se les multaba por hablar en su idioma y todos los héroes y heroínas

que veía en las películas y los libros de historia eran, en definitiva, anglosajones de cabello rubio y ojos azules o verdes.

Aquella noche, mi padre hizo una promesa que cambió mi vida. Prometió llevarnos de vacaciones a la ciudad de México, donde podríamos aprender más acerca de la belleza, la historia, el arte, la cultura y la gente del país de nuestros antepasados.

Y allá pasamos un tiempo en verdad encantador; visitamos a nuestros parientes, fuimos a museos y palacios y aprendimos los nombres de las montañas. En los museos, mi padre me hizo leer todas las fichas históricas y todos los hechos acerca de los grandes héroes de la historia de México, los generales, los soldados y las tropas de la revolución. Las tardes se llenaron con fiestas en la Plaza Garibaldi, donde abundan los mariachis vestidos con sus hermosos trajes de charro. Vimos preciosos bailarines y cantantes folclóricos en el Palacio de Bellas Artes y subimos por las famosas pirámides de Teotihuacán. Estaba fascinada e inspirada por la majestuosa arquitectura de la Ciudad de México, sobre todo por la de la Basílica de Guadalupe.

Pero sobre todo me sentí impresionada por la amabilidad y el encanto de las personas que conocimos y por su manera de recibirnos en la tierra de nuestros ancestros.

Desde aquel viaje inolvidable me he sentido muy orgullosa cuando la gente me pregunta si soy latina, chicana o mexicana-estadounidense, sea cual sea el término que usen. Ya no me siento ofendida. Defiendo mis dos países y hablo mis dos idiomas todos los días.

Siempre estaré agradecida con mi papá por la lección tan maravillosa que me enseñó durante aquellas visitas a México, donde fui iluminada para poder ver más allá del color o de los acentos, etiquetas o estereotipos.

Hoy, no me molesta que me llamen Blanca Nieves, pero estoy ciento por ciento orgullosa de ser latina.

Olga Valle-Herr

La receta de mi abuela

*Obedece y honra a tus padres, respeta y obedece a los dioses,
se honesto, di la verdad y no comas demasiado rápido.*

Enseñanza azteca

Recuerdo cómo cocinaba mi abuela —la manera en que el aroma de los tamales frescos deleitaba mi nariz y estimulaba mis glándulas salivales. Ella bendecía la olla, siempre bendecía la olla antes de cocer los tamales al vapor. "Saben mejor con la bendición de Dios," decía. Yo siempre quise saber la receta de sus deliciosos tamales, pero ella me pedía que esperara.

"Tenemos tiempo de sobra", decía ella.

Recuerdo los tamales de mi abuela... Cómo sus manos revolvían enérgicamente la masa y cómo, con el dorso de una cuchara, esparcía esa pasta en las hojas de maíz al golpetearla con paciencia, como un artista que aplica con delicadeza los colores en el lienzo.

"Vivir la vida es como esparcir la masa en hojas de maíz. Si no eres paciente y esparces la masa demasiado rápido y con poca finura, obtendrás tamales aterronados que se desmoronarán con facilidad. No tengas demasiada prisa por crecer", decía. "Esparce tu tiempo de manera equilibrada y disfruta cada día".

Mi estómago rugía y se me hacía agua la boca al pensar en el primer mordisco de masa recién cocida con frijoles y chile. Ella decía una pequeña oración antes de la primera mordida, siempre antes de la primera mordida. "Sabe mejor cuando has agradecido a Dios por concederte otro alimento", decía. Y entonces, comíamos al fin.

Cuando me fui de mi tierra, mi abuela me entregó un papel doblado. Extendió su brazo, y su mano arrugada y correosa temblaba incontrolable mientras trataba de alcanzar mi palma. "Siempre has querido la receta", dijo mi abuela con una sonrisa y con lágrimas en los ojos.

Yo estaba muy triste por separarme de mi amada abuela, pero muy contenta de que me hubiese dado la receta de sus tamales, y pensaba que seguir esa receta sería como reconectarme con mi abuela, aun cuando nos separasen varios cientos de millas.

No leí aquel papel sino hasta después de llegar a casa aquella tarde. Cuando lo abrí, descubrí que mi abuela me había dado mucho más que una receta para tamales. En aquella página, junto con la receta para tamales, estaba la receta de mi abuela para la vida: "Bendice tus alimentos, ten paciencia y da gracias cada día".

Jacqueline Méndez

Abolengo

Recuerda, hijo mío,
cuando percibas el desdén de los demás...
que eres descendiente
de aquel conquistador valiente
que trajo la Santa Cruz
de nuestro redentor
a través de los océanos.
El mismo que con fe en el Señor
y en nombre de su monarca,
ordenó que quemasen su nave
para no mirar atrás
y moldear tu destino
en un mítico Nuevo Mundo.

Hijo, ten siempre presente que tú
llevas la sangre regente del caudillo y
su esposa isleña,

espíritus buenos, aunque gigantes, seres
pacientes y generosos que sufrieron
desilusión, enfermedad y duros trabajos
—interminables e implacables— para
legarte una tierra opulenta.

No olvides, tesoro mío,
que por tus venas
corre el sudor
del poderoso esclavo,
con su cuerpo negro y escultural,
fraguado en el sol y el esplendor...
Un hombre que, con orgullo
y aunque encadenado,
levantó sus manos callosas,
en un grito empuñado y existencial,
y desafió
a su cruel destino... elemento final y
esencial de tu rico abolengo.

No reniegues, hijo, de tu destino
—¡no lo arrojes al vacío!—,
pues tus abuelos
—tantas veces grandes—
sufrieron por amor y por ti
para dejarte una herencia invaluable
acumulada siglo tras siglo
con incesantes dolores,
sacrificios y hechos nobles.

Por esto,
es tu deber sagrado
levantar la cabeza,
y con el cuerpo lleno de orgullo,
sentirte —por fin,
en su honor y en su lugar—
feliz.

Marie Delgado Travis

2

EL AMOR
DE LA FAMILIA

*La familia es el verdadero núcleo de la cultura latina-Es
nuestro rasgo más fuerte y universal*

Gregory Nava

Mi mamá no sabe leer

Anoche, sentado con un grupo de amigos con quienes comparto mi amor por la palabra, alguien preguntó qué pensaría mi madre si leyese una tontería que escribí.

"Mi mamá no sabe leer ni escribir", les conté. Y vi su expresión desconcertada.

Nunca me he avergonzado del analfabetismo de mi madre. Nunca. Quizá mis amigos supusieron que esto se debía a algún tipo de deficiencia cultural o que era un indicador de la falta de inteligencia de mi familia. Yo sabía que esto no era así y traté de explicárselo.

"Ella no es ignorante ni tonta", dije. Entonces, me di cuenta de lo que hacía. ¿Por qué habría de explicar esto? Sí, yo habría deseado que ella hubiese tenido la oportunidad de aprender a leer, pero esto siempre ha sido así. A pesar de lo difícil que ha sido para ella el hecho de no saber leer, esa carencia ha acabado por unirnos más. Algunos de mis recuerdos más gratos provienen de los momentos en que me siento con mi madre en la cocina y le leo el periódico. ¿Cómo podrían mis amigos entender este vínculo tan especial, mi lazo personal con mi madre?

"¡Qué terrible debe ser no poder leer!", comentó una mujer.

Miré alrededor de aquella mesa redonda de rostros educados. En sus ojos vi incredulidad y compasión. No es que yo quisiese glorificar la carencia educativa de mi madre ni fingir indiferencia ante eso, pero resentí el hecho de tener que defender su analfabetismo. Entonces pensé en mi propio amor por los libros. Cuando niño, escapaba a mi entorno tan desesperanzado y pobre por medio de la magia de la lectura. Al vivir en las profundidades de nuestra difícil existencia, la lectura era mi salida.

Pero, ¿cuál era la de mi mamá?

Yo me preguntaba si acaso la vida de mi mamá podía haber sido distinta. Si al menos debí haberle preguntado cómo se sentía al respecto u ofrecerme a enseñarle. Estaba lleno de culpa y tristeza, y anhelaba estar con ella, sentir sus brazos a mi alrededor.

Recuerdo que yo despertaba temprano y leía fragmentos del periódico a mi mamá en la cocina. Ella siempre tenía una taza de atole humeante para mí. Cada vez que le leía, me sentía más cerca de ella: su interés o emoción eran los míos. Sus ojos se encendían en varios tonos, según el tema. Si era un asesinato o escándalo, sus ojos se abrían como monedas de un dólar. Se llevaba las manos a las mejillas y exclamaba: "¡Ay Dios Mío!" A ella le gustaba escuchar cada detalle dos veces. Si le leía alguna noticia en verdad agradable, con lágrimas de felicidad decía: "¡Ay qué suave, m'ijo!" Ella se detenía en cada palabra, saboreaba cada línea. Yo me convertí en sus ojos, en su ventana al mundo.

La sección del periódico que era favorita de mi mamá era la de los obituarios. Después de las noticias principales, ella siempre me apresuraba para llegar a esa parte. Era un juego que yo jugaba: guardarle lo mejor para el final. "¿Quién murió?", preguntaba con ansia. Para alguien ajeno, esto podría parecer una manera deprimente de ver la vida, pero para mí, y sobre todo para ella, había algo en los obituarios que nos producía una gran emoción.

Mi propia emoción provenía de ver su reacción. Debo aceptar que yo lo hacía más dramático. Mientras leía, mi ánimo cambiaba y mi tono se suavizaba, casi hasta susurrar. Con solemnidad, leía la lista de decesos y me detenía un instante para añadir suspenso. Si había muerto alguien que me pareciese conocido, leía el obituario una y otra vez hasta que entendiéramos dónde estaba nuestra conexión con el difunto. El corazón de mi madre se aceleraba, y ella agitaba las manos, se secaba la frente y hablaba sobre cómo habíamos conocido a esa persona. Si era alguien muy cercano o algún familiar, entonces usaba su delantal para secarse lágrimas de tristeza y sobresalto.

Al final, yo crecí y me fui de su lado. Le enviaba cartas cada vez que podía. A veces, escribía un pequeño relato sobre nuestra familia y la enviaba a una de mis hermanas con instrucciones de que se la leyera. Sabía que ella lloraría porque mis historias eran pedacitos de nuestra familia, recordatorios

de nuestra vida. Yo visualizaba cómo ella escucharía esas palabras, palabras que iban directo a su corazón.

"Mira, Mamá, esto es acerca de nosotros, nuestras historias", le escribía. Su rostro se encendería, y aparecerían lágrimas en sus ojos.

"Vuelve a leerlo, m'ija", rogaría a mi hermana. "Quiero escucharlo otra vez".

La semana pasada, conduje a casa para visitarla muy temprano por la mañana. Ella ya no puede revolver la masa de tortillas en la mesa, como solía hacerlo, para complacerme. Sus manos están arruinadas por la artritis, y a duras penas pueden pasarme la taza de atole mientras me siento y desdoble el periódico. Su figura, que alguna vez fue recta y orgullosa, ahora está encorvada, y ella usa un caminador para moverse por la cocina. Es doloroso verla en ese estado. Quisiera poder comprar algo para rejuvenecer su cuerpo cansado, para tenerla a mi lado.

Los días se nos van.

Yo me detengo, la miro con amor y le pregunto: "Mamá, ¿alguna vez te sentiste mal por no saber leer?"

Ella me mira, y entonces me regaña: "No seas tonto. Yo te tengo para leerme." Entonces, con ese peculiar brillo en sus ojos que, como por arte de magia, despeja cualquier duda, me pregunta: "A ver, m'ijo, dime quién murió".

Charles A. Mariano

Hoy me gradúo en Barkely

Para hacer que un gran sueño se vuelva realidad, lo primero que necesitas es una gran capacidad para soñar; lo segundo es la persistencia.

César Chávez

Después de sorber poco a poco el caldo de mi abuela, me senté en el sofá floreado bajo un mar de sábanas gruesas. Me dolía el cuerpo y la nariz me goteaba por el hedor del Vaporrub que cubría mi pecho. Miré el viejo reloj cuadrado y me di cuenta de que el cartero no tardaría en hacer su visita diaria. Me pregunté si ese día él me entregaría la carta que iba a determinar mi destino.

Mi abuela acababa de entrar al baño cuando me puse mis chanclas y corrí a la puerta principal de mi casa para revisar la caja plateada. De algún modo, en medio de la lluvia, un rayo de luz iluminó el gran paquete. Mis gritos de júbilo cesaron cuando apareció mi abuela.

"¿Estás loca? ¿Por qué saliste?"

"¡Abuela, me aceptaron! ¡Lo logré! ¡Entré a la Universidad de California en Berkeley!"

Mientras yo corría de vuelta al interior de la casa, mi abuela refunfuñó como siempre y me miró con su famosa expresión de "te estás pasando de la raya".

"¡Papá, me aceptaron! ¡Me voy a Berkeley!"

"Eso está muy bien m'ija pero, ¿no preferirías ir a la Universidad de California en Davis para estar más cerca de nosotros? Berkeley está muy lejos. Debo regresar al trabajo. Hablamos en la noche."

Aquella noche, mi abuela daba vueltas por toda la casa mientras nos esperaba a mi padre y a mí para hablar. Mi padre no dijo mucho, pues sabía que yo ya estaba determinada, y no tiene caso tratar de combatir la temeraria y obstinada sangre que corre por las venas de nuestra familia. Por el contrario, mi abuela no dejaba de decirme cuan mala era la decisión que iba a tomar. Decía que Berkeley era demasiado cara, que el área de la bahía era demasiado loca, que había muy buenos colegios universitarios cerca de casa, que yo iba a estar sola en una ciudad y que, en esencia, era una hija horrible por siquiera pensar en abandonar a mi desamparado padre divorciado y a mi pobre hermano menor.

No voy a mentir: aunque las palabras de mi abuela me lastimaron, yo entendí su punto de vista. Mi abuela provenía de una generación en que las mujeres dejaban su casa radiante, nunca pedían comida preparada y sólo abandonaban a sus padres cuando les llegaba la hora de formar su propia familia. Por irónico que parezca, mi abuela era una rebelde, y habían sido sus traviosos relatos los que habían alimentado mi determinación de traspasar las barreras de la vida.

Cuando mi bisabuela falleció, mi abuela se fue a vivir al rancho de su tía, quien la obligó a trabajar como sirvienta. Además de dar mantenimiento al rancho, mi abuela acompañaba a su tía a hacer viajes cortos por el campo para vender sus productos. Durante aquella época, mi abuela montaba a caballo y guardaba un cuchillo en una de sus botas como protección, por lo cual, los campesinos empezaron a llamarla María, la loca. Como buscaba algo más en la vida, mi abuela huyó de ahí y se dirigió hacia el Norte, pues había oído que en los Estados Unidos las mujeres tenían más libertad.

Al final, ella se estableció en la frontera entre California y México, donde consiguió dos trabajos que le permitirían ahorrar el dinero para alcanzar su sueño de una vida mejor. Durante su estancia en Mexicali, conoció a un hombre que la impresionó con su encanto y le prometió mantenerla. Después de cierto tiempo, ya casada con él, mi abuela se volcó hacia su nueva familia. Sin embargo, mi abuelo tan sólo la colocó en otra posición de servidumbre, y le controlaba cada movimiento. Las maneras controladoras y abusivas de mi abuelo cesaron cuando él falleció tras un ataque cardíaco, pero dejó a mi

abuela con muchas deudas de juego y poco dinero. A pesar de los innumerables obstáculos, ella se mantuvo fuerte, crió a sus siete hijos y defendió a su familia al asegurarse de que cada miembro aprovechara al máximo las oportunidades de la vida.

Su historia siempre me ha motivado para perseverar y, como resultado, me mudé a Berkeley en el verano de 1996. Al principio, estar lejos de mi familia y ajustarme a mi nueva vida me resultó en extremo difícil. En verdad podía sentir el peso de la distancia. Durante las ocasionales visitas a casa en fin de semana, me sentía como una extraña cuando miraba las paredes vacías de mi vieja recámara. Mis relaciones con cada miembro de mi familia habían cambiado, sobre todo con mi abuela. Nuestras conversaciones eran breves, y la renuencia de mi abuela a mirarme a los ojos me hacía oír palabras inexpresadas de desaprobación.

A medida que mi vida estudiantil siguió su curso, mi abuela y yo empezamos a reconectarnos cada vez que le pedía ayuda. Ella

me compartió sus recetas secretas, eligió la planta perfecta para mi nuevo apartamento y me asesoró en mis tareas de español. Poco a poco comenzó a mostrarme su apoyo al llevarme bolsas de víveres (que por lo regular contenían fruta, Top-Ramen y pan dulce) y al meter un dólar o dos en mi bolsillo cuando me daba su bendición de despedida.

Pasaron cuatro años y antes de darme cuenta la graduación estaba a la vuelta de la esquina. Pedí a mi abuela que fuese mi invitada de honor y me acompañara cuando me llegase el turno de caminar por el teatro griego para recibir mi diploma. A pesar de su fobia a las grandes multitudes, aceptó permanecer a mi lado durante todo el evento.

Aquella noche, vistió con sus mejores prendas, colocó en su blusa una flor recién cortada de su jardín y se puso en las mejillas un poco de rubor rosado en honor a tan especial ocasión. Mis ojos se desbordaron de lágrimas, y en ese momento supe que en realidad ella estaba orgullosa de mí.

Mientras la edecán nos conducía al estrado, mi abuela me apretó con suavidad la mano derecha. "M'ija," dijo gentilmente, "yo sólo llegué al tercer grado, pero hoy me gradúo en Barkely".

Regina Ramos

Hermanos

Puedes ser solamente una persona para el mundo, pero para alguna persona tú eres el mundo.

Gabriel García Márquez

Anoche mi hermano y yo tuvimos un pleito bastante tonto por teléfono. Odio pelear con él. No solemos discutir, pero cuando lo hacemos, me lo tomo muy a pecho y me siento terrible hasta que todo se resuelve. Se me hace un nudo en el estómago y temo que nuestra relación nunca vuelva a ser la misma. Es un miedo estúpido, pero lo siento cada vez que ocurre.

Danny es nueve años mayor que yo y es oficial de policía. Es reservado con los extraños pero abierto con la familia, y eso es algo que comparto con él. Ambos también tendemos a reír acerca de las mismas cosas y los dos detestamos ser el centro de atención. Es la persona con quien me quejo de las cosas, la persona a quien acudo cuando algo me molesta. Y si ocurre algo bueno,

él suele ser el primero a quien llamo. Se trata de uno de esos individuos en tu vida que te hacen sentir a salvo cuando estás con ellos. No puedo explicarlo pero me siento más seguro y confiado si sé que él está cerca.

Pero esto no siempre ha sido así. Danny y yo no crecimos juntos. Ni siquiera sabía de su existencia hasta que nuestro padre murió, cuando yo tenía dieciséis años. El nombre de Danny estaba anotado en el obituario bajo el rubro de "hijos que le sobreviven". Para aquel momento de mi vida, ya sabía que tenía un hermano mayor, Rainy, y pensaba que ahí acababa mi lista de hermanos. ¿Y quién diablos era Daniel? Mi madre, en todo su parco estilo, me lo informó: "Danny es mucho mayor que tú, tiene otra mamá, es padre de dos hijitas, es muy agradable y trabaja como policía". Y entonces, mi madre —quien nunca ha sido de quienes suavizan las cosas— tan sólo dijo: "Tu padre nunca se interesó demasiado por Danny, más o menos como ocurrió contigo."

Danny y yo nos conocimos en el funeral de nuestro padre, una gran ceremonia mexicana con mariachis y hombres en botas vaqueras. Aquello me producía un extraño sentimiento. Rainy se parecía a mi mamá. Yo parezco una combinación entre mi mamá y mi papá. Pero Danny era idéntico a mi papá. La semejanza era extraordinaria. El lucía más joven, claro está, pero la forma del rostro y el cuerpo eran los mismos. Tenía los ojos tristes. Todos los hombres de la familia Córdova tienen ojos tristes; mi mamá dijo una vez que parecían reses a punto de ser sacrificadas.

Después de aquello, no volvimos a vernos en muchos años. Una brecha de doce años es enorme cuando eres adolescente. Pero entonces, varios años después, cuando yo tenía 28 años, falleció mi hermano Rainy. Danny vino al funeral, y con los años que habían pasado, se parecía cada vez más a nuestro padre. Llevaba una barba de candado corta, una chamarra deportiva azul y un brazalete de oro en la muñeca derecha. Charlamos, y él dijo: "No está bien que sólo nos veamos en los funerales. Somos hermanos".

Después de eso hicimos un esfuerzo por llegar a conocernos. Yo tenía un empleo nocturno en la mesa de redacción de un periódico y lo llamaba a la hora de mi cena, que solía ser alrededor de las 9:00 p.m. El siempre me apartaba un tiempo, pese a tener esposa y dos hijas, y trabajar como inspector federal de narcóticos. Me llamaba cuando trabajaba tiempo extra o cuando iba muy despacio en su patrulla. A veces llamaba durante alguna de sus asignaciones de madrugada: "Tan sólo hábame. Necesito permanecer despierto. Di cualquier cosa".

A menudo, hablábamos sobre la manera en que nos habían educado. Nuestro padre nunca tuvo un papel demasiado importante en mi vida. Más bien era una figura sombría que entraba y salía de casa un par de veces al año, un hombre con gafas gruesas que despedía un aroma a cigarrillo barato con filtro. Nunca tuve una verdadera conexión emocional con él. Nunca antes había hablado con alguien al respecto. Tampoco Danny. El me dijo que yo era

la única persona con quien él se sentía a gusto al discutir eso, pues nadie más podía entenderlo. A veces era extraño. Eramos hermanos y sabíamos que compartíamos esos sentimientos tan profundos, pero yo no tenía idea de cuál era su equipo favorito de béisbol. No sabía qué tan bien hablaba español ni el nombre de la chica que lo había acompañado al baile. El no sabía que me encantaba la música pop ni que en una ocasión regalé a Sheena Easton un ramo de claveles como muestra de mi inquebrantable amor por ella.

Pero construimos una relación con base en lo que conocíamos, y creció. Empezamos a vernos más y más. Ahora, hablamos varias veces a la semana. Vamos juntos a ver a los Diamondbacks de Arizona y nos prestamos películas. El me llevó a comprarme mi primer traje. Yo elaboré su último curriculum. El tiene las llaves de mi casa y yo las de la suya. A veces nos hacemos enojar. Otras, nos hacemos reír.

Pero han ocurrido otras cosas. Yo he tenido algunos problemas graves de salud. A veces le llamo, temeroso de lo que me depara el futuro, y él me hace sentir mejor. Danny también ha enfrentado dificultades personales; una vez me dijo que estaba feliz de tener un hermanito a quien acudir.

Yo conozco a sus amigos y él a los míos. Las personas que hemos conocido de manera reciente no saben que nos criaron por separado; hoy, cuando lo contamos, la gente cree que es una broma. Aunque tengamos demasiadas cosas que hacer, aún hablamos varias veces a la semana, aun cuando sólo nos digamos: "¡Hola! ¿Qué haces? ¿Qué ha pasado?"

A veces es raro pensar que no crecimos juntos. La gente dice que uno no puede elegir a su familia, pero de cierto modo, nosotros lo hicimos. En su opinión esto se debe en parte a que somos latinos. Estamos enfocados por naturaleza en nuestra familia y nuestra cultura otorga un valor muy alto a esa relación. Una vez uno de mis jefes me dijo que le gustaba vernos juntos, pues nunca había visto a dos hermanos más unidos. Eso me hizo sentir bien.

Por eso me pesa tanto cuando peleo con él. Creo que muy en el fondo tengo miedo de que él se aleje de mí como lo hizo mi papá y que perdamos esa cercanía. Nunca he sido capaz de contarle esto, pero anoche, él me sorprendió cuando discutíamos por teléfono.

"Mira, yo no me iré a ningún lado", dijo, mientras se tranquilizaba rápido, como siempre. "No importa lo que digas o hagas, siempre serás mi hermano. Nada puede cambiar lo que siento por ti. Tenemos la misma sangre. Somos hermanos."

Dicen que no podemos elegir a nuestra familia, y eso es verdad. Pero aun si pudiésemos, yo elegiría a Danny.

Randy Cordova

La promesa

La familia es una de las obras maestras de la naturaleza.

George Santayana

Había muchísima sangre en el piso y ella no dejaba de sangrar. Nunca se mencionó algo así en la clase de Lamaze. El doctor estaba frío como el hielo. Como buen obstetra pueblerino, no le interesaba mucho charlar. Y no es que no fuese amigable. Lo era, pero no como nosotros —unos expatriados de la ciudad de Nueva York— imaginábamos que sería un médico rural.

Este parto fue diferente, incluso para el doctor. Yo podía adivinarlo por la manera en que él hablaba y hablaba. Nadie que escuchase la escena podría haber detectado algún sentimiento de pánico, pero las enfermeras, que habían estado a su lado por más de 25 años, estaban casi histéricas ante el sonido de la monótona voz del doctor que repetía una y otra vez que todo estaba bien.

Nada estaba bien. Yo miré a mi esposa, quien yacía atrapada en una tortuosa postura de parto. Todo el color había desaparecido de sus labios, unos labios que yo conocía tan bien después de todos estos años. Me maldije. Después de todo, era yo quien le había rogado que tuviésemos un hijo. Ella me miró con ojos evasivos. Aquellos no eran los ojos que poco antes relampagueaban con intenso dolor y me suplicaban ayuda, pues nuestro bebé se rehusaba a salir y eso la había forzado a permanecer once horas en labor de parto.

Con un último respiro y un grito aterrador que me hizo pensar que el bebé saldría volando de la boca de mi esposa, nuestra hija llegó al mundo. Siempre que me pregunto por qué ella es una niña tan gritona, pienso en lo que debió haber oído y pasado mientras luchaba contra su mamá al tratar de ignorar la señal de evacuación de aquel útero cálido y silencioso.

"Todo va a estar bien", repetían las enfermeras una y otra vez mientras yo permanecía de pie junto a mi esposa. Para tratar de no mentirle yo también le conté algunos chistes.

Al ver el casi pánico de mi cara, ella forzó una sonrisa para tratar de calmarme; como de costumbre, fui incapaz de ocultarle mis emociones.

"¡Oye, ten paciencia! Aún no sacan al otro. ¿No te dije que tendremos gemelos?"

Esto no estaba lejos de la verdad. Una parte de su placenta había permanecido adentro y evitaba que el útero cerrara bien, lo cual causó un desastre espectacular. Yo había visto salir la placenta, y se veía casi tan grande como nuestra bebé.

Y era una bebé muy especial. Ella no gritó, sino que de inmediato empezó a emitir un sonido como de tartamudeo. Llegó un mes antes de lo previsto, pero no mostraba señales de ser prematura. Con un color morado azulado y cubierta por una membrana blanca que por alguna razón me recordaba la grasa de pollo, Lina me miró por un buen rato antes de volverse hacia la enfermera que la limpiaba y trataba de medirla con una cinta, la cual tuvo que retirársela con suavidad pues había logrado asirla con sus deditos.

"Tenemos que trasladar a su esposa a la sala de operaciones", dijo el doctor. Por fin se levantó del asiento colocado entre las piernas de mi mujer y nos miró a ambos con un breve esbozo de sonrisa que me puso muy nervioso. Yo me agaché para besar a Lizy y las lágrimas descendieron por mi cara. Pensé que la había visto en su mejor momento durante el nacimiento de nuestra hija, pues mostró un valor y una fuerza que me parecían increíbles para un humano.

Yo sonreí con todas mis fuerzas. Sus ojos volvieron a la vida, esos ojos de los que me había enamorado tanto años atrás y que había empezado a ignorar a medida que nos establecíamos en la monotonía del matrimonio. Un sutil resplandor volvió a ella por un momento mientras se acercaba a mí para acariciar mi mejilla, secarme las lágrimas y decirme: "No te preocupes, cariño. Anda, ve y sostén una larga charla con nuestra hija."

Mientras ingresaban a Lizy por las puertas de la sala de operaciones, me quede ahí, paralizado y nauseabundo por el olor tan limpio y antiséptico del lugar. Quería estar más tiempo con ella. Sólo un minuto más con ella para decirle las miles de cosas que por alguna razón nunca encuentro el tiempo de decirle. Pero sólo logré gritarle: "¡Te amo!" antes de que acabara de pasar por las puertas batientes. Una enfermera me tomó del brazo y me condujo hasta la sala de maternidad, donde otra enfermera me entregó a mi hija ya arropada a la vez que le estiraba el cuello y la cabeza hacia atrás para que tuviese una mejor visión del mundo que la rodeaba. Era un crío precioso. La enfermera nos condujo a la habitación de mi mujer y me daba ánimos mientras me guiaba del brazo. En cierto momento, ya no pude sostenerla más y rompí en llanto. Mi hija me miró con sus intensos ojos negros —los ojos de su madre— mientras me sentaba en la sala para esperar. Y esperar. Recosté a Lina en la cuna del hospital, me senté en la cama contigua y me acerqué a ella mientras hablábamos en privado por primera vez en ocho meses. Fue entonces que le hice una promesa: la promesa de ser bueno y tratarla bien, la promesa de ser fuerte como ella lo fue al vencer tantas dificultades para llegar aquí. Hablamos de su mamá y concluimos que pronto volvería con nosotros y que no había de qué preocuparnos. Esta vez, mientras me oía decir esto, en verdad creí las palabras y miré y escuché cómo mi bebé emitía sus sonidos tartamudeantes mientras sujetaba con fuerza mi dedo índice.

Años antes cuando le propuse matrimonio, yo había hecho esa misma promesa a su madre. Ella me miró con frialdad y dureza y me dejó esperando en el frío piso de terracota del bistro donde cenábamos. Incliné un poco la cabeza y entornó los ojos, algo que hacía cuando pensaba con el corazón, un corazón que era paciente y metódico por haber vivido una vida de decepciones.

"¿Cómo me tratarás?", preguntó en voz baja. Esa pregunta pudo haberla hecho su mamá o su abuela, pues al parecer, todas las mujeres de su familia habían sido abandonadas por los hombres.

"Con bondad y manos suaves", dije.

Ya era suficiente por el momento.

El tiempo dejó de acosarme en aquella pequeña habitación de hospital mientras yo sostenía a mi hija y la mecía hacia atrás y hacia delante. Ella bostezó, cerró los ojos y se quedó dormida, con una mano aún sujeta a mi dedo.

La puerta se abrió y el doctor entró con una sonrisa. Yo traté de levantarme, pero él me pidió que me sentara.

"Ella está bien. Se recupera bien y regresará a su habitación en una hora. Ya no sangra. Ahora sólo hay que dejar que recupere sus fuerzas por unos días para que pueda irse a casa."

Yo le di las gracias con tal entusiasmo que el pobre hombre se ruborizó. Se dio la vuelta y antes de cruzar la puerta se detuvo

un momento como si hubiese olvidado decir algo. Pero sólo nos regaló una enorme sonrisa mientras nos deseaba buenas noches.

Yo sentí una grande y súbita liberación de energía, como si mi cuerpo fuera a desmoronarse. Y entonces pensé en mi familia y en cuánto me iba a esforzar por cumplir la promesa que sostenía mi mundo.

*Antonio
Farias*

El niño bendito de la abuela

"Calmarse, calmarse", susurra mi hermano Matthew a su plato con comida. Se mece hacia atrás y hacia delante, y suelta su tenedor para tratar de tomarse de la oreja.

Mi mamá se pone de pie, sirve un poco más de judías verdes al plato de Matthew y se va a la cocina.

"Vamos Matty. Es hora de que cenes, bebé."

Mi papá se inclina para volver a colocar el tenedor en la mano de Matty y le da una palmadita de confianza en la espalda. Yo veo cómo Matty hace un revoltijo antes de lograr pinchar un trozo de carne para llevárselo a la boca. Ahora se mece más lento y se detiene un momento para mirar alrededor de la habitación mientras mi mamá se sienta y le pasa un rollo de pan caliente.

Algo en ese sencillo gesto de mi mamá —ver cómo le lleva comida a Matty— me hace recordar cuando yo era niña y me preguntaba por qué mi hermano tenía esos extraños tics. Convencido de que Matty veía o escuchaba algo especial que a los demás no se nos permitía experimentar, solía observar el movimiento de sus ojos divagantes, determinada a ver los misterios

invisibles que siempre parecían llevarse su atención lejos de lo cotidiano.

La propia madre de mi madre, mi abuela María, quien siempre fue buena con Matty y entendía bien sus rarezas, me explicó lo que era el autismo después de mi primer día en el jardín de niños. Algunos de los niños mayores habían molestado a Matty en el autobús, le gritaban apodos y se chupaban el dedo mientras lo señalaban. Yo pregunté a la abuela María por qué aquellos chicos le hacían eso, por qué trataban a mi hermano como a un tonto.

La abuela me explicó con su acento cálido y fluido cómo esa condición especial de Matty lo hacía ser un hijo de Dios, el niño bendito de nuestra familia, capaz de ver a todos los ángeles y santos que nos rodean y cuidan todos los días.

"Calmarse", solía susurrar ella a Matty durante la noche, cuando era presa de pesadillas que lo hacían retorcerse y temblar hasta que su cama se convertía en una prisión. Tras aflojarle las sábanas y sobarle la frente con sus manos ásperas pero frescas, mi abuela le cantaba en voz baja y lo sostenía en un gentil abrazo que alejaba a todos los demonios nocturnos.

"Eres especial, una muchacha inteligente, Gloria", solía decirme mi abuela cuando crecí y empecé a llevar a casa boletas de calificaciones llenas de nueves y dieces.

"Tus dones son sólo tuyos. Usalos para ir a lugares maravillosos, para que te lleven más cerca de Dios y de lo que quieres de la vida. Quizá un día Matty necesite de ti, su hermana menor. Si eres fuerte, podrás contigo y con él. Nuestro Dios sabe esto. Yotambién lo sé".

Siempre que me iba a la escuela, la abuela se despedía de mí con estos pensamientos cariñosos. Los decía lentamente para que yo entendiese su español tan coloquial, y así revelaba con paciencia su precioso trocito de sabiduría hasta que yo pudiese entenderlo y guardarlo. Yo sentía sus palabras como algo rico y valioso, igual que los hermosos caparzones en su repisa, los cua-í les había traído desde las cálidas aguas puertorriqueñas, cerca de su casa en Santurce.

Aunque se rehusaba a hablar mucho sobre la vida de pobreza que había dejado atrás en Puerto Rico, la abuela María contaba historias acerca de los asombrosos colores que el cielo solía adquirir al combinarse con la arena durante las noches cálidas y exuberantes de su infancia. Aunque muchas partes de su historia eran un secreto para nosotros, todos sabíamos que una mañana de 1939, cuando vivía con un primo lejano en el Bronx, María, por mero instinto, se había dirigido al edificio más concurrido que vio cuando salió del apartamento. Al final del día, María había conseguido un empleo en el que haría sostenes para mujer a 35 centavos la hora.

Las historias de mi abuela, su toque tan especial de sabiduría latina y su profundo amor por la vida hicieron que su infarto y fallecimiento tan repentinos el año pasado resultaran mucho más difíciles de lo que mi familia creía posible. Mi mamá no paró de llorar en una semana, y mi papá

deambulaba por la casa en silencio y la buscaba con la mirada a cada momento, como si fuese a verla sentada en la mesa o tejiendo junto a la ventana.

Aunque ya tenía veinte años, a Matty se le dispensó de ir al funeral pues mis padres creyeron que la impresión lo confundiría y abrumaría. Aún quisiera que él hubiese estado ahí conmigo, tomado de mi mano como mi hermano mayor. Pudimos habernos despedido juntos de la abuela María. Creo que eso le habría gustado a él.

Los médicos dicen que las personas auristas suelen repetir ciertas palabras que han escuchado, que las frases se les quedan grabadas en la psique y que las repiten al azar a lo largo de su vida. Hoy, cuando Matty repite las palabras de la abuela María, cuando pronuncia con ternura su frase —calmarse, calmarse— para consolarse de cosas que sólo él puede ver, quizá

tan sólo repite lo que ha oído, como dicen los demás. Quizá confirma teorías médicas modernas al repetir frases que quedaron atrapadas y aún circulan por una mente que guarda sus propios secretos.

Pero creo que él hace otras cosas
como hablar con la abuela María,
y sentir sus frescas manos en la frente,
y pedirle que afloje sus sábanas,
y recordar a nuestra bendita anciana
como sólo un niño bendito puede hacerlo.
Difundiendo su amor.

Sybia M. DeSantis

El oso

El otro día, escuché en la radio al conductor de un programa de entrevistas que hablaba sobre la terrible situación de las latinas: sus familias no esperan que ellas tengan logros ni que sus hijas tengan éxito en la escuela y vayan a la universidad. Él creía que todas las familias latinas querían que sus hijas formaran una familia y fuesen buenas madres... y nada más. No pude evitar reír. De cierto modo, él tenía razón, pero también estaba muy equivocado. Él no entendía lo que nuestras familias quieren para nosotros ni por qué. No comprendía la fuerza y el valor que nos brinda nuestra cultura ni cómo lo hace. Sin embargo, logró hacerme retroceder en el tiempo hasta el día en que descubrí justo eso que él no sabía...

Ella entró en mi habitación, con un paquete en las manos que sostenía con todo cuidado. Se sentó en mi cama y derramó unas lágrimas silenciosas mientras yo me acercaba a ella. Mientras avanzaba poco a poco hacia ella, me preguntaba: ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer? Yo no dejaba de pensar: "Si no soy fuerte ahora, nunca lo lograré. Éste es mi momento de la ver-

dad. En este momento, necesito ser fuerte por las dos, o de lo contrario, nunca saldré de aquí. Nunca tendré la oportunidad de explorar mi potencial".

Durante los últimos cuatro años, desde que falleció mi papá, yo me había hecho cargo de mi madre y de mi hermana pequeña. Había cocinado, limpiado, hecho de niñera, preparado bocadillos para vender, ayudado a mi hermanita con su tarea y asistido a sus eventos escolares. Mi madre habría preferido que yo me quedara en casa con ella para seguir apoyándola en esas actividades, pero ya me había hecho el firme propósito de entrar al colegio universitario, y no iba a dar marcha atrás.

Contuve mis lágrimas, me senté junto a ella y puse mis brazos sobre sus hombros. Le dije que todo iba a estar bien y que siempre sería su hija. Aún cuidaría de ella, pero tenía que hacer esto. Ella dijo: "Yo lo sé. Te amo y estoy muy orgullosa de ti. Sé que desde hace muchos años has soñado con entrar al colegio. Te voy a extrañar, pero quiero que sepas que te amo, no importa lo que hagas, y entiendo por qué tienes que irte. Estoy muy orgullosa de ti".

En aquel momento, mi mamá me entregó con ternura el paquete que sostenía con tanta delicadeza. Yo tomé el regalo y lo abrí poco a poco mientras me preguntaba qué tenía ahora para mí, después de las toallas, la ropa de cama, la calculadora y el diccionario. Era un andrajoso osito Paddington de cara triste. El oso tenía un enorme sombrero amarillo, un gabán azul y un letrero que decía: "Por favor cuide a este oso". Yo rompí en llanto. Mi madre me miró con ternura y dijo: "Por favor, cuida a este oso. Cuídalo bien y si un día él necesita algo, avísame". Ambas sabíamos que hablaba de mí. Ambas sabíamos que ella quería que yo me cuidara bien mientras me adentraba en territorios desconocidos, mientras avanzaba para convertirme en mi propia persona —no al casarme, como lo había hecho ella, sino al ir a la universidad, como nadie más en la familia lo había hecho jamás.

El oso se convirtió en un símbolo de nuestra unión, nuestro amor y nuestro crecimiento como madre e hija. A menudo, ella! me llamaba y preguntaba cómo estaba el oso. Yo guardé el oso en mi cama como un recordatorio constante del amor de una madre que no entendía todo lo que ocurría en la vida de su hija pero que, a su manera, trataba de apoyar sus ambiciosos sueños.

Gomo latina, yo crecí en un mundo de expectativas muy diferentes. Se esperaba que yo fuese el estereotipo de lo que aquel conductor radiofónico decía: que algún día yo fuese una buena esposa y madre, la guardiana de las tradiciones familiares, la portadora de las creencias que eran una parte integral de nuestra herencia y cultura familiares. Nadie esperaba que yo quisiese algo más para mí.

Por otro lado, yo tenía expectativas distintas. Tenía sueños que iban más allá de lo que mi familia, comunidad y cultura esperan de sus hijas.

Reconciliar los sueños con las expectativas culturales y familiares puede ser algo muy difícil. Buscar otro camino significa romper con las tradiciones,

creencias y valores. Nuestra cultura no siempre espera que las mujeres salgan y busquen su lugar en el mundo. Esto puede resultar especialmente difícil para nuestras madres, pues quizá vean nuestra ruptura como una comparación con una vida que ellas no pudieron tener, oportunidades que no aprovecharon y sueños que no se les cumplieron. Como latinas, debemos ser cuidadosas de no rechazar el modo de vida que nuestras madres eligieron, sino honrarlas y respetarlas por las mujeres que eligieron ser, por los cimientos que crearon para que nosotras pudiésemos construir nuestros sueños.

Es cierto que tardé en apreciar todo lo que mi mamá ha hecho por mí y todos sus sacrificios, pero sé que tuvo el valor de hacerlo porque ella, al igual que yo, es una latina fuerte —una latina que ha tomado todo lo bueno que hay en su vida y cultura y ha canalizado esa energía para amar y apoyar a su familia.

Mi osito Paddington aún engalana mi alcoba. Para mí es un recordatorio constante del amor de una madre que me ha dado raíces y alas. Raíces que me han mantenido firme a través de todos los retos de la vida. Alas que me permitieron volar y soñar en libertad con convertirme en la mujer en quien pude convertirme.

El apoyo de mi madre me enseñó que nuestro legado cultural nos da el valor de convertirnos en los individuos que siempre debimos ser e inspirar a otros a hacer lo mismo.

¿Un hombre hablaba en la radio sobre las pobres latinas? ¡Es obvio que nunca conoció a mi madre!

Zulmara Cline

Más allá de la cripta

Recuerdo con claridad los fines de semana tan felices que pasá-j bamos mi familia y yo en el apartamento de mi abuelita Susana en el sur del Bronx. Nosotros somos una numerosa familia dominicana y nos encantaba juntarnos en la casa de mi abuela. Tan pronto como entrabas te envolvían los deliciosos olores que salían de la cocina. Casi podías probar en el aire el arroz, los frijoles y el pernil. Si era cumpleaños de alguno de sus cinco nietos, siempre había un pastel recién horneado con escarcha y chispitas en la mesa del comedor. Si era Domingo de Pascua, de seguro tendrías una enorme canasta llena de juguetes, ositos de peluche y muchos dulces.

Ella tenía una conducta calmada y acogedora que podía hacer sentir bien a cualquiera. Era cálida y cariñosa, y siempre se preocupaba por los demás, aunque no lo suficiente por ella misma. No sabemos cuándo se le diagnosticó cáncer de pulmón, pero cuando nos enteramos, ya era demasiado tarde. Ella murió el mismo año en que informo a la familia sobre su enfermedad. Para entonces, todo lo que pudimos hacer fue consolarla y con-

solarnos unos a otros y disfrutar del tiempo que nos quedara juntos, por poco que fuese. Falleció en el hospital el 26 de diciembre de 1989, cinco días después de su cumpleaños número 62.

Todos la extrañamos mucho. Su familia y amigos cercanos nos reunimos en su apartamento para velarla, orar por ella y llorar su pérdida. Aquella fue la primera y única vez que vi a mi padre llorar. Tex no lloraba en voz alta como todos los demás. Por su cara descendían lágrimas silenciosas, pero yo sabía que por dentro ardía de pena. Yo entendía que ella había muerto, pero a tan corta edad no podía captar en toda su magnitud el impacto de la muerte de un ser querido.

Dos meses después de su muerte, contraí una grave enfermedad respiratoria que se negaba a ceder. Mi madre estaba preocupada y oró por mi salud.

Una noche, ella soñó con mi abuela. En su sueño, mi abuela llamó al timbre de la casa. Mi madre abrió la puerta, atónita.

"Susana, ¿qué haces aquí? No deberías estar aquí. Tú estás muerta".

"No vine a verte", respondió Susana. "Estoy aquí para ver a Yahaira".

Pasó a un lado de mi madre, entró a mi recámara y cerró la puerta tras ella.

Al día siguiente, me acerqué a mi mamá en la sala. "Mami, ¿me puedes comprar una vela?"

"¿Para qué quieres una vela, Yary?", preguntó extrañada mi madre.

"Es para mi abuelita Susana. Quiero orar por ella".

Mi madre recordó su sueño y accedió a comprarme una vela. En una semana, mi enfermedad respiratoria había desaparecido.

Desde entonces, he mantenido mi vínculo especial con mi abuelita. De vez en cuando, me aseguro de encender una vela en su nombre y oro por ella. Cuando la busco en momentos de necesidad, siento su presencia y su amor. Han pasado ya quince

años desde su muerte, y sin embargo aún me reconforta sab que ella puede escucharme y sentir mi amor por ella.

 Mi madre cuenta historias cada vez que la familia se reúnen. Para nosotros esto es una prueba de que la familia, el amor y la fe no conocen límites. El amor no tiene límites y puede sentirse través de la distancia y el tiempo. Aun más allá de la cripta.

Yahaira Lamen

Papá, la estrella de rock de los tamaleras

Muchos cocineros arruinan la comida.

Dicho mexicano

La semana posterior al Día de Acción de Gracias marca el inicio de la temporada de tamales. Y no bien se termina de retirar de la olla el último pedazo de calabaza cuando ya han empezado las preguntas para mi papá, el maestro tamalero.

"Tío, ¿puedo ir a ayudarte a hacer los tamales este año?", pregunta una de mis animosas primas. "De veras quiero aprender a hacerlos para poder preservar la tradición".

Sí, claro. Como si fuera tan fácil. Los tamales de mi papá son la expresión más perfecta del sabor, la consistencia y la presentación. Son los Carlos Santana de nuestro banquete de Navidad. Por décadas, mi papá ha vaciado, mezclado, humectado, revuelto, untado y enrollado ingredientes para producir más de veinte docenas de tamales en un periodo de tres días. Después de todos estos años conozco tantas y tan locas anécdotas que podrían ri-

valizar con la rutina cómica de George López. He aquí algu de mis favoritas.

En las películas el tamalero de la familia siempre es una n triarca bondadosa, dulce y ultra cariñosa quien, con la ayuda todas las mujeres de la familia, practica su magia en la coci mientras comparte largas y enternecedoras historias. Y siemp hay niñitos felices por doquier para el efecto del "aaaaaah".

¡Qué ternura!

Muy bien, la realidad concuerda. Hacer en unos cuantos di suficientes tamales para alimentar a un pequeño ejército bas para convertir a la nana más dulce en una controladora inco trolable. Desde moler los chiles hasta arrojar la bola de masa e un vaso de agua y rezar por que flote, todo el proceso es agota* dor y estresante.

Yo lo sé porque he visto a mi papá pasar por esto año tras añ Su paciencia se agota cuando demasiados entrometidos, con mis primos y yo, nos colamos en la cocina para ayudar. ¿Acas no saben que con eso sólo calientan el espacio y entorpecen suj proceso individual de producción en masa? El problema es que nadie puede moverse tan rápido como para seguirle el paso. Eíno pierde el tiempo. Toma más en serio esta tarea que la de echar a andar las máquinas tragamonedas en el casino.

Mi papá teme esta experiencia tanto como nosotros saboreamos el resultado final. Cada diciembre, él amenaza con boicotear toda la actividad. Pero su orgullo tramposo acaba por ceder ante nuestros constantes regaños. El sabe lo que tiene. Sabe que la cena de Navidad no sería la misma sin su aporte culinario.

Cierto año su humor fue particularmente malo. Aquella ocasión en verdad nos resignamos a la idea de que no tendríamos sus tamales para las fiestas. Pero a pesar de que dijo con claridad: "Estoy cansado y no lo haré este año", todos en la familia le chillamos y rogamos como bebés hasta que él sacudió las manos en el aire y cedió. No dejó de quejarse y maldecir en toda la semana. Furioso, aventaba las bolsas con hojas de maíz en la mesa y nos ordenaba que nos fuésemos a la m... de ahí para que él pudiese acabar con esa m— de una vez por todas. ¿Y qué le respondimos?

"Está bien papá", dije yo. "Pero ¿podrías hacerme algunos tamales con poco chile? Es que no me gustan demasiado picantes". A continuación, habló mi mamá.

"Muy bien, cariño. Pero no olvides salarlos un poco más. El año pasado les hizo falta sal".

Luego, entró en acción mi hijita Maya.

'Abuelito, ¿puedo ir a ver cómo los haces?', preguntó inocente.

¡Pobre de mi papá! ¡Nadie lo respetaba!

Por fin llegó la Navidad y todos nos apilamos en la casita de Nana. Moríamos de hambre. Habíamos esperado ese momento todo el año. ¿Dónde estaban los tamales?

Mi papá, con un talante tan sereno y alegre como el de Do-nald Trump, entró al concurridísimo comedor. Sostenía la fuente con sus famosos tesoros

de chile rojo. Los puso en la mesa y nos miró a todos con una sonrisa larga y delgada. Creo que levantó una ceja. Mmmm. No entendimos la señal. No importa. El nos indicó que empezáramos. ¿Habías oído antes sobre una competencia de comer tamales? Pues las veinte personas ahí presentes casi competíamos para ver quien era la primera en quitar la hoja a su tamal.

De manera casi simultánea, todos llegamos a la parte buena y empezamos a devorarla.

"¿Son estos los que tienen poco chile?", pregunté mientras engullía el primer bocado en mi gran boca.

Todo el cuarto quedó en silencio.

"¡Aaaaaaaaay!", exclamó mi prima con gran seriedad y la boca llena.

"¡Tíííííííííí!", gritó mi otra prima. Yo noté que tenía los ojos llenos de lágrimas. Ouuuuuu. Sentí como si mi lengua se incendiara. En aquel momento, supe la razón de aquella sonrisa maliciosa. \

"¡Papá!" repliqué con mi aguda voz. "¡Estos no tienen poco chile! ¡Pican MUCHO! ¡MUCHÍSIMO!"

Aquella fue su venganza. Nosotros queríamos nuestros tamales. El nos dio nuestros tamales. Había preparado una receta exclusiva para aquel año: suicidio picante (que correspondía a su estado de ánimo de aquel momento). Nunca lo he visto reír tan fuerte como cuando miraba cómo nos aterrábamos y nos atrepellábamos unos a otros en la pequeña casa de Nana para conseguir alguna bebida helada.

Ahora, todos tenemos un nuevo respeto a los tamales de papá —no sólo dentro de la familia, sino por todo el país—. El año pasado, el programa *Better Homes and Gardens* presentó una historia sobre mi papá y sus tamales. Para preparar la sesión fotográfica, algunos de nosotros por fin lo vimos hacerlos de principio a fin. El se tomó el tiempo para explicar cada pequeño detalle y mostró cómo dejar caer la masa en el agua y luego cómo alisarla en la hoja de maíz. E igual que en las películas, todos estuvimos juntos en la cocina y preparamos los tamales mientras él nos contaba enteros relatos sobre cómo él y mi tío Joe (también un maestro tamalero) solían trabajar cuando niños en una fábrica de tamales. Mis pequeños hijos, DeAngelo y Maya, estaban ahí para el factor "aaaaaaah". ¡Igual que en las películas!

Hacer tamales es algo tan importante para él como lo es para nosotros. Este año, mi papá tuvo que iniciar sesiones de diálisis, y no estamos seguros si tendrá la energía para continuar la tradición. Queremos que entregue la cocina y tome un descanso. Se lo merece. Nos ha atendido bien y ha puesto el ejemplo. Gracias a sus detalladas lecciones, hoy tendremos el honor de intentar reemplazarlo en su labor. Con todo y los chiles picantes.

Kathy Cano Murillo

SIN RODEOS ®



En la sangre

El niño de oscuros ojos y su
abuelo peliblanco danzan en la
tarde callada. Sus dedos castañean
al son de un ritmo que sólo
quienes aman pueden oír.

PatMora

Nuestra maravillosa tragedia

*Nada es verdad y nada es mentira, todo depende del cristal
con que se mira.*

Proverbio latino

Cuatro años antes de que yo naciera, mi mamá dio a luz a un va-roncito con síndrome de Down. En 1958, los niños con síndrome de Down eran un fenómeno raro y a menudo se les ocultaba de la gente, pues significaban una vergüenza para su familia. Aunque poco se sabía de esta condición, mis padres enfrentaron la situación y decidieron sacarle el mejor partido. Al crío, muy frágil y pequeñito, le apodaron con cariño Chispo. Pesaba sólo tres libras cuando llegó al mundo. Los médicos no le dieron mucho tiempo de vida —un año, cuando mucho—. Después de algunos meses en el hospital mis padres llevaron a casa a su hijo discapacitado, determinados a dar a Chispo el mejor año que pudiesen. Ese año se convirtió en dos, y mi mamá tuvo otro bebé, ahora una niña muy sana. Y dos años después, llegué yo. Chispo ya

tenía cuatro años y aún no podía caminar por sí mismo, aunq eso no le impidió usarme como a su osito humano de peluch Pasábamos bastante tiempo en mi corral, donde él me alzab' me bajaba, me daba vueltas y, cuando mi mamá no nos ver insertaba objetos extraños en mis fosas nasales y oídos. Me di cen que, con ayuda de su andadera, me arrastraba por toda l casa. Quizá porque me cansé de ser su trapo personal, opté pe» aprender a caminar antes de lo común —dicen que di mis pif meros pasos recién cumplí los ocho meses—. El pequeño niñ ' de la andadera me enseñó a caminar, y de ahí en adelante, no convertimos en un dúo dinámico que agotaba la paciencia d mis padres. Chispo por fin empezó a caminar sin ayuda cuand tenía seis años, justo a tiempo para atormentar a nuestro herma*! no menor, quien había llegado dos años después de mí.

A medida que mis hermanos y yo crecimos, nos volvimos másí unidos. Somos cinco hermanos: Irene, Chispo, Maggie, Carlos; y Miguel. Mis padres nos dieron a todos el mismo trato; ellos no privilegiaban a los de mayor inteligencia, disposición atlética, retraso mental o discapacidad física. Cuatro de nosotros compartíamos los dos primeros rasgos, pero Chispo —el único a quien faltaban dichos rasgos— era, por mucho, el líder de la pandilla. Durante los años en que asistimos a la misma escuela, todos vivimos bajo la sombra de Chispo. Aun cuando él no estudiaba en nuestra escuela, de alguna manera logró convertirse en el asistente del maestro de educación física. Todos los alumnos de primero a noveno grado conocían a Chispo y pensaban que era genial. Cuando nosotros tratamos de aprovechar su popularidad, los chicos no creían que fuésemos sus hermanos. Y discutíamos a tal grado que el maestro de educación física tuvo que confirmar que, en efecto, éramos sus hermanos —algo que le agradeceré por el resto de mi vida.

En cierto momento, los médicos predijeron que Chispo no viviría más de dieciocho años. Por aquel entonces, yo tenía diez

arios y pensé que me quedaban cuatro años para prepararme, pues bien, Chispo cumplió dieciocho años y muchos más. Hoy ¿1 tiene 45 años —y está vivito y coleando—. Mis padres ya son ancianos, y la salud les comienza a fallar. Mi hermano menor y yo vivimos lejos en California y mis hermanas tienen su propia familia que atender. Pero cada día, al despertar, mi mamá y mi papá tienen junto a su cama a un ángel del cielo que los anima a seguir adelante. La tragedia que mis padres trajeron al mundo el 2 de febrero de 1958 creció hasta convertirse en el acompañante más leal y confiable.

Mi familia jamás ha sentido una pizca de vergüenza o remordimiento por la condición de Chispo. Siempre hemos creído que él es un ángel que Dios envió para enseñar a quienes lo han conocido una lección sobre cómo vivir la vida. Es bueno, puro y honesto, incapaz de lastimar a nadie. Ha influido en la vida de muchos con su amor incondicional, el cual fluye libre y sin discriminar. Por irónico que parezca, Chispo, a quien muchas personas de nuestro mundo juzgarían como menos que normal, nos ha enseñado la dignidad, la nobleza y la virtud de ser plenamente humano. Por ello, hasta el final de nuestros días, llevaremos con orgullo su ejemplo y su legado en el corazón.

Carlos R. Bermúdez

Tita

Mi abuela se llama Margarita Solis de Hernández. Cuando yo era niña, no podía llamarla abuelita, de modo que la llamaba Tita. Hoy, si tú quisieras conocer a mi Tita, tendrías que visitarla en una clínica de reposo en Torrance, California. Ahí hay un hermoso patio con una fuente en el centro del edificio, y Rosa, una amable enfermera, la lleva ahí en su silla de ruedas para tomar aire fresco.

Allí verías a una frágil mujer de noventa libras con pelo como de algodón, piel arrugada y sin dientes. Ella ya no reconoce a sus seres queridos y ni siquiera sabe dónde está. Sin embargo, quienes hemos tenido el privilegio de conocerla, vemos a una elegante dama que ha vivido sus noventa y siete años con gran pasión.

Cuando miro a Tita, veo a una hermosa mujer que vivió un glorioso romance con un apuesto caballero, Roberto Solis. Él trabajó en el mundo de la música, y después se convirtió en piloto de Howard Hughes.

Mientras Tita duerme con placidez en su cama del hospital, veo a una sofisticada señora que ha viajado por todo el mun-

do. Después de la intempestiva muerte de mi abuelo, Tita y su hermana Julie fueron a lugares que la mayoría de la gente sólo soñaría con visitar. Hawai, Japón, China, Rusia, Francia, Italia, Alemania e Inglaterra fueron sólo algunos de sus diversos destinos. Tita tenía un estilo cercano al de Bette Davis y le encantaba tomar sus copitas de las 4:00, que consistían ya sea en un trago de tequila reposado o en un martini de Beefeater con aceitunas extra (a un lado, para no dispersar el contenido de la copa).

Mientras las enfermeras y asistentes entran y salen de la habitación de Tita, siento ganas de detener a cada una y contarles su historia. "Esta no es una ancianita cualquiera. ¡Es mi Tita!"

Mi corazón gritó esto en silencio mientras yo veía cómo el amable personal del hospital la atendía con toda paciencia. "¡Ella conoció a Pancho Villa, por amor de Dios! ¡Ella ha visto el mundo entero! ¿Acaso saben quién es esta mujer?"

Aún hoy, todo el mundo se enamora de Tita. Ella reparte besos y expresa su amor a las personas que la bañan y le dan de comer. Aunque su mente y su cuerpo se deterioran cada día, el espíritu de Tita está vivo y bien. Sus ojos aún resplandecen de amor. A veces, incluso puedo ver esa luz traviesa que antes brillaba cuando ella jugaba canasta, hacía girar la ruleta o regateaba a los vendedores cuando íbamos de compras a Ciudad Juárez. "Pero Señor... somos mexicanos..." decía con una sonrisa picara y ese curioso destello en su mirada. ¡Aquella expresión siempre nos conseguía precios fabulosos!

Mientras miro el vestíbulo de la clínica, pienso que quizá haya una Tita en cada habitación. Cada uno de esos cuerpos frágiles y encorvados con cabellos de algodón tiene una historia única llena de amor, pérdida, dolor, felicidad y aventura. La mayoría de ellos sobrevivieron a la Gran Depresión y experimentaron la Segunda Guerra Mundial. Llegaron aquí antes que la televisión, estudiaron en internados de un solo salón, y si les preguntas pueden contarte sobre una época en que podías ver una película y

comprar una hamburguesa y una Coca Cola por alrededor un cuarto de dólar.

Hoy, Tita en verdad es como una bebé recién nacida. S' come purés, usa pañales y mira fascinada la habitación como si viese ángeles que flotan por el techo. A veces, mientras mi señala y llama a sus seres queridos ya fallecidos. Ve a **pequen** niñas vestidas de blanco que juegan con muñecas, y también vé familiares y amigos. Sonríe, ríe e incluso les habla con amor.

Un día, mi tío y yo presenciamos juntos una de estas visitadas. "¡Ay Cindy," me decía él con una tierna tristeza. "Núes querida Tita alucina."

Yo le sonreí mientras los ojos se me llenaban de lágrimas, y le dije en voz baja: "El solo hecho de que no podamos verlos, tí Dickie, no significa que no estén ahí". Creo que ellos la visitan hasta que estén listos para recibirla en casa.

Cindy Loujord

Ostiones y zarzuelas

La abuela Rufa,
mi bisabuela,
fumadora de puros,
mujer mandona y matriarcal,
sacaba su silla al vestíbulo
los domingos por la tarde
bajo el viejo aguacatal
y las brisas de Key West,
coquetas y aromáticas,
y con una cubeta de ostiones
entre las piernas.

Uno por uno,
con sus fortísimas uñas,
los abría por completo,
lima y salsa Tabasco,
y todas iban pa'dentro.
No sé si los ostiones
sean afrodisíacos,

pero cuando ella llegaba al fondo de la
cubeta, se enamoraba del mundo, y
cantaba las zarzuelas de su infancia
e invitaba a todos al vestíbulo, a la
sombra,
donde a los niños besaba,
a las mujeres abrazaba,
y a los hombres invitaba
una copita de jerez,
y gritaba para que todos oyesen:
"Nunca encontré una perla,
pero encontré la esperanza".

María Ercilla

El baile de la cocina cubana

El amor se parece mucho al baile, tan sólo te entregas a la música.

Anónimo

Las inclementes olas de calor emanaban de la estufa mientras el aroma del cremoso café cubano perfumaba toda la casa, flotaba hasta las alcobas y los baños y salía por el patio trasero hasta infundir el aire de Miami Beach.

Un vapor terrenal surgía de una olla de burbujeante y silbante potaje mientras Celia Cruz, la reina de la salsa, ofrecía sus tonadas desde una pequeña radio en la cocina.

Ahí estaba Mami, al centro del escenario, donde giraba y se contoneaba rítmicamente sobre el piso de la cocina como si fuese la estrella de su propio espectáculo de Broadway. Sus mechones de cabello castaño rojizo la seguían en cada movimiento. Cuando ella se movía a la izquierda, su cabello volaba hacia la izquierda, cómo si la obedeciese. Cuando ella se movía a la derecha, su cabello cambiaba en esa dirección con la misma precisión.

Mami siempre hacía esto. Era una rutina diaria de cocina. Podía empezar a bailar mientras tostaba pan, lavaba los platos o batía huevos para preparar un delicioso flan cubano. Ella se dedicaba todo el día a cocinar o limpiar mientras mi hermano Cary y yo estábamos en la escuela y mi papá exterminaba bicho en los hoteles de Miami Beach.

Aquella era una típica hora del almuerzo para Mamá, salvó porque yo me encontraba en casa. Era sábado. Yo, un niño de diez años con cabello rizado y castaño, estaba de pie en un rincón, y reía ante la imagen de su alocada madre que bailaba con una pareja invisible. Y entonces, sucedió. El piso de la cocina se convirtió en pista de baile, y de repente, Mami me llevó al centro del escenario para, ¡uf!, ¡bailar!

Oh, Dios mío, pensé. ¡Qué pena! ¿Por qué yo? ¿Por qué no Cary? ¿Dónde está papi? ¿Nos verán por las ventanas nuestros vecinos estadounidenses?

Yo no sabía bailar, pero eso no impidió que Mami forzara mis dos pies izquierdos a moverse. Me batió por todo el piso de la cocina del mismo modo que bate el merengue fofo. ¡Me hizo girar como una tira de pasta!

Traté de escapar, pero fue inútil. Sus brazos me aprisionaron ahí. Celia Cruz hacía lo suyo en la radio y mami en la cocina, conmigo como remolque.

La música sonaba y Mami empezó a contonearse.

"Ahora Yonito, a la izquierda, a la derecha, adelante y para atrás", anunció mi mamá, mientras me llamaba por mi mote de familia.

Traté de seguirla, pero no pude captar el ritmo. Yo quería bailar break o de plano escapar.

"Mami, no quiero hacerlo", me quejé. "¡Mis amigos de la escuela no bailan esto!"

¿Y cuál fue su respuesta? "¡Ahora Yonny, a la izquierda, a la derecha, adelante y para atrás! ¡Anda!"

Ella no me escuchaba, quizá porque la Celia cantaba a todo pulmón desde la radio o porque Mami iba a enseñarme a bailar a toda costa.

Yo me sentía frustrado y mi mamá también. Una y otra vez, en lugar de pisar la baldosa beige de la cocina, le pisaba los pies.

Me sentía torpe al bailar. Mis piernas flacas no podían seguir el paso a sus zancadas curvadas y fluidas. Mis piernas eran como dos palos que no se doblaban. Me sentía como una persona diestra a la que se fuerza a escribir con la mano izquierda.

Al ver mi frustración, mi mamá se detuvo y me pidió que escuchase el ritmo que se marcaba desde la radio. Me tomó de las manos y me indicó que aplaudiera cada vez que oyese el ritmo.

¡CLAP! ¡CLAP! ¡CLAP! ¡CLAP! ¡CLAP! ¡CLAP! ¡CLAP!

Por un momento, algo que parecía una ronda de aplausos resonó en la cocina.

Pero entonces, algo ocurrió. Mis dos pies izquierdos empezaron a entender. Después de seguir con aplausos la rápida sucesión de ritmos, mi madre me pidió que los siguiese con el cuerpo.

Mécete hacia atrás, **¡CLAP!**

Vuelve hacia delante, ¡CLAP!

A la izquierda, ¡CLAP!

A la derecha, ¡CLAP!

Mis manos aplaudían, mis pies pataleaban, y de repente, empecé a girar y contonearme al unísono con Mami. ¡El baile de la cocina cubana!

Un torrente de ritmos latinos brotó de la radio para entrar en mi corazón, mis piernas y mis brazos. Algunos eran rápidos. Otros eran lentos. De cualquier manera, logré asirme de las cadenciosas explosiones que crujían desde la pequeña radio de cocina.

Bailamos una y otra vez al ritmo de Celia, y luego al de otros grandes clásicos cubanos.

Mi mamá me guió aquel día, pero después yo empecé a guiarla. La hacía girar por toda la cocina y hasta el comedor, mientras

las líneas de sudor recorrían nuestra cara y nuestro corazón rumbaba con los ritmos. ¡Era la fiebre del baile!

Hace poco mis recuerdos del baile de la cocina cubana avivaron cuando compré mi primer hogar en Boston, Massachusetts, como a 1 500 millas de aquella pista de baile en la cocina de Mami. Y por curioso que parezca, mi nueva cocina se parece a la suya, con un brillante piso de baldosa beige, gabinetes de madera y una pequeña radio de cocina sobre el tablero de f" mica.

Los fines de semana, mientras preparo mi almuerzo, me sorprendo en pleno baile con una pareja invisible al son de la **mu**ica de Gloria Estefano o Shakira, ¡y me mezo a la izquierda, a la derecha, adelante y para atrás!

Cierro los ojos, escucho el ritmo e imagino que vuelvo a tener diez años y vuelvo a bailar con Mami en nuestra cocina cubana.

Johnny Diaz

SIN RODEOS®



Los zapatos de mamá

Yo te suplico que veas con ojos de niño, que oigas con oídos de niño y que sientas con corazón de niño.

Antonio Novello

Mi mente lucha por recordar una época, hace muchos años, en que yo era sólo una niña. Tenía cuatro años de edad y mi recuerdo no es completo o vivido, sino más bien como un rompecabezas con piezas faltantes o una película que se adelanta en ciertos lugares.

Es un día nublado, encapotado. En el pueblo hay un desfile y está muy concurrido. Yo estoy junto a mi madre, sostengo su mano e intento ver el desfile a través de todas las personas que están frente a mí, pero soy tan pequeña que casi lo único que veo es la parte trasera de sus piernas. Al darse cuenta de esto, mi madre me carga por sobre el encintado para que me sienta con mis hermanos. Desde aquí la vista es mejor, aunque un tanto aterradora porque todo me pasa por arriba. Ahora parece real la posibili-

dad de que me pise un caballo o algo más grande. La gente ríe y aplaude a mi alrededor y a todos se les ve muy felices.

Estoy sentada en el encintado y veo pasar a los payasos con sus ridículos sombreros y rojas narices. Veo sus enormes zapatos y sus pintorescos trajes, y aunque me gustan mucho no puedo evitar temer que uno de ellos se detenga a regalarme un globo. Vuelvo la vista para buscar a mi mamá y siento la urgencia de regresar a sus brazos, pero mi hermano mayor me rodea con su brazo y pronto volvemos a reír.

La música de la banda que marcha llena mi cabeza y río con mis hermanos y hermanas cuando un grupo de perros baila para nosotros. Algunos chicos en bicicletas hacen trucos y tocan sus campanas y bocinas mientras pasan.

Yo estoy muy feliz y emocionada por todo lo que ocurre a mi alrededor, pero vuelvo la vista hacia atrás cada cierto tiempo, hacia donde está mi madre. No puedo ver su cara por toda la gente que pasa, pero reconozco sus zapatos viejos y desgastados. Han permanecido en el mismo lugar desde que ella me cargó por sobre el encintado. Cada vez que se acerca algo que me asusta, busco con la vista los zapatos de mi madre, y sé que ella estará ahí para esperar que corra y me refugie en sus brazos si me asusto demasiado.

Parece que el desfile termina demasiado pronto, pero aún estamos sentados en el encintado, rodeados por todos lados de confeti y cinta de teletipo. Mis hermanas charlan con emoción acerca de su parte favorita del desfile, y ambas tratan de superar el relato de la otra. Mi hermano mayor se sienta junto a mí y me sostiene la mano mientras yo me recargo en él. Tengo sueño y quiero irme a casa. Busco con la vista los zapatos de mi madre, pero esta vez no están donde los dejé. Asustada, grito y siento que mi hermano me aprieta la mano.

"Mira", me susurra y señala en dirección contraria.

Volteo para ver a mi madre que nos sonrío. Se ve tan her

mosa. Sostiene una caja de donde salen sonidos como de píos rasguños. Ella baja la caja para que podamos observar qué ha en su interior, y vemos unos pollitos que nos miran. ı

Cada uno está pintado de rosa, verde o amarillo brillant Son cinco pollitos, uno para cada uno de nosotros.

"Feliz Día de Pascuas", dice mi madre.

Todos brincamos, aplaudimos y reímos de felicidad.

Nos sentamos en el encintado, jugamos con los pollitos u rato y pensamos en nombres para ellos. \

Por último, mi madre entrega la caja a mi hermano y me levanta con suavidad. Mientras emprendemos el regreso a casa, recuesto mi cabeza en su hombro y pronto quedo dormida, y sueño con payasos chistosos y pollitos color de rosa.

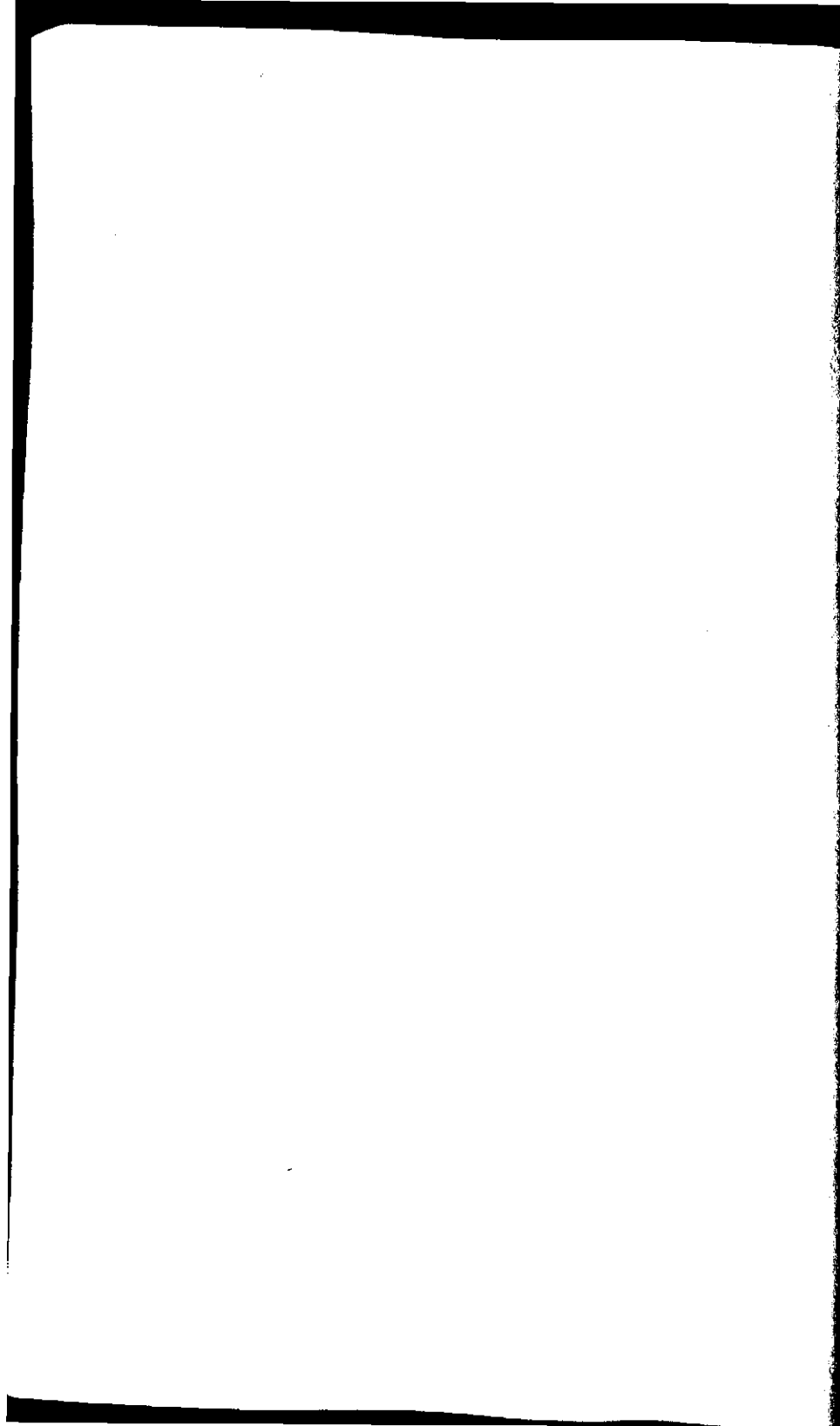
Irma Y. Andrade

3

LECCIONES QUE DA LA VIDA

*Lo que en los Bros no enseñara.
está, la vida te lo*

Proverbio latino



Cosas que aprendí de mi madre

Las estrellas brillan de manera constante, pero a menudo no las vemos sino hasta las horas oscuras.

Anónimo

Cuando tenía dieciséis años, mi mejor amiga y yo fuimos al barrio de Woolworth, nos introdujimos en un pequeño cubículo acortinado y, tras pagar un cuarto de dólar, reímos salvajemente mientras una cámara tomaba cuatro fotografías consecutivas de nosotras. Las imágenes resultantes, una tira de fotografías en blanco y negro de ínfima calidad, nos hicieron reír por horas. Mucho después, mientras Marilyn y yo examinábamos las fotos por lo que parecía la centésima vez, ella dijo algo que me hizo preguntarme si acaso las imágenes eran tan graciosas como creía en un principio.

"Me recuerdas a tu madre en estas fotos", señaló Marilyn.

Yo regresé a casa y tiré las fotos a la basura.

En aquel entonces, nada podía insultarme más que se me comparase con mi madre. La verdad era que —y me duele admitirlo— me avergonzaba de ella. Y así, durante toda mi adoles-, cencia, hice todo lo posible para demostrar que yo era la antítesis de lo que creía que ella era.

No siempre sentí esa aversión hacia mami. Cuando niña, me llamaban La chiclet porque uno de nuestros vecinos decía que yo me pegaba a mi madre tal como un chicle se adhiere a la suela de los zapatos. Aunque mi madre estuviese de compras, lavase ropa o viese la televisión en el apartamento de la vecina, yo estaba con ella. En verdad, me encontraba tan apegada a mi mamá que solía pasar horas sentada en un banquito mientras la veía planchar camisas de hombre para ganarse unos dólares más. Me fascinaban los movimientos tan fluidos de sus manos cuando extendía cada camisa por completo, la suavizaba con sus palmas y, rítmicamente, hacía desaparecer todas las arrugas.

La mayoría de las veces, mami tarareaba o cantaba algo mientras planchaba docenas de camisas, pero en ocasiones, si yo insistía lo suficiente, me contaba alguna historia. Ella me entretenía con historias sobre Juan Bobo, el célebre y tonto personaje puertorriqueño, o con sus propias versiones de los cuentos de hadas. Mi favorito trataba sobre una damisela que montó sobre la espalda de una criatura mítica para rescatar a su verdadero amor. A mami le encantaban los juegos de mesa y podía jugar parchís o damas chinas por horas y horas. Ella siempre me ganaba en las damas chinas. Una vez le pregunté por qué nunca me dejaba ganar. Ella respondió que cuando yo por fin aprendiese a jugar lo bastante bien como para ganar por mí misma, se lo agradecería. Hasta hoy, no recuerdo si eso llegó a ocurrir.

No sé muy bien cuándo cambiaron mis sentimientos por mi madre. Sin embargo, sé bien que para cuando yo estaba en la preparatoria, mami y yo discutíamos la mayor parte del tiempo. Yo le reclamaba por todo, incluso por cosas sobre las que ella no tenía control. Me avergonzaba su apariencia, pues era de baja estatura y tenía sobrepeso. Me abochornaban sus lamentables carencias educativas y su mal inglés. Me mortificaba cada vez que ella hurgaba en la basura de otras personas y rescataba tostadoras, planchas y cosas similares para arreglarlas y tener un nuevo aparato. Sin embargo, lo que más detestaba de ella eran sus reglas. A los dieciocho años, aún tenía que acostarme a la medianoche y, además, nunca se me permitía quedarme a dormir en casa de mis amigas. Yo le reclamaba por cada regla que ella imponía. Nuestra casa era un campo de batalla porque ella nunca cedía a mis reclamos, al igual que nunca me dejaba ganar en las damas chinas.

Yo me fui a vivir sola ocho meses después de terminar la preparatoria. En los años que siguieron, mi madre y yo vivimos en una paz relativa y distante. A veces hablábamos por teléfono y casi nunca nos veíamos. Nunca le contaba cosas sobre mi vida que pudiesen provocar un conflicto entre nosotras. A ambas nos gustaba manejar las cosas así.

No fue sino hasta que tuve a mi primer hijo que mi relación con mi madre empezó a cambiar. La hija de mi hermana, la única nieta de mi madre, tenía ya diez años, y mami estaba encantada de tener un nuevo nieto con quién jugar. Comenzamos a visitarnos con mayor frecuencia, y yo descubrí que, de manera instintiva, mami sabía cómo ser una abuela. Ella me orientaba cuando yo le pedía consejo, pero nunca se entrometía.

Poco después de que mi hijo cumpliera dos años, a mami se le diagnosticó leucemia aguda y fue hospitalizada por ocho meses. Ahora, debilitada por la quimioterapia y confinada a una silla de ruedas, mami ya no era capaz de vivir sola. Entonces, mi esposo y yo le ofrecimos venir a vivir con nosotros.

Mientras mi hermana y yo ordenábamos las posesiones de mi madre para preparar su mudanza a mi casa, descubrí la tira de fotografías color sepia que Marilyn y yo nos habíamos tomado en Woolworth. De alguna manera, mami las había rescatado de la basura y guardado en su álbum fotográfico. No pude evitar reír de aquellas fotos tan ridículas, pero aun entonces no pude ver el parecido entre mami y yo que había resultado tan obvio para mi amiga.

Si me preguntaran cuál es el período de mi vida que me ha dado la mayor tristeza y cuál el que me ha dado la mayor alegría, tendría que responder que la época en que mi madre vivió con nosotros incluye a ambos. Durante aquellos años, mi esposo y yo sacrificamos nuestra privacidad y construimos nuestra vida alrededor de la comodidad y el cuidado de mi madre. La llevamos a todas sus citas con el médico y sus sesiones de quimioterapia, y compramos alimentos especiales. Le administramos sus medicamentos y aprendimos cómo inyectarla con insulina para controlar la diabetes que había desarrollado por causa de la quimioterapia. Y sin embargo, también guardo recuerdos maravillosos de aquella época.

Puedo recordar la emoción de mami cuando mi hijo Nick y yo le dimos un paseo en silla de ruedas por el zoológico del Bronx y vio una jirafa bebé. Aún puedo recordar su entusiasmo cuando la llevamos a visitar a su familia en Puerto Rico. Y lo mejor de todo, aún puedo recordar las discusiones entre ella y Nick cuando jugaban damas chinas. Ella se quejaba y hacía trampa, y él gimoteaba, con toda razón, porque ella nunca lo dejaba ganar.

Dos años después de venir a vivir con nosotros, mami falleció y me dejó con un infranqueable vacío de dolor que, de cierto modo, aún llevo conmigo. De vez en cuando saco el viejo álbum fotográfico de mi madre y miro aquella amarillenta tira de fotografías que mi amiga y yo nos tomamos hace tantos años.

La jovencita que aparece en esas fotos y que estaba tan avergonzada de su madre ya ha madurado. Hoy trato de encontrarme siquiera una similitud entre aquella mujer que aprendió sola

a leer y escribir, que tenía que planchar camisas de hombre para complementar sus bajísimos ingresos y que era la mejor reparadora de aparatos electrodomésticos de la calle La Salle.

Sylvia Rosa-Casanova

Aprender a volar

Lo que importa en la vida no es lo que te ocurre, sino lo que recuerdas y cómo lo recuerdas.

Gabriel García Márquez

En realidad, nunca conocí a mi padre, aunque crecí en su presencia. Su romance con el alcohol lo mantenía ocupado la mayor parte del tiempo, pero cuando había vislumbres de afecto, eran de verdad mágicos.

Mi padre podía construir aviones aerodinámicos con hojas de papel como nunca he visto a nadie hacerlo. Cada oportunidad que yo tenía, le pedía que me hiciese uno de esos aviones. Parecía que tardaba horas —doblaba, cortaba, chupaba y revisaba—. El resultado final era un aeroplano que, lanzado bajo un viento intenso, podía recorrer toda una manzana.

Mi padre conocía mi fascinación por sus aviones, y sin embargo nunca se tomó el tiempo para enseñarme a hacerlos. Quizá

esto se debía a que él sabía que esos objetos eran su boleto de entrada a mi corazón hasta su siguiente cita con la botella. Quizá si yo hubiese sabido cómo hacerlos, él ya no habría podido entrar. O tal vez yo nunca quise aprender. Aquellos momentos especiales con él eran tan raros.

A medida que crecí, perdí el interés en sus aviones y ambos nos distanciamos cada vez más. Al final, rara vez hablábamos.

Hoy hago aviones de papel para mis dos hijos. Aunque su hechura no se compara a la de los de mi padre, veo y siento la misma magia y entusiasmo en mis hijos que la que yo sentía durante los momentos especiales con mi padre.

Ojalá él estuviese aquí para que viese qué buen piloto fue, a pesar de todo.

Te extraño, Papi.

*Steve
Peralta*

Cada primer viernes

La experiencia no es el más amable de los maestros, pero sin duda sí el más sabio.

Proverbio latino

Miré por la ventana y no vi nada. Tuve que raspar la escarcha con las uñas para poder entrever el viento borrascoso y la nieve que acometía. Nadie se habría atrevido a salir en una noche tan fría de invierno, a menos que no tuviera otra opción. Mi madre era una de esas personas. Ella se dirigía a su trabajo de limpieza de oficinas en el centro de Chicago. Podía ver sus ojos cansados bajo su bufanda y su sombrero. Junto a ella estaba mi hermano menor César. Aunque también iba cubierto de pies a cabeza con ropa invernal, sus Ojos centelleaban.

El primer viernes de cada mes a mi mamá se le permitía llevar a sus hijos al trabajo. Yo tenía entonces como doce años; mi hermano, diez. Mi mamá trabajaba de lunes a sábado de 11 p.m.

a 6 A.M. Tenía que tomar tres autobuses para llegar al centro de la ciudad. Cada primer viernes, César la acompañaba. Yo, por mi parte, siempre estaba demasiado ocupado. Si no estaba en prácticas de béisbol, partidos de baloncesto o el cine, inventaba alguna otra excusa. No podía imaginarme despierto toda la noche por limpiar oficinas. César y mi mamá me rogaban que los acompañase, pero después de un rato dejaron de pedírmelo, pues sabían que me iba a negar. Para mi hermano aquello era distinto. César venía a casa y, emocionado, me contaba cómo había ayudado a mi mamá a aspirar las alfombras, sacudir y tirar la basura. Pero lo mejor de su noche era jugar a las escondidas con los hijos de los demás empleados.

Todos los colegas de mi madre eran inmigrantes, en su mayoría mujeres polacas y mexicanas. Muchas vivían en nuestro barrio y también llevaban a sus hijos e hijas a limpiar las oficinas cada primer viernes. La mayoría de ellas trabajaban en ese horrible turno para poder enviar a sus hijos a escuelas católicas. Mi madre no era la excepción.

Mis padres vinieron a este país desde México y al principio no hablaban inglés, de modo que los únicos empleos que pudieron encontrar fueron de tipo manual. Es notable que durante todo aquel tiempo mi madre nunca se quejara de estar demasiado cansada u ocupada. Nos hacía de desayunar cada mañana, siempre iba a recogernos a la escuela y se aseguraba de que estuviésemos acostados antes de irse a trabajar.

¡Qué cómodo debe ser para los abogados y dentistas llevar a sus hijos a sus oficinas! Es muy distinto llevar a tu hijo y tomar tres camiones distintos en un frío viernes por la noche para que te ayude a limpiarlas. Pero mi madre estaba dispuesta a hacerlo. Ella quería nuestra compañía, pero sobre todo quería mostrarnos cómo pagaba nuestras cuentas. Sin embargo, yo nunca presencié cómo mi mamá se ganaba el pan de cada día. Cuando estudiaba la preparatoria, pregunté a mi hermano por qué le gustaba tanto ir a aquellas oficinas. ¿En verdad le gustaba sacudir y aspirar? Su respuesta me resultó del todo inesperada. Dijo que él iba allá no porque le gustase limpiar lo que tiraban otras personas, sino porque le gustaba estar con mamá. Dijo que se sentía triste cada noche, cuando ella se iba a trabajar; él siempre deseaba que ella no tuviera que irse. Así que, por al menos una noche al mes, él tenía la oportunidad de estar ahí con ella. Sentí una gran vergüenza y me pregunté por qué no lo había visto de ese modo. Para mí, aquello era una simple tarea, algo indigno de mis capacidades. Podía darme el lujo de negarme; mi madre no. Y mi hermano en verdad había elegido hacerlo.

Por irónico que parezca, tras concluir la licenciatura en contaduría, César encontró un empleo en el mismo edificio que mi madre había limpiado años antes. En su primer día de trabajo, César se puso un traje; ahora él era un hombre de negocios. Mi madre le enderezó la corbata, lo besó en la mejilla y le dio su bendición. Pero cuando se dirigía a su auto, mi hermano se detuvo y corrió de vuelta a casa. Dejó su portafolios, rodeó a mi madre con sus brazos

y empezó a llorar. Ella lo abrazó aún más fuerte y lloró también. El hijo de la empleada de limpieza se había convertido en adulto.

Cuando vi esta muestra de amor y ternura entre madre e hijo, comprendí los sacrificios de mi madre en toda su magnitud. Hoy, a menudo pienso en la calidez y generosidad de mi hermano. El entendió de niño lo que yo tardé años en aprender. Supo cómo expresar amor, gratitud y afecto a su familia. También descubrió que ciertas oportunidades sólo se presentan una vez en la vida y que si no las aprovechas se irán para siempre. Mi mamá murió hace varios años y no hay un solo día en que no la tenga en mi mente y mi corazón. Cómo quisiera haberlos acompañado a limpiar aquellas oficinas.

Alejandro Díaz

El capítulo final de Isabel

Mi madre vino a vivir conmigo antes de morir. Se llamaba Isabel y estuvo conmigo durante los últimos seis meses de su vida, antes de perder la batalla contra el cáncer de mama, ya en metástasis, y la enfermedad de Alzheimer. Nunca consideramos para ella otra opción que el cuidado familiar, lo cual me ayudó a prepararme para ese proceso tan difícil física y emocionalmente en lugar de desperdiciar mi energía en pensar qué hacer. Por irónico que parezca, gracias al Alzheimer, ella no recordaba que estaba muriendo, y en muchos sentidos se encontraba mucho más tranquila y alegre que nunca desde la muerte de mi padre, siete años antes.

Nosotras unimos poco a poco nuestras vidas, muy distintas entre sí. Todos los días, ella se quejaba de que su café estaba demasiado frío o demasiado fuerte antes de dirigirnos a la clínica para el cuidado de pacientes con Alzheimer, lugar al que llamábamos El viejo. Ella creía que ahí realizaba trabajo voluntario, lo cual era una de las múltiples readaptaciones de la realidad que tuve que hacer para ayudarnos a lidiar con nuestras penas

diarias. Ella se volvió más infantil que mis gemelos de ocho años; yo me convertí en la madre de mi madre. Yo era su cuidadora y tenía que hacer malabares para poder cumplir con mi empleo, mis hijos, mi mamita, mi cordura y mi propio cuidado.

Era el Día de los Caídos de 2003. Mi madre recibió la mañana con unos agudos gritos de dolor. "¡Ay, ay, ay, caray! Me duele la cadera", exclamó. Ese mismo dolor de cadera nos había alertado casi dos años antes que su viaje en la Tierra había iniciado su capítulo final. Como su hija, me programé para realizar cualquier labor que se necesitara, aumenté su dosis de analgésicos y consulté a la enfermera de la clínica. Los sentimientos de ternura que había desenterrado durante los meses en que había cuidado de mi mamá habían hecho que yo estuviese siempre alerta del presente, pero también me hacían temer lo que aquello presagiaba.

Antes de este episodio, cada ajuste en los medicamentos para el dolor habían aliviado rápidamente sus dolores y eso nos había permitido conservar nuestro frágil equilibrio. Poco a poco comprendí que esta ocasión era muy distinta. Pasaron tres días y el dolor no cedió a pesar de que dupliqué y hasta tripliqué su dosis de medicamentos.

Mi mamá descansó un poco el jueves y permaneció en cama mientras leía el periódico una y otra vez, sin darse cuenta de los esfuerzos que se hacían por ella. Por la noche, se le administró un poco de morfina líquida. Se me indicó que le diese una dosis cada hora hasta que desapareciera el dolor. Después de cuatro dosis, empezó a tener alucinaciones. "¿Dónde está la carta de Colombia?", preguntó varias veces mientras me miraba con desconfianza. Esta desconfianza era tan distinta de las conexiones tan armoniosas que habíamos desarrollado que me produjo una enorme angustia, la cual en vano traté de controlar.

En lugar de aceptar su estado mental, algo para lo que yo me había vuelto bastante buena, ella lo rechazaba. No quería que ella abandonara nuestra dulce y loca coexistencia. A pesar de toda la ansiedad y el trabajo, había llegado a apreciar el hecho de darle el consuelo de estar en mi hogar.

Unos minutos después, encontré a mi mamá en el baño. Ella estrujaba el papel que envolvía una planta de Kalonchoe, y decía que quería un dulce. Agitaba las manos ante el sonido de lo que su mente identificaba como la envoltura de un dulce. Traté de arrebatarse la pobre planta, pero ella la sujetaba con gran fuerza.

"Eso no es un dulce, mamá", le dije en tono de desaprobación. "Es una planta".

Ella la sujetaba con determinación, pero al final la tiró a la basura y regresó cojeando a su cama. Rescaté la plantita y la escondí en mi recámara.

En la mañana resultó claro que ella perdía con rapidez cualquier capacidad para cuidar de sí misma. Doré por teléfono con mi hermana y mi hermano, quienes pronto se las arreglaron para venir conmigo.

Para el sábado, mi mamá ya no comía y todo lo que usaba eran pañales y un parche de morfina para tenerla cómoda. Yo no estaba preparada para una partida tan rápida, para una pérdida tan grande. La intensidad de su deterioro causó un profundo impacto en los amigos que vinieron a traernos comida, a abrazarnos y a visitarla mientras descansaba. No había duda de que el cuerpo de mi madre estaba perdiendo la batalla.

Nosotros llamamos a su familia en Colombia, les hicimos saber que la última hora había llegado y les dimos la notable oportunidad de compartir con ella palabras de despedida. Siempre me sentiré orgullosa de esto, pues su hermano, su hermana, sus sobrinas, sus sobrinos nietos y sus amigos cercanos fueron capaces de llenar su alma con mensajes de amor y cariño en sus últimos días. El domingo, mi mamá durmió la mayor parte del día y llegó a murmurar algunas cosas. Se mostraba especialmente comunicativa cada vez que alterábamos su estupor para cambiarle los pañales. Con lentitud, pronunciaba: "Brrruuutaaaaaass". Sí, sus últimas palabras no fueron muy poéticas, pero en verdad reflejaban su naturaleza recia y fogosa, un carácter que le había funcionado bien y la había protegido en este país, al cual adoptó como propio unos cincuenta años antes.

Mientras yo me debatía entre el cuidado de mi madre y el tránsito vehicular, empecé a sentir la enorme necesidad de preparar unos tamales colombianos. Esta tarea se sumaba a todas las responsabilidades que implicaba cuidar de mi madre, pero a mí me parecía parte de una secuencia natural oler el pollo que se cocinaba en el comino —un sabor que ella valoraba como fundamental— y aplanar la masa tibia y húmeda con mis manos, como tantas veces lo había hecho ella con las suyas. Yo tenía sus manos, activas como dos pajaritos volando por la vida.

En la tarde, empezó a tener dificultades para respirar, y tanto mi hermana Susan como yo dudamos que llegara viva a la mañana. Dos curanderas nos enseñaron cómo hablar con mi mamita y cómo dejarla ir. Quemamos copal y aliviarnos las molestias de su cuerpo con yerbas y flores, encendimos velas y trajimos flores para rodearla de belleza, tal como ella lo había hecho siempre en su casa y su jardín. Por nuestro interior y alrededores fluía música tranquila, pues ahora la vigilábamos de manera constante. Las velas ardían con calma, como si repitiesen la lenta respiración de mi madre.

El martes, un sacerdote le dio la extremaunción. Habló en inglés y español y nos recordó que la audición era el último de los sentidos en morir y que debíamos tocarla con nuestras palabras y manos. Su espacio se había convertido en un entorno sagrado, la intersección de "la vida y la muerte para ella y para todos los que vinimos a sentarnos con ella y honrar su partida.

El miércoles por la mañana, la curandera vino a ayudarme a reunirme con mis hermanos, pues el estrés del momento había hecho resurgir antiguas tensiones entre nosotros. Al retirarse, ella me dijo que ya no faltaba mucho y que cuando se acercase el momento yo lo sabría. Alrededor de las 3:30, subí a la habitación de mi madre para sentarme con ella y sostener su mano.

Antonio, mi compañero de residencia, también estaba ahí y sostenía su otra mano. Es así como habíamos estado los últimos seis meses, como un trío de personas que experimentaban sus vidas y dificultades juntas y con mucho cariño.

Me pregunté qué más podía hacer para ayudar a mi mamá en su transición. Le prometí que seguiría arrojando papelitos a Antonio para molestarlo, tal como ella lo había hecho. Le aseguré que pondría sus platillos favoritos en el altar de Día de Muertos —aguacate, mango, tamales, café—. Descubrí que estos también eran mis platillos favoritos, algo que formaba parte de mi vida, gracias a mi mamá.

De repente, ella abrió los ojos y me miró. Yo la miré y vi que tenía las pupilas dilatadas. El color desapareció de sus labios y cerró los ojos. Supe sin lugar a dudas que el momento había llegado. Rápidamente pedí a Antonio que avisara a los demás que viniesen, y así lo hicieron, todos dispuestos alrededor de su cama. Le sostuve una mano y mi hermano Rosendo la otra. Susan me pidió que cantase Amazing Grace. Yo dije que haría lo posible, a pesar de que las lágrimas se me salían y mi voz se quebraba.

"Tis grace that brought me safe thus far, and grace will lead me home" ('Es la gracia la que me trajo hasta aquí a salvo, y es la que me guiará al hogar') canté a mi mamita mientras veía, a medida que se disipaba su pulso, cómo el río de la vida por fin la dejaba ir y se marchaba.

Después me di cuenta de que mi mamá estuvo plenamente consciente durante su deceso, con una paciencia poco común en sus últimos días. Nos permitió amarla y acariciarla como nunca pudo mientras vivió. Descansó como nunca lo hizo en vida, con música, velas y yerbas. Y al final, mi mamá aceptó mi mano y

mi corazón, los cuales le ofrecí por tantos años, para ayudarle a cruzar al otro lado.

Para corresponderle, le prometí valorar y aprender de sus complejas relaciones en la Tierra, su hilaridad y sus decepciones, sus triunfos y sus tragedias.

Aquel día de junio, yo me liberé del temor a la muerte y la recibí como un proceso natural. Aquel fue un regalo que mi madre nos dio a quienes estuvimos presentes en sus últimos días, un regalo que llevaré conmigo por siempre.

Linda M. González

Aprender a apreciar a Papi

En 1963, cuando salí de Cuba e inmigré a los Estados Unidos, mis padres perdieron todas sus posesiones. Entonces nos mudamos a McAllen, Texas, donde mis padres tuvieron que volver a empezar desde cero. Ambos tenían muy arraigada la idea de que mi madre debía permanecer en casa con nosotros. Esto significaba que mi padre debía trabajar aún más para darnos de comer. También implicaba que hiciéramos muchos sacrificios como familia. En muchos de mis recuerdos de infancia aparece mi padre trabajando en la tienda de telas de la familia. Mi padre trabajaba entre doce y catorce horas al día, por lo regular los siete días de la semana. A veces se tomaba la tarde del domingo libre.

En todos esos años, nunca escuché que mi madre se quejara de las largas jornadas laborales de mi padre. Tanto él como mi madre tenían menos de 30 años de edad, y estoy seguro de que lamentaban no poder pasar más tiempo juntos. Sin embargo, ambos estaban comprometidos a triunfar en este país y sabían que si no se apoyaban uno a otro no serían capaces de alcanzar sus metas. Mi madre nunca despilfarró el dinero, y compraba

sólo lo necesario. Ella cocinaba, limpiaba la casa y confeccionaba toda nuestra ropa. Mi madre nos recordaba a diario cuánto trabajaba mi padre, lo mucho que nos amaba y los sacrificios que hacía para que pudiésemos establecernos en los Estados Unidos. Mi madre nos enseñó a ser considerados con mi padre, y a medida que observamos la manera en que ella siempre lo cuidaba, nosotros también aprendimos a cuidarlo.

Cuando mi hermano y yo nos portábamos mal, ella nos decía lo decepcionado que mi padre se sentiría cuando llegara a casa después de trabajar y nos encontrara castigados, sentados en silencio. Recuerdo cómo oía llegar el auto de mi padre por el camino de entrada y cómo mi hermano y yo prometíamos a mi madre que nunca volveríamos a pelear y le rogábamos que nos permitiese levantarnos antes de que entrara mi padre.

Por muchos años, nosotros vivimos a unas cuantas manzanas del centro de McAllen y los sábados íbamos a la tienda de telas. Por lo regular encontrábamos a mi padre de pie tras el mostrador, en plena guasa con algún cliente mientras negociaban el precio de unas cuantas yardas de tela.

Me encantaba ver la manera en que mi padre hacía con las tijeras una incisión en la orilla de un trozo de tela y luego desgarraba el resto con las manos. Aún puedo verlo con su lápiz en la oreja, un hábito que aún tiene, y las tijeras colgando de su cintu-rón. ¡Y qué orgullosa me sentía de que el hombre que estaba tras el mostrador fuese mi papi!

El sábado era el día de mayor trabajo en el local y mi madre siempre le llevaba el almuerzo. Los tres nos metíamos en una pequeña oficina, no mucho mayor que un armario grande, y nos sentábamos con mi papá mientras comía.

En vez de resentimos por el absorbente trabajo de mi padre, se nos enseñó a amar lo que él hizo y a admirarlo por su determinación de triunfar. Siempre entendimos que él hacía esto por nosotros. Mi hermano y yo amamos ese negocio familiar porque

constituye una gran parte de lo que es mi padre. Todos los años de duro trabajo que él dedicó al negocio rindieron frutos, y gracias a él nuestra familia ha tenido una vida maravillosa.

Tengo tantos recuerdos de las cosas que hacíamos juntos como familia que, cuando me convertí en adulta, me costó trabajo creer que aquellos viajes a la playa o los días de campo al Parque Anzaldúa hayan sido tan pocos y tan espaciados entre sí.

En una familia los niños aprenden acerca de las relaciones al observar cómo se comportan sus padres y cómo se tratan uno a otro, como marido y esposa. Una función de la paternidad es enseñar a tus hijos a amar a tu cónyuge. Una de las cosas más importantes que una madre puede hacer por sus hijos es enseñarlos a apreciar, amar y respetar a su padre.

María Luisa Salaries

Nada como un pez

El que nada no se ahoga.

Proverbio latino

Los recuerdos son como los sueños, están hechos del mismo vapor mágico. Vagos e ilusorios, los detalles se desvanecen tras la niebla. Lo importante en un recuerdo es lo que puedes extraer de él, la manera en que recuerdas la verdad.

Era aquella una fresca tarde de otoño. Las verdes hojas de las palmeras se mecían al paso de la brisa. En Miami no hay cambios de estaciones, pero debíamos estar en otoño pues estoy seguro de que llevaba puestos unos pants y unos tenis, y que la alberca rectangular de mi titi, de seis pies de profundidad, estaba demasiado fría como para usarse.

En el recuerdo, yo tengo siete años. Estoy sola en el patio y observo mi figura y el cielo reflejados en la alberca. Tengo la sensación de que no debería estar ahí sola. Sé que se me ha dicho

muchas veces que no juegue demasiado cerca de la orilla, a pesar de que mi tío me ha enseñado a nadar. Para mí, mi tío ha sido también mi niño, mi abuelo, e incluso a veces mi papá. Todos los demás hombres de la familia también han desempeñado esos mismos roles en uno u otro momento.

Miro mi reflejo, o una hoja, no recuerdo bien qué, cuando la profecía de mi titi acaba por cumplirse: caigo en el extremo profundo de la piscina. En general, esto no habría significado un gran problema para mí; apenas el verano anterior me había vuelto experta en nadar por las partes más profundas. Ahora bien, yo hacía esto bajo la supervisión de toda mi familia, cuando mis primos mayores estaban cerca y contaba con la ayuda de unos flotadores anaranjados y un precioso traje de baño de dos piezas. Ahora uso unos pants y unos tenis, que bajo el agua son como unas pesas sujetas a mis tobillos y me extenúan con cada débil patadita que doy.

Mi tío debió haberme visto por las puertas de vidrio desde la sala, pues en cuestión de segundos él está ya en el extremo de la piscina mientras yo me impulso hacia la superficie. Mi pelo largo y negro me cubre la cara. Me sofoca y me ciega como si fuese una bolsa para basura. Miro sus sandalias de cuero color marrón, jadeo y pido ayuda a gritos. Mi tío no salta para rescatarme, pero sus sandalias me siguen a lo largo de la alberca.

"Nada hacia la parte menos profunda. ¡Tú puedes! No dejes de nadar. Vamos. Casi llegas al otro lado. Hazlo como yo te enseñé. Sigue adelante". Su profunda voz de barítono me tranquiliza.

Yo escupo y trago agua al mismo tiempo. "¡Pero... no... puedo... !" Las palabras me salen en pequeños brotes, pues lucho por mantener la cabeza a flote.

"No nades como ranita. Ahueca las manos. Vuelve la cara hacia un lado, con el brazo sobre el hombro. Vuelve la cara hacia el otro lado, de nuevo con el brazo sobre el hombro. Tus pies son aletas de pez; ¡nada como un pez! Vamos, mamita. Hazlo como yo te enseñé". El no aceptaba más que brazadas perfectas.

Mi pánico cedió el paso a la exasperación a medida que me cansaba más y más con cada patadita. Cuando por fin logré llegar al otro lado, salí de la piscina y, tras recuperar la respiración, volví la mirada hacia el radiante rostro de mi tío. Mis grandes y oscuros ojos debieron haber expresado el miedo y el desconcierto de alguien que está enojado con el mundo exterior y avergonzado por su propia estupidez. Rompí en llanto, un llanto que se convirtió en un gemido que no cedió sino hasta que mi Titi, quien miraba por la ventana de la cocina y me vio empapada junto a la verde piscina aún ondulante, corrió afuera, me tomó entre sus brazos, me envolvió con una toalla y me llevó al interior de la casa.

Poco después de que me tranquilizaron, tras un baño tibio, la cena y un chocolate caliente con malvaviscos que siempre se derretían rapidísimo, olvidé todo lo ocurrido. Ni siquiera recuerdo haber agradecido a mi tío.

Años después, el recuerdo volvió a aflorar. Quizá hayas vivido uno de esos momentos que cambian la vida, pero cuyo significado tarda años en revelársete. Los sucesos de nuestra vida no importan por la secuencia en que ocurren sino más bien por el orden en que los recordamos. Mi tío me enseñó una valiosa lección aquel día en la alberca, el día que yo, ingenua, creí que él iba a dejar que me ahogara. Él sabía que yo sería capaz de salvarme porque él ya me había enseñado a nadar. Él sabía que no importaba lo que me deparara la vida, no importaba cuántas veces cayese hasta el fondo de los mares más espantosos, yo podía contar conmigo misma para encontrar mi camino de regreso a la luz, a la superficie, cerca de Dios y el sol.

Es sólo cuando dudamos de nuestras fuerzas, cuando tememos un cambio súbito en la corriente, que tragamos agua y empezamos a hundirnos. Nos ahogamos. Y los miembros de

nuestra familia, cuya función alguna vez fue protegernos de los peligros del camino, son nuestros instructores y nos miran desde fuera mientras recuperamos el control de nuestra propia vida.

Cada decisión que tomamos, cada patada y cada brazada, es un movimiento hacia nuestro propio destino.

Melissa *Anette*
Santiago

¡Oiga, señor!

Si el presente pone aunque sea sólo una elección en tu camino, elige ser un portador de la luz.

Anónimo

Una mañana, a principios de la primavera, el camino estaba repleto de niños. Estaban distribuidos por todo lo largo de la vía y varias veces tuve que rodearlos para poder pasar. Algunos arrastraban los pies y levantaban un polvo seco y rojo. Otros, sobre todo las niñas, caminaban tomadas del brazo, con lo cual me obstruían el paso y me forzaban a bajar y subir la acera.

Estaban en mi camino.

Y eso me molestaba.

Pero un chico-en particular en verdad me exasperó. El caminaba solo, murmurante, y cada vez que yo pasaba junto a él, me llamaba. "¡Oiga, señor!", decía, pero yo tan sólo lo ignoraba, aceleraba el paso y me iba trotando.

Él lo hacía todo el tiempo. Una y otra vez.

El chico robaba mis pensamientos cuando todo lo que yo quería era pensar en mi hijo. No nos hablábamos desde hacía más de un año, y yo necesitaba ahora, justo aquel día, encontrar una manera de recuperar nuestra relación. Pero mientras yo trotaba y pedía a Dios un consejo, tratando de sentir su palabra, este pequeño diablillo me interrumpía sin cesar.

"¡Señor!", decía cada vez que lo rebasaba. "¡Oiga, señor!"

Una vez, al mirarlo, supuse que él tendría unos diez u once años. El chico volteó a verme y dejó ver su pequeña y arrugada nariz. Ésta sostenía unos anteojos negros con armazón de concha, demasiado grandes para él. Igual que sus zapatos, pensé. Los llevaba desamarrados y sus lengüetas blancas y colgantes me recordaban un par de perros sedientos.

La siguiente vez que me acerqué a él, noté que era patizambo. Era muy flaco, estaba encorvado y tenía una cabeza un poco más grande de lo normal unida a un cuello largo y delgado. Se veía... pues, enfermo. Fue entonces que sospeché que algo no estaba bien con él.

Con todos ellos.

Aun así, de nuevo, yo no volteé cuando él me llamó. No quería verlo.

No quería hablar con ninguno de ellos.

Pero mientras corría —ahora incluso con anteojeras— no podía negar que todos estos niños tenían algún tipo de discapacidad, ya fuese física, mental o ambas. Al recordar por dónde corría, me di cuenta de que eran miembros de un programa especial de un día dedicado a su cuidado, conducido por el Parque Westwood, un anexo de la zona occidental del Departamento de Parques y Recreación de San Antonio.

Metros adelante, el chico no dejaba de voltear. Mientras yo veía cómo me buscaba —con el sol reflejado en sus gruesas y

pesadas gafas y esa arrugada nariz que me seguía—, tropezó con sus propios pies y casi cae al suelo. Ahora no pude evitarlo. Me preguntaba qué quería. Así pues, caminé más lento hasta llegar a un paso cansado y pesado cuando lo alcancé.

"¿Qué?", le dije un tanto jadeante.

"¿Me tomaría de la mano?", respondió.

De inmediato, mis ojos se llenaron de lágrimas. Asentí con la cabeza, pero no pude pronunciar palabra.

Entonces, me acercó su mano. Era un día soleado. El cielo tenía un tono azul profundo y estaba despejado. En los árboles que ! nos rodeaban por doquier, las palomas de la mañana cantaban su arrullo. El chico me tomó de la mano, y los dos caminamos juntos en silencio.

Rogelio R Gómez

Un puente hacia la libertad

Yo me cambio a mí misma;yo cambio al mundo.

Gloria Anzaldúa

Debo haber cruzado este puente cientos de veces, pero necesité de las palabras de un desconocido para entender lo que en verdad representaba. Antes de nuestro encuentro, éste era sólo un puente, una manera de ir de un lugar a otro. El desconocido me enseñó que en realidad era un vínculo entre dos mundos que, aunque estaban físicamente cerca, eran por completo diferentes. En una dirección estaba una tierra de oportunidades y libertad, mientras que la otra señalaba a una tierra de dificultades y dolor. En todas las veces que había cruzado por ahí, nunca había visto el puente de esa manera, pero ahí estaba aquel hombre en el lado mexicano de la cerca, cerrada con cadenas. El me abrió los ojos.

Moreno y con rasgos indígenas, sus ojos parecían perlas negras y su cabello, hecho de carbón. Sus prominentes pómulos y

su elegante y recia nariz me decían que alguna vez había sido un hombre orgulloso. Pero sus manos estaban curtidas y el tiempo no lo había tratado bien. En los brazos, sostenía con suavidad a un bebé plácidamente dormido, envuelto en un rebozo multicolor. Había algo en aquel hombre que me conmovió.

No es que nunca haya visto a mendigos en la frontera. Tú sabes de quiénes hablo. Me avergüenza aceptarlo, pero a veces me sigo de largo y finjo que no los veo. Pero a este hombre lo vi de manera distinta. El permaneció del otro lado de la cerca mientras yo me dirigí al puente que me conduciría a los Estados Unidos. Mi abuela me dijo una vez que un mexicano sano se cortaría el brazo derecho con alambres de púas antes de salir a mendigar en la calle. Eso es lo que me llamó la atención. El estaba sano y fuerte, y sin embargo estaba ahí y pedía limosna con su niña en un brazo y un papel blanco en la mano.

"¿Qué pasa?", le pregunté.

"Venimos de Puebla", dijo. "Ahorramos todo nuestro dinero para poder venir a los Estados Unidos a buscar trabajo, pero mi esposa enfermó gravemente. Gastamos todos nuestros ahorros en el médico y en un lugar para dormir y comer. ¡Por favor, ayúdenos! No puedo pagar sus medicamentos". El agitó la prescripción médica que llevaba en la mano. "No puedo encontrar empleo aquí y no conocemos a nadie. ¡Por favor, ayúdenos! Venimos de Puebla y mi esposa está muy enferma".

Sus palabras eran como ladrillos que aplastaban mi pecho. Mi corazón se hundió, y su pena me movió a hurgar en mis bolsillos y sacar lo que tuviese. Él extendió su grande y oscura mano, callosa por tantos años de arduo trabajo bajo el sol inclemente, y la introdujo por una de las aberturas de la cerca. No me miró y yo entendí por qué.

"Gracias, que Dios la bendiga", dijo con suavidad. Pude sentir que él hablaba con el corazón.

Yo quería preguntarle su nombre, pero supe que no debía.

Ni siquiera volví la mirada. Quería que conservara su dignidad. Mientras cruzaba el puente rumbo a los Estados Unidos, supe que nunca conocería su destino. Los ojos se me llenaron de lágrimas y me pregunté por qué él habría arriesgado todo, incluso la vida de su familia, para embarcarse en un viaje tan peligroso.

Aquel día las corrientes del Río Grande fluían estrepitosas bajo el puente, listas para devorar a cualquiera que se atreviese a cruzar por sus ásperas olas. Sin embargo, a lo lejos, pude ver a personas encorvadas tras los arbustos, esperando el momento propicio para desafiar aquellas aguas turbulentas. Del otro lado, rondaban los 4x4, en espera de capturar a todo aquel que plantara el pie en su territorio. Y entendí por qué el hombre tras la cerca arriesgaba tanto. Llevaba la respuesta en los brazos. Además, hacía no demasiado tiempo, mi abuela, embarazada, desafió aquellas mismas aguas turbulentas para llegar al lugar donde crecí. Pero las cosas siempre fueron tan fáciles para mí que nunca

me preocupé por aquel sitio ni me puse a pensar en lo difícil que había sido llegar ahí para quienes me precedieron.

Mi arribo a casa fue un tanto agridulce, pues lo que había visto y experimentado me había conmovido y cambiado. Hoy me doy cuenta de que la libertad es selectiva y no todos tienen la oportunidad de probarla. A veces miro hacia arriba y espero que llegue un día en que la Tierra sea como el cielo, abierto y despejado, un inmenso espacio sin límites creados por el hombre.

Aquel día en el puente encontré algo más que sombreros o baratijas. Encontré un nuevo entendimiento de lo que significa ser libre y de lo que implica desear el bienestar de todos los hijos de Dios.

Jacqueline Méndez

El Día de Sadie Hawkins

Miraba por la lente de una videocámara cómo nuestro pequeño Vincent de ocho años corría a la segunda base en un juego de béisbol y noté que cojeaba. Cuando Vincent empezó a apoyarse en una sola pierna nadie habría imaginado que aquel andar dificultoso era el primer síntoma de la Fibrodisplasia Osificante Progresiva (FOP), un raro desorden genético que convierte los músculos en huesos y que, con el tiempo, produce una inmovilidad catastrófica. Nadie habría imaginado que la FOP avanzaría hasta impedir que nuestro dinámico hijo se peinara o se atara las agujetas. Nadie habría imaginado aquella agradable tarde en San Joaquín Valley, mientras yo apuntaba mi cámara hacia un verdísimo campo escolar, que Vincent no volvería a tener otra temporada deportiva.

Hemos vivido con la FOP durante seis años, siempre en espera de una cura, de que ocurra un milagro científico en la Universidad de Pennsylvania, institución donde se realizan las principales investigaciones sobre la FOP. Pero hasta que no se encuentre una cura rogamos a Dios que Vincent pueda tener una adolescencia

normal, quien ha cambiado los deportes por la trigonometría y la trompeta. Y aunque él y todos nosotros llevamos dentro un sentimiento de pérdida, esta pérdida convierte los pequeños milagros de la vida, sus felices coincidencias, en un gran alivio.

El año pasado, Vincent fue invitado a su primer baile de Sadie Hawkins. Lo invitó Clemencia, una bella chica de primer grado poseedora de unos tímidos ojos cafés. Una fría y despejada noche de febrero en la víspera del baile, la familia de Clemencia vino para llevarse a Vincent a un viaje de compras con motivo del Día de Sadie Hawkins. Entonces descubrí que los padres de Clemencia eran mexicanos, de modo que charlamos en español un buen rato, y para cuando llegó el momento de explicar las precauciones que hay que tomar con la FOP, los adolescentes ya nos habían dejado, con lo que Vincent se ahorró la vergüenza de oír mi discurso. Unas horas después, él y Clemencia regresaron contentos de su visita a Oíd Navy con un par de uniformes camuflados color caqui.

El sábado por la mañana del Día de Sadie Hawkins, el teléfono sonó. Era Leonor, la madre de Clemencia, y se oía afligida: "Mi hija quiere disculparse", dijo. Clemencia tenía gripe.

Vicente descolgó el teléfono y se retiró a la computadora de la sala. Brian, nuestro hijo mayor, iba de camino a la casa de una amiga para hacerse unas trencitas en el cabello para el baile, y Lucas, su hermano menor, estaba en un juego de baloncesto. Aunque yo estaba feliz por nuestros otros hijos, sentía un nudo en la garganta por Vincent.

Pero era un día soleado. Al menos teníamos un día despejado en nuestro valle, por lo regular de cielo muy blanco, con la oscura roca de la Sierra Nevada visible de repente y la nieve resplandeciente como una gracia. El día era tan hermoso que Walt, mi esposo, decidió animar a nuestro hijo con una salida.

"Vamos, Vincent", le dijo. "¡Vayamos al parque a dar de comer a los patos!"

"No, gracias", respondió Vincent inexpresivo, sin quitar la vista de computadora.

"¡Vamos!", insistió mi esposo mientras llevaba a nuestras hijas Celine, de ocho años, e Isabel, de cuatro, hacia la cochera con bolsitas de pan.

Él volvió a invitarlo. Vincent volvió a rehusarse. Walt lo invitó de nuevo. No hubo respuesta. Cuando casi llegaba a la puerta, mi esposo preguntó una vez más.

"Está bien", dijo Vincent de abrupta manera, "pero permaneceré en el auto".

Encontramos un lugar para estacionar la camioneta en el perímetro del parque, y mi esposo, las niñas y yo subimos por una pequeña y reverdeciente loma hasta el oliváceo lago patrullado por patos y gansos. Vincent permaneció en el auto. Apenas empezaban nuestras hijas a arrojar trocitos de pan a las alborotadas aves cuando una bandada de gaviotas empezó a dar

vueltas y se precipitó con furia tras cada pedazo de pan que se arrojaba, con lo cual provocaron un acceso de risa a toda la familia. "¡Vincent tiene que ver esto!", dijo Walt después de un rato, y trotó de regreso al área de estacionamiento.

Desde las rocas del lago, donde yo estaba, pude ver que Walt tocó en la ventana del coche y Vincent sacó sus piernas rígidamente desde el lado del copiloto. Una bella jovencita latina de largo y oscuro cabello y vestida con pants trotaba por ahí. Se detuvo.

Por la postura que tomó Vincent, supuse que conocía a la chica, y yo vi que mi esposo se retiró para dejar conversar solos a nuestro hijo y su amiga. Después de un rato, la chica retomó su camino y Vincent se nos unió en el lago. Su cara estaba transformada, radiante: "¡Sí voy a ir al baile del Día de Sadie Hawkins!", anunció.

La joven corredora que Vincent había visto por casualidad era una amiga suya de la escuela. Ella le había preguntado si

iría al baile, y cuando él le explicó que su pareja estaba enferma, ella lo invitó a unirse a su extenso grupo de amigos, quienes se reunirían en John's Incredible Pizza, un nuevo restaurante, para una pre-fiesta.

Vincent se puso sus pantalones camuflados para el baile, y aquella noche, en vez de una primera foto fiestera de pareja, nos llevó una foto profesional en que aparecía él al centro de un gran grupo de amigos.

Debo añadir que, obviamente, Vincent nunca va al parque, el cual está en el extremo de la ciudad opuesto a la preparatoria católica donde estudia, lejos de casa. Y la chica que trotaba en el parque vive en otra ciudad. La propia escuela está al final de la autopista, la cual comienza cerca de nuestra casa, así que con excepción del Día de Sadie Hawkins, Vincent nunca se encuentra a sus compañeros —muchos viven en otros poblados del Valle de San Joaquín, algunos bastante lejanos— por casualidad.

Aquella tarde en el parque, yo había dicho a mi esposo que yo sabía que Vincent estaba rodeado de ángeles. Entonces, Walt me dijo el nombre de la chica que pasó trotando por el parque justo en el momento correcto: ¡Angélica!

C.M. Zapata

El anillo

Cuando yo era niña, mi madre tenía un anillo que nunca se quitaba. Fue el único anillo que le vi usar durante mi infancia. Estaba hecho de un metal brillante y plateado con una pequeña pieza metálica oblonga de color marrón que tenía en el centro dos corazones entrelazados.

Ella lo usaba cuando lloraba, cuando barría, cuando trapeaba, cuando hacía su gran montón de tortillas de harina dorada, cuando cosía en su máquina Singer y cuando lavaba la ropa.

Ella no poseía ninguna otra joya y, de hecho, recuerdo que mi padre dijo que ni siquiera le había comprado un anillo de bodas. Él había olvidado ese detalle, y durante la ceremonia, tuvo que usar el anillo de su hermano Charlie.

Los años pasaron. Mi padre, quien había venido de México en los años veinte para tratar de ganarse la vida, trabajaba largas jornadas en la estación de servicio que atendía. Y mi madre, quien también era mexicana, trabajaba arduamente en casa y la mantenía siempre puesta para su esposo y sus ocho hijos. Con su esfuerzo y determinación de progresar, pudieron enviar a su

primer hijo al colegio universitario. Luego enviaron a otro hijo, y después a otro más. Los hijos mayores ayudaban con los gastos de los menores.

Justo cuando los dos hijos menores habían concluido sus estudios, mi padre murió súbitamente de un ataque cardíaco, pero mi madre le sobrevivió otros 33 años. Sus hijos se han convertido en abogados, empresarios y maestros. En los últimos años de su vida, mi madre por fin fue capaz de disfrutar de los lujos que siempre se le habían negado. Incluso, pudo permitirse comprar algunas joyas que, para mi sorpresa, en verdad le encantaban.

Pocos años antes de morir, me dijo que quería heredar sus joyas a sus nietas. Y cuando murió, así se hizo. Un anillo de diamantes para ésta, uno de perlas para aquélla, uno de ópalo para esta otra, y así con todas.

Entonces lo descubrí: su primer anillo. Ahora podía identificar el metal. El anillo se había convertido en un objeto delgado y frágil, un pequeño aro de acero inoxidable unido a dos pequeños corazones a ambos lados de una pieza oblonga de cobre. Se había usado durante tanto tiempo que el cobre se había desprendido del aro. No valía un comino.

Yo tomé el anillo, lo pulí con un trapo y lo llevé al banco para guardarlo en una caja de seguridad. Para mí, se trataba de una gema que simbolizaba los sacrificios que mi madre había hecho por nosotros y los valores por los cuáles se había regido. ¿Por cuántos años lo habría usado? ¿Cuántas veces habría tenido que negarse a sí misma para que nosotros pudiésemos triunfar? ¿Por qué conservó este anillo si parecía no valer una bicoca? ¿Acaso era también un símbolo para ella?

Aunque el resto de la familia no entiende esto, cuando yo miro aquel anillo, veo una joya invaluable, la fortaleza de mi madre y el brillo del amor que nos mostró cada día de su vida.

Esther Bonilla Read

Lecciones que me enseñó mi madre

Amemos, pero no con la palabra o el discurso, sino con la verdad y la acción.

1 Juan 3:18

Era Navidad en Puerto Rico. Una señora, una amiga de la señora y una niña pequeña estaban entre las personas con una larga lista de regalos que comprar para el día de los Santos Reyes.

Estaban de compras en una grande y elegante plaza comercial. ¡Y qué irónica es la vida! Este lujoso edificio estaba ubicado junto a uno de los proyectos públicos de vivienda más pobres de la isla.

Después de una larga y agotadora mañana de comprar regalos, las tres decidieron ir a comer un refrigerio. Entraron a una pequeña cafetería en el primer piso del centro comercial. El pequeñísimo local estaba repleto de gente que cargaba bolsas con

toda clase de regalos. La señora, la amiga de la señora y la niña se hallaban formadas en la fila mientras decidían si pedirían empanadillas, alcaparras, rellenos de papas u otras cosas, cuando oyeron una voz dulce y tímida. Provenía de un niño de piel oscura, escuálido y sucio que llevaba puesta una camisa azul muy desgastada. Le extendió su pequeña mano vacía hacia la señora, y le dijo: "Señora, tengo hambre. ¿Podría usted darme algunas monedas para poder comprar algo de comida?"

Sin dudarle un solo instante, la señora hurgó en su bolso negro y tomó tantas monedas como pudo con ambas manos. Sin contarlas, puso las monedas en la mano extendida del chico. Era una señora dadivosa, de modo que esta acción no sorprendió a la niña. Estaba acostumbrada a sus actos de bondad. Mientras las monedas pasaban de la mano de la señora a la del chico, la niña aún se debatía entre pedir un bocadillo o una pizza empanadilla. Pero a la amiga de la señora, esa conducta no le pareció tan común como a la niña. Dijo que era algo tonto e ingenuo.

"¿En verdad crees que el chico tuviese hambre?", dijo. "¿De verdad crees que esté comprando comida con ese dinero? ¿Cómo puedes ser tan confiada?"

Para este momento, con charolas anaranjadas llenas de comida, la señora, la amiga de la señora y la niñita trataban de abrirse paso entre todos los hambrientos compradores navideños rumbo a la única mesa vacía de la pequeña cafetería. Cuando lograron sentarse, la señora se volvió hacia su amiga:

"¿Qué importa si él no compra comida con el dinero?", dijo ella. "Es temporada navideña. Dejémoslo comprar un juguete nuevo o una tira cómica si eso quiere".

La amiga de la señora insistió en que su acción había sido tonta e ingenua.

Sus críticas fueron interrumpidas por el enclenque y andrajoso morenito de la camisa rasgada. En una mano, llevaba una charola anaranjada con un papel blanco sobre ella. En el plato

había una pequeña pierna de pollo y un pan con mantequilla. Él extendía su otra mano para que las señoras vieran lo que tenía: una moneda de diez centavos, una de veinte y dos de uno. Entonces dijo con su voz suave y tímida:

"Señora, no me alcanzó para el refresco? ¿Podría darme un poquito más?"

Con una maravillosa y brillante sonrisa, la señora se levantó de su asiento y acompañó al chico a la caja registradora. Ahí le compró un refresco grande, unas papas a la francesa y un trozo de pastel de chocolate como postre.

Ahora, varios años después, este episodio sigue fresco en la mente de la pequeña.

Yo soy esa niñita. Cuando los morenitos flacos y harapientos me piden dinero, no se los doy. Los llevo al restaurante más cercano y les compro el paquete completo, con papas y todo. Y es que si les doy dinero, temo que no les alcance para el refresco y luego no tengan valor para pedirme más.

Estos chicos deben sus alimentos a una dama a quien una vez alguien llamó tonta e ingenua.

Yo me siento orgullosa de poder llamarla "mamá".

Marta A. Oppenheimer

Esperanza, tu nombre es Lina

Aprende de ayer, vive para hoy, espera para mañana.

Anónimo

Dos días antes de los infames sucesos del 11 de septiembre de 2001, nuestra familia se reunió en nuestro apartamento en Manhattan para celebrar el primer cumpleaños de mi hija. Yo me llené de toda clase de emociones mientras recordaba el año anterior y **cuán** rápido había pasado. Desde su nacimiento prematuro hasta la primera vez que rió en voz alta, sus primeros intentos por gatear y sus homenajes musicales a Mamá —las imágenes me daban vueltas en la mente y los ojos se me llenaban de lágrimas.

Fiel a mi carácter neurótico, no pude evitar preocuparme por las dificultades que aún estaban por venir mientras ella crecía como una latina en los Estados Unidos. ¿Cómo podía protegerla de las miradas que ya había recibido como recién nacida en el

norte de Nueva York por causa de su cabello oscuro y tez morena, los cuales se rehusaban a confundirse con la blanca capa de nieve que cubría el valle? De modo particular, me preocupaba cuánto inglés hablaba cuando estaba cerca de ella y si acaso aprendería a hablar suficiente español como para comunicarse con sus familiares en Puerto Rico. ¿Cómo la enseñaría a proclamar con orgullo: "Soy estadounidense", cuando aún habría personas que, al mirarla, la creerían una extranjera?

Hice a un lado mis recuerdos, dejé de pensar en el montón de trabajo que me esperaba el lunes por la mañana y celebré el hecho de haber dado a luz a la bebé más hermosa que había visto jamás.

Dos días después, el 11 de septiembre, me sorprendí con un miedo que nunca había sentido y por primera vez lamenté la existencia de mi hija. ¿Cómo pude haber sido tan ingenua y egoísta como para traer a una bebé a este mundo tan lleno de odio y violencia? ¿Cómo le explicaría que mi generación y las que le antecedieron habíamos creado un mundo conflictivo que ella heredaría? Perdí mi sentido del propósito de la vida: de la mía y de la de mi hija. Me sentí inútil y desamparada. ¿Cómo iba yo a enseñar a mi hija sobre el amor cuando el odio parecía estar a la orden del día? La esperanza de un futuro mejor que viene con el nacimiento de un niño se perdió de repente para mí. Aunque yo no perdí a ningún ser querido aquel fatídico día, me lamenté por aquellos quienes sí los perdieron y sufrí momentos de extrema aflicción. Ya no creía que pudiese existir inocencia en el mundo.

Un día, mientras caminaba a casa desde mi trabajo, tratando de hacer de cuenta que las cosas habían regresado a la normalidad, crucé por un parque de la zona. Los aviones pasaban a lo alto. Los miré fijamente mientras pensaba: ¿Acaso debería ese avión volar tan bajo? Pero los chicos seguían jugando fútbol, indiferentes ante la potencial arma de destrucción masiva que
vo

laba sobre ellos. Ellos corrían y reían entre sí, tal como los niños lo han hecho durante miles de años. Sobrecogida y abrumada por esa muestra tan sencilla de inocencia y alegría infantiles, suspiré profundamente. ¿Cómo pude no haber visto esto antes?

Corrí a casa, levanté a mi pequeña, miré esos hermosos y grandes ojos oscuros, y ahí estaba: El regalo que ella me había guardado con tanta paciencia. Una visión de posibilidades infinitas envueltas en la maravilla y la sabiduría de una bebé de un año. Ella me miró, asombrada por mis lágrimas, y yo descubrí que la esperanza nunca se había perdido. Sé que todo lo que me pide mi hija es que tenga un poquito de fe, que no permita que un mundo conflictivo me robe el regalo que ella me ha dado.

Esperanza, tu nombre es Lina.

Elizabeth García

Mi Alma

Una pequeña niña/señorita
llamada Alma,
toca mi propia alma
con su espíritu de tenacidad
y calma.

Niña indígena
que ayuda a mantener a su familia, sobre
esta misión descansa su templo. Me ayuda
durante horas, aunque a veces
descansamos con silenciosos rebotes de
voleibol y golpeamos la pelota de colores.
Ella no olvida su papel ni su madre
preguntará quién compró qué y en cuánto.
Cuando terminamos, ella dice: "Ahora
veamos las muñecas" y se las compro.

Alma —niña callada
de ojos suaves y penetrantes,
todo lo absorbe,
dice tan poco y aprende tanto.
¿Qué te enseñan mis acciones, mi'jita?
Espero que algo bueno.
Que te sirva para bien.
Que refleje a aquel que aquí me trajo
y que hizo que nuestras vidas
se encontraran justo ahora.

Alma —veo cómo tu madre
te enseña a tejer,
mientras te hace repetir
tus primeros errores.
Te observo lenta,
luego más rápida,
hasta hacer que los colores
dancen y cambien
en tu pequeño telar.
Estudio y creo que entiendo.
Quiero guiar tus manos
cuando estudies el patrón
que seguirás con ansias.
De repente, me doy cuenta
de que aquello no es tan simple.
Dejo de intentar entender,
y tú ya lo has dominado.

Alma —quien primero se rehusa,
y luego me deja
tomarle una fotografía:
Un acercamiento tan cercano
que me pregunto
si no será malo
cruzar la invisible línea cultural,
aún con su permiso.
Alma —quien luego ve su rostro
y su vestido tarahumaras
en una computadora
y grita por la habitación
tres veces antes
de disponerse a aceptar

una impresión de ella misma
que en un instante pasa
de la mano de la tecnología
a la de la vida nómada.

Alma —quien me permite abrazarla un día,
y tenerla cerca,
quien acepta la culpa
de abrazar por demasiado tiempo,
cuando soy yo
quien no quiere dejarla ir.
La misma niña que se **rehusa** a abrazarme
o hasta mirarme
el día de mi partida,
pero al expresar mi dolor,
me deja abrazarla
y se vuelve hacia mí
con un llanto que se convierte en mío.

Quizá un día, Alma, mi
propia alma será lo
bastante callada para
aprender de ti.

Sobre la enseñanza

La verdadera educación debería consistir en extraer la bondad y lo mejor de nuestros alumnos. ¿Qué mejor libro puede haber que el libro de la humanidad?

César Chávez

Yo soy maestro de educación primaria. Cuando era niño, la enseñanza nunca fue algo a lo que quisiese dedicarme. Sentía que tenía un mundo por conquistar, y ser maestro ni siquiera me iba a permitir conquistar mi patío trasero. Tras egresar del colegio universitario, y para poder cumplir mi sueño de convertirme en actor, trabajé como maestro suplente. Aunque me gustaba esa experiencia, sentía que aún me faltaba algo. Sin embargo, poco después de empezar, recibí el nombramiento de suplente de largo plazo e impartí el último trimestre de clase (pues ésta era una escuela de cursos anuales) a un grupo de jardín de niños. Fue en aquel trimestre cuando por fin se encendió esa pequeña luz en

mi interior. Me di cuenta que como maestro suplente no había tenido la oportunidad de cultivar relaciones con los niños, observar su crecimiento y fomentar su desarrollo. Para los niños yo no era más que otro sustituto que se iría en uno o dos días; para mí, ellos no eran más que otro día de trabajo. Como maestro de largo plazo, empecé a enamorarme de algo que pocos años antes no habría querido hacer.

Al año siguiente, me dediqué de tiempo completo a impartir el tercer grado de primaria y fue un incidente ocurrido aquel año lo que afectó mi manera de ver mi trabajo, a mis alumnos, mi comunidad, mi mundo y a mí mismo...

Una tarde, visitaba a un amigo en el área donde se ubica mi escuela. Como yo no vivía en aquella área, nunca me encontraba a ninguno de mis alumnos fuera de clase. En esta tarde en particular, mi amigo y yo fuimos a un videoclub para rentar algunas películas. Una vez ahí, miré hacia el estacionamiento y vi a una de mis alumnas. Supuse que tan sólo acompañaba a uno de sus padres al videoclub y no pensé nada más. Minutos después, al salir del establecimiento, volví a ver que aquella bonita y delgada criatura seguía ahí, a la entrada del lugar. "Hola pequeña, ¿qué haces aquí? ¿Viniste a rentar una película?", le pregunté. "No", respondió con suavidad mientras miraba un viejo automóvil estacionado a unos metros de ahí. Yo miré hacia allá y vi a su madre fuera del auto. La saludé con la mano. "Entonces, ¿qué ...", y no terminé la pregunta. Me fijé en sus manos y descubrí que ella estaba ahí, afuera del videoclub a esas horas de la noche, para vender cubiertas de estambre para papel de baño. Trabajaba para ganar un poco de dinero adicional para su familia. Sentí que el corazón se me hundía. Ella se sintió avergonzada. Como no quería humillarla, no indagué más. Con torpeza, intenté fingir que todo estaba bien. Me despedí de ella, le dije que la vería en la mañana y me dirigí a mi auto. En el camino de regreso a la casa de mi amigo, un caudal de emociones entró y salió de mí, y a éste siguió un caudal de pensamientos. Estaba indignado por el hecho de que esta niña tuviese que vivir en un mundo donde la suerte, el destino, o lo que fuere, la pusiera en circunstancias tan duras. Sentí que yo no valía nada.

La mañana siguiente, mientras conducía a la escuela y rumiaba los sucesos de la noche anterior, recordé la letra de una canción de Alejandra Guzmán, dedicada a su hija: "El mundo es como es y no puedo cambiártelo, pero siempre te seguiré para darte una mano".

Yo no podía cambiar las circunstancias de la vida de esta pequeña y su familia, pero me encontraba en una posición muy especial que me permitía tener un impacto en esas vidas. Mientras ella fuese mi alumna yo tendría la oportunidad de hacer una diferencia, de tener una influencia positiva en su vida, de despertar en ella una infinita sed de aprendizaje y, quizá, sólo quizá, de contribuir, por poco que fuese, a que ella alcanzase sus más grandes

anhelos. Sus mayores sueños. Aquel año, en la medida de mis posibilidades, le echaría una mano.

Hoy es así como veo cada uno de mis días con cada uno de mis alumnos. Creo firmemente en lo que hago. Creo en las consecuencias, previsibles e imprevisibles, que puede tener la presencia de un buen maestro en la vida de un estudiante. ¡La educación y mi gente son lo más importante!

Creo en el poder del conocimiento para provocar cambios y crear vidas mejores. Creo en la educación, no sólo como un medio para llegar a un fin, sino como el instrumento para tener aprendizajes y relaciones que duren toda la vida. Yo lucho por dejar una marca indeleble en la vida de cada chico a quien enseño, y nunca pierdo una oportunidad para notar la belleza y el amor en cada paso que damos juntos.

Salvador González Padilla

4

LA IDENTIDAD LATINA

El término latino tiene significado sólo en referencia a la vida en los Estados Unidos. Fuera de este país no hablamos de latinos sino de mexicanos, cubanos, puertorriqueños, etcétera. Los latinos son un producto estadounidense.

Marcelo M. Suárez-Orozco Mariela M. Páez

SIN RODEOS ®



Del jaloneo al baile

Las costumbres y los valores que forman el tapiz de nuestras raíces hispánicas no deben perderse. Es nuestra obligación seguir bordando nuestra herencia y crear una obra maestra.

Arelis Rocío Hernández

Mi vida ha ido del jaloneo al baile.

Y todo ha sido un gran accidente. Yo no pedí haber nacido chicano, latino, hispano o bajo cualquier otra palabra de sonido español y terminada en "o", inventada por algún censor para martillarme la cabeza. No tracé ningún plan que me llevase a aprender primero a hablar español, luego inglés, y luego aventurarme en un mundo donde aprendí primero la lengua equivocada. Soy un estadounidense de origen mexicano, nacido y criado en Santa Fe, Nuevo México.

Jala! Jala!

A salvo, en las paredes protectoras de mi familia, nunca fui consciente de ninguna clase de jaloneo. Pasábamos del español al inglés y de regreso, sin pensar en cuándo hablábamos qué. Si necesitábamos decir algo en español, hablábamos en español. Si necesitábamos decir algo en inglés, hablábamos en inglés. La realidad dependía de lo que quisiéramos decir o lo que sintiésemos, y el lenguaje era sólo un medio.

Pero cuando inicié mi asimilación a la vida estadounidense en el sistema de escuelas públicas, choqué de frente con toda clase de presiones para separarme de mi vida hogareña. Al principio no tuve conflictos pues hablaba inglés y español por igual.

Sin embargo, un día, mi padre me dio un regalo.

Jala! ¡Jala!

Me compró una playera morada que mostraba al frente a un muchacho musculoso que usaba una camiseta blanca sin mangas y un pañuelo azul en la cabeza. El vato tenía el puño levantado a lo alto y arriba de él estaban dos banderas cruzadas: la estadounidense y la mexicana. Abajo del chico rudo y de las dos banderas estaba la leyenda "Chicano Power" (Poder chicano).

Yo recuerdo que a un chico, a quien yo consideraba mi amigo, en verdad le gustaba aquella playera. El se mofaba de mí y reía cada vez que pensaba en ella. Yo sentía vergüenza de usarla. Me preguntaba por qué se reía tanto de algo que significaba tanto para mí. En casa, mi padre me decía que nosotros éramos chicanos. Yo creía que todo el mundo pensaba que me veía muy bien con mi playera. En cambio aquel chico reunió una especie de pandilla para burlarse y molestarme por mi camiseta. Decía: "¡Oye Chicano Power!", con una voz como la del personaje de *Cheech en Up in Smoke*. Oír cómo esos muchachos me molestaban sólo me hizo querer destrozar la prenda. Aquel chico me llamó "Chicano Power" durante toda la escuela primaria.

Por supuesto, cuando aumenté de talla, tuve que dejar de usar la playera, pero creo que en verdad nunca logré deshacerme de todo el hostigamiento y las provocaciones. En casa, éramos chicanos. Me encantaba. Pero también lo odiaba. Quería deshacerme de mi piel morena y ser como todos los demás.

Algo aún peor fue que yo era el único chico de la clase de educación bilingüe que en verdad podía hablar español. En aquellos días, educación bilingüe quería decir que los chicos aprenderían a hablar español en la escuela pues por alguna razón no aprendían a hablarlo en casa. La capacidad de hablar español me hizo diferente. Era casi como si yo fuese un extranjero, alguien de otro planeta. Quería olvidar que alguna vez había aprendido a hablar español.

Estaba perdiendo en el jaloneo contra la asimilación a la vida estadounidense y el lado anglófono de mi ser. Sin embargo, a mi padre le encantaba que yo hablase español. No importa quién estuviese o qué ocurriese en casa, él me rogaba: "**Habíame** en mexicano". Siempre pensé que aquello era como una especie de actuación que mi papá usaba para presumirme y jactarse de cuan listo era yo al poder hablar español. Nunca lo

hice de buen grado. Me sentía como un mono que bailaba por una moneda y mi traje era una playera morada. Cada vez que mi padre me pedía que le hablase en mexicano, yo me convertía en un mono bailarín.

Sólo que yo no era un mono bailarín. Era más bien como un cordón umbilical. En verdad lo que yo hacía no era actuar; era recordar. Pero entonces no me daba cuenta.

Un día, muchos años después de aquellos días de hablar en "mexicano", mi padre y yo pescábamos en un estanque. El clima empezó a ponerse mal. La lluvia nos martillaba y el viento nos golpeaba por doquier. Nos subimos a mi vagoneta y esperamos ahí. Una vez que estuvimos en la cabina, él me preguntó si acaso yo había escrito algo de manera reciente.

"Sí," respondí. "Siempre escribo algo".

El no dijo nada de inmediato. En cambio, se alejó de mí y miró por la ventana. Sus ojos seguían las gotas de lluvia mientras caían.

Me pregunté en qué pensaría él. Siempre creí que no me veía tanto como a un escritor, como si eso no fuera algo que lo enorgulleciese. Algo que añadía credibilidad a esa idea era que mientras corríamos a la vagoneta, antes de preguntarme acerca de mis escritos, estábamos riendo y la pasábamos bien. Pero después de escuchar mi respuesta, se volvió tan oscuro como las nubes.

"Lo único que yo he escrito..." dijo, con la voz triste y la cabeza aún vuelta hacia la ventana. Las palabras rodaban sin fuerza desde su lengua. Parecía dolerle el hecho de recordar. Continuó, lento y casi enojado: "...es una carta a tu abuela cuando yo estaba en la *uss Enterprise* rumbo a Vietnam. Escribí todo en español. Nunca volví a escribir algo después de eso".

Su cabeza se hundió. No bien sus palabras acababan de impactarme cuando supe que su estado de ánimo no se debía a mi afición por escribir. Se debía a su carta. Para él, cada vez que yo hablaba en mexicano, él se escuchaba a sí mismo al escribir aquella carta que enviaría a su país. El que yo hablara en español era un cordón umbilical que lo conectaba con su edén privado. Yo no actuaba para él. Le recordaba quién era él antes de que los marines de Vietnam le robaran su inocencia.

El día y el cielo se abrieron. Y de repente, tal como un rayo que se impacta en la tierra, dejé de sentir tiroteos.

"¿Quieres pescar más?", le pregunté en español. Habían pasado varios años desde la última vez que le hablé en español.

Debió haber notado esto, pues alzó la cabeza y me miró con ojos enrojecidos que nadaban en minúsculas piscinas de lágrimas. Era como si nos hubiésemos ido a casa. "Sí, vamos".

No recuerdo haber pescado nada aquel día, pero sí recordé quién era yo antes de empezar a avergonzarme por mi herencia chicana.

Y aprendí lo afortunado que soy de poseer la lengua de mi historia familiar y del corazón de mi padre.

Juan Blea

¿No soy mexicano?

Mi esposa Verónica y yo tenemos una discusión continua. ¿El tema? Cómo me identifico.

Antes de conocerla, me consideraba mexicano y nada más. No mexicano-estadounidense o estadounidense de ascendencia mexicana, sino tan sólo mexicano, quizá como una especie de taquigrafía étnica simplificadora.

Pero mi uso del término mexicano no era literal. Nunca había vivido en México y sólo lo había visitado unas pocas veces. En realidad la mayor parte de mi conocimiento del lugar se limitaba a algunos deslucidos pueblos fronterizos que no son más representativos de ese país de lo que los guetos urbanos lo son respecto de mí mismo.

Y sin embargo, al crecer en una pequeña granja del centro de California, así es como yo me veía: como a un mexicano. Igual de importante es cómo me veían los demás y cómo veían a la gente como yo. Los adultos señalaban a la parte mexicana del pueblo o hablaban de cómo alguien en cierta ocasión había hecho historia al ser el primer quarterback mexicano o la

primera exalumna de honor mexicana de la preparatoria. Años después, cuando fui admitido en la Universidad de Harvard, algunos compañeros anglosajones menos afortunados desdeñaron mi buena fortuna al informarme: "Si no fueras mexicano, no te habrían aceptado".

De acuerdo. Entonces, soy mexicano, así como mis amigos de Boston —para seguir con la taquigrafía étnica— se consideran irlandeses, mis amigos de Nueva York se dicen italianos o mis amigos de Fresno se ven como armenios. Entonces soy mexicano, ¿correcto?

Incorrecto, dice Verónica. Para ella, yo soy estadounidense, ni más ni menos. Si nací y crecí en los Estados Unidos, ¿qué otra cosa podría ser?

Ella es la mexicana. Nacida y criada en Guadalajara, México, ella vino a los Estados Unidos a los nueve años de edad con su madre y tres hermanas. Después, regresó a México para cursar dos años de preparatoria y permaneció otros cuatro para estudiar la licenciatura antes de regresar a los Estados Unidos. Ella habla, lee y escribe con un dominio asombroso del español, el cual yo nunca podría esperar alcanzar.

Cómo puedo considerarme mexicano, pregunta ella. Si yo fuese a México y dijera eso, le gente se reiría de mí. Me preguntarían de qué parte de México soy y esperarían que les respondiera en un español perfecto y sin acento.

Verónica no es la única persona que me exhorta a considerarme estadounidense. En mi trabajo como escritor editorial y columnista escribo a menudo sobre los mexicanos-estadounidenses. Cuando eso ocurre, me llueven correos electrónicos de lectores furiosos. Ellos no aceptan que se formen palabras compuestas con el término estadounidense, pues ven tal cosa como una forma de lealtad dividida.

A Verónica no le importan las palabras compuestas. En lo que a ella respecta, yo puedo decir que soy mexicano-estadounidense, si eso satisface a mi corazón. Pero si decidiera conservar sólo una de las palabras, entonces, sin lugar a dudas, debería deshacerme del término mexicano.

Señala ella que yo no nací en México y que mis padres tampoco. Claro, mi abuelo Román era de Chihuahua, pero él es el único de mis abuelos que vino del sur del Río Grande. Los otros tres eran texanos de origen mexicano.

Entonces no soy mexicano, dice ella. Y esto también va para los otros doce o quince millones de mexicanos-estadounidenses que viven en los Estados Unidos, aun cuando muchos de ellos radican en lo que ella llama con cierto desdén el México de los Estados Unidos —esos vecindarios y pueblos multiculturales con camiones que venden tacos y filas tras filas de tiendas con letreros en español.

De hecho, cuando habla de mí con sus amigos, les dice que soy estadounidense. Punto.

¡Pero un momento! Lo que mi esposa no entiende es lo que fue para mí haber crecido como un nómada cultural. He pasado mi vida con la sensación de ser demasiado mexicano para ser 100 por ciento estadounidense y demasiado estadounidense para ser 100 por ciento mexicano. Hay mucha

verdad en el viejo chiste de cómo a los mexicanos-estadounidenses se les trata como a estadounidenses en todo el mundo menos en los Estados Unidos y como a mexicanos en todo el mundo menos en México.

En el mundo de Verónica no hubo necesidad de crisis de identidad. Cuando ella llegó aquí vio a mexicanos y a estadounidenses. Pero a ¿mexicanos-estadounidenses? Ella dice que antes de conocerme ni siquiera tenía idea que tal especie existiera.

Pero ella no es la única. Hace pocos años formé parte de una delegación de mexicanos-estadounidenses que visitó la Ciudad de México. En una escuela secundaria nos sorprendimos al descubrir que, en un salón de segundo grado, nadie sabía de la existencia de mexicanos nacidos en los Estados Unidos. Por más de 150 años, el gobierno mexicano —aún humillado por los resultados de la guerra contra los Estados Unidos en 1849— no ha hecho nada por que se enseñe esto en las escuelas.

Yo tampoco estoy solo en mi crisis de identidad. En su mayoría, los mexicanos nacidos en Estados Unidos no están seguros de lo que son. Apostaría a que la mayor parte de ellos se consideran principalmente estadounidenses. Y, sin embargo, muchos de ellos pueden señalar a algún tío, tía o padre a quien, hace apenas veinte o treinta años, alguien lo hizo sentir como ciudadano de segunda. Los acusados suelen ser las escuelas públicas, el gobierno o alguna otra institución que los vio como a mexicanos y los trató como inferiores por tal motivo.

Claro que los mexicanos-estadounidenses tienen ventajas distintas de las de nuestros parientes lejanos del sur. Sobre todo, tenemos oportunidades para una mayor educación, más libertad, mejores estándares de vida y menos diferencias de clase. Pero los mexicanos en verdad tienen una ventaja sobre nosotros, sus parientes lejanos del norte: ellos saben exactamente quiénes son.

Hace poco, Verónica me lanzó una pelota curva. Me explicó que ella no me consideraba un estadounidense típico. Su experiencia con esas personas es que suelen ser arrogantes, desdenosas del resto del mundo y proclives a despreciar otras culturas por considerarlas inferiores a la propia.

Ella dijo que yo no soy así. A mí me agradan las personas de todo tipo y trato de tener la mente abierta respecto de las diferencias culturales. La razón de esto, sugirió ella, debe ser que yo siento una conexión con lo que mis abuelos y padres soportaron en los Estados Unidos en épocas anteriores. "Eso es fabuloso", mencionó. También fue una de las razones de que se enamorara de mí.

"Mi amor, tú tienes lo mejor de ambos mundos", me dijo con una sonrisa. "Tienes todos los privilegios de haber nacido y crecido en los Estados Unidos. Dices lo que piensas y sabes que

tienes la libertad de hacerlo. Y sin embargo, cuando lo haces, eres siempre respetuoso y nunca humillas a nadie.

"Lindo, eres muy especial", me dijo. "Pero, aun así, no eres mexicano".

Rubén Mavarrete, Jr.

Hambre

Lo más grande que tienes es tu propia imagen, una opinión positiva de ti mismo. Minea debes dejar que alguien te la quite.

Jaime Escalante

El piso del gimnasio destellaba. Las mesas estaban dispuestas en cada lado del salón y contenían libros y proyectos armados por los niños y el personal. Había mapas de Puerto Rico y Cuba hechos a mano, así como mapas lustrosos de Latinoamérica. Los niños habían contribuido orgullosamente con ejemplos de objetos culturales que son importantes en su origen. Había chales coloridos, castañuelas, platos, cuadros. Y había maracas: maracas de madera, maracas de calabaza, aretes de maracas, maracas hechas con vasos de papel y semillas e, incluso, maracas de plástico.

Nate es músico y yo narradora. Nate acomodaba los instrumentos mientras yo revisaba mis apuntes. Yo cuento cuentos

folclóricos con énfasis en historias multiculturales, sobre todo, en relatos provenientes del Caribe, donde nací. Soy la narradora taina, descendiente de indios tainos de Puerto Rico. Para consternación de mis padres, elegí presentar este aspecto de mis orígenes y no sólo el de mis bisabuelos españoles por ambos lados de mi familia. Quería honrar esta parte por tanto tiempo ignorada de nuestra herencia, y entre más aprendía, más alegre me sentía.

Mientras arreglábamos todo, varios maestros y ayudantes se detuvieron a admirar las congas y conocer a los artistas. Saludamos de mano, sonreímos y charlamos con cada visitante. Ninguno de ellos era una persona de color. Una mujer rubia, alta, de talle sólido y gruesas gafas se presentó. Nos dijo que estaba muy complacida de tenernos ahí. Explicó que ella trabajaba con estos niños todos los días. La población escolar la conformaban alrededor de un 30 por ciento de latinos o personas de hogares hispanohablantes. Otro 20 por ciento eran negros o asiáticos, y el resto eran "blancos no hispanos".

Ella nos dijo que los niños habían esperado con ansia este día y nos contó cuán creativos y artísticos eran. Quería cultivar más esto porque, después de todo, según decía: "esta escuela no producirá científicos espaciales".

Nate y yo quedamos pasmados por su comentario. Él dio un toque de conga, primero suave, y empezó poco a poco a construir un ritmo, con una rígida sonrisa en su apuesto rostro de dominicano/afro-estadounidense. Yo, que solía ser rápida con los pies y aún más rápida con la boca, solté algo así como: "Estoy segura de que los niños disfrutaban de su lado artístico, como yo disfruto del mío, además de mis labores docente y literaria".

Los niños empezaron a llegar. La primera sesión fue para grupos de jardín de niños a tercer grado. El gimnasio se llenó de más de cien alumnos, sus maestros, los ayudantes de sus maestros, las abuelas que ayudaron durante el curso y los padres. Respiré profundamente y miré a los niños. Eran hermosos. Vi caritas; morenas, bronceadas, negras, blancas; la mayoría sonrientes y ocupadas en avivadas charlas. Algunos niños tímidos apenas volteaban a verme. Traté de hacer contacto visual con ellos para que sonriesen y así tener al público de mi parte. Sobre todo, traté de ubicar las caras con rasgos latinos más obvios. ¡

Nos presentamos ante los asistentes y comenzaron las historias. Narraciones sobre valientes caciques, tainas heridas de amor y los dioses tainos. Nate tocaba un ritmo; yo raspaba algunos sonidos musicales con mi güiro. Pedí a los niños que, si hablaban inglés, levantasen la mano. Todos rieron ante lo que les pareció una pregunta ridícula. Entonces pregunté quién hablaba español, y la emoción creció —algunos de los niños no se contentaron con levantar la mano sino que dieron brincos para asegurarse de obtener mi atención.

"Yo también", dije, "yo también".

La excitación se encumbró. Proseguí con relatos sobre animales que hablaban español, sobre asnos parlantes, una historia acerca de mi nombre y lo

que significaba para mí, y otra sobre chicos llamada Juan Bobo. Escucharon, algunos boquiabiertos, como si se les estuviese dando de comer. Rieron, aplaudieron y pidieron más. Luego nos juntamos para una historia interactiva. Al frente de la fila, una niña pelirroja llamada Yolanda y un niño de nombre José compitieron con otros estudiantes para ser los primeros en tomarme de la mano.

La sesión de la tarde trajo a otros cien niños, éstos un poco mayores y, al parecer, determinados a mantenerse serios. Pero yo no iba a permitir eso. Pronto, todos empezaron a reír y a decir los nombres de los países de origen de sus familias. Hablé con voz potente y apenas necesité del micrófono. Me mostré vivaz y divertida, e incluso bailé. Ellos lo disfrutaron plenamente. Nate se mostró muy musical, cadencioso y eléctrico; su cabeza calva brillaba de sudor mientras sonreía todo el tiempo. A los niños les encantó, y ellos nos encantaron a nosotros. Pero fue más tarde, mientras recorríamos los salones en busca del baño cuando mi corazón casi estalló. No podía avanzar cinco pies sin encontrar a niños que se cruzaban en mi camino y me decían con orgullo que eran hispanos. Desde el momento en que les dije: "Lo supe porque ustedes son hermosos", ellos levantaron los brazos para abrazarme. Algunos casi saltaron a mis brazos.

Mientras atravesábamos el corredor rumbo a la cafetería para asistir a un almuerzo latino preparado por los chicos y sus padres, llegaron más niños. Se aglutinaban alrededor de nuestra mesa mientras nosotros comíamos. Nos llevaron platillos para probar y cada quien indicaba qué había preparado. Una chica de quinto grado, muy alta y de cabello oscuro y ondulado, se me acercó y me pidió que probara sus galletas. Me tomó con firmeza del brazo y me condujo hasta la mesa. Tras poner una galleta en mi boca, me observó con todo cuidado mientras yo masticaba y deglutía la galleta. Le dije que estaba deliciosa, y en verdad lo estaba. Ella se puso radiante y, con lágrimas en los ojos, susurró: "Gracias". Conmovidada por su emoción abracé a esta niña de mayor estatura que yo, y ella se aferró a mí. Nate trajo sus tambores y tanto niños como niñas se formaron en fila en espera de su turno para tocarlos. Había una intensa alegría.

Estábamos rodeados de toda clase de alimentos. Arroz con frijoles, pollo fricasee, guineas verdes, arroz con coco, tacos, burritas, frijoles negros —todos los cuales lucían y olían a gloria. Nuestra hambre se calmó pronto, mientras saboreábamos la comida de nuestros antepasados, la comida de nuestras culturas vivientes.

Pero aquel día los niños calmaron otro tipo de hambre: el hambre de verse reflejados en nosotros y de saber que somos como ellos.

El hambre de ser reconocidos como personas reales, con dones y talentos necesarios para el mundo.

El hambre de sentir que, también ellos, podían hablar, soñar, bailar y comer en español, sin miedo de ser vistos como seres diferentes o inferiores.
El hambre de sentirse orgullosos.

Júlsa Mañano

Mi trasero (todos los lugares incorrectos)

Ser latina es un modo de vida, la manera en que te sientes y te relacionas con los demás. Es una manera de comunicarte, entenderte y expresarte.

Claudia Yelín

Ahí estaba yo, sentada en mi apartamento, en la planta alta de un edificio sin elevador en el Bronx, esperando el fin de los años 80. ¿Recuerdas los 80 con su ropa fea y sus horribles peinados? Yo estudiaba el bachillerato. Y más en concreto, el décimo grado, donde mi mejor amiga Joanie Boom-Boom presumía por toda la sala de vestidores de las chicas su nuevo sostén de encaje negro, como si fuese un trofeo.

Por increíble que parezca, yo no sentía envidia. Sé que, para la mayoría de la gente, el indicador de que una chica se ha convertido en mujer es el brote de los senos, pero para las latinas, nuestra parte corporal de elección es el trasero. Este es el gran orgullo de las latinas. En general, son cinco las palabras felices

que usamos para describir nuestro propio trasero: ¡culito, nalgas, fundillo, cheecho y delicioso!

Tú dirás que todos tenemos trasero, y eso es cierto. Pero no todos tienen el perfecto trasero de la latina: no demasiado amplio en las caderas, y sin embargo, lleno y carnoso en todo **su** contorno. No tan prominente como un trasero de burbuja, pero bien levantado del dorso de los muslos. Imagina dos globos de músculo firme, flexible y liso con forma de lágrima, y con una cremallera direccional incorporada para permitir que cada nalga ondule independiente de la otra, aún cuando su orgullosa dueña permanezca totalmente quieta. En mi casa no había escape para este trasero perfecto. Todos los discos de salsa tenían uno en la portada y los de merengue dos. Todas las novias de las telenovelas del canal 47 lo tenían. Mi abuela de 60 años lo tenía. Mi prima Evie de trece años lo tenía. Todas las latinas de la ciudad de Nueva York lo tenían. Menos yo.

En todo lo demás yo era una adolescente normal. Tan sólo tenía este problema: ¡No tenía trasero! Y para las mujeres de mi familia éste era un desastre que debía prevenirse, una catástrofe que debía evitarse, una enfermedad que debía curarse.

Mi titi Carmen decía: "Oremos por ella". Mi titi Ophelia decía: "No le den de comer", y cuando yo no estaba: "¡Ay no! ¡Escóndanla hasta que cumpla los 21!". Y luego mi mamá decía: "Escúchenme todas ustedes. Ninguna de mis hijas va a ser una gordita".

Mi mamá, Lucy, era la Jackie O. de la calle East 103. Nunca alzaba la voz, nunca decía malas palabras y nunca aparecía en público sin maquillaje, zapatos de tacón y medias. Después de veinte años de matrimonio y dos bebés, aún pesaba lo mismo que cuando se casó: 98 libras —70 de las cuales correspondían a su trasero—. Y estaba convencida de que con la dieta, la ropa interior y el maquillaje adecuados, su pequeña gordinflona se transformaría en una gran mamichula.

Ahora bien, en realidad yo no era gorda. Pero ellos creían que lo era porque me faltaba figura. Su figura. Figura de pera. Así pues, seguí los consejos de mi mamá. Comía sólo pollo cocido sin arroz o frijoles. Le permití que me comprara bragas especiales para estilizar mi figura. Y sin embargo, aún no tenía trasero. Estaba segura de que había algo más en mí que no estaba bien. Quizá era adoptada. Quizá debía ir a hablar con alguien que en verdad supiera de estas cosas. De modo que fui a ver a mi mejor amiga, Joanie Boom-Boom.

A salvo, en el santuario adolescente de la habitación de Joanie, desembuché todo acerca de mi falta de desarrollo. "Tú eres sólo una niña", dijo ella. "Ya crecerás... algún día". Entonces, ella empezó a admirarse en el espejo. Me fui al baño, miré mi trasero en el espejo y lloré. No importaba cuánto me arqueara, lo único que veía era... nada. Joanie tenía razón. Yo cumpliría treinta años antes de verme como mujer, y para entonces estaría demasiado vieja como para disfrutarlo. Regresé a su habitación para

despedirme, y ahí estaba ella aún absorta por su propio reflejo en el espejo, pero ahora rellenaba ambas copas de su sostén con pañuelos de papel. En lugar de enojarme por su engaño, descubrí algo acerca de ser mujer. Si ella podía rellenar su brassiere, ¿por qué no podría yo rellenar mi culo? Su secreto estaría a salvo conmigo.

Al oírme reír, Joana volteó.

"¿Hace cuánto entraste?", preguntó.

"Acabo de regresar," le mentí. "Vayamos por una pizza".

Y así, durante del fin de semana, al fin tuve algo de qué sentirme orgullosa. O algo así. El relleno se movía demasiado, y no me podía sentar bien o se aplanaba, de modo que caminaba por la casa como si sostuviese una moneda entre las nalgas, justo como mi madre decía que caminaban las mujeres de verdad. Pero las mujeres de mi familia —que podrían detectar unas cejas sin depilar a treinta pasos de distancia— no notaron cosa alguna, a pesar de que me acomodé el relleno en sus narices. No podía creer que no viesen la completa y total transformación de cuerpo. Pero no había problema, pues estaba segura de que, día siguiente en la escuela, mis amigas lo notarían. Todo estuvo bien hasta que llegó la hora de la clase de gimnasia, pues recordé que tendría que desvestirme. Traté de esconderme en una esquina pero Joanie me vio y se acercó. Volteé con mi espalda hacia los armarios y Joanie dijo: "¡Oye, Michele! ¿Qué es eso que te cuelga del...?" Y, de la parte trasera de mis calzones, extrajo un trozo de diez pies de largo de papel higiénico Gharmin, sólo para mostrarlo ante la fría luz fluorescente de la sala de vestidores.

"¡Santo cielo!", exclamó. "¡Michele se rellena el trasero! ¡Mi-chele se rellena el trasero!"

Todas las chicas de la sala de vestidores quedaron paralizadas. Supe que mi vida acababa ahí, y sólo me quedaba una cosa por hacer. Empujé a Joanie sobre una banca, y mientras caía, su sostén de encaje negro se abrió de golpe y dejó escapar suficientes pañuelos Kleenex rosados como para proveer a todos los velatorios del Bronx y la mitad de los de Brooklyn. Mientras toda la sala aullaba de risa, Joanie saltó sobre mí. Ella me tiraba de los cabellos mientras yo trataba de estrangularla con lo que me sobraba del papel higiénico. Por fin, una maestra nos separó. A ambas nos suspendieron por tres días.

Eso no agradó demasiado a mi familia.

Titi Carmen dijo: "Llévenla a la iglesia". Titi Ophelia dijo: "Devenía a la cárcel". Mi mamá tan sólo dijo: "¿Cómo pudiste?"

No entendí bien si mi mamá se refería al hecho de rellenar mi trasero o a la pelea.

Y mientras todos a mi alrededor peleaban, yo crecí. Casi cinco pulgadas en dos años. Las diez libras de más que había en mi vientre de alguna manera se trasladaron justo la distancia correcta, y si me permites decirlo, ¡produjeron unas de las mejores nalgas de toda mi familia!

Michele Cario

SIN RODEOS ®



La lección más dura

Cuando tenía cinco años, mis padres se mudaron a South Bronx en Nueva York y me dejaron bajo el cuidado de mi abuela en Santurce, Puerto Rico. Aunque éramos pobres y la comida escaseaba, viví una vida idílica en compañía de mi abuela, mis tíos y mis primos, rodeada por rostros amorosos de mi gran familia, océanos de color verde esmeralda, viajes al campo y a El Yunque, juegos infantiles y cuentos para dormir. Aunque extrañaba a mis padres, en especial a mi mamá, nunca quise salir de la isla. Ahí me sentía feliz, amada y, sobre todo, a salvo.

Cuando cumplí ocho años, mi madre escribió a mi abuela y le pidió que me enviase a Nueva York. Ella y mi padre se las habían arreglado para sobrevivir allá, tenían un pequeño apartamento en un barrio estable y progresaban. Era hora de que me les uniera, de modo que, llena de tristeza, abandoné el único mundo que conocía.

Cuando llegué a South Bronx, mi madre me inscribió en una escuela primaria pública, y pese a no hablar una palabra en inglés tuve que ingresar a grupos superpoblados de niños y maestros

angloparlantes. Por suerte, ahí había algunos otros chicos puertorriqueños, aunque eran muy distintos de mí, pues la mayoría habían nacido en los Estados Unidos y hablaban mucho más inglés que español. Pero eran capaces de comunicarse conmigo, y las pequeñas conversaciones que sosteníamos en el recreo en verdad me ayudaron a salir adelante. Tenía miedo y me sentía sola, como si nadie más en el mundo hubiese atravesado por algo así. Mis padres no podían ayudarme, pues no hablaban bien el inglés. En realidad, me presionaban para aprender el idioma de modo que yo pudiese ayudarles a manejar las transacciones diarias que tenían que realizar en una lengua que no hablaban. Fue una época dura y la recuerdo muy bien.

Un mes después de iniciar cursos, las cosas empezaron a mejorar. Empecé a entender un poco de inglés, había hecho algunos amigos y me sentía más a gusto en mi nuevo entorno. Pero aquello cambiaría pronto. Un día, en clase de matemáticas, el chico que se sentaba detrás de mí me dio un codazo suave en la espalda. Volví la cabeza un poco para ver qué quería. Entonces, él extendió la mano y me mostró un pequeño pedazo de papel torpemente doblado en forma de cuadrito. Entendí que él quería que yo lo tomara, así que lo hice y luego lo coloqué en mi escritorio. No lo noté en ese momento, pero la maestra había observado el paso de la nota, y no tardó en ir a inspeccionarme a mi escritorio.

Recuerdo que me sentí asustada y pequeña mientras mi maestra alta y rubia se agachaba y me arrebató de la mano el papel doblado. La cara de la señorita Jones se puso roja y sus malévolos ojos parecieron volverse cada vez más chicos mientras me miraba. Aunque no podía entender la sarta de palabras entrecortadas que salieron de su boca, en verdad oí que me llamó, en inglés: "Sucia puertorriqueña". Yo no sabía el significado de aquellas palabras, pero las sentí como una acusación. Además, no tenía idea de qué había hecho yo para ganarme la ira de mi maestra.

A continuación, la señorita Jones me llevó a tirones hacia el frente de la clase y anunció que me enviaría a casa. Pronto apareció mi madre, y yo la miré mientras entraba por el vestíbulo y empezaba a dirigirse hacia mí. Verla me hizo sentir tan aliviada que corrí tan rápido como pude, me enterré en su cintura y me aferré a ella con desesperación. Pero mi sensación de seguridad pronto se hizo añicos. Ella me forzó a soltarla, me alejó de sí y me miró con ojos fieros. La cara de mi madre estaba aún más roja y enojada que la de la maestra; estaba furiosa y no me hizo preguntas. Pude ver que sus ojos se llenaban de lágrimas, aunque se esforzaba por no dejarlas salir.

"¿Por qué lo hiciste?", me gritó, y exigió saber por qué había hecho lo que había hecho. Yo sabía que tenía que ver con el papel que la maestra había agarrado de mi escritorio, pero no sabía cómo empezar a responderle. Y entonces, sin mediar palabra, me abofeteó, y fuerte.

Me sentí totalmente traicionada por ella y humillada frente a mis compañeros de clase. Salí corriendo del salón y me escondí bajo la fuente del

corredor. Mi madre salió, me encontró, secó mis lágrimas, me abrazó y me llevó a casa.

Quando llegamos, me preguntó por qué había hecho la tontería de pasar un papel lleno de malas palabras. Aquella fue la primera pista que tuve de lo que había ocurrido y de por qué me había metido en problemas. Pero eso no me hizo sentir mejor. Ni siquiera había abierto la nota, y si lo hubiera hecho, no habría entendido las groserías que el chico de atrás había escrito en el papel. Yo no sabía malas palabras en español... ¡mucho menos en inglés!

Cuando expliqué a mi madre justo lo que había ocurrido, se llenó de tristeza y-remordimiento; ella me explicó que en Nueva York hay mucha gente que no quiere a los puertorriqueños y que yo tendría que cuidarme de eso. Añadió que para evitar esos problemas tendría que comportarme mejor que los niños anglosajones. Tendría que verme más limpia, arreglada y decente que ellos, siempre hablar con corrección y sólo cuando se me hablaba, y nunca traer la sospecha a mí o a mi familia. ¡Cómo extrañé entonces mi vida en la isla!

Al recordar este incidente ya como mujer adulta, entiendo lo que mi madre trataba de hacer por mí. Aunque, en definitiva, hizo la elección equivocada aquel día, he llegado a entender que las elecciones no resultan fáciles cuando la gente vive bajo tensión. También fui capaz de entender que, por irónico que parezca, mi madre hizo lo que hizo para tratar de protegerme. Ella quería que la señorita Jones y el grupo supiesen que yo provenía de una buena familia puertorriqueña, y que me corregiría con severidad si yo transgredía algún límite. Las intenciones de mi madre eran buenas; tan sólo no tuvo los medios para hacer una mejor elección.

El racismo es algo perverso. Es una cosa que nadie debe tolerar, una de las mayores injusticias de la vida. Sin embargo, estoy agradecida de que mi madre me mostrase el camino correcto a una edad tan temprana, pues así pude lidiar mejor con la vida que ella y mi padre habían elegido para mí. Aprendí mucho de ésa y otras experiencias que siguieron, y me he hecho mucho más apta que mis padres para luchar por mí misma y por mi familia. Como launa, estadounidense y neoyorquina de origen puertorriqueño, siempre recuerdo que mi mayor recurso es creer en mí, en nosotros, en nuestra dignidad inherente y en nuestro propio derecho de vivir y progresar en este país.

Es una vida por la cual vale la pena luchar.

Caroline C. Sánchez

El poder de nuestra historia familiar

Mis raíces me han provisto de una sensibilidad especial y una amplia perspectiva desde la cual puedo contemplar el mundo entero y sus diferentes tonalidades. Estoy muy orgullosa de esto.

Claudia Yelín

Con su cuaderno en la mano, mi hijo Michael, de nueve años, se echó en el sofá donde yo hojeaba una revista literaria y dijo: "¿A qué se dedicaba mi abuelo Leal?"

Su pregunta me sorprendió. El nunca había mostrado un ápice de interés en sus antepasados. Cuando le pregunté por qué quería saberlo, explicó que su maestra de cuarto grado había dejado de tarea que investigaran acerca de la historia de su familia. Sentí un temblor de emoción dentro de mí. No había casi nada que me encantara más que hablar acerca de las raíces de mi familia, pues recién había investigado y escrito la genealogía

de ambos lados de mi familia. Pero también supe que mi hijo tenía un lapso de atención típico de un niño de nueve años, y que acabaría por aburrirlo si yo iniciaba con un largo discurso acerca de sus ancestros.

Mi hijo tiene ascendencia irlandesa, húngara y mexicana —un crisol estadounidense—. Yo sabía poco acerca del lado húngaro-irlandés de su padre, pero conocía lo suficiente sobre su lado mexicano como para hacerlo escribir durante días. Descubrí que aquél era el momento perfecto para contar a Michael la historia de sus raíces mexicanas.

Volvió a preguntar: "¿A qué se dedicaba mi abuelo Leal?"

Dejé mi revista en la mesita de centro y me recosté en el cojín del sofá. "Seguramente te refieres a tu bisabuelo Agapito. El primero fue agricultor y después fue vigilante en una escuela preparatoria. Le encantaba trabajar al aire libre. El jardín de su casa era precioso. Siempre que huelo los jazmines me acuerdo de su jardín".

Michael me miró. Sus ojos pardos estaban bien abiertos y redondos. "¿A qué te refieres con agricultor?"

"Él recolectaba algodón, verduras, fruta —ya sabes, lo que hubiese en cada temporada."

"¿Es como salir al campo?"

"Sí, ¡como salir al campo!". Yo sonreí, divertida por su incredulidad. "De hecho, el padre de tu abuela también fue agricultor por un tiempo". De repente, me percaté de que la vida de sus bisabuelos le era tan extraña como si ellos hubiesen nacido en otro planeta.

"¿Dónde estaban esos campos?"

"El padre de tu abuelo trabajaba en el valle que está cerca de la frontera de Texas con México. Ahí hay muchos huertos de cítricos y también campos de vegetales comerciales, con acres de betabeles, zanahorias y jitomates. Todos los tipos de verduras que puedas imaginar".

"¿Y qué hay del padre de mi abuela?" Él dejó de escribir y me miró expectante.

"Él trabajó por un tiempo como recolector, pero después se convirtió en contratista laboral. Cuando se fue a Texas y Mis-sissippi, se llevó con él a varios agricultores para cosechar algodón."

Michael alzó las cejas. "¿A mano?" Yo asentí con la cabeza.

"Pero, de regreso al tema del padre de tu abuelo, o sea mi abuelo, él se fue a Texas en 1912 debido a la Revolución Mexicana. Contaba entonces con diecisiete años. Consiguió un empleo ayudando a limpiar la tierra en el pueblo donde vivía. Después de su trabajo en el campo consiguió un trabajo en una empacadora donde lavaba, agrupaba y empacaba miles de libras de frutas y verduras para embarcarlos. Tras retirarse de ese empleo trabajó por muchos años como vigilante de una escuela de bachillerato.

"Su esposa, es decir mi abuela, era una mujer fuerte. Tenía la misma edad de mi abuelo y nació en un pequeño rancho del sur de Texas, aunque sus

padres eran mexicanos. La abuela y el abuelo Leal se casaron a principios de los años 20. Vivieron en Welasco, al norte de las vías del ferrocarril Missouri Pacific, en una casa rosada de tres recámaras en el lado mexicano del pueblo."

"¿En el lado mexicano del pueblo?", interrumpió Michael.

"Sí. En aquellos días, los mexicanos vivían de un lado de las líneas del ferrocarril y los anglosajones vivían del otro lado".

"¡Qué extraño!"

"Sí", respondí.

"Si yo hubiese vivido en aquella época, ¿de qué lado habría vivido?" Se puso el cuaderno sobre los muslos y me miró con ojos intensos.

"¿Lo preguntas porque eres en parte mexicano?"

"Sí".

"No estoy segura, pero como tu padre es anglosajón, quizá del lado anglo del pueblo".

Él asintió con la cabeza y luego tomó su cuaderno.

"En fin. Ninguno de tus bisabuelos sabía leer o escribir, pero ambos eran responsables y sabios. Estuvieron casados por más de 50 años. Mi abuela murió siete años después de sus bodas de oro, y mi abuelo sólo unos cuantos meses después. Antes de morir, mi abuelo vagaba por la casa y llamaba a mi abuela".

"Eso da miedo".

Yo sonreí. "Él la extrañaba. Estuvieron casados por mucho tiempo".

Él frunció el ceño.

"Aun cuando mis abuelos no eran letrados, sí eran personas honestas y temerosas de Dios que esperaban que sus hijos fuesen mejores que ellos y se convirtiesen en buenos estadounidenses".

Michael miró lo que había escrito. "No sabía que tuviese parientes que eran campesinos y uno que fue conserje".

"¿Te molesta eso?"

"No... es sólo que nunca pensé en eso, en lo que debe haber sido trabajar en los campos".

"Hay personas que aún realizan esa clase de trabajo, y muchos de ellos son mexicanos que viajan por todo el país. Es un trabajo duro. Cuando tus abuelos vivían, tenían pocas alternativas distintas de trabajar en el campo. Pero no se quejaban. Sabían que un día sus hijos, nietos y bisnietos tendrían un modo de vida mejor".

Michael frunció los labios. "Guau, ésa sí que es una noticia. Mis bisabuelos eran campesinos". Y cerró de golpe su cuaderno. "Terminé. Después lo pasaré a máquina". Brincó del sofá, caminó, se echó en el sillón y encendió el televisor con el control remoto.

Sentí un extraño abatimiento. ¿Acaso le importó algo de lo que le dije? Mientras me estiraba para alcanzar mi revista, Michael se volvió hacia mí.

"Mamá, el conserje de mi escuela es mexicano. Nunca antes he hablado con él. Creo que mañana lo saludaré".

Aquel día, gracias a un proyecto escolar de cuarto grado, Michael aprendió algo acerca de sus bisabuelos inmigrantes y yo aprendí algo acerca del poder de nuestra historia familiar. La historia de nuestros antepasados puede tener un efecto positivo en nuestra manera de ver a los demás —a los hombres y mujeres que trabajan en el campo, en restaurantes, en hoteles, y toda la multitud de empleos modestos que nuestra sociedad da a los inmigrantes recientes y poco educados— quienes ya no son individuos anónimos sino personas que quieren alcanzar el sueño americano. Personas como nuestros antepasados. Personas como nosotros.

Cynthia LealMassey

Educar a nuestra familia sobre la mezcla de culturas

Cuando mi esposo y yo pensamos en nombres para nuestro bebé, sabíamos que queríamos un nombre español que los an-gloparlantes pudiesen pronunciar con facilidad. Necesitaba ser corto, de preferencia, bisilábico. Nos decidimos por Diego, lo cual daría a nuestro hijo las mismas iniciales de su padre D.S. La S es de Spielman.

El hecho de pensar en nombres fue el primer esfuerzo consciente de mi familia por mezclar nuestras culturas tan diversas. Yo nací y crecí en Puerto Rico; he vivido en los Estados Unidos durante catorce años, de los cuales, los últimos siete he radicado en Filadelfia. Aunque soy producto de doce años de educación católica, no he practicado esta fe en mucho tiempo. Mi esposo, originario de Filadelfia, es judío y proviene de una familia no religiosa que celebra las festividades principales. Estas culturas, que parecerían tan distintas, no nos impidieron encontrar el amor y las cosas comunes en nuestros valores, intereses profesionales

y preocupaciones sociales. Hoy, estas diferencias nos ayudan a descubrir cómo educar a nuestro hijo en un entorno que combine nuestras lenguas, tradiciones culturales, rituales familiares y perspectivas acerca de la vida.

Hemos decidido tomar lo que nos guste de la cultura de cada uno —y de otras culturas— y mezclarlas de una manera flexible y no dogmática. Lo que algunos estudiosos llamarían sincretismo cultural, a nosotros nos gusta llamarlo *sopa casera de arroz, frijoles y pan matzo*. Por ejemplo, cuando llegó el momento de organizar la fiesta de bienvenida de nuestro bebé, yo compré el libro *How to Be a Jewish Parent* (Cómo ser un padre judío) de Anita Diamant y busqué en Google todo acerca de los bautizos. Con base en mi creencia, derivada del catolicismo, de que los bebés necesitan una bendición cuando nacen, acordamos en crear nuestra propia ceremonia. Con el material que yo había conseguido, armamos una celebración que combinaba la lectura de un poema de un escritor **libanes**, algunos versos de los que se leen en el bris judío, y una bendición especial escrita por los abuelos puertorriqueños de nuestro hijo. Nuestra comunidad de familiares y amigos bendijo agua mientras se le pasaba por la habitación en un caso, antes de vaciarla sobre la cabeza de nuestro hijo.

Otro ingrediente de nuestra mezcla cultural casera es la colección de historias familiares que planeamos compartir con nuestro hijo. Esperamos que estas historias le den un sentido de historia y pertenencia. Está la historia de Mercedita, su tía abuela puertorriqueña, quien ayudó a criar a mi madre. Ella era la mayor de diez hijos que vivían en un rancho cafetalero en Puerto Rico. Después de que un huracán destruyó la granja, ella y su familia se fueron a vivir a San Juan y aprendieron a confeccionar hermosos vestidos para las reinas y novias del carnaval. También escuchará historias acerca de León, su bisabuelo judío, quien tuvo un talento especial para trabajar con madera y una

paleta de colores. Pero lo más importante es que escuchará historias acerca de Carol, su abuela paterna, quien falleció tres meses antes de que él naciera. A ella le encantaba contar la historia del nacimiento de sus hijos. Ella haría lo que fuese por poder contar la historia a Diego en persona. Nosotros se la contaremos en honor a su memoria.

La fusión de historias, rituales y creencias que compartimos con nuestro hijo moldeará sus perspectivas acerca de la vida, la gente y el mundo que lo rodea. Esperamos que nuestra Sopa Casera plante en él las semillas de la curiosidad, la tolerancia, la justicia y la esperanza. Estoy segura de que, a medida que la mezcla de culturas y tradiciones se convierta poco a poco en la norma de muchos hogares estadounidenses, él conocerá a otros chicos que pertenezcan a familias con una fusión similar.

Durante las primeras fiestas de diciembre que vivió mi hijo encendimos velas de Hannukkah con mi familia católica en Puerto Rico y, tras cierta negociación, mi esposo y yo acordamos que los Reyes Magos visitarían nuestra casa de Filadelfia. También mencionamos y recordamos a las personas e historias de vida que nos permitieron celebrar juntos nuestras festividades combinadas. Estas son las personas e historias a quienes esperamos honrar a medida que moldeemos y bendigamos en nuestra vida diaria las culturas tan ricas de nuestras familias.

Liza M. Rodríguez

Hija de América

Soy una hija de América, mestiza y caribeña de piel clara, hija de muchas diásporas, nacida en un continente de encrucijadas.

Soy una judía puertorriqueña
de los Estados Unidos,
un producto de los guetos neoyorquinos
que nunca he conocido,
una inmigrante, hija y nieta de inmigrantes.
Hablo el inglés con pasión:
Es el instrumento de mi conciencia,
un filo destellajite de cristal,
mi herramienta, mi habilidad.

Soy caribeña, isleña,
y el español está en mi carne,

ondula desde mi lengua,
se aloja en mis caderas:
es la lengua del ajo y de los mangos,
el cantar de mi poesía,
los gestos voladores de mis manos.

Soy latinoamericana,
enraizada en la historia de mi continente:
Hablo desde ese cuerpo.

No soy africana. África está en mí, pero no puedo retornar. No soy taina.
Los tainos están en mí, pero no puedo volver. No soy europea. Europa
vive en mí, pero ahí no tengo hogar.

Soy nueva. La historia me creó. Mi primer lengua fue
el spanglish. Nací en la
encrucijada y estoy
completa.

*Aurora
Morales*

Levins

5

LOS DESAFÍOS

Busca tu pasión y sigúela a como dé lugar, pero hazlo desde una perspectiva latina, donde te guíe el efecto que tus actos tienen en tu familia y tu comunidad. Ser latino significa ser emocional, espiritual, y para mí eso constituye una estructura moral: saber qué es bueno, correcto, justo. Todo esto se volverá más importante a medida que avancemos hacia los duros tiempos que nos esperan. Necesitamos construir sobre eso.

David Hayes-Bautista

Huevos, 1930

Es el otoño de 1930 en un pequeño apartamento de Spanish Harlem, hogar de Lola y Manolín Morales, mis abuelos. Aquél fue uno de tantos hogares por los que pasaría cada uno de mis primos y tíos, recién llegados de la isla, en su camino hacia la vida en los Estados Unidos. Era una especie de consulado familiar donde aprendían a utilizar el metro, ponerse abrigos y encontrar empleos y departamentos por sí solos. Mis abuelos se habían casado hacía poco más de un año y abordado un barco de vapor rumbo a Nueva York ese mismo día de septiembre de 1929. Esto significa que arribaron al Norte justo a tiempo para la gran caída de la bolsa. Descendieron del barco y entraron en La Gran Depresión.

En los años por venir, mi abuelo caminará veinte manzanas hasta su trabajo para ahorrarse los cinco centavos del camión. La comida que dará a su familia consistirá en latas de jamón proporcionadas por el Estado y frascos gigantes de mermelada liberados de la cafetería de la escuela primaria, donde él trabaja como dependiente, mientras su supervisor finge no notar lo que

falta. Mi abuela, una enamorada del color y el estilo, poseerá un solo vestido de color café, al cual llama de broma el "lávese y úsese" porque lo lavabas y esperabas hasta que se secase para poder volver a usarlo.

En 1941, cuando los Estados Unidos entren en la Segunda Guerra Mundial, Manolín será reclutado por la Fraternidad Internacional de Trabajadores de la Electricidad, cuyo programa de aprendizaje busca a propósito trabajadores de color con el fin de fortalecer dicho sindicato en una época en que el patriotismo se utiliza como una excusa para socavar los esfuerzos de los trabajadores para organizarse. Él se hará electricista del arsenal naval y hará las instalaciones eléctricas de los buques de guerra en Brooklyn. Llegará a convertirse en un trabajador hábil y bien aprovechado, un artesano orgulloso de cada detalle de lo que sabe, quien se deleita con enviar a sus nietos en Puerto Rico radios de transistores que huelen como autos nuevos, cajas de almendras Jordán empacadas con botellas de vitaminas gigantes color naranja y una cuerda de nylon especial de alta tecnología, tan delgada como un lápiz, pero lo bastante fuerte como para sostener a un niño de diez años meciéndose. Y en 1969, él se retirará con mi abuela a vivir en los condominios Flamingo Terrace en Bayamón para cuidar de sus plantas y tratar de mantener a mi abuela encerrada tras las puertas de hierro dulce de su casa.

Pero es octubre de 1930, y mi madre recién nacida se alimenta de los pechos de mi abuela hambrienta. Manolín, al igual que otros millones de personas, no ha sido capaz de encontrar trabajo. La abuela Lola desfallece de hambre. No ha comido nada en días, pero su cuerpo sigue vaciándose de nutrimentos para dar de comer a su hija. Imagino cómo los minerales abandonan sus huesos y dientes, y cómo éstos empiezan a desmoronarse. Imagino cadenas de proteínas que salen de sus músculos, como hilos elásticos que se estiran demasiado. He visto la desnutrición.

Conozco su mirada consumida. Hora tras hora, ella se acerca cada vez más a eso.

No sé quién llama a la puerta —uno de los compadres o comadres, ese pequeño grupo de inmigrantes puertorriqueños que se conocen entre sí y se comportan como familiares en esta tierra extranjera donde el viento otoñal se enfría cada vez más y todo el mundo está desesperado—. Uno de los hombres ha obtenido un ascenso. Ha dejado de ser conserje y ahora supervisará el mantenimiento en el edificio de oficinas donde trabaja. Los demás se han reunido para decidir quién deberá ocupar su antiguo puesto. El consenso es que Manolín lo ocupe, pues él y Lola tienen un bebé recién nacido. Así pues, el ex conserje lleva a mi abuelo al edificio por la noche y le enseña a usar la gran aspiradora industrial. En la mañana, cuando él recomiende a mi abuelo para el puesto, ambos podrán decir que Manolín tiene experiencia.

El gerente lo acepta, lo contrata y le paga una semana por adelantado, y cuando Manolín sale del trabajo muy temprano esa mañana, compra huevos y

mantequilla, y se apresura a casa para estar con Lola y con mi madre bebé. El prepara huevos revueltos, una especialidad suya que será famosa entre sus descendientes, su manera de expresar amor y también de expresar su perfeccionismo y autoridad en la cocina. Bates los huevos solos; pica la cebolla con la proverbial eficiencia de los Morales; cuando el fuego alcance la temperatura correcta, agregas los jitomates picados; y revuelves los huevos a la velocidad adecuada para darles la textura perfecta.

Pero en toda su carrera culinaria, no hay huevos tan perfectos como los que cocina para su esposa aquella mañana, dotados de la compasión de los compadres, sazonados con el hambre y la esperanza, y llevados con todo cuidado hasta la boca de una mujer demasiado débil como para sostener un cubierto. Cincuenta años después, mi abuela aún será capaz de describir la experiencia de comer esos huevos indescritiblemente cremosos,

suaves y deliciosos, la sensación de tibieza al entrar en su estómago, la oleada de fuerza que regresaba a sus miembros. Pero esos huevos eran algo más que huevos: bocado tras bocado, eran una probada de la vida misma.

Aurora *Levins*
Morales

La clínica

Mi mami no era una mujer pequeña. Pero aquel día, sentada en su cama del hospital, se veía minúscula. Habían transcurrido sólo seis meses desde su diagnóstico. Yo la miré, y ahí estaba ella, sentada, sonriente y haciendo planes. Las únicas señales de su enfermedad eran las marcadas arrugas alrededor de sus ojos, su cabeza calva —ahora envuelta en una bufanda de colores— y el acre olor de los antibióticos que infundía la habitación. Ella trataba de disimularlo con perfume, pero el olor de los medicamentos se filtraba por sus poros, se hundía en la ropa de cama y flotaba en el aire como un espíritu malévolo.

Yo le arreglaba las uñas. En lugar de su tradicional barniz claro, me pidió que le aplicara la tercera capa de Apasionada, un escandaloso barniz rojo. Yo la miré con ojos interrogantes.

"Es que me encanta el nombre, tan lleno de amor y vida", dijo. Se inclinó hacia delante, tomó mi mano y le dio un largo apretón. Me miró a los ojos y me abrazó. Ella podía hacer eso de varias maneras —abrazarme cuando todo lo que yo quería era irme. Y en el pasado, ella me dejaba ir—. Había tantas cosas

que yo no quería decir. Ahora, la intensidad de sus ojos me incomodaba. Intenté retirar mi mano para continuar con el arreglo de sus uñas, pero ella no me dejó.

"Nena, cuando la muerte está cerca", dijo, "tienes que sostenerte fuerte, muy fuerte, de cualquier manera que puedas. Tienes que saborear cada día, pasearlo por toda tu boca antes de tragarlo. Y cada día, cada minuto, te nutrirá y sostendrá. Tienes que aprender a aferrarte a lo bueno, e incluso a lo no tan bueno. Es el aferramiento lo que cuenta, el paladeo del momento". Entonces, ella miró nuestras manos y añadió de modo casi inaudible: "Y yo trato de asirme a cada momento de cada manera que puedo". Cuando volvió a mirarme, su rostro estaba rígido de esfuerzo. Pero las lágrimas que había en sus ojos empezaron a caer con una agonizante lentitud por sus mejillas.

Ella tenía 58 años. Nunca vio los 59.

* * *

La enfermera toca mi hombro. Yo salto y con ello hago temblar el jarrón rebosante de flores. La miro y noto que ella también viste de blanco. Mis ojos bajan hasta sus senos. Entiendo por qué su voz es compasiva, pues alberga su propio miedo. Mi cuerpo se levanta, avanza por el aire pesado con las piernas entumecidas y cruza la puerta. He perdido la habitación. Inhala.

"Perdón por haber insistido tanto, pero necesitamos obtener una buena imagen."

La enfermera ajusta la palanca. Yo espero mientras el torno se acerca a un pecho. "Sostén la respiración". Yo aparto la mirada de la máquina. Mi carne se adhiere a la plataforma de vidrio aun cuando mi torso quiere retroceder. El frío en el fondo de mi estómago se ha convertido en un bloque de hielo sólido. "Una vez más, sostenía... respira". La enfermera suelta las palancas, retira mi seno de la repisa y desaparece. Me pongo la manta alrededor de los hombros. Necesito sentir calor para contrarrestar lo que siento por dentro. Exhala.

A continuación, llega la hora de los dedos, los hurgonazos, los agujazos y los apretones. La doctora; quiere auscultarme a profundidad. Veo que mueve la boca, pero sólo oigo los sonidos de la enfermera en la sala de pruebas a espaldas de la doctora. "¿Alguna pregunta?" De regreso en la sala de espera, espero. Inhala.

Una eternidad después, la doctora me conduce a una cámara con puertas de vidrio. Mira una vez más mis viejas radiografías y luego las nuevas. Las deja en el centro de su escritorio y empieza a hablar. Aprieta mi temblorosa mano y, en voz baja, me comunica los resultados. Mis hombros se relajan. El nudo en mi estómago comienza a deshacerse. Exhala.

La mujer en la habitación me mira a través del vidrio. Sonríe mientras las palabras me llenan. Los ojos de la mujer de afuera me siguen como reflectores. Están felices de mi alivio. Otra mujer me mira desde el rincón. Hay tristeza en su rostro. ¿De qué se trata todo esto...? El pensamiento juega en una parte lejana de mi mente. Recuerdo mi propio miedo de esta tarde y entiendo. Ella no lo sabe aún, y se necesita mucha fortaleza para tan sólo sentarse y esperar. No puede darse el lujo de ser amable, todavía no. En verdad, es sólo hasta ahora que yo puedo ser generosa.

Tardo unos momentos en levantarme y recoger mis cosas del escritorio. Cuando estoy sola en el vestidor, dejo caer mi peso sobre la pared. Inhala. Cierro los ojos y voy hacia mi interior. El hielo aún se derrite. La presión ha aflojado. Los fuegos artificiales vienen más lento ahora. Sus colores empiezan a desvanecerse. Engullo un poco de aire y trato de reencontrar mi respiración normal. Se me ha exonerado de morir. Exhala.

Estoy desnuda frente al espejo y examino la apariencia de mis senos. Están contrahechos, blandos y caídos —no tan firmes, lisos y redondos como solían ser. Pero están completos, intactos. Y yo me siento agradecida por eso.

Me miro en el espejo mientras comienzo a vestirme. Mis dedos siguen la extensión y profundidad de la vieja cicatriz. Trato de detectar cambios de temperatura y siento las texturas. Miro los tonos de rosa y morado. Me quedo con eso, lo sé. Esto no volverá a ocurrir en mi pecho, aún no, quizá nunca.

Pero sé que este lugar se volverá común para mí. La doctora dijo: "Usted está sana. Nos vemos la próxima primavera".

Me visto rápido.

Antes de salir de la sala, veo de reojo el reflejo de mi cara en el espejo. Me detengo por un momento antes de hurgar en mi bolso. Saco mi lápiz labial, "Apasionada". Destellos de mi madre aparecen en mi mente. Mi mamá ya no tuvo otra primavera y, aun así, se aferró. Miro el tubo rojo por un largo tiempo y me permito escuchar la voz de mi madre y recordar su lucha. Dejo que su recuerdo me llene y me cargue de determinación.

Sé que vendré aquí cada año y esperaré el momento. Temeré malas noticias y esperaré lo mejor en cada ocasión. Me aferraré. Y estaré agradecida por cada año más de vida. Me llevaré esa gratitud al mundo y dejaré que impulse mi existencia. Y si un año las noticias no fuesen tan buenas, me aferraré de todos modos, pues es todo lo que puedo hacer y es lo que ella me dejó.

En el espejo, busco las líneas de su rostro en el mío. Sigo los contornos de mis gruesos labios. Los miro de cerca y, en lo profundo del espejo, veo los labios de mi madre superpuestos en los míos. "Ganamos", dicen sus labios. Poco a poco, forman una sonrisa.

Mientras salgo del lugar, la mujer del escritorio se despide. "Que le vaya bien. Ahora podrá pasar un buen día".

"Así será", respondo. El hielo que había en el fondo de mi estómago se ha derretido por completo. Mientras entro en el elevador siento que mi cara se mueve para formar una sonrisa. Cuando salgo hacia el intenso verde de la concurrida calle, aún sonrío.

Dahlma Llanos Figueroa

En mi salón de clases

Es posible desanimarse por la injusticia que vemos por todas partes. Pero Dios no nos prometió que el mundo sería humano y justo. El nos da el don de la vida y nos permite elegir la manera en que usaremos el limitado tiempo que tenemos en la Tierra. Esta es una oportunidad asombrosa.

César Chávez

Yo sollozaba en silencio. Sujeté tan fuerte como pude la mano de mi hermana mayor mientras ella me conducía a toda prisa por el largo corredor de la Theodore Roosevelt Elementary School en Indio, California. Se acercaba el fin de la década de los 50, y a mis cinco años estaba por entrar a la espantosa dimensión de un mundo nuevo: el primer grado. Como nací en noviembre y mis hermanos mayores me habían enseñado algunos números y el alfabeto inglés —lo cual me permitía leer algunas palabras sencillas—, logré saltar el jardín de niños.

Tras dejarme dentro del salón de primer grado, mi hermana Elodia se esfumó para correr hacia su salón, el de sexto grado. Aunque asustada y añorante del calor de la mano de mi hermana, obedecí las instrucciones de la maestra de sentarme en el pupitre que se me asignó. El frío asiento de madera me ofrecía poca comodidad pues ahora imaginaba el rostro moreno y suave de mi madre y anhelaba sus brazos que yo conocía tan bien y su voz tranquilizadora. "No tengas miedo Angelita". Casi podía oírla susurrar. Las lágrimas se secaron en mis mejillas pegajosas mientras esperaba lo que faltaba. La mirada en la cara de muchos de los otros niños reflejaba mi propia aflicción.

La voz de la maestra hablaba a su salón lleno de niños aturdidos, que abarcaban todos los tonos de blanco, moreno y negro. No tardé mucho en descubrir que los sonidos que emanaban de su boca eran de ese otro mundo. No era el español que llenaba la casa donde yo crecí con nueve hermanos. Algunas de las palabras de la señora Miller me sonaban conocidas, como el inglés que mis hermanos mayores solían hablar en casa. Pero el pánico cundió a medida que la tormenta de inglés que golpeaba mis oídos se convirtió en una lluvia de dardos, y me sentí como una extranjera repudiada. Con las palmas sudorosas y el corazón acelerado, me quedé ahí, sentada e inmóvil... y con necesidad de ir al baño.

La señora Miller sonrió y, de repente, el cabello rubio y enroscado me pareció algo amigable, aunque su manera de hablar tan vaga era como vinagre para mis oídos. Como no podía tan sólo salir corriendo por la puerta, aunque mis pies me lo exigían, recorrí con la vista el salón en busca de alguna imagen que me calmara. Ubiqué un colorido periódico mural que mostraba escenas de una granja: Un vasto granero rojo, recortes de animales de granja y un granjero en un tractor verde quien parecía mirarme. Como yo pertenecía a una familia de trabajadores inmigrantes que recogían cosechas de estación, aquella escena me ofrecía una extraña sensación de familiaridad que logró atravesar la barrera cultural que experimentaba entonces. De alguna manera, me las arreglé para leer el título del periódico mural: La vida en la granja. Me sentí agradecida por lo que aprendí en el verano, cuando Elodia insistió en enseñarme el abecedario. Los vivos colores de los recortes del periódico mural me tranquilizaron. Me empecé a acostumbrar a las cuatro paredes del salón donde pasaría innumerables horas lejos de casa, aunque llegaría a sentir eso más como una sentencia que como un privilegio.

En aquel largo y productivo año escolar, y en los que siguieron, me convertí poco a poco en una excelente estudiante. No estoy segura de cuánto tardó en ocurrir ni de cómo ocurrió, pero aprendí el inglés de una manera forzada —se nos castigaba con un manazo cada vez que hablábamos en español dentro del salón de clase o en los jardines de la escuela—. Tengo un vivo recuerdo de dos chicos mexicanos de mi grupo que regresaban de la oficina del director, y que lloraban a gritos mientras regresaban a sus asientos.

Los castigos corporales eran una práctica común en aquella época, y si rompías de manera continua la regla de no hablar en español, se te azotaba. Al tener prohibido hablar el idioma de mi casa, entendí el mensaje: el español no era aceptable, y tampoco yo lo era si elegía hablarlo.

Un nuevo sentimiento de vergüenza hacia el español y hacia mi cultura mexicana me hizo sentir ansiosa por mezclarme con mis compañeros anglosajones. En un esfuerzo por ser aceptada por la sociedad dominante, obedecí las reglas escolares. Luego, determinada a hablar sólo en inglés, acabé por olvidar totalmente el español conforme transcurrieron los años escolares. Para cuando concluí la preparatoria, ya no podía mantener una conversación clara con ninguno de mis padres, ambos hispanohablantes. Mis hermanos y hermanas mayores se convirtieron en traductores para mis tres hermanas menores (quienes también estaban perdiendo su capacidad de hablar el español) y yo. Adquirí un sentido combinado de orgullo y vergüenza por ser capaz de hablar inglés sin el acento tan vergonzoso e irremediable que poseían varios de mis amigos mexicano-estadounidenses. En aquel entonces, se creía, de manera equivocada, que hablar con acento era señal de baja inteligencia. Era una época en que las pruebas de C. I. sólo en inglés se aplicaban de manera regular a los alumnos para ubicarlos e identificarlos. A quienes reprobaban las pruebas se les clasificaba permanentemente como "retrasados" en su expediente acumulativo. Cuando se divulgaba la noticia de su fracaso en el examen, estos chicos eran molestados con gran crueldad por sus compañeros. A mí me aterraba que se me fuese a etiquetar de retrasada mental. Sentía un gran orgullo de hablar como una ciudadana estadounidense de nacimiento y de parecer alguien inteligente a mis maestros, pero avergonzada de dar la espalda a mi propia gente —y a una parte de mí que, según descubriría después, nunca podría negar.

No fue sino muchos años después, como estudiante de la Universidad Estatal de San José, que vine a darme cuenta de que ser bilingüe y bicultural podrían ser atributos valiosos. Ingresé a un postgrado en estudios mexicano-estadounidenses, un programa de estudios profesionales recién establecido, como un esfuerzo por adquirir conocimiento y comprensión de mis raíces étnicas. Tomé clases de español para reaprender mi lengua materna y me adentré en el estudio de la historia y la cultura hispánicas, todo para tratar de recuperar el tiempo perdido.

Después, me convertí en maestra bilingüe de primaria, y di clases a los grados más pequeños durante catorce años. Con todos mis años de carrera ya he perdido la cuenta de cuántas veces he reconocido la mirada confundida en el rostro de mis alumnos no angloparlantes cuando entran por primera vez a mi salón. Sus rostros aturridos me recuerdan mi propio y traumático primer día de clases. A diferencia de mis temerosos primeros días escolares, mis alumnos siempre tienen el consuelo de poder oír

y hablar español e inglés en su salón de clases. Y nunca se han avergonzado al grado de negar o abandonar la lengua de su familia o la riqueza de su herencia, algo que ha hecho que su transición al mundo anglófono sea bastante distinta.

Pero la vergüenza que había adquirido a lo largo de tantos y tan tempranos años no se borraría con facilidad. Tardé mucho tiempo en obtener un nuevo sentido de orgullo por mis antepasados y mi raza, un orgullo que poco a poco ha remplazado el vacío que me había acompañado por tantos y tantos años.

Hoy, cuando estoy en mi salón de clases, me siento aliviada y feliz de que mis alumnos cuenten con un ambiente de aprendizaje que no los fuerce a perder el sentido del orgullo étnico ni la plenitud con que llegan a ese primer día de clases.

Anjela Villarreal Rattiff

El amor de una madre

El amor de una madre es instintivo, incondicional y para siempre.

Anónimo

Recuerdo la época de principios de los años 90 antes de que Ellen saliese del armario y que Will & Grace estuviese en el horario estelar de la televisión. Antes de que Matthew Shepard recibiera atención nacional y que ser gay gozase del apoyo público del que goza hoy. Imagina a un chico mexicano de diecinueve años que se declara homosexual ante su madre y se da cuenta de que le ha roto el corazón. Imagina ese corazón, roto en pedazos tan pequeños que pueden caber por el ojo de una aguja.

Al vivir en Texas y crecer en una familia católica de marcado origen e influencia mexicanos, fue muy difícil para mí aceptar mi propia homosexualidad. Recuerdo que había muchas noches en que rezaba todo el rosario y rogaba a Dios que me cambiara.

Conforme pasaron los años, comencé a aceptar gradualmente quien yo era y aprendí a amarme a pesar de mi educación tan marcada por el machismo. Sin embargo, aquél fue sólo el primer paso. ;

Todos los latinos saben **cuan** importante es la familia y yo no soy la excepción. Aceptar mi sexualidad fue un gran avance en mi camino al autodescubrimiento. Sin embargo, la pregunta que me carcomía era: "¿Acaso mi familia también me aceptará?" La idea de perderlos y ser repudiado me asustaba más que la muerte.

En nuestra cultura, se nos enseña que la familia lo es todo. Yopodía hacer frente a cualquiera de los retos de la vida, siempre y cuando tuviese a mi familia a mi lado para enfrentarlos de lleno. Sin embargo, el momento había llegado y necesitaba ser sincero con ellos.

Para empezar a facilitarme la tarea, me revelé primero ante mi hermano menor. Para mi sorpresa, su reacción fue positiva, aunque un tanto indiferente. Él estaba hecho a la idea de que yo era su hermano y que mi orientación sexual no importaba. Con la confianza tan particular que me dio esta experiencia, decidí revelarme ante mi madre.

Era el 11 de octubre de 1994, Día Nacional para Salir del Clóset. Ella lloró, vociferó, gritó y, al final, se culpó. Era una pesadilla. Para la noche, teníamos los ojos rojos e hinchados de tanto llorar y nos salían mocos de la nariz. Estábamos exhaustos y nos retiramos a nuestra respectiva habitación sin darnos las buenas noches. Nunca esperé que reaccionara de aquella manera y temía que nuestra relación se hubiese deteriorado para siempre.

Aquella noche me acosté en la cama y pensé en un programa de entrevistas que había visto en la televisión horas antes. El tema principal del programa era el Día Nacional para Salir del Clóset y los invitados eran toda una variedad de no latinos que se revelaban ante su familia. Sus experiencias en el programa fueron mucho mejores que la que tuve aquella noche y no podía comprender por qué mi madre había reaccionado de manera tan horrible. Durante los días que siguieron, mi casa se cubrió de una capa de torpeza.

Al día siguiente me revelé ante mi hermana y un mes después ante mi papá. Al haberse divorciado de mi madre cuando yo estudiaba la secundaria, pude retrasar mi confesión con él. No podía soportar otro episodio como el que había experimentado con mi mamá. Sin embargo, su reacción ante mi noticia fue muy similar a la de mis hermanos menores, y yo quedé bastante sorprendido por las palabras de mi padre. Dijo: "Tú eres mi hijo y siempre te amaré, no importa lo que hagas".

Quisiera poder escribir que mi madre pronto apeló a la razón y que no tardamos en recobrar nuestra relación. La verdad es que el camino hacia su aceptación y comprensión fue largo. En los meses que siguieron sostuvimos acaloradas discusiones y ella tenía varias preguntas. Mi mamá me animó a seguir rezando, y sé que el **VIH** y el **SIDA** le preocupaban enormemente.

Muchas personas, sobre todo en aquella época, creían que ser homosexual te condenaba a una sentencia de muerte por **SIDA**.

Hoy, ocho años después y gracias a mucha determinación y persistencia, mi madre y yo tenemos una relación muy sana y abierta. En muchos sentidos, ella es mi mejor amiga. En fechas recientes, hemos visto películas con tema gay para que ella obtenga una mejor comprensión de mi vida. Su favorita es ***The Broken Hearts Club***.

En cuanto a mi relación actual con mi hermano, mi hermana y mi padre, en apariencia tan abiertos, ellos han adoptado la filosofía de no preguntes, no digas. Todos aún somos unidos, y ahora tengo una cuñada, una sobrina de tres años y un sobrino de uno. Pero ellos tienen un ojo ciego y un oído sordo para las cosas que eligen no saber. Por desgracia, eso significa que en su

vida hay partes perdidas de mí. Mi madre y yo tuvimos un rudo comienzo a finales de 1994, pero hoy es la única persona de mi familia que me conoce por completo.

Mi madre, orgullosamente mexicana, había sobrevivido a una niñez empobrecida en el lado norte del pueblo, sumada a los años de su adolescencia atormentados por los prejuicios tan tradicionales de Texas y el odio hacia nuestra raza. Y justo cuando quizá ella pensaba que tendría un poco de paz, su primogénito le confiesa su homosexualidad. Pero con base en nuestra fe y en la importancia cultural de la familia, eso ya no le importa. Como sea, nos prometimos permanecer siempre unidos y estar ahí cuando el otro lo necesite.

Hoy, cuando me revelo ante la gente, sus reacciones varían, pero siempre y cuando cuente con el apoyo de mi madre, estaré feliz. ¿Qué otra cosa puede pedir un hijo a su madre que su apoyo y amor continuos? Nada puede compararse con el amor de una madre, y ser un niño de mami es algo bueno. Mi mamá ha sido el sostén de mi vida y no puedo imaginarla sin ella.

¡Gracias a Dios por ti, Mamá! ¡Gracias por quererme sin límites!

JohnnyK Ortez, Jr.

Siempre te recordaré

La miraba mientras ella yacía ahí, recostada en la cama, apoyada por almohadas esterilizadas de hospital y cubierta por numerosas sábanas y cobijas blancas. Su cuerpo estaba envuelto en el material feo y delgado de su ropa de hospital. La cama, con todas sus barandillas, la hacía parecer un pajarrillo dentro de una jaula enorme.

Habría deseado verla sentada, riendo y hablando con las enfermeras en su mal inglés mientras les pedía sus adorados arroz con frijoles y café con leche. Quería oírle decir: "Hola, Norma". Quería hablarle sobre mi día. En cambio, vi a una ancianita con una expresión curiosa y asustada en los ojos. Ella me vio a la cara para tratar de ubicarme. Entre más luchaba por recordarme, más se le nublaban los ojos.

Apenas ayer, yo había estado en esa misma habitación, pero en esa cama había una mujer diferente. Era la mujer que yo conocía, que me conocía, no esta frágil, temerosa y confundida mujer al borde de las lágrimas. Al principio pensé que sería tan sencillo como tan sólo decirle quién era yo. Pensé que ella reiría

y diría que ya me recordaba. Por desgracia, no fue tan sencillo. Eso sólo añadió culpa a su confusión, y sólo hizo que sus ojos (y los míos) se nublaran aún más.

Yo no podía soportar su incomodidad o el dolor de esa lucha inconquistable, de modo que cambié el tema. Hablamos sobre cosas triviales e insignificantes como el clima, y poco a poco orientamos la conversación hacia todas las tarjetas y flores que había en la habitación. Estuvo de acuerdo con que todo aquello era muy bonito pero, por desgracia, confesó que no sabía quién las había enviado. Leí los nombres escritos en las tarjetas, pero ella no reconoció el de ninguno de sus hijos, así que, afligidas, hablamos de la gelatina que tenía en su repisa.

La tarde transcurrió entre nimiedades y tratamos de ignorar el elefante rosado que había en la habitación. Había planeado una visita breve, pero a mi niña interior se le dificultaba mucho retirarse sin haber sido reconocida por ella. Así pues, esperé hasta que concluyó el horario de visitas. Mientras me iba, ella dijo: "Norma vino a verme ayer".

Le di un beso de despedida y le dije: "Lo sé, mamá. Y también vendrá mañana".

*Norma
Oquendo*

Vagar por el sueño de un chico

En 1962, mi esposo y su familia vivían en un diminuto apartamento en Miami Beach. La familia de mi esposo había llegado de Cuba tan sólo un año antes, y como la mayoría de los cubanos que dejaron el país por aquellos años, luchaba por crearse una nueva vida.

Mi esposo tenía diez años, su hermano, once. Cada semana, cuando mi suegra iba a la tienda de abarrotes, ellos solían esperarla en el establecimiento de al lado, una tienda de avíos de pescar. Los chicos caminaban por la tienda, miraban los artículos para pesca y acababan en frente de las cañas. No había nada que ellos desearan más que tener su propia caña y cuerda de pescar.

Cada semana, mi suegra encontraba a sus hijos en el mismo lugar con la mirada fija en las cañas de pescar, y eso le rompía el corazón. Ella sabía cuánto extrañaban los chicos la vida en Cuba. Cuando eran más pequeños, pasaban los fines de semana y los veranos en el rancho de su abuelo, donde disfrutaban de paseos a caballo y de las salidas a cazar y pescar.

Mi suegro tenía dos empleos, pero cada vez que podía, llevaba a sus hijos a pescar. El muelle estaba a tan sólo seis manzanas de su pequeño apartamento, y los fines de semana se llenaba de pescadores. Tú podías distinguir quiénes eran los residentes de Miami y quiénes los refugiados cubanos con tan sólo observar su equipo de pescar. Los cubanos pescaban con un carrete de cuerda de pescar, un anzuelo y un pequeño peso atado al final de la cuerda.

Para los cubanos, pescar era algo divertido. Era una de esas pocas actividades que podían compartir con sus hijos en forma gratuita. Y si tenían suerte, también podían proveer la cena de su familia. Mi suegro también usaba la pesca para practicar su inglés. Mientras pescaban, él hablaba con la gente que encontraba en el muelle de pesca. Muchos de ellos eran comerciantes judíos retirados que se habían mudado a Miami Beach.

Una mañana de domingo caminaron las seis manzanas hasta el muelle y tras encontrar un espacio libre para pescar, menearon la cuerda por encima de sus cabezas y la lanzaron tan lejos como pudieron. Pescaron la mayor parte de la mañana, pero aparte de algunos piquetes, nadie consiguió nada. Entonces, mi cuñado sintió un tirón en su caña.

Empezó a enrollar la cuerda, y mientras lo hacía, pudo sentir un pez del otro lado, el cual trataba de liberarse. Era enorme. Poco a poco, fue sacándolo del agua. Para este momento, la gente del muelle ya había dejado su equipo de pesca y se había puesto a un lado de mi cuñado para tratar de echar un vistazo al monstruoso pez que había al final de la cuerda.

Justo cuando él creía que ya no podría resistir más, brotó del agua una caña de pescar y un carrete cubiertos de algas y lodo. Todos gruñeron decepcionados, excepto mi esposo y su hermano, que no podían creer lo que veían.

La caña parecía haber estado en el agua durante años. El carrete estaba oxidado y en mal estado, pero aquella noche, sobre la

mesa del comedor, mi suegro la desarmó y empezó a limpiar y engrasar cada pulgada de ella.

El fin de semana siguiente, cuando los hermanos fueron a pescar, caminaron al muelle con una caña de pescar en el hombro. Aunque no era como las que habían visto en la tienda, para dos jóvenes refugiados cubanos, resultaba igual de buena.

El hecho de encontrar y arreglar una caña de pescar dio a los chicos la esperanza de que su nueva vida mejoraría, y proporcionó a mi esposo una lección muy importante: la vida nos da lo que necesitamos, aun cuando esas bendiciones no siempre vengan en la envoltura más vistosa.

María Luisa Salaries

El poder de brillar

Cualquiera que me hubiese visto en el podio durante la premiación aquel día de junio, habría pensado que soy una triunfadora. A los 35 años, era la fundadora y única dueña de un negocio multimillonario. Viajaba por todo el país para hablar frente a gente de negocios. Tenía tres hermosos hijos y era lo bastante próspera como para no tener que trabajar un solo día más de mi vida. Sin embargo, la soledad y la impotencia que había sentido durante los primeros años de mi vida me hacían incapaz de saborear mi buena fortuna.

Como niña pobre de South Bronx, no sabía cómo era el éxito, pero estaba bastante segura de que no era como yo. En las películas que veía y los libros que leía, nunca aparecían chicas puertorriqueñas gorditas, pecosas y con gafas —y jamás había conocido a latinas que fuesen altas ejecutivas o académicas—. Además, no había demasiados éxitos visibles desde mi ventana. Las mujeres que veía eran sirvientas y dependientes hastiadas que cargaban bolsas de víveres a sus humildes viviendas y trataban de acumular suficiente energía para llegar al final del día. Sin

saber bien lo que hacía, empecé a construirme un modelo de persona a partir de fragmentos de la gente que me rodeaba —la dignidad de ésta y el espíritu de aquella—, una especie de muñeca de trapo que mantuve a mi lado.

A medida que crecí y me adentré en el mundo, me esforcé mucho para superar la pobreza de mi niñez. Pero todas las versiones anteriores de mí misma permanecían en mi interior, una sobre otra como muñecas rusas: la pequeña de cuatro años que, durante el primer día de clases, fue golpeada al ser confundida con una niña de raza blanca; la adolescente temerosa de una preparatoria de South Bronx que siempre estaba rodeada de policías antimotines; la estudiante universitaria que cuya compañera de habitación solicitó que la cambiaran por no querer compartir el cuarto con una chica del gueto. Yo no lograba deshacerme de ellas por completo y tampoco quería hacerlo. Formaban parte de mí y me recordaban de dónde venía, aunque me aseguraba de mantenerlas ocultas. Entonces, a los diecisiete años, encontré por mero accidente un nicho para mí en Nueva York, tras abandonar mis estudios en Wellesley. Encontré un empleo en el departamento de atención al cliente en una fábrica de paraguas y morrales. El negocio me fascinó —todo el movimiento de personas y productos, los altibajos, todo el ciclo de crear algo a partir de la nada—. Al final, decidí cambiarme al área de ventas, pero la compañía rechazó mi solicitud. Determinada a que nada me detendría, me reporté enferma un día para poder llamar al Museo de Historia Natural, un cliente potencial. Salí de ahí con una orden de venta enorme y un nuevo cliente. Tras llevar la orden a la oficina, me entrevisté con el presidente de la compañía y le dije: "Muy bien chicos, ¿me permitirán vender ahora, o qué?"

Y me lo permitieron. Pocos años después, cuando tenía 21 años, me dieron el puesto de ejecutiva de cuenta y me pusieron a cargo de mi propia categoría empresarial. Dos años después, me fui a trabajar con una firma rival en California para expandir su negocio de paraguas. Ganaba muchísimo dinero para alguien de mi edad, pero como tenía cierto objetivo en la mente, viví con absoluta austeridad. Después de trabajar para esa compañía por algunos años, gané el suficiente dinero como para formar mi propia empresa. De repente, me convertí en una empresaria sin salario. Ahora tomaba las decisiones con base en propio criterio y, aunque perdía dinero, no me dejé desanimar por mis primeros errores. Seguí avanzando e hice lo que sentí que debía hacer, aun cuando no estaba segura de tener razón.

Para esta época, yo estaba casada y con dos hijos pequeños, y mi mundo estaba partido por la mitad. Conservaba una estricta separación entre lo profesional y lo personal, y nunca hablaba sobre mi pasado en los círculos de negocios. Ser presidenta ejecutiva de una empresa me hacía sentir bastante sola, pero estaba acostumbrada a ello. Aunque era vagamente consciente de que ocultaba cosas de mí, no me sentía lista para aceptar el riesgo de revelar mis orígenes.

Mi compañía, Umbrellas Plus, creció y se expandió cada vez más al conseguir varios contratos importantes. Al final, nos reubicamos en Nueva Jersey para estar más cerca de la acción de la industria. Un día, mientras hojeaba una revista, encontré un anuncio de los premios Women of Enterprise Awards, patrocinados por Avon y SBA. El premio se otorgaba a mujeres propietarias de negocios que habían superado grandes dificultades para crear empresas de éxito. Aquello sonaba del todo *ad hoc* para mí. Mientras llenaba las preguntas del cuestionario, se me ocurrió que esa clase de premio podría destruir la identidad que me había construido con tanto cuidado, pero aun así, terminé de llenar la solicitud. ¿Quién habría dicho que yo iba a ganar? Un mes después, abrí una carta de Avon cuya primera palabra era "¡Felicitaciones!", lo cual me hizo gritar de emoción. ¡Esta puertorriqueña, que alguna vez habitó en viviendas del gobierno, iba a ser premiada frente a 1 500 luminarias durante una recepción en el hotel Waldorf-Astoria! Se me premió con una visita a Nueva York que incluía una entrada al teatro, una cena, apariciones en los medios, dinero en efectivo y una transformación. Me sentía en las nubes.

El día del banquete ceremonial de los premios, me sentía como la Cenicienta mientras entraba en el legendario Waldorf-Astoria, rodeada de personas que me halagaban. Pero una vez que estuve sentada en la gran sala de eventos del hotel y miré los candelabros de cristal, los manteles de lino y la elegantísima multitud asistente, empecé a sentirme cada vez más nerviosa. Cuando me llegó el turno de hablar, los oídos me zumbaban y mis piernas temblaban mientras me dirigía al podio. Al observar a la reluciente multitud, aquellas viejas voces que combatí toda mi vida regresaron para atormentarme con todo su poder: ¿Quién te crees? ¿Qué hace aquí una chica de gueto como tú? Para estas alturas de mi vida, ya lo tenía todo: trajes a mi medida, joyería fina, la empresa, la familia, la casa. ¿Qué me faltaba? Fijé la mirada en un espacio de piso iluminado detrás de la concurrencia, en la parte posterior de la sala...

Y entonces, ocurrió algo sorprendente. Ante mí, apareció la visión de una anciana con una cubeta y un trapo: una viuda que no hablaba inglés y cuya única opción había sido dejar a sus hijos y su tierra para irse a trabajar como empleada doméstica en los Estados Unidos. Aquella mujer era mi bisabuela Juanita. Verás, mi bisabuela había salido de Puerto Rico y encontrado trabajo en un hotel grande y lujoso de Nueva York —el hotel donde yo estaba, el Waldorf-Astoria—. Ella había fregado los pisos del mismo edificio donde ahora su bisnieta ocupaba un sitio de honor. Mientras miraba por entre el público, sentí una fortísima conexión con Mamá Juanita, con su espíritu de fortaleza y determinación, y con todas las otras mujeres que llegaron antes que yo, mujeres que trabajaron duro sin saber cómo in

fluiría su trabajo en las generaciones futuras. Si ellas pudieron superar sus miedos y lograr tantas cosas, entonces yo también podría. Dejaría que mi verdadera vida brillase, no sólo por mi abuela, sino también para que las demás mujeres pudiesen verla por sí mismas. Ante la mirada de mis hijos, padres y asociados de negocios, empecé a hablar. Por primera vez en público, compartí con orgullo mi historia verdadera y no una versión suavizada de ella. Mientras daba aquel discurso, hice las paces con mi origen y también mi destino. Al aceptar mi propia historia, me conecté con una historia más grande que yo.

Hasta hoy, siempre que me siento desanimada, me voy al fregadero de la cocina y lavo trastes. Cuando realizo ese movimiento circular con una esponja o trapo, siento el poder de tantas mujeres que me han precedido, ya sea que hayan lavado trastes en un río o limpiado los pisos de un hotel. Pienso en mis hijos, en los suyos y en los hijos de sus hijos. Pienso en mi bisabuela Juanita y en cómo fregaba de rodillas los pisos para que, justo aquel día, yo pudiese brillar.

Deborah Rosado Shaw

Transformar la tragedia

*La cuestión no es agradecer con bondad,
sino transmitirla.*

Julia Alvarez

Hace poco viví el mejor y el peor año de mi vida. Mi esposo consiguió su primer trabajo de tiempo completo, yo quedé embarazada con gemelos y compramos nuestra primera casa. Nos sentimos en verdad afortunados. Por desgracia, nuestra buena suerte no duró mucho. Mis labores de parto comenzaron apenas a las 23 semanas de embarazo, y se me tuvo que realizar una operación de cesárea de emergencia. Di a luz a dos varoncitos: Alejandro y Nicolás. Eran prematuros en extremo y unas máquinas los mantenían con vida.

Cada minuto que pasaba me sentía más y más desamparada. Por fortuna, conté con mucho apoyo. En el hospital, estaba rodeada de mis amigos y familiares. Mi madre estuvo a mi lado

constantemente. Como buena madre mexicana, llevó comida a mi esposo para que él pudiese conservar sus fuerzas, y así, no tuviese que abandonar mi habitación para comer.

Mis amigos me apoyaron de una manera increíble. Por causa de la cesárea, no pude regresar a la facultad a concluir el semestre. Como estaba absorta con la supervivencia de mis hijos, mi comadre Marta dijo: "Yo me haré cargo de todo en la escuela". En aquel momento, lo que menos me preocupaba era la escuela. Marta arregló la documentación necesaria para dar fe de que yo había cursado una parte de las materias. Su apoyo me permitió regresar a la escuela tiempo después y retomarla justo donde la había dejado. Gracias a ella, fui capaz de pasar todos mis cursos sin poner en riesgo mi financiamiento y al final me titulé.

Otras personas trataron de subirme el ánimo al compartir sus historias milagrosas. La tía Rosa me contó acerca de cierta niñita que vemos en la iglesia, quien pesó menos de dos libras al nacer y ahora es una saludable niña de ocho años capaz de correr por todo el lugar. Estas historias me dieron esperanzas cuando mi esposo y yo ansiábamos cualquier señal de mejoría de mis hijos, casi sin vida, cuyas pequeñas manos sosteníamos cada día. Conforme pasaban los minutos, veía cómo mi pequeño milagro se alejaba cada vez más.

Poco después de que se me dio de alta en el hospital, el doctor me llamó y me dijo: "Necesita venir al hospital de inmediato. Nicolás empeora a cada momento".

Condujimos al hospital lo más rápido que pudimos. Mientras mecía a Nicolás en mis brazos, sentí la presencia de mi madre. Ella estaba en la entrada. Vio a mi hijo y los ojos se le llenaron de lágrimas. "¿Qué haces aquí, mamá?", le pregunté.

"Sentí que me necesitaban", respondió. Nicolás murió en mis brazos en el lapso de una hora, tras haber vivido tan sólo cuatro breves días. Nueve días después, recibimos otra llamada urgente que requería nuestra presencia inmediata en el hospital. Mientras conducíamos frenéticamente al hospital, vi pasar una estilla fugaz —quizá la señal de que un espíritu regresaba a casa Alejandro murió en el quirófano poco después.

Mi mayor temor era que mis hijos no me reconociesen en cielo, pues ninguno de ellos abrió nunca los ojos para ver cómo era yo. A pesar de la terrible pérdida que sufrimos, hoy me doy cuenta de que también estuvimos llenos de bendiciones. La bendición de nuestros amigos, seres queridos y desconocidos me sostuvo. Durante el corto tiempo que nuestros hijos estuvieron en el hospital, recibieron constantes transfusiones de sangre. El hospital nos pidió que encontrásemos donadores de sangre en nombre de nuestros hijos. Informamos a nuestros supervisores en la escuela acerca de la situación y enviaron memorandos a todo plantel solicitando donadores. Pocos días después mi esposo y yo fuimos al banco de sangre a hacer

nuestra donación. Cuando dije mi nombre a la enfermera, ella dijo: "¿Es usted la mamá de, los bebés? ¿De los bebés Alvarez?"

"Sí, soy yo", respondí. "¿Cómo lo supo?"

"Ha llamado tanta gente que quiere donar sangre para sus bebés que tuvimos que dejar de hacer citas". Los ojos se me llenaron de lágrimas ante la bondad de tantas personas, muchas de las cuales ni siquiera conocía.

Muchas otras personas también se **acercaron** a nosotros. Catedráticos, colegas, estudiantes y familiares nos compartieron historias acerca de otros hijos que habían muerto. Eso me hizo descubrir que perder un hijo es mucho **mancomún** de lo que creía; el problema es que nadie habla de ello **de** manera abierta. Sentí como si me hubiese unido a una sociedad secreta donde podía decir lo indecible y permanecer a salvo. Nadie en aquel grupo tembló ante la mención de un hijo muerto. Fue muy reconfortante poder hablar con aquellas personas. También tuve experiencias extrañas. Un día, estaba en la estación del ferrocarril mientras esperaba el tren rumbo a casa. Entonces, del otro lado de la estación, vi a una mujer de apariencia humilde que sostenía un bebé en sus brazos. Todos a su alrededor quedaron inmóviles mientras ella flotaba justo hacia mí y levantaba a su bebé como una ofrenda. Ella dijo: "Puedes quedarte con mi bebé. Tú puedes cuidarlo mejor que yo". La miré, incrédula, incapaz de comprender por qué me entregaba a su bebé, pero agradecida de que me hubiese elegido. Levanté los brazos para recibir al bebé cuando, de repente, todos en la estación recobraron el movimiento; me di cuenta de que la mujer que yo pensé que me entregaría su bebé permanecía del otro lado de la estación. Me cubrí la cara con las manos y lloré. Todo había sido producto de mi imaginación.

He recordado una y otra vez el día que inicié labores de parto para tratar de entender por qué me ocurrió aquello, pero no he logrado encontrar una respuesta. Sin embargo, esta experiencia ha cambiado la manera en que vivo. He aprendido que el espíritu humano tiene una gran capacidad de recuperación; el tiempo ha reducido mi dolor, pero no lo ha eliminado. También me doy cuenta de la importancia de las relaciones positivas. Mi esposo y yo ya no tenemos que esforzarnos tanto para pasar más tiempo juntos. La vida es demasiado breve como para dedicarla a trabajar todo el tiempo.

También hemos tratado de vivir una vida con propósitos. Como no tenemos hijos propios, tratamos de ayudar a otros. Ofrecemos becas a estudiantes latinos; hemos establecido fondos para ayudar a pagar la universidad de nuestros sobrinos; ayudamos a nuestros parientes que pasan por momentos difíciles; reconfortamos a personas que han perdido a seres queridos. Aun cuando mis hijos no están conmigo en el plano físico, sí lo están en el plano espiritual.

Su presencia constante en mi mente y mi corazón me inspira a vivir la vida para ayudar a los demás.

Maya Áharez-Galván

El tren de Navidad

En 1963, yo era una niña de diez años que vivía con sus padres y un hermano de cuatro años en Madrid, España. Eramos unos pobres refugiados cubanos que habían salido de su país tan sólo unos meses antes.

Nuestra estadía en España sería breve pues esperábamos que se aprobara nuestra residencia en los Estados Unidos. Mi abuelo y un tío maternos sacrificaron sus pocos ahorros —eran refugiados recién llegados a Nueva York— para enviarnos una modestísima suma mensual para pagar nuestro humilde alojamiento. Nuestros únicos alimentos provenían de una cocina económica donde nos formábamos ya entrada la mañana junto con docenas de otros cubanos. Aquel invierno en particular el frío fue terrible en Madrid. Nuestra habitación era helada durante el día, de modo que pasábamos el día caminando por los magníficos bulevares madrileños. Nos maravillaba la arquitectura, las grandes plazas y la nieve. Extrañábamos nuestra tierra, pero nos estimulaba la promesa de una nueva vida, y la Madre Patria era un magnífico comienzo para esa nueva vida.

La temporada navideña llegó. De la noche a la mañana, Madrid se iluminó. Cada esquina estaba cubierta de las resplandecientes luces de fiesta, y los madrileños se entretenían en charlas sobre compras de regalos y esperaban con ansia la Noche Buena y el Día de los Reyes.

La fachada de todas las tiendas era un paraíso invernal lleno de muñecas, cochecitos y todos los juguetes imaginables. La fachada de la tienda departamental El Corte Inglés tenía una fabulosa aldea navideña llena de encantadoras cabañas, montañas nevadas y un brillante trenecito rojo que recorría el pueblo y sonaba su bocina en cada vuelta.

Santiago, mi hermano menor, nació durante el primer año de la Revolución Cubana y nunca había visto un juguete tan maravilloso. En aquellos tiempos, a los juguetes se les consideraba artículos de lujo y eran muy difíciles de conseguir.

Mi hermano se enamoró del tren. Todos los días recargaba la nariz contra el aparador de vidrio y preguntaba: "¿Crees que los reyes magos me traigan el tren? ¿Lo crees? ¿Lo crees?" Era notorio que mis padres sentían una gran pena al ver el rostro esperanzado de su hijo. Sabían que por más que el niño deseara el tren, su deseo no podría cumplirse.

Al ver a mis padres deseé que Santiago dejase de preguntar. Pero yo no quería destruir la inocencia y la ilusión de un niño de cuatro años. Entonces, la siguiente ocasión en que Santiago corrió al aparador y me preguntó, lo aparté de ahí.

"Santiago, sabes que hemos dejado nuestro país y ahora estamos en una tierra extraña", le dije. "Los Santos Reyes son bastante sabios y listos, pero como apenas llegamos a Madrid, es probable que no tengan nuestra dirección. No creo que nos traigan juguetes este año".

También le dije que, una vez que nos estableciéramos en los Estados Unidos, los Reyes Magos nos volverían a encontrar. Para mi total sorpresa, él aceptó mi explicación sin hacer preguntas,

y nuestros recorridos por el bulevar principal continuaron sin;, mayores interrupciones. ¡í

Un año después, radicábamos en Union City, Nueva Jersey* la ciudad adonde nos habíamos dirigido tras llegar a los Estados! Unidos. Mis dos padres —una maestra y un ingeniero— traban jaban como obreros en fábricas. Santiago y yo nos adaptábamos } a una nueva escuela y aprendíamos el inglés con rapidez.

Aquella Navidad fue modesta, pero mis padres llevaron a casa un árbol de Navidad plateado sobre el cual colocamos unas luí! Cecilias intermitentes. También llevaron el puerco y los turrone? tradicionales para la cena de Noche Buena. ;,

El día de Navidad, yo me levanté temprano, y para mi sorpresa y deleite, encontré bajo el árbol de Navidad diversos regalos' } con mi nombre escrito. Pero, mejor que eso, fue ver la cara de mi hermano al abrir una caja que tenía un gran moño rojo y su nombre.

En su interior, ¡había un tren nuevo y reluciente! La locomotora y el furgón de cola se parecían al de aquel tren que le había encantado tanto el año anterior. La cara de Santiago se iluminó como el árbol de navidad. Miró a mis padres y a mí, y sus ojos brillaron de sorpresa y felicidad.

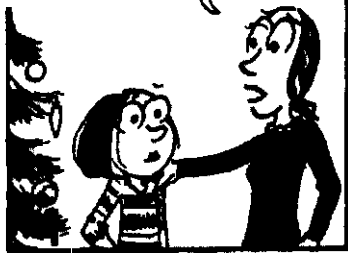
"¡Babby, tenías razón!", me dijo mi hermano, entusiasmado. "¡Los Reyes Magos hallaron nuestra dirección y se la dieron a Santa Claus!"

Bárbara Gutiérrez

SIN RODEOS ®

SIN RODEOS, Robert Berardi. © 2005, reproducido con el permiso de Robert Berardi.

TÚ DECIDES, DESIREÉ: PUEDES
RECIBIR REGALOS EN LA
MAÑANA DE
NAVIDAD O EL DÍA DE LOS
SANTOS REYES.



PUEDES DEJAR LECHE Y
GALLETAS PARA SANTA
CLAUS, O PASTO Y AGUA
PARA LOS CAMELLOS DE LOS



PUEDES COMER BASTONES DE
CAMELO Y BARRAS DE
CHOCOLATE EL 25 DE
DICIEMBRE O PASTELLOS DE



Amor en las sombras

Acaba de pasar el mediodía en un cálido domingo de julio. Yo) estoy con mi hermana, quien raras veces sale, y quien sólo lo<: hace para sus citas con el doctor o para hacer visitas breves a sus hijas. Vamos a ir a un museo cercano. Ella se encuentra en las etapas iniciales de la enfermedad de Alzheimer y aunque me reconoce, a veces me llama con otro nombre. Sin embargo, me mira con amor y afecto. Según sus hijas, ella funciona mejor en entornos que le son conocidos; cuando se encuentra en público, se pone ansiosa y nerviosa, y puede ser difícil de controlar. Pero me gustan los retos. Estoy determinada a hacer que éste sea un día divertido para la mayor de mis hermanas, quien me compraba mis gorros de Pascua y mis abrigos de invierno cuando yo era niña. Ella fue quien me enseñó acerca de los muebles finos y los buenos modales de sobremesa, una profesionalista de la década de los 40 a quien siempre quise emular.

Lleva puesta una blusa de algodón y, aunque hace calor, también usa un suéter grueso. Sus pies, alguna vez adornados con sandalias de cordón al tobillo, llevan ahora unos zapatos blancos

como los que usan las enfermeras. Unas altas calcetas blancas cubren sus flaquísimos tobillos. Pierde peso poco a poco, y cuando deo de verla por algún tiempo su adelgazamiento se vuelve más obvio. Sin embargo, si se lo permiten, mi hermanita come todo el día, un rasgo común entre los pacientes de Alzheimer: olvidan cuándo comieron por última vez. Me aterroriza que, a pesar de todo lo que come, cada vez pierde más peso.

Su tez, antes impecable, hoy está pálida y floja por la falta de sol. Me sorprende ver que se pone rubor —demasiado rubor y que en sus días, se le llamaba colorete—. Los intentos por hacerla parecer sana fracasan; tan sólo se ve maquillada. Esas manchas redondas y rojas me recuerdan a los payasos de circo. Pero los ojos oscuros y las pestañas largas que aún envidio retienen su frescura. Alrededor de la cabeza, tiene un pañuelo brillante como el que usaba Lara Turner en sus películas. Huele bien.

El solo hecho de hacerla entrar y salir del auto comienza a poner a prueba mi paciencia. Como mi vehículo es un tanto elevado (un 4-Runner), ella necesita ayuda para subir. Confunde el seguro de la puerta con la manija, y cuando es capaz de localizar la palanca que ajusta el asiento, tira de ella. Ahora su cabeza está cerca del parabrisas. Peor aún, ¡el cinturón de seguridad está demasiado ajustado! Ella se pone irritable y yo me hallo en un apuro —¡y ni siquiera hemos partido!—. Doy un respiro profundo, enciendo el motor y emprendemos la marcha.

Al entrar en la vía, ella se pone tensa, casi asustada. El tránsito de la 1-5 es traicionero, incluso para una experimentada conductora californiana. Los autos, que van a 75 millas por hora como mínimo, pasan volando a mi izquierda; un camión de carga frena abruptamente a la mitad del camino; un autobús se me cierra de repente. Empiezo a entrar en pánico. ¿Qué tal si sufro un accidente y resultamos heridas? ¿Acaso mi hermana recordará su nombre? ¿Su dirección? Caigo en la cuenta de que ella no porta identificación alguna. Pero no me dejaré vencer por el pánico. Me calmo y permanezco en el carril de baja velocidad. Mientras que los demás autos pasan volando, yo me refreno, me relajo. Enciendo la radio y doy a mi hermana una palmadita en la espalda **para** darle confianza. Ella no dice nada, tan sólo mira por la ventana. \

Me pregunto qué es lo que ve. ¿Reconoce el camino? ¿Siente el calor del sol? Hace no mucho tiempo, la llevé de paseo/ Después de las acostumbradas batallas con el cinturón de seguridad, pasamos cerca de la Misión de San Fernando. Yo quería; ayudarla a recordar días de su pasado, cuando ella y sus amigos! —y novios— paseaban (¿y se besaban?) por entre los hermosos^ y románticos jardines de la misión, vigilados por una estatua de\ Junípero Serra. Pasamos un rato maravilloso. A la hora del al-¹ muerzo, pedí una pizza grande con todo: pepperoni, lomo canadiense y mucho queso. A ella le gustó y eso me complació. Espero que el paseo de hoy resulte tan bien como aquél.

Después de un largo rato, llegamos al Museo Gene Autry Heritage. Se encuentra cerca del zoológico de Los Angeles, el cual tal vez visitemos algún día si las cosas salen bien hoy. Quizá mi hermana se interese por ver aves hermosas o un oso polar. Ella solía interesarse por todo. Es una intelectual, una ratona de biblioteca que, aunque ya no lee, alguna vez perteneció a un círculo de lectura. Yo leí la mayoría de los libros que le prestaron ahí, y ésa fue mi introducción a la literatura inglesa. Cuando tenía diez años, leí *Al Jilo de la navaja* y varias novelas góticas de Daphne du Maurier. Una vez que quedé atrapada por los libros de verdad, nunca volví a leer historietas.

La presente exposición del museo, Imágenes de mexicano-estadounidenses en el cine, se enfoca en estrellas de cine de la década de 1940, los tiempos de mi hermana. Yo quería que ella ejercitase su memoria. Contemplamos la muestra de vestuario inspirado en las películas de bandidos justicieros como Cisco Kid y El Zorro (como en la Marca del Zorro). Con una oscura y ondulante capa, y una máscara negra sobre su apuesto rostro,

El Zorro combatió a hacendados malvados y se ganó el amor de una hermosa señorita, una rubia en mantilla. Estoy ansiosa por ver todo, ¡pero mi hermana camina tan lento! De repente, pasa por mi mente una imagen de ella al momento de entrar a una iglesia con un vestido moteado y un sombrero de paja (con rosas). ¿Quién lo habría pensado?, me pregunto. ¿Quién puede predecir a quién atacará esta enfermedad?

La exposición es extensa. Ella se detiene frente a una foto de Gilbert Roland, el apuesto bribón (mexicano) de delgado bigote. La capa usada por Tyrone Power (como el Zorro) brilla desde un muro de vidrio. Ella disfruta la sección dedicada al Viejo Oeste: la colección de pistolas, el vagón de cocina y las chaparreras de cuero. De repente, toma un camino equivocado y se pierde de vista. Yo grito su nombre con voz asustada, pero ella no responde. Una vez que la encuentro, juro permanecer cerca.

Ella parece interesarse en los vestidos de calicó y en la parafernalia cinematográfica, y ríe ante una réplica de una granja de los años 40, con todo y su lavadero.

"Yo me lavaba en uno de esos", me dice con ojos alegres. Cuando sonrío, su cara se ilumina.

"¿Ya tienes hambre?", le pregunto. Ella asiente con la cabeza, se desabotona el suéter y me sigue a la cafetería del museo. Compartimos un emparedado de pollo y disfrutamos de unas papas con chile y queso. La hermana de quien aprendí los modales de sobremesa ahora come con la boca abierta. Con una mano, sostiene el emparedado: con la otra, hurga en el montoncito de chile. Con suavidad, para no asustarla, le retiro la mano del chile y voy por el postre.

"Tengo frío". Se cierra el suéter. "No me gusta aquí", dice mientras mira a su alrededor, incómoda con la multitud de la cafetería. "No me gusta aquí".

Sacude su cabeza hacia arriba y hacia abajo, lo cual se ha convertido en un gesto habitual de ella, pero me desconcierta el chillido de su voz.

"¿Dónde estamos?", me pregunta. "En el Museo Gene Autrey", le digo. "No me gusta aquí".

Hoy, el programa del museo presenta a Arturo y José Luis, dos apuestos hermanos que cantan (y graban) las melodías que Lo Panchos popularizaron en la década de los 50, durante la época de oro de la música mexicana. ¡Qué golpe de suerte! En un abrir y cerrar de ojos, encuentro dos asientos vacíos en la tercera fila. Nos sentamos a esperar a los músicos; ésta es su última presentación.

"Quiero hacer pipí". A toda prisa, llevo a mi hermana por los elevadores hasta el baño que está del otro lado del gran patio. La dejo en el servicio para discapacitados, y doy vueltas por el piso, ansiosa de volver. ¡Nos estamos perdiendo el concierto! Ella sale.; Abro la llave del lavabo, vierto jabón en sus manos y la llevo hasta el secador de manos. Salimos del baño, regresamos a nuestros asientos, los cuales, gracias a Dios, nadie ha ocupado.

Comienza la música. Las notas de *Piel Canela* inundan la sala. Me siento intoxicada por las guitarras y las canciones de amor; los músicos acarician cada palabra. De repente, a mi lado, mi hermana enfoca su atención y se sienta bien erguida. Con la voz entrecortada, ¡empieza a cantar! Sabe toda la letra. ¡La recuerda! Aún no está tan mal. Yo le aprieto el brazo, pero ella me ignora, perdida en otro mundo, el de los vestidos estampados de los años 40, los sombreros de ala ancha y los zapatos de cordón al tobillo.

Después de *Creí*, una canción de amor y añoranza, cantan *Historia de un amor*, una melodía que hace llorar a la mujer que está a mi izquierda. Cuando termina la canción mi hermana se inclina hacia mí y me susurra: "Joe solía poner esta canción". Joe, su esposo por más de 40 años, había muerto hace poco, y noté que ella lo recordaba.

Una vez que concluye el concierto —y después de que yo compro un disco compacto y una cinta— vamos a ver una última exposición.

"Quiero ir a casa", grita mi hermana mientras me jala del brazo. Pero yo quiero prolongar el día.

¡Quizá no volvamos a tener esta oportunidad! ¿Acaso recordará este día? ¿A Cisco Kid? ¿Al Zorro?

Mientras salimos del museo, ella se cierra el suéter con fuerza, aunque estamos a al menos 19 grados en la sombra. Se repite la historia: la puerta, el seguro, el cinturón de seguridad, y nos ponemos en marcha.

Pongo la cinta nueva de Arturo y José Luis, y mi hermana y yo cantamos durante todo el camino a casa.

Mary Helen Ponce

Un regalo de Jehová

El hombre proponer y Dios dispone.

Proverbio latino

Yo sufrí mi segundo aborto durante la noche de mi cumpleaños número 44. Eso no era alentador para una mujer de edad madura con un solo hijo —aunque, sin que yo lo supiese, Dios obraba—. Siete años antes, tras once años de matrimonio, mi esposo y yo nos convertimos en padres de una niña sana y hermosa. Sarah fue una bendición en nuestra vida. Sin embargo, pocos años después, quisimos tener otro hijo. Yo estaba muy abierta a la posibilidad de la adopción, pero a mi esposo, quien había trabajado en el área de servicios sociales por muchos años, no le agradaba demasiado la idea.

Sufrí mi primer aborto dos años después de que nació Sarah, por lo que pospuse los planes de tener otro hijo. Por supuesto, el deseo de tener otro hijo que amar como parte de nuestra familia se intensificó conforme transcurrieron los años.

Entonces decidimos adoptar. Yo había trabajado como maestra durante muchos años y mi corazón me decía que para mí iba a ser algo natural amar al hijo de alguien más como si fuese mío, sobre todo a un niño de mi propia cultura latina. Aunque sus intenciones eran buenas, nuestros amigos y los médicos pensaban diferente. Escuché palabras sabias de muy diversas personas: "Aún no eres demasiado vieja para volver a embarazarte", "intenta tener tu propio hijo una vez más," y "¿cómo podrías amar al hijo de alguien más?" Entonces empecé a tener en cuenta mi edad y dudé que una mujer de más de 40 años fuese capaz de dar a luz. Por fortuna, compartí mis pensamientos con mi hija de siete años.

"¿Recuerdas a Sarah? Ella era una señora de edad muy avanzada cuando Dios le dio un bebé", me dijo mi propia Sarah, demasiado sabia para su edad. "Si Dios pudo bendecirla, Dios puede bendecirte. **"¡Y NO ERES DEMASIADO VIEJA!"**, señaló a modo de regaño.

Ella se refería a la historia de cierta tocaya suya que aparece en el libro del Génesis. ¡Sarah era estéril y no procreó sino hasta que tuvo la avanzada edad de 90 años! Yo decidí embarazarme una vez más. Volví a abortar. ¿Era aquello una tragedia? No. Tan sólo un mensaje que dejó bien claro que yo necesitaba aceptar mi propia humanidad y dejar a Dios ser Dios.

Reiniciamos entonces el proceso de adopción, pero esta vez lo hicimos con fervor. Durante los meses que siguieron, se mostró nuestro perfil a varias madres biológicas, pero no había niño alguno a la vista. A mí me preocupaba cada vez más el asunto de la edad. ¿Acaso una mujer joven en su sano juicio me elegiría como la persona que críe a su hijo?

A los pocos meses, recibimos una llamada urgente del director de la agencia de adopción. Había una increíble escasez de madres con bebés disponibles para ser adoptados. ¿Nos molestaría localizar a una madre biológica por nuestra cuenta? Quedamos sin habla, estupefactos y conmocionados. Pero aún queríamos con desesperación un hijo. f

Nos entrevistamos con un abogado local algunas semanas* después para proceder a encontrar a alguna madre por nuestra cuenta. De hecho, él había hablado con una posible candidato justo antes de hablar con nosotros. Incluso, la vimos retirarse, cuando llegábamos. Ella se veía adorable. Pero... no era latina. Nos fuimos de ahí animados por la posibilidad de tener un bebé» en unos pocos meses, aunque no sería latino. No había problema con eso, pero no había sido nuestra primera opción ni lo que es-J perábamos. Al día siguiente, recibimos otra llamada del director de la agencia de adopción. Una joven madre soltera de El Salvador había aparecido de repente, dado a luz a un varoncito sano y acababa de firmar papeles de adopción. ¿Estábamos interesados en dejarla ver nuestro perfil?

Nosotros contamos sólo a unos pocos familiares y amigos acerca de la posibilidad de una súbita adición a nuestra familia. Había otras veinte familias en la lista de espera. Quizá la mayoría eran mucho más jóvenes que

nosotros. En vista de las noticias recientes, no esperábamos mucho. Sin embargo, cinco días después, recibimos una llamada que señalaba que yo era la única madre latina disponible, y la madre biológica quería que su hijo se criara en una familia latina. Estábamos extasiados.

Llamamos a nuestro hijo Jonathan en honor al héroe bíblico y amigo del rey David, pero desconocíamos el significado del nombre. Durante la ceremonia de adopción el director de la agencia declaró que el nombre Jonathan significaba regalo de Jehová. Mis ojos se llenaron de lágrimas al caer en la cuenta del gran regalo que Dios me había dado. El regalo no coincidió con mi reloj biológico, pero lo recibí en el momento perfecto.

A los 45 años de edad, la mitad de la edad de Sarah cuando ella dio a luz a Isaac. Dios me había recordado.

Melody Delgado Lorbeer

6

NUESTRAS LENGUAS

*Para el año 2050, no sé qué lengua se hablará en los
Estados Unidos, pero se le llamará inglés y sonará muy
parecido al español*

MarkA. Trevino



La i larga, la e muda

Yo sabía que ella acabaría por atraparme. Me atraparía y enredaría en mi educada ignorancia. Sabía que ella despertaría mi curiosidad por su inteligencia iletrada —la cual siempre pareció algo tan comprensible como todo lo que me había costado trabajo aprender—. Habíamos pasado por esto antes, varias veces. Y ahora, era una labor compleja tratar de entender cosas que parecían tan inexplicables, inefables y misteriosas a aquellos que habíamos lidiado con la enseñanza y su renuente pareja de baile, el aprendizaje. Todos estos eran problemas esquivos que, como educador, tenía que enfrentar. Pero también sabía que, cuando batallaba con un alumno difícil, corría el riesgo de quedar paralizado de frustración por mi propia incapacidad de expresar ideas abstractas.

Mi sentido del deber me obligó a intentarlo, y en el corto tramo de la casa de mi madre a mi restaurante favorito, en verdad lo intenté.

"No se pronuncia así, mamá", le dije con cuidado mientras proseguía con mi cauta explicación. "Es 'prime' rib, no 'prim'

rib". Al emitir la pronunciación correcta de la palabra, moví la cabeza ligeramente hacia delante, pues pensaba que, de alguna manera, eso me ayudaría a darme a entender.

"¿Qué?", dijo ella, confundida. La confusión la molestaba. Y cuando ella estaba molesta —por cualquier cosa— arremetía contra aquello que causara su perplejidad.

"¿Cómo que no es 'prim' rib? Usted siempre me corrige, señor Supersabio. Pero recuerdo cuando usted me decía que el inglés es como ser mexicano. Dice que el idioma inglés es mestizo como nosotros, y se mezcla con cosas que vienen de otros lugares. Pero, ¿para qué me sirve saber eso de todos modos? Todos estos años, he ordenado mi costillita prim rib y nadie me ha dicho nada. Veo que sonrén, y tal vez ríen un poco cuando me toman la orden, pero siempre me traen mi costillita prim rib. ¡Y la traen como a mí me gusta! Yo me defiendo bien con mi propia manera de hablar.

Para traerla de vuelta a mi explicación, le dije con suavidad: "Mira, mamá, y ya te había enseñado esto antes, cuando traté de enseñarte a leer: en una palabra como 'prime' la i es larga y la e es muda".

Por supuesto, ella protestó como lo hacen la mayoría de los estudiantes cuando el aprendizaje les es impuesto. "¡Ay, Dios mío, el profesor quiere explicar a su tonta mamá cómo debe hablar la gente estudiada!"

Empecé por revisar los dos tipos de letras que alguna vez traté de enseñarle: consonantes y vocales. Ella no recordaba esto en absoluto y no se molestó en decírmelo. Yo proseguí de todas maneras, mientras unas patéticas imágenes de Ann Sullivan cruzaban por mi mente.

"Cuando una palabra tiene las letras i y e, y ambas están separadas por una letra como la eme, se dice que la i es larga; es como si tuvieses que decir la **FUERTE**. Puede decirse que la i es fuerte; la oyes, ¿no? Con una especie de regaño empático, le mostré cómo se oye en inglés la i larga: "Pry pry pry. ¿Escuchas la i fuerte en pry?"

"¿Qué estúpido, hijito!", dijo ella en un tono similar a los ensimismados adolescentes que llenaban mis salones de clase con sus puntos de vista inoportunos y apáticos sobre el mundo, la educación y la i larga. "¿Es pry una palabra?", preguntó entonces, pues probaba su aprendizaje de mi lección con cada pregunta honesta.

"Cuando juntas pry con una eme y una e, se dice que la e es muda. Es sólo una regla, pero es útil saberla. Al final, esto mejorará tu lenguaje".

Pasamos por varias calles concurridas. Al haber criado a un buen número de niños ella sola, mi madre podía deducir cosas por su cuenta; siempre lo había hecho. Sus respuestas llegaban a ella en sus propios términos, y si se ajustaban a la pregunta, eso era suficiente. Entonces, cuando ella reflexionó en la lección inoportuna que le ofrecí, cuando empezó a ver en su cabeza el funcionamiento del lenguaje, formuló una auténtica hipótesis.

"Creo que sé las razones de por qué se hace eso," comentó con una expresión en la cara que indicaba que su cerebro de verdad estaba en acción. Asentía con la cabeza, como si sostuviese una conversación con ella misma. Yo presentí que la teoría lingüística de mi madre iba a ser impresionante, y la escuché con toda atención.

"Mira", empezó, "la letra e es redonda y bajita, chaparrita y panzona. Y sabes que la gente chaparrita y panzona es callada porque sienten vergüenza de ser así, sobre todo las mujeres porque los hombres las hacen sentir así. Mira a tu tía Panchita. Ella es muy callada, y cuando habla, apenas se le oye; es como una e muda. Pero mira a su esposo, tu tío Silvestre. Él es como una i fuerte. La i puede ser fuerte porque es alta y delgadita. El puntito es como la cabeza, y si tienes cabeza, tienes boca, así que incluso tiene una manera de oírse fuerte. Pero la pobre e no tiene cabeza

ni manera de gritar. Y la gente alta y delgada se cree muy importante, por lo que habla y ríe fuerte para que todo el mundo la voltee a ver. Son muy presumidos. Por eso la i es fuerte. Se siente muy macha y con demasiada confianza. Quizá haga sentir a los demás que deben guardar silencio. Y aunque la i te caiga mal, ahí i está, para que todo el mundo la oiga. Está muy mal que algunos tengan que quedarse callados y otros griten y crean que lo saben í todo".

Ahora que estábamos en la mesa, en espera de que nos tomaran la orden, decidí no contarle sobre la i muda y la e lar-! ga. Tampoco le conté acerca de las demás vocales que forman > el conjunto de las letras inglesas expresivas e inexpressivas. Los propios métodos de mi madre —tengan reglas o no— fueron suficientes para hacerla pasar por toda una mezcla de lenguaje e ideas.

Y para cenar, ambos ordenamos costillitas prim rib.

Rick Rivera

Hogar, dulce caldo de pollo

La lengua de mi casa
empieza a cocerse
en una olla caliente
bajo llamas de butano.
El olor, caldo de pollo,
me despierta, me llama,
me hace ir a la cocina.
Ama pone verduras
en un caldo hirviendo.
El tomate, la cebolla,
las calabacitas,
el chayóte y la zanahoria
bailan alrededor del pollo.
Un nuevo día se forma en mi boca
y olvido el sabor de anoche.

Decoramos la mesa con ingredientes,
escuchamos a Ramón Ayala

en la radio estilo los 50 donde suena La
Qué Buena. Sacamos la botella de dos litros
de Coca-Cola. Mi madre se sienta frente a
mí, y habla la lengua de México que
aprendió mientras su madre volteaba las
tortillas.

A dos pies de nuestra charla
tortillas amarillas
se calientan en metálico comal
que mi padre hizo en la fábrica.
Las tortillas de maíz
esperan su turno
de ser enrolladas como flautas
que soplan vapor, suaves tonadas.
Nada como el chile rojo
que derrama el conocimiento
aprendido de la boca de la Tierra.

Con cada cucharada de caldo pruebo el
fuego de sus palabras que bailan en mi
lengua.

Afuera, una tarde de verano deja que el sol
descanse. Las aves susurran en su nido, las
hojas del árbol se sacuden. Ponen en mi
cara una sonrisa pero unos neumáticos
rechinan e interrumpen la paz de nuestro
día. Pero eso no nos importa,

que ellos digan lo que quieran.	la cascara de
Eso. No. Nos. Importa.	aguacate,
Deja que siga nuestra charla	ya oscura,
con un café y una sonrisa,	los
con Gabby, mi sobrina de seis años	limo
quien del otro lado de la calle	ncill
viene por un poco de caldo.	os
	exha
Corre una fresca brisa	ustos
que abre el mosquitero.	y los
Y entran las moscas	punti
para examinar nuestras vidas,	tos
el plato vacío,	de
la espoleta rota;	sal

en la mesa verde que trato de
levantar con el dedo índice.

El caldo de pollo está en nosotros. Ya
podemos hablar más nuestra lengua, la
lengua del amor, la lengua de mi casa.

*Alvaro
Garduño*

Chuleta

Mi esposo Mike es italiano y yo puertorriqueña. Mike siempre trata de entender el español, y cada vez que mi madre y yo hablamos español, él trata de captar algunas palabras. Un día, él nos oyó llamar "chula" a una mujer. Al preguntar qué significaba eso, le respondimos: "bonita".

La semana siguiente, cuando fuimos a la casa de mi madre para su fiesta de cumpleaños, él entró por la puerta, le dio un enorme beso de cumpleaños y dijo: "¡Feliz cumpleaños, mi chuleta!" Bailó con ella por toda la cocina, mientras le decía "mi chuleta", convencido de que con ello halagaba a su suegra y la impresionaba con su español.

Mi madre, que es tímida y de habla suave, alzó una ceja y me miró por encima de su hombro, pero no dijo nada. Además de la obvia confusión de términos, en algunos lugares chuleta tiene una doble connotación; es algo que un chico diría a su novia, ¡pero jamás a su suegra! Pero las intenciones de Mike eran de verdad muy dulces: El trataba de hacer saber a mi mamá cuánto la amaba y que aún era bonita a su avanzada edad. No sé muy

bien qué pensó de todo eso mi mamá. Tan sólo sonreí y disfruté la ironía.

Muy pronto, mis hermanos y hermanas se reunieron en la cocina para observar el baile, pues Mike no dejaba de llamar "chuleta" a mi madre. Nosotros no le dijimos nada por temor a avergonzarlo. Pero cada vez que él salía de la cocina, reíamos tan fuerte que nos escurrían las lágrimas por las mejillas.

Michele Capriotti

Limpiar galletas

Todas las tardes, desde hace unos quince años, un grupo de mujeres extiende sus sillas de jardín para reunirse a la entrada de la casa de mi abuela. Juegos de dominó en el piso, agua de limón en la mano de mi abuela y té helado en la mano de las amigas an-gloparlantes de mi abuela, quienes ostentan vestidos de verano y sombreros para combinar. Esta congregación diaria de mujeres hace lo que la mayoría de la gente cuando se reúne: hablar sobre otras personas. Los esposos, vecinos, hermanos, hermanas, madres, padres, tías, tíos, hijos, hijas, repartidores de pizza, cajeros, limpiadores de albercas o cualquiera a quien ocurra algo en su vida puede convertirse en el tema de conversación.

Mi abuela creció en Latinoamérica y vino a los Estados Unidos cuando cumplió quince años. A veces, ella confunde a la gente con su uso del inglés. Es de lo más gracioso oírle traducir de manera literal al inglés un dicho en español. Al parecer, ella piensa que el lenguaje coloquial puede traducirse de manera universal.

Una tarde, salgo a caminar y, cual mocoso berrinchudo, amenazo a mi abuela con huir de casa si no me deja ir al baile del centro comunitario. Ella explota de ira porque yo desafío su au-

toridad frente a sus amigas (algo que no se hace en mi familia... si acaso se quiere vivir). Mi abuela me mira con rabia en los ojos y grita: "¡Haré que entres a limpiar galletas!"

Eso suena como una frase tomada de *El Exorcista*, y las amigas de mi abuela lucen asustadas. Sus ojos recorren las sillas para tratar de ver si alguien más entiende qué rayos ocurre. Quizá ellas crean que se trata de algún modo peculiar en que los latinos castigan a sus hijos. Mi abuela aún echa espuma por la boca y yo estoy congelado en el vestíbulo. Temo entrar, temo salir y temo acercarme demasiado a mi abuela, quien trata de recobrar la compostura. Pensarás que sus amigas ya saben que ella tiende a traducir mal al inglés algunas expresiones en español, pero mi abuela es truculenta. Se le ha oído decir algunos disparates muy en serio; por eso sus amigas nunca saben cuándo realmente sabe lo que dice y cuándo se trata de la traducción incorrecta de una expresión española. Yo sigo paralizado, mi abuela trata de reabsorber la saliva que le ha salido y sus amigas se encuentran en medio de un duelo latino sin vencedor. Mi abuela me ha contado muchas veces que ella iba a "hacerme entrar a limpiar galletas", y yo sé muy bien a qué se refiere. Sin embargo, es obvio que sus amigas no. Al fin, ella se calma, yo me acerco como siempre y les digo que lo que mi abuela en realidad quiere decir es: "Te voy a entrar a galletas limpias" o "te voy a abofetear". Simultáneamente, todas sus amigas emiten un fuerte "Ohhhhhhhh" y retoman su juego de dominó sin importarles un comino mi seguridad. Siempre y cuando mi abuela no vaya a hacerme entrar a limpiar galletas, no les importa si ella me pega o no. De hecho, yo era un niño tan travieso, que estoy seguro de que en cierto momento todas ellas también quisieron hacerme entrar a limpiar galletas.

Bueno, me despido de ti, o como siempre dice mi abuela: "Ya estuvo", o traducido de manera figurativa: "Eso es todo lo que ella escribió".

Colin Mortensen-Sánchez

SIN RODEOS ®



Los huracanes

Cuando llegué a los Estados Unidos, a los dieciocho años de edad, ya sabía algo de inglés. En Cuba, mi padre tenía un amigo de Barbados que nos enseñó las bases del idioma inglés a mi hermana y a mí, pero aún necesitábamos practicar mucho la conversación.

Mi primer trabajo fue en los campos de tomate de Homestead, Florida, y como ahí había muchos hispanos, no se hablaba demasiado inglés. Después de varios meses, empecé a trabajar como empleada de oficina en la Escuela de Medicina de la Universidad de Miami, y ahí tuve que hablar inglés con mucha frecuencia.

Durante mi primera semana, una de las supervisoras salió a almorzar y me dejó a cargo de los teléfonos en la recepción. Una señora llamó y preguntó por el horario de los huracanes, y yo de inmediato le dije que llamara al Centro Meteorológico, pues ésta era la oficina de admisión de la Escuela de Medicina y que, obviamente, ella había cometido un error. La señora, muy molesta conmigo, colgó el teléfono y dijo (entre otras palabras de su elección): "Te crees muy graciosa, ¿verdad? ¡Maldita cubana!"

Cuando volvió la señora Romano, le expliqué lo que había | ocurrido, y le pedí disculpas por cualquier inconveniente que yo j hubiese causado, pero no podía entender por qué la señora se ; había molestado tanto conmigo —¡y había insultado mi origen cubano!— cuando yo sólo trataba de ayudarla. Mientras le relataba los hechos, la señora Romano se ahogaba de risa. Eso me] confundió aún más.

Después de un rato, ella me explicó que la Universidad de S Miami tenía un equipo de fútbol americano llamado los Hura- ■< canes y que el horario de los huracanes por el que preguntó la señora era el horario de la temporada de partidos del equipo. Entonces empecé reír con la señora Romano. Le dije que me alegraba saber que la Universidad de Florida también tenía un } equipo llamado los Lagartos, ¡pues así podría pedir a las personas que llamasen al Parque Nacional de Everglades!

Xwmaraj. Pages

Una lección más importante que las matemáticas

Esa es la cuestión y se resume así: enseñar es tocar la vida.

Jaime Escalante

Era un cálido y sofocante día de mediados de septiembre en un salón bilingüe en la Escuela Primaria Wilson. A pesar del calor, el salón bullía con alumnos activos y enérgicos de segundo grado. En el transcurso de una hora, yo observé una lección de matemáticas que me dio una sabiduría muy superior que cualquier cosa que yo pudiese derivar de las matemáticas. Yo realizaba una investigación para mi tesis doctoral acerca del modelo educativo bilingüe. La señora Gamache, una dedicada maestra bilingüe blanca, aplicaba un método cinestésico empírico de la enseñanza mientras iniciaba un nuevo tema de matemáticas acerca de conjuntos y subconjuntos. Nuestro grupo se componía de seis

alumnos provenientes de familias hispanohablantes, seis de familias bilingües y seis de familias anglófonas.

Mateo, el jefe de grupo de la semana, voltea hacia nuestro símbolo de lenguaje del señor Pato azul, al frente del salón. De repente, un señor Pato rojo recuerda a todos que la lengua de la clase ha cambiado de español para estudios sociales a inglés para las matemáticas.

En el pizarrón, la maestra Gamache anota tres subconjuntos-potenciales del conjunto completo de estudiantes de nuestro grupo: niños que usan zapatos tenis; niños que hablan chino; niños que tienen ojos cafés. Luego, pide a los alumnos que piensen; en otros subconjuntos posibles dentro del conjunto de todo el grupo. Los niños dicen sus ideas mientras ella las escribe en rojo: "niños que visten de negro", niños con ojos verdes", "niños que hablan francés", "niños mexicano-estadounidenses" y "niños que usan camisas a rayas".

"Ya son suficientes ideas por ahora", dice la maestra Gamache. Escribe los nombres de tres subconjuntos que había presentado inicialmente en tres grandes cartulinas. Entonces, invita al grupo a elegir dos subconjuntos de los que ellos mismos sugirieron, los escritos en rojo. Mientras María grita "mexicano-estadounidenses" y Martín elige "camisas a rayas", la señora Gamache crea dos cartulinas más, cuyo título escribe con toda claridad en grandes letras rojas, en el extremo superior de cada cartulina. Entonces, clavamos con tachuelas las cinco cartulinas de subconjuntos, distribuidas de manera estratégica por todo el salón.

Y llega la hora dentro de clase de revisar la comprensión de conceptos de los alumnos. La maestra se acerca a la cartulina de los "zapatos tenis" y da instrucciones a los alumnos. "Levanten la mano si pertenecen al subconjunto de niños de nuestro grupo que usan zapatos tenis". Un buen número de manos se levantan.

"¿Por qué eres miembro de este conjunto, John?", pregunta la maestra Gamache.

"Porque traigo puestos unos tenis negros", responde John, mientras levanta su enlodado pie encima del pupitre.

"Sí, veo con claridad que eres un miembro del subconjunto de los niños con zapatos tenis". Revisa la comprensión de los alumnos por todo el salón, pasa de una cartulina a la otra, y pregunta a los alumnos por qué se consideraron miembros de uno u otro subconjunto.

Cuando llega a la cartulina de los mexicano-estadounidenses, pregunta a Marcela: "¿Por qué eres miembro de este subconjunto?"

Marcela responde: "Porque mi familia tiene sangre indígena". "También la mía", vocifera Delia.

"Mi mamá y mi papá nacieron en México", dice Daniela con orgullo.

La maestra Gamache concuerda con las razones de estos alumnos para pertenecer al subconjunto de los mexicano-estadounidenses, y elogia su "maravillosa atención al aprender los conceptos matemáticos en la clase de hoy".

La lección avanza. La maestra dirige a los alumnos: "Ahora, recorran el salón y pongan su nombre en una u otra cartulina pero sólo si son miembros de tal subconjunto, sólo si pertenecen al nombre del subconjunto de dicha cartulina. No pongan su nombre si no son miembros del subconjunto. Al final de la lección, revisaremos los nombres en las cartulinas para ver si todos se ubicaron en el subconjunto correcto. Entonces sabré si todos ustedes han aprendido los conceptos matemáticos del día de hoy: conjunto, subconjunto, miembro de un subconjunto, conjunto vacío. Ahora, echaré a andar el cronómetro. Lleven su lápiz consigo. ¡Comenzamos!"

Veintitrés empeñosos y bulliciosos alumnos iban en todas direcciones para poner su nombre en la cartulina como miembros de subconjuntos. La cartulina de los niños que hablan chino permaneció vacía. Hacia el final de la fase del listado de los nombres, la maestra Gamache y yo intercambiamos sonrisas comunicativas mientras vemos cómo Clark se forma en la larga lista de alumnos que esperan escribir su nombre en la cartulina de los mexicano-estadounidenses. El tiene el cabello rubio claro y ojos azul brillante. A menudo y sin avergonzarse expresa su seguridad de que se convertirá en hispanohablante. Cuando el cronómetro para, la maestra pide a los alumnos que se sienten en su pupitre y cuenten el número de miembros en cada subconjunto. Con entusiasmo, ellos los cuentan junto con ella, ansiosos por ver los resultados de su lección de matemáticas: quince alumnos que usan zapatos tenis; siete que usan camisas a rayas; cero que hablan chino (**¡aja**, un conjunto vacío!); quince con ojos cafés; diecisiete mexicano-estadounidenses.

Los alumnos que se colocaron en el subconjunto de los mexicano-estadounidenses incluían: siete niños cuyos apellidos y color de piel y pelo indicaban con claridad su ascendencia mexicana; siete niños de ascendencia mixta que con facilidad podrían pasar por anglosajones; y tres niños anglosajones sin raíces latinas y ningún padre hispanohablante. Al notar que la cartulina de mexicano-estadounidenses es la única lista de nombres que muestra errores, la maestra ofrece una extensión de la lección.

"¿Saben qué? Los estudiantes cuyos familiares o antepasados no vinieron de México en realidad no **pertenecen** a este subconjunto. Es fantástico que todos ustedes estén aprendiendo a leer, escribir y hablar en español, pero eso no los hace miembros del subconjunto de alumnos mexicano-estadounidenses que pertenecen al conjunto de nuestro grupo, ¿o sí?"

Susan se aventura a dar una explicación por haber incluido su nombre en dicha cartulina: "Creo que en alguna parte del país tengo un primo que vino de México. ¡Tengo primos en todos lados!" Clark añade con una voz tímida,

inusual en él: "En verdad creo que una tía de mi mamá tal vez sea mexicana".
El mira a la maestra Gamache con las cejas alzadas, los brazos

extendidos hacia fuera y las palmas hacia arriba, como si rogase que le confirmaran que, de alguna manera, puede pertenecer al subconjunto mexicano-estadounidense. La maestra y yo intercambiamos una segunda sonrisa sobreentendida. La madre de Clark da clases de cuarto grado en la escuela, de modo que conocemos bastante bien a su familia. El tercer alumno equivocado permanece callado, resignado a tan sólo aceptar la corrección como un hecho desafortunado.

Al lo largo de la lección, hábilmente impartida por la maestra Gamache, los alumnos lograron dominar muy bien los conceptos matemáticos de conjuntos, subconjuntos y miembros. Hubo sólo tres errores confirmados en las cartulinas de subconjuntos. ¿Por qué estos alumnos tan brillantes habrán proporcionado información imprecisa en la cartulina llamada subconjunto mexicano-estadounidense?

Esta es la respuesta, la lección que aprendí aquel cálido y sofocante día de septiembre: Los niños anglosajones querían pertenecer al subconjunto mexicano-estadounidense. Querían identificarse con sus compañeros latinos del salón bilingüe, donde una inspiradora maestra valoraba y validaba la lengua española y la cultura latina todos los días. En resumen, los niños anglosajones deseaban estar en el grupo cultural y lingüístico que les daría estatus en su salón de clase y escuela.

Los niños aprenden las lecciones que les enseñamos, pero cuando creamos las condiciones adecuadas, aprenden algo mucho más importante: cómo amarse, respetarse y pertenecerse entre sí.

Ellen G. Batt

El canal equivocado

Hablando se entienden las cosas.

Dicho latino

Barbarita esperaba impaciente a que la recogiesen mientras gotas de sudor caían desde sus cejas hasta su tercera taza de exprés, ya frío y espeso. Se dirigía al baño, cuando oyó los ásperos sonidos del viejo Impala de Mima. •*

"¡Hasta que llegaste!", gritó Barbarita desde la ventana.

"No quería arrancar en la mañana".

Barbarita subió al auto, inclinó el espejo retrovisor y se aplicó suficiente rubor en la cara como para lucir más saludable. Ella quería dejar una buena impresión en el doctor que aprobaría su historia clínica para su permiso de residencia. De camino al Hospital Jackson Memorial, Mima habló sobre sus nietos.

En la sala de espera del hospital, Barbarita tiró por accidente todas las Biblias y revistas que había sobre la mesa cuando la enfermera por fin la llamó.

"Lo siento señora, pero usted no puede pasar", dijo la enfermera a Mima.

"Yo soy su intérprete", respondió la políglota.

Mima y Barbarita entraron juntas a la oficina del doctor. "No bueno", dijo el doctor mientras entraba con las radiografías de Barbarita. Dijo a Mima: "Pregúntele si acaso tuvo **TB***".

Mima se volvió hacia Barbarita. "El pregunta si acaso tú tuviste televisión".

Mima dijo al doctor: "Dice que tuvo **TV** en Cuba, pero no en Miami, pero que su hija sí tiene **TV** aquí".

"En ese caso, también necesitamos realizar a su hija la prueba de la **TB**".

Mima tradujo: "El dice que necesita probar la televisión de tu hija para estar segura de que funciona. De otro modo, no podrás obtener tu permiso de residencia".

"¿Por qué la televisión?", preguntó Bárbara, confundida.

"¿Cuántas veces te dije que necesitabas comprar una? ¿Acaso no lo sabes, Barbarita? Estos son los Estados Unidos de América".

Roberto G Fernández

* **TB** por sus siglas *tubercle bacillus*, tuberculosis.



SIN RODEOS, Robert Berardi. © 2005, reproducido con el permiso de Robert Berardi.

7

HÉROES
VERDADEROS

La gente joven tiene hambre de héroes de verdad, personas que superen desafíos, cambien su vida y entonces cambien el mundo.... Uno de los regalos más importantes que podemos dar a nuestros hijos es leerles historias acerca de personajes que existieron antes de que ellos nacieran. Nuestros niños necesitan saber acerca de los sacrificios que César Chávez y otros hicieron por ellos, así como de la responsabilidad de retribuir a las generaciones futuras. ¿De quién aprenderán esto si no es de nosotros?

Edward James Olmos

La brava

Su nombre era María de Jesús Galván y era mi abuela paterna. Ella era una mujer más bien alta —sobre todo para los estándares mexicanos—, pero se veía aún más alta debido a su postura erguida y su porte inteligente. Su estatura se acentuaba por su tez oscura, sus ojos negros y profundos, y su cabello negro y largo, el cual siempre llevaba con trenzas estilo indígena. Poseía un sentido de dignidad natural, como si fuese una mujer sagrada. También estaba dotada de una memoria extraordinaria, una memoria fotográfica que yo utilicé muchos años después en mis investigaciones genealógicas. Una vez le pregunté si hubo algún incidente en su vida que ella considerara como un momento decisivo, un momento en que si no salía airoso, lo perdía todo. Ella respondió que su vida había tenido muchos momentos de gloria y también muchas tragedias. Pero es probable que ella ya hubiese pensado antes en el tema de mi pregunta, pues no tardó en describirme lo que consideraba el incidente más intenso de su vida.

Era el año de 1914, una época de gran agitación social. México estaba destrozado por la revolución. La guerra había dejado

a muchos pueblos y aldeas del norte de México más aislado que antes, y a merced de las armas enemigas. Aun así, en el **are** rural de Méndez, las noticias de la guerra viajaban rápido. Aun * que Méndez no tenía importancia estratégica, estaba situado e^o medio del paso de las tropas. Lejos del alcance del gobierno los ejércitos de Pancho Villa controlaban las vastas y desolada tierras de esta región del norte de México.

Entre susurros, la pequeña María había oído historias que no debería oír una niña de diez años —historias de violaciones y asesinatos a manos de merodeadores armados hasta los dientes—. Su propio padre había muerto dos años antes y temía por' los hombres de la aldea. Aquellos pobres y humildes hombres! habían sido muy generosos con María y su madre viuda tras; el deceso de su padre. Sin su ayuda, sólo Dios sabe qué habría sido de ellas. Sus temores fueron avivados por el rumor de que¹ a todos los hombres de una aldea cercana se les había ejecutado —a sangre fría— en la plaza del pueblo. Se esparcieron rumores de que los rebeldes habían cometido las atrocidades para asustar a la población. Otros argüían con vehemencia que sólo el gobierno podía ser tan cruel.

Sin embargo, la vida continuó tan bien como podía esperarse. Era agosto, y había campos que cuidar, ganado que alimentar y comida que preparar. La tarea diaria de la pequeña María era acarrear el agua y no era poca cosa. Su familia era pobre y no tenía el beneficio de un pozo particular. Ella tenía que cargar unas vasijas de barro hasta la plaza del pueblo, a varias manzanas de ahí. Allí las llenaba y luego las llevaba por todo el camino de regreso hasta su casa. Por fortuna, la mayoría de las mañanas algún buen hombre le ayudaba a llevar aquella pesadísima carga.

Aquel día en particular, María llevaba dos vasijas vacías a la plaza. Era temprano, quizá no más allá de las 8:00, pero el sol era intenso y ya hacía calor. Había llenado ya una de las vasijas y batallaba con la segunda, cuando notó la conmoción. Los hombres gritaban y pedían a las mujeres que corriesen a casa de inmediato. Al parecer, un campesino había informado que una extensa columna de hombres armados se encontraba a pocas millas de ahí y se dirigía hacia el pueblo. Mientras los hombres juntaban los caballos, las carretas y los burros para ocultarlos y protegerlos, María contemplaba su propia situación. Como todos los hombres corrían para proteger a su familia y todas las mujeres se habían escondido, no había quién la ayudara. Y ella no iba a abandonar sus vasijas de agua. Estaba furiosa por su desgracia. Sola y sin nadie que la ayudase o defendiese, decidió en ese momento y lugar que ya no toleraría más. No tenía otra opción que mantenerse firme y pelear. Tras llenar la segunda vasija, trató de ver la nube de polvo a lo lejos. Esperaba que quizá los hombres errasen el camino. Decidió echarse a cuestras la última cubeta de agua antes de enfrentar a su enemigo. Visualizó cómo moriría, y tras determinarse a ser valiente, dijo sus oraciones lo mejor que pudo.

Antes de que terminase su rosario mental, los rebeldes ya habían llegado. Las estruendosas pezuñas de cien caballos de batalla anunciaron su llegada. ¡Eran muchísimos! A ella le pareció que aquellos jinetes no eran hombres, sino gigantes. Y el rugido ensordecedor del paso de los caballos era abrumador. Sin embargo, ella se mantuvo firme; nadie robaría su agua.

Su imagen debió haber impresionado al joven comandante, pues ordenó a su tropa que se detuviera. La pequeña morenita de largas trenzas negras y fríos ojos oscuros se interponía entre el pozo de agua y él. Ella se rehusó a moverse, incluso cuando su caballo avanzó hasta estar a un par de pies de distancia de ella. Por unos pocos momentos, hubo un silencio absoluto. El comandante y la pequeña se miraron a los ojos durante un rato antes de que él preguntara: "¿No hay nadie más aquí para saludar al ejército de Pancho Villa?" Ella se negó a responder, y el silencio continuó.

Por fin, el comandante movió la cabeza y sonrió antes de bajar') del caballo. Sus espuelas sonaban con cada paso que daba. Lie-; vaba puestos un sombrero grande y bandoleras. A sus costados] colgaban dos pistolas y una espada. Aunque lucía polvoriento por el camino, estaba bien afeitado y tenía el pelo negro y limpión y el bigote más impresionante que ella hubiese visto. ;

Ahora que estaba justo frente a ella, el comandante miró a la niña. Desafiante, María nunca había dejado de mirarlo a los ojos. Ella pudo ver en lo profundo de los ojos marrones del oficial mientras él la miraba hacia abajo. Después de unos largos y tortuosos momentos, en los que no se pronunció palabra, María por fin cerró los ojos, esperando que la muerte le llegara de inmediato. El comandante esperó que la chica volviese a abrir los ojos. Entonces, con sólo un esbozo de sonrisa, él se quitó el sombrero como un gesto de respeto, se hincó sobre una rodilla y habló.

"Pequeña", dijo él, "mis hombres están cansados y sedientos. ¿Serías tan amable de compartir tu agua con nosotros?"

"Quizá podría hacer eso", dijo La Brava. "Pero si lo hago, ¿me ayudarán ustedes a rellenar las vasijas y llevarlas a casa?"

"Por supuesto, mi princesa. Eso sería tan sólo lo justo".

Y tras decir eso, acarició cariñosamente la cabeza de la niña y ordenó a sus hombres que se acercaran al pozo. María ofreció al comandante su vasija de agua fresca, al cual él dio un trago largo y refrescante antes de vaciar el resto sobre su cabeza. Ella se quedó ahí y ayudó a los soldados rebeldes a extraer agua hasta que saciaron su sed. Entonces, dio agua a los caballos y cuidó de ellos mientras los hombres descansaban.

Pronto llegó la hora de que el ejército partiese. Mientras las tropas remontaban sus caballos, el comandante ordenó a dos soldados que llenaran las vasijas de agua y llevaran a María a casa. Y mientras el joven comandante montaba su caballo y se preparaba para conducir a sus hombres a la guerra, María, ahora

confiada en la justicia de la revolución, le gritó: "¡Viva la revolución!" A lo cual él respondió con una voz fuerte y triunfante: "¡Y viva México!"

María nunca volvió a verlo, salvo en sus sueños, pero nunca se olvidó de él. Tiempo después, ella me dijo: "Aquel día, el comandante me enseñó que es mejor morir de pie que vivir de rodillas". Ella llevó en el corazón el fuego de la revolución todos los días de su vida. Luego, se inclinó hacia mí: "Sólo me arrepiento de una cosa", me dijo.

Tú te preguntarás de qué se arrepentía La Brava.

"Debí haberle preguntado su nombre", me dijo con un guiño del ojo. "¡Era guapísimo!"

**Robert
Suárez**

Abuelita, abuelita..

*Si cada una de mis palabras fuesen una gota de agua, tú
verías a través de ellas y vislumbrarías lo que yo siento:
gratitud...*

Octavio Paz

Mientras revuelve el arroz con habichuelas,
ella cocina en la estufa.
El fragante aroma de las especias,
el humo que surge de la olla,
la dorada belleza de la edad que irradia su rostro,
sus manos arrugadas que buscan la sazón
para poder dar de comer a la familia que aún cuida.
Desde la Isla del encanto
ella vino,
lista para crear una vida mejor para su familia

en la tierra de los libres. Nunca le importó estar en tierra extraña
donde ni siquiera conocía la lengua, ni trabajar en una fábrica de
cajas . por casi nada,
cuando en inglés ni siquiera sabía decir caja. Abuelita, abuelita,
que trajo a sus hijos desde el único hogar que conocía,
que trabajó duro para pagar las cuentas,
tan duro que no podía jugar con sus hijos
pues, por la noche,
llegaba a casa muy cansada.
Nunca tomó días de descanso
y jamás llegó tarde,
mas tampoco pudo ayudar a sus hijos con la tarea
porque todo lo que sabía
era dónde firmar el cheque de la renta.
Para tratar de progresar en la vida
y dar buena vida a sus hijos,
batallaba cada día
para vivir con lo que tenía.
Pero aún conservaba el ritmo
en su alma y sus tacones
para barrer con cualquier pista
bailando salsa.
Y sin embargo, jamás se ensoberbeció por lo bien
que todo hacía.

Pero ahí estaba mi abuelita, en sus años
dorados, paseando por el South Bronx en la
esquina de la 172 y Walton, jugando sus
números en la bodega
de la esquina o bochinchando
con sus amiguitas,
obteniendo placer
de las cosas más sencillas de la vida,
como visitar a sus hijos
o que le llevasen un pedazo
de pastel de guayaba,
sin nunca llegar a pensar:
"¡Diablos, vaya que soy mala!"

Abuelita, abuelita...
que tomaba dos camiones hasta mi casa cada semana
sin quejarse del viaje
para poder cocinar y asegurarse

de que comiese bien su nieta.
La rapidez de sus manos
mientras preparaba la comida
reflejaba años y años de experiencia.

Abuelita, abuelita,
quisiera que estuvieses conmigo para siempre,
y me mostrases tu amor
a través de la mejor comida
y los pequeños consejitos que me das
cuando ves que la vida me pega demasiado fuerte.
Mi segunda madre,
que da un nuevo significado
a la palabra abuela,
pero a quien yo llamo
abuelita y no'grandma.

Trajiste la pasión de la Isla del
encanto contigo,

y me has enseñado más fuerza
que nadie en esta vida.
Te quiero muchísimo, abuelita.
Bendición.

SIN RODEOS ®



**¡No lo ^{KP}
hagas,**

Mi abuelita era una gran aficionada al béisbol. Una gran aficionada. Toda una fanática del juego, los jugadores, el espectáculo. En su tierra de Santurce, Puerto Rico, Mama Bi, como la llamábamos sus nietos, había sido una excelente shortstop en su equipo de béisbol femenino del bachillerato. También era una gran admiradora de su paisano boricua, Roberto Clemente, la gran estrella de los Piratas de Pittsburgh, y seguía muy de cerca su carrera. Yo recuerdo que ella decía que él era no sólo un gran jugador, sino también un buen hombre que siempre trataba de ayudar a los pobres en la isla así como en otros países latinoamericanos. Cuando Clemente murió trágicamente al estrellarse el avión en el que viajaba, se encontraba en una misión humanitaria en Centroamérica en la que llevaba provisiones de medicamentos, alimentos y ropa a Nicaragua, donde recién había ocurrido un terremoto. Cuando Mama Bi escuchó la noticia, se le rompió el corazón; sintió que había perdido a un amigo cercano.

Mi abuela admiraba a los grandes triunfadores como Roberto Clemente, pero a su parecer las mejores y más nobles personas

del mundo no eran por fuerza las superestrellas, sino la gente que mostraba una gran compasión y compartía lo que tenía con quienes más lo necesitaban. Mama Bi creció en una familia humilde que trabajaba muy duro tan sólo para pagar la renta y llevar comida a casa para ella y sus cuatro hermanos. Recuerda que Mama Bi me decía que su madre, mi bisabuela, siempre compartía la poca comida que tenían con los niños del vecindario que llamaban a su puerta, hambrientos. Cuando mi abuelo se quejaba con ella por regalar a otros la comida que su familia necesitaba con tanta desesperación, mi bisabuela le decía: "No, nosotros siempre tenemos algo que comer, aunque no sea mucho, pero si no damos algo a estos niños, ellos no comerán hoy". Esta lección permaneció con Mama Bi durante toda su vida. No le importaba si eras rico o pobre; ella veía la humanidad en todos nosotros y siempre estaba lista para acercarse a quienquiera que lo necesitase. ¡'

Cuando era niña, compartía la alcoba con Mama Bi, y ambas nos desvelábamos (en secreto, pues mi madre nos habría matado; si se hubiese enterado) oyendo cómo Vin Scully narraba en la radio los juegos de los *Dodgers* de Los Angeles. Nos acurrucábamos juntas en su cama con los oídos cerca de la radio y observábamos mutuamente nuestra reacción a la dramática interpretación que Scully hacía del juego. Cuando nuestro *Dodger* favorito, el jardinero central Willy Davis tomaba el bate, nos emocionábamos mucho y siempre esperábamos que él anotara un home run. En una noche de suerte, escuchamos a Vin Scully decir —tras oír el golpe del bate en la bola—: "es una larga palomita hacia el campo central; va... va hacia la pared... ¡SE HA IDO!" Nosotras brincamos en la cama con los brazos alzados y nos abrazamos en un silencioso grifo de alegría.

El verano en que cumplí doce años, tuvimos la oportunidad de asistir a varios juegos de los *Dodgers*, pues un amigo de la familia, quien también era un gran aficionado, contaba con un auto. Nos íbamos muy temprano por la mañana y llegábamos a tiempo para ver cómo el personal de tierra peinaba los campos, acomodaba las líneas de base e instalaba las bases y el puesto de meta. Llegábamos ahí lo bastante temprano para observar las prácticas de bateo preliminares al juego y para dar un vistazo de cerca a nuestros jugadores favoritos. Como siempre llegábamos varias horas antes de que empezara el juego (las únicas personas que había ahí a esa hora eran los trabajadores del estadio), podíamos conseguir butacas muy buenas. A menudo nos sentábamos justo en la tercera base o en la línea del jardín izquierdo, no demasiado lejos del diamante. Esto facilitaba mucho conseguir autógrafos y saludar de mano a algunos de los jugadores.

Siguiendo el ejemplo de Mama Bi, me convertí en una ávida jugadora de softball de nuestra liga regional; jugaba en posición de shortstop. Cuando jugaban los *Dodgers*, yo llevaba mi guante de béisbol y en cada juego al que asistía aquel verano conseguía un autógrafo en el guante de alguno de los jugadores de la alineación inicial. El único autógrafo que me faltaba era el de

Willy Davis, pero nunca podíamos alcanzarlo. Solía salir al campo mucho después del resto de los jugadores y no era tan proclive a mezclarse con sus admiradores como algunos de sus colegas.

Una tarde de verano, asistimos a un juego vespertino en el Dodger Stadium; como nuestro amigo el del auto se mudaría pronto, aquél sería nuestro último juego de la temporada. Yo estaba decidida a conseguir el autógrafo de Willy Davis, sin importar cuánto tuviese que esperar antes o después del juego. Como él no salió con los otros jugadores en la habitual firma de autógrafos después del partido, yo entré en pánico y dije a Mama Bi: "¿Y ahora qué vamos a hacer? ¡Nunca tendré su autógrafo!"

Mi abuela tuvo una gran idea. "Creo que sé dónde estaciona su auto", dijo ella. "Vamos a buscar el lugar para esperarlo ahí".

Por fin hallamos el estacionamiento en cuestión y nos dirigimos hacia una multitud de aficionados que ya esperaban al igual que yo, para conseguir un autógrafo. Los resultados del juego habían sido muy cerrados, y habíamos perdido por una carrera, de modo que había un poco de alboroto entre los fanáticos. Cuando por fin apareció Willy Davis, todos corrimos hacia él. Su reacción a esto fue bastante amable a pesar de que estaba bastante cansado. Cuando por fin se dirigía hacia mí, un aficionado molesto que estaba en un grupo de muchachos ruidosos, gritó desde el fondo de la multitud.

"¡Eres un inútil, Willy! ¡Un apestoso inútil!"

Davis se detuvo y volteó, pero entonces se encogió de hombros como sacudiéndose el comentario. Tomó mi guante, cuando estaba a punto de firmarlo, el fanático grosero volvió a empezar.

"¿Oíste lo que dije, **INÚTIL?**", gritó.

Davis frunció el ceño, me entregó lentamente mi guante y empezó a caminar hacia el muchacho. Mi abuela, al presentir la violencia que estaba por desatarse, se interpuso entre Davis y el joven, y en un inglés con fuerte acento puertorriqueño, habló beisbolista.

"¡No lo hagas Güili! ¡No lo hagas!"

Su ruego detuvo a Davis, pero sólo por un segundo. Él la miró a los ojos como si tratase de entender lo que decía, pero siguió avanzando hacia su ofensor. En este momento, Mama Bi juntó todas sus fuerzas y, con los brazos extendidos hacia el frente, apartó a Davis del muchacho. ¡Willy Davis lucía desconcertado! Él fijó su mirada en aquella abuelita puertorriqueña que acaba de darle un fiero empujón hacia su auto. La miró, y aunque al principio se mostró un tanto confundido, después, con algo que pareció ser afecto, empezó a sonreír. Mama Bi se acercó más a él, lo miró con bondad a la cara y le habló, esta vez casi en susurros.

"No lo hagas, Güili", repitió, y le indicó con la cabeza que siguiera avanzando hacia su auto.

Willy Davis se detuvo y yo no sabía qué iba a ocurrir. Pero entonces vi la comprensión en sus ojos mientras decía a mi abuela, aún sonriente: "Está bien, abuela. Está bien". Avanzó, entró en su auto y se retiró.

Después de que se fue, yo miré con asombro a mi abuela.

¡No puedo creer que hayas empujado a Willy Davis hacia su auto!", dije. "¡Dios mío! ¡No lo puedo creer!"

Ella me miró como si no entendiese, y tan sólo me dijo: "Tuve que ayudarlo". Ella tan sólo tenía que ayudarlo, y eso fue todo.

El siguiente verano, regresamos al Dodger Stadium y llevamos un gran letrero (lo pasamos a escondidas, pues no te permitían entrar con letreros) que decía en enormes letras rojas: **¡NO LO HAGAS, WILLY!** Cada vez que Davis corría por el campo aquella noche, nosotras alzábamos el letrero y tratábamos de llamar su atención. Tardó un poco en vernos, pero durante la última entrada, nos agitó la mano desde el campo central. Después del juego, me emocioné al ver que Davis venía corriendo por el campo. En lugar de irse a los vestidores con los otros jugadores, él caminó justo hacia nosotros.

"Creo que te debo un autógrafo", me dijo.

Yo asentí, incrédula, y en silencio le pasé mi guante. Él lo autografió y me lo devolvió. Entonces, se volvió hacia Mama Bi, la tomó de las manos y le dijo: "Oiga, abuela. Usted cuidó de mi aquella noche. Gracias". Ella lo miró con la sencillez de alguien que no ve nada especial en lo que hace, y le dijo: "No hay de qué, Güili, no hay de qué... ¿Si no nos cuidamos uno a otro, Güili, ¿quién lo hará? Por algo Dios nos puso en esta tierra..."

Davis me miró para que le tradujera, y yo parafraseé lo que Mama Bi le había dicho. "Mi abuela dice que tenemos que permanecer unidos y cuidarnos uno a otro porque eso es lo que Dios quiere que hagamos", le dije.

Y mientras mi héroe de la niñez se daba la vuelta y se r& ba, Mama Bi me miró con las cejas alzadas, moviendo la cabeza y frunciendo los labios como lo hacía cada vez que quería decir algo en claro, y dijo: "Es un buen chico este Güili... que Dios bendiga..."

Susan Sánchez-G

Vivir el sueño

Quando somos niños, solemos fantasear acerca del futuro y lo que nos deparará. Algunos de nosotros queremos convertirnos en atletas profesionales; otros queremos ser astronautas, policías o bomberos. Pero a menudo, nuestros sueños no se vuelven realidad. Entonces, ¿cuál es nuestra mejor alternativa? La siguiente generación.

Yo crecí en Fajardo, Puerto Rico, y jugaba béisbol del amanecer al anochecer. El béisbol era lo mío, aunque también jugaba bien baloncesto. Poco antes, supe que no contaba con lo necesario para convertirme en un gran jugador de baloncesto, pero eso no me impidió salir y pasar innumerables tardes jugando tiros de canasta con mi amigo Alberto Arroyo y el resto de los chicos del vecindario. Alberto era mucho mejor jugador, con un buen dominio de las bases y muy buen tirador. El único problema era que con frecuencia detenía el juego para enseñarnos las bases, y eso a la mayoría de nosotros no nos interesaba; todo lo que queríamos era jugar. Esta manía por enseñar los aspectos claves del juego acabaría por convertirse en algo decisivo para el futuro de sus hijos.

Cuando crecimos, Alberto —dos años mayor que yo— casó primero. Se casó con mi prima Glorian Bermúdez, y año después, el 30 de julio de 1979, ella dio a luz a gemelos, les bautizó como Carlos Alberto y Alberto Carlos —en honor a Alberto y a mí—. Justo después del nacimiento, Alberto y yo), empezamos a hacer planes para los gemelos. Yo sugerí el béis* pero la pasión de Alberto por el baloncesto era abrumadora, modo que el deporte elegido fue el basketball. Antes de aprender a caminar, Carlitos y Albertito aprendieron a balancearse con una pelota de baloncesto. Ambos estaban fascinados por esta esfera de cuero. Para su segundo aniversario —o sea, cuando cumplieron dos meses— los gemelos se convirtieron en aficionados permanentes de nuestros juegos caseros. Ellos se sentaban ahí y nos miraban jugar, pelear, jugar más y pelear más. Por la gracia, cuando cumplieron un año, me llegó la hora de dejar pequeño pueblo en busca de cosas más grandes y mejores.

Por aquella época, yo soñaba con ir un día a Hollywood convertirme en guionista de televisión. Alberto pensaba que era una buena idea, pues para cuando los gemelos tuviesen edad de estudiar la universidad, yo sería un escritor famoso; ellos podrían venir a vivir conmigo mientras asistían a la Universidad de California y conducirían a los Bruins al último cuarto. Así, soñamos y soñamos acerca de cómo los gemelos llevarían equipo a través de la tradicional locura de marzo.

Cuando concluí el colegio universitario, me dirigí a Los Angeles a buscar una carrera como escritor. Regresaba a Puerto Rico cada dos años y observaba el progreso de los gemelos, que iba muy bien, pero no fue sino hasta que cumplieron diez años cuando los vi por primera vez jugar un partido de baloncesto en serio. Ambos eran muy buenos, pero Carlitos tenía algo muy especial; su manejo del balón era excepcional, su movimiento hacia la canasta, imparable, y su salto de tiro era pura poesía y movimiento, *suisssh*. En la cancha, él mostraba una confianza que lo convertía en un jugador de baloncesto muy especial para un chico de su edad. Después del juego, hablé con Alberto.

"Estoy seguro de que la Universidad de California no tendría inconveniente en tenerlo en sus filas", dije.

Nos tomamos un momento para **pensar** al respecto, y entonces, de manera simultánea, sacudimos la cabeza y echamos a reír.

Años después, volví a verlo jugar. Ahora los gemelos tenían diecisiete años y jugaban por Santurce en la liga superior de Puerto Rico. Con Albertito a su lado, Carlitos llevó al equipo a ganar cinco campeonatos en seis años. Aunque el sueño de que asistiese a la Universidad de California no se materializó, Carlitos pasó a jugar baloncesto colegial en el Florida International, donde se hizo de prestigio. En su último año, se le abrió la posibilidad de ser contratado por un equipo de la NBA. Tras jugar como invitado en Arizona, los directivos quedaron tan impresionados por su desempeño que lo invitaron a jugar en Chicago, pero una semana antes de

empezar, se fracturó el tobillo y no pudo jugar, lo cual acabó con las posibilidades de que lo contratasen.

El resistente joven se recuperó de su lesión y volvió a luchar por su sueño. Trabajó duro y fue invitado a participar en los juegos de pretemporada de los Raptos de Toronto. Al mes siguiente, ingresó al equipo, con lo cual Carlos A. Arroyo Bermúdez se convirtió en el quinto puertorriqueño en jugar en la National Basketball Association. Y ahí estaba, un chico que llevaba mi nombre, calando sus habilidades con los mejores deportistas del ramo, desde Michael Jordán hasta Kobe Bryant.

El 1º de diciembre de 2001, Alberto, Glorian, Albertito y yo nos vimos en Miami. Había pasado mucho, mucho tiempo desde la última vez que vi a todos ellos juntos. Ahora mi cabello empezaba a encanecer y desaparecer, y había perdido una o dos tallas, pero ahora el sueño estaba más vivo que nunca. Cumplir mi sueño de convertirme en guionista y productor de televisión era nada comparado con lo que Carlitos estaba a punto de hacer.

Mientras entrábamos en la American Airlines Arena, sede de los *Heat* de Miami, nos mirábamos unos a otros con asombro por lo que estábamos a punto de presenciar. No dijimos mucho. Ninguna palabra podía describir lo que todos nosotros sentíamos. Mipiel estaba por completo erizada. Tras caminar por el túnel y salir al otro lado, apareció una cancha de baloncesto, con un suelo de parquet que brillaba bajo las luces. Eso me recordaba uno de aquellos partidos vespertinos de veinte años atrás en los que jugábamos bajo un poste de luz y apenas podíamos ver la canasta. Pensé que, si hubiésemos tenido una luz como la que teníamos enfrente, jamás habría errado un tiro. Mucha vida, mucha luz, mucha emoción —y entonces, el anunciador se puso al micrófono y anunció a los *Raptors* de Toronto. El equipo salió del túnel, y ahí estaba, con el número 21, Carlos Arroyo, quien corría detrás del mejor alero fuerte del equipo, Vince Carter. Alberto, Glorian, Albertito y yo intercambiamos miradas silenciosas. Carlitos estaba viviendo el sueño.

Carlos R Bermúdez

[NOTA DEL EDITOR: Carlos Arroyo fue el armador de los campeones mundiales: los *Pistons* de Detroit, **así** como miembro del equipo nacional de Puerto Rico. Actualniente juega en *Orlando Magic*]

Historia de un héroe

Al bien hacer jamás le falta el premio.

Proverbio latino

Ésta es la historia de un tío a quien nunca conocí.

Crecí mirando una bella pintura de él en la pared de mi sala y me preguntaba quién era en realidad y cómo sería. Él era un joven y apuesto latino de cabello oscuro y apariencia impecable. Mi familia me cuenta que caminaba con un porte de seguridad y que siempre llevaba una sonrisa gentil en el rostro. Aunque al ver la pintura tal vez pensaras que se trataba de un hombre común y corriente, nada podría ser más falso que eso.

Primitivo García, o "Tivo", como solían llamarlo sus amigos y familiares, era extraordinario.

Como muchos otros inmigrantes en busca del sueño americano, mi familia abandonó su tierra en México y se estableció

en Kansas City, Missouri, lista para adoptar una nueva vida **d** oportunidades. Los sueños de Tivo eran convertirse en ciudadano estadounidense, dar un hogar a su madre, desarrollar sus talentos artísticos, y un día, formar su propia familia.

Pero el 15 de noviembre de 1967, Tivo y su hermano Alfred se encontraban afuera del edificio donde asistían a sus clases **d** educación para adultos, cuando una pandilla de seis pillos atacaron a su maestra de inglés, quien tenía cinco meses y medio **d** embarazo. Un hombre ordinario se habría alejado, pero Tivo enfurecido por la horrible escena y sin preocuparse por su propia seguridad, corrió a defenderla. Su hermano Alfredo se encontraba dos pasos atrás de él, y vio cómo su hermano mayor pasaba de la calma a la rabia mientras irrumpía en medio de la violenta escena y empezaba a combatir a los atacantes, haciendo buen uso de sus habilidades de boxeo. "¡Dama a la policía!", gritó Alfredo en español, mientras desviaba hacia él la atención de los pillos para que dejaran en paz a su maestra.

Cuando la pandilla la atacó, la señora Kindermann esperó en el frío a que la recogiesen tras haber dado la última clase la tarde en la escuela Westport. Fue tomada por sorpresa por los atacantes y les gritaba enojada, mientras ellos le decían obscenidades, le arrebataban el bolso y la derribaban al suelo. Ella abrazó su pesado vientre y oró a Dios para que salvase a su bebé a quien faltaban sólo unos meses para llegar al mundo. "Tengan cuidado", fue todo lo que pudo murmurar a sus valientes alumnos mientras se levantaba del frío y sucio suelo, tomaba su bolso y corría hacia un lugar más seguro. Mientras corría, oyó que uno de los ladronzuelos decía: "¡Dispárale! ¡Dispárale!" ;;;

De repente, Alfredo, que aún estaba al lado de Tivo, oyó tres tiros. Una descarga de sudor frío recorrió su cuerpo, y sus peores miedos se confirmaron cuando su hermano se desplomó, y un gran charco de sangre empezó a formarse en la acera. El último de los tres tiros había perforado el estómago de Tivo, y él permaneció

inconsciente doblado en el suelo mientras los ladrones huían. Alfredo se llenó de culpa y dolor mientras sostenía a su hermano herido.

"No le digas a Mamá", pidió Tivo. "Ya está grande, su corazón es débil, y el dolor será mayor del que ella puede soportar". Tivo aún pensaba primero en los demás, a pesar de que su propia vida estaba en peligro. Alfredo escuchó las palabras de Tivo y sintió que el corazón se le partía al ver a su hermano moribundo.

En el Hospital General de Kansas City, Tivo libró una valerosa batalla por su vida. Perdió grandes cantidades de sangre y fue sometido a múltiples cirugías. La comunidad encendió velas, se unió para orar, donó sangre y recolectó dinero para ayudar a pagar sus gastos médicos. Había filas de personas que esperaban para donar sangre. Pero a pesar de los mejores esfuerzos del equipo médico del hospital, Tivo murió trece días después por complicaciones derivadas de sus heridas.

La comunidad se unió para apoyar a la familia, ofrecer sus respetos y llorar su pérdida. Fue una época muy difícil para mi familia, y mi abuela luchó con valentía para enfrentar su duelo. Pero Tivo tenía razón: Ella estaba débil. Con su muerte, la pena pareció consumirla. Primero afectó su corazón y después su mente. Aunque decíamos que padecía de Alzheimer, todos sabíamos que era el interminable dolor por la pérdida de su amado hijo.

Mientras investigaba esta historia, descubrí que Primitivo había sido el primer héroe latino de Kansas City, mi ciudad natal. Cuando murió, el gobernador de Missouri Warren Hearnes lo declaró ciudadano honorario del estado e instauró el 1° de diciembre como el Día de Primitivo García en Kansas City. También dedicó un sitio memorial en su nombre en un conocido parque de la comunidad. La Carnegie Hero Fund Commission condecoró a Tivo con la medalla Carnegie en reconocimiento a su sobresaliente acto de heroísmo; la Casa de Representantes de Missouri le otorgó la ciudadanía estadounidense postuma; el

grupo de Juventudes Católicas de la diócesis de Kansas City-St. Joseph le dedicó su anuario de 1968.

En el invierno de 1967, mi tío se convirtió en héroe. Por desgracia, su legado permaneció latente y olvidado por el público durante 25 años hasta que un periodista regional realizó un documental para televisión en dos partes en memoria de Tivo. El 27 de abril de 1993, el periodista y la familia y los amigos de Tivo convencieron al consejo escolar de dar a una nueva escuela primaria el nombre de Primitivo García World Language School. Aquel fue un día de gran orgullo para la familia García.

En la escuela, su legado perdura a diario a través de los alumnos. Ellos relatan a los visitantes la leyenda de Primitivo García y han grabado una canción y un video acerca del personaje que dio nombre a su escuela. Su espíritu vive en los muros del recinto en la comunidad y en las personas que, aún hoy, él influye. Cada año, la escuela celebra su vida y su muerte heroica en aquella fría noche de 1967. En la escuela, la familia García se une con la comunidad para recordar a Tivo y ver los rastros de su alma en los ojos de todos los niños que cantan su canción. Mi tío se ha ido, pero el poder de su acto heroico sobrevive.

Para mí, como una niña pequeña que miraba su retrato en la sala, Tivo era como una estrella de cine sacada de un sueño con ojos hermosos y una cálida sonrisa. Él es el tío que siempre anhelé conocer.

Él es el tío que hoy me inspira a mí y a otros a buscar al héroe que llevamos dentro.

Ménica García-Si

Amador

Mis abuelos Vicente y Juana emigraron de Guanajuato, México, a los Estados Unidos a principios del siglo xx. Mi abuelo trabajaba en el ferrocarril. Cuando la pareja se convirtió en una familia con tres hijos y tres hijas, trabajaron como labradores ambulantes por todo el sudeste del país. Cosecharon algodón en Texas, tomates en el Valle Central de California, uvas en Napa Valley, manzanas en Washington y betabeles en Idaho. En el invierno, los hombres podaron árboles. En la primavera, sembraron las semillas que cosecharían en el verano y el otoño. Al final, se establecieron en el Valle Central de California.

Amador, el hermano de mi madre, era el más joven de los seis hijos. Él fue el primero en concluir el bachillerato. Soñaba con ir a la universidad para convertirse en ingeniero. Luchó por alcanzar sus sueños de una manera silenciosa pero persistente. En 1942, el año en que egresó del bachillerato, fue llamado al servicio militar. Tenía dieciocho años de edad.

Amador huele el rico aroma de los tomates maduros en la planta. El aroma llena el aire cálido y seco mientras él avanza

por la hilera de plantas pequeñas y frondosas. Cada hilera forma una línea perfecta que se pierde en la distancia. Las plantas ocultan su fruto detrás de sus hojas polvorientas. Sus manos las alcanzan y las buscan. Ya hace rato que el fresco rocío de la mañana dio paso al calor del verano. El siente un tomate y lo arranca con suavidad. La planta, renuente, acaba por soltarlo.

Con el jitomate en la mano mira hacia delante, y a lo lejos ve a su madre. Durante la cosecha de tomates ella sale de su casa, un grupo de tiendas junto al malecón. Cada paso levanta una pequeña nube de polvo. Debe ser la hora del almuerzo. Ella se pasa una cubeta de la mano izquierda a la derecha. El va a ayudarlo. El deber del hijo favorito. El más prometedor. El que irá a la universidad.

El se dirige hacia el camino amplio y sucio. Alcanza a su madre. Ella le entrega la cubeta. La comida está cubierta con un desgastado trapo. El peso cambia de ella a él. La responsabilidad de ella ha concluido. El puede percibir la transpiración de su madre en el trapo que ha colocado alrededor del asa de la cubeta. El mira hacia abajo y ve la desgastada tela gris con rosa, antes azul con rojo. "Gracias m'ijo", dice ella mientras va con su hijo rumbo a la sombra de un lejano y solitario árbol. En este momento, él se siente contento, casi sereno.

El despierta en un aire húmedo. Por un momento, quiere llorar, pero sólo unas pocas lágrimas escapan en la oscuridad matutina. La áspera cobija y el duro suelo dejan sentir su rigor. Está en las Filipinas. Es la Segunda Guerra Mundial. Poco a poco, su realidad se vuelve más clara. Sólo otro par de semanas, y habrá concluido su viaje de deber. La añoranza y la soledad que siente en el pecho a veces se vuelven insoportables. El recuerdo del olor a tomates calentados por el sol y las tortillas de su madre se disipan mientras sale a rastras de su tienda rumbo al húmedo aire matutino. Amador concluyó los cuatro años de su viaje de deber. Regresó a una alcoba recién pintada y una cama nueva. El regreso a casa tras la larga separación parecía irreal no sólo para él, sino para la familia entera. Su inocencia de niño había sido remplazada por una conducta de hombre; su energía anterior, por períodos de silencio y retiro. Explicó que había contraído la malaria en las Filipinas y había pasado los meses anteriores en un hospital militar. No lo había informado antes porque no quería preocupar a la familia.

El plan de vida de Amador permaneció intacto; ingresó a la universidad y se inscribió en varias materias. Su horario de clases estaba listo para el semestre. Una semana antes de iniciar cursos, fue a comprar unos zapatos nuevos y colocó la caja de los zapatos junto a su cama como un símbolo de un sueño a punto de convertirse en realidad. Pero trágicamente, Amador falleció tan sólo unos días antes del inicio de cursos. Dos meses después de su regreso, murió por complicaciones relacionadas con la malaria. La caja de zapatos junto a su cama se transformó en un símbolo de un sueño que nunca se cumplió.

No conocí a mi tío Amador. Por fortuna, he llegado a conocerlo en las historias que mi madre ha compartido con la familia. Ella lo recuerda como a un joven bueno y gentil con grandes sueños. Su fotografía militar lo revive: un adolescente con sonrisa tímida y ojos brillantes. Nosotros visitamos su tumba y medimos el vacío creado por su ausencia. Las historias que pudo haber contado. Los éxitos profesionales que pudo haber alcanzado.

El Día de los Veteranos, una pequeña bandera distingue su tumba. Nos retiramos del cementerio sabiendo que Amador forma parte del largo y distinguido legado de los mexicano-estadounidenses que han participado en la defensa y protección de los derechos y privilegios de todos los ciudadanos estadounidenses.

María Luisa Alaniz

Policía por destino

Me encantaba mi trabajo. Me encantó cada minuto de él durante 36 años —porque parecía imposible que llegara a tenerlo—. En pocas semanas, me retiraré de una carrera al servicio la ley que abarcó cinco décadas. Desde 1966, he sido guardia de asignación, oficial de policía, sargento de patrulla, investigador del fiscal de distrito y, por último, investigador de estándares laborales para el comisionado laboral de California. He usado cinco placas distintas.

Mi último cargo me ha llevado de regreso a los mismos campos de cultivo donde trabajé cuando tenía seis años de edad, en 1947. En aquel entonces, llevaba agua a mis padres y hermanos mientras ellos trabajaban. Mi padre me dio aquel trabajo. Pero no me dio la esperanza de encontrar el trabajo que yo quería en realidad. Yo tenía como ocho años cuando dije a mi padre que quería ser policía. En la escuela, había leído un libro de cuentos donde un oficial de policía con uniforme azul ayudaba a bajar un gato de un árbol. Pensé: "Eso es lo que quiero hacer: ayudar a la gente". Mi padre sonrió, sacudió la

cabeza y me dijo que eso nunca podría suceder. Estábamos a finales de los años 40 y él nunca imaginó que pudiese haber ahí un policía mexicano. Además, él pensaba que mi estatura era demasiado baja.

"Estás muy chiquito", decía.

Mi padre, quien nació en Chihuahua, México, sólo se preocupaba por mantener a su familia. No tenía idea de lo que sus hijos pudiesen hacer en la vida ni tenía el deseo de mirar demasiado lejos en el futuro. Quizá si lo hubiese tenido me habría podido advertir sobre lo que me esperaba. Yo experimenté mis primeros obstáculos en la escuela primaria. No podía aprender tan rápido como los otros niños. Yo había aprendido a ser industrioso, despierto e ingenioso, pero esas habilidades no me beneficiaban en el mundo académico. Además, no hablaba bien el inglés —y en realidad, tampoco el español—. Solía mezclar palabras inglesas y españolas según me sintiera más a gusto. Por si fuera poco, soy zurdo. Los maestros de segundo y tercer grados tomaban mi mano izquierda, la azotaban con una regla y trataban de forzarme a escribir con la derecha. Nunca concluía una lección y siempre me ganaba una estrella negra, nunca una estrella dorada o siquiera una plateada como los demás chicos.

Y, por supuesto, como crecí durante las décadas de los 40 y los 50, tuve que lidiar con el racismo. En el séptimo grado me ofrecí a participar en una obra teatral escolar acerca del Sur de los Estados Unidos. Pregunté al maestro en turno si yo podía interpretar a uno de los caballeros, un papel que me atraía porque usaría sombrero de copa, guantes blancos y bastón. El maestro me dijo que yo era demasiado moreno como para interpretar a un caballero y sugirió que fuese uno de los esclavos. Pronto, toda mi cara estaba pintada y se me colocó junto a otros tres esclavos de oscura piel. Entonces tenía tan sólo doce años, pero pronto entendí lo que ocurría. Pedí al maestro permiso para ir al baño y salí por la puerta. Nunca regresé.

Sin importar qué obstáculos enfrentara, nunca abandoné mi sueño de ayudar a las personas. Hoy, desempeño un trabajo que combina todos los demás que he tenido, un trabajo donde puedo poner en práctica todas las experiencias de mi vida. Trabajo en los mismos campos de cultivo de cuando era niño, pero de una manera muy diferente. Refuerzo las leyes laborales. Me aseguro de que los peones —en su mayoría, inmigrantes mexicanos— estén protegidos contra el abuso y los; bajos salarios, así como de que cuenten con la protección del; seguro de compensación para el trabajador. Es mi deber vigilar; que no se abuse de los peones. Mientras camino por los campos' y me acerco a estas personas tan trabajadoras, todas sucias y sudorosas, a veces creo ver la imagen de mi padre y siento que; su espíritu me rodea.

Cuando me acerco a los trabajadores, trato de darles un poce*, de tranquilidad. Están asustados, y algunos creen que yo soy de la migra. Yo los saludo con una sonrisa y les digo, en español»; que estoy ahí para ayudarlos. Es entonces cuando mi padre me! ayuda. Les digo que, hace mucho tiempo,

mi papá vino desde Chihuahua y trabajó esos mismos campos. La única diferencia, les digo, es que por ahí no había nadie que lo cuidara. A alrededor, veo caras tristes que, de repente, adquieren un poquito de confianza en sí mismas. Me fijo en el rostro de un viejito que está entre los jóvenes, y él me sonríe. Yo pongo mi brazo en su hombro. Le digo que las cosas van a mejorar y le entrego tarjeta, que tiene el pequeño emblema de una placa. Su cara ilumina. Unos segundos después, algo así como una docena de trabajadores se acercan a mí. Ellos ríen, sonríen y me agradece por la visita. Pronto, todos ellos tienen mi tarjeta.

Luego, hablo con su supervisor, el contratista de la mano obra. Me aseguro de que sepa lo que dice la ley y cuáles son sus responsabilidades. También me aseguro de que sepa que hay un ángel moreno que cuida de esos trabajadores. Mientras camino

hacia mi camioneta, miro hacia atrás y veo que el viejito agita la mano para despedirse de mí.

Justo entonces, me convierto en aquel niño de ocho años que quería ponerse un uniforme y ayudar a bajar un gato de un árbol. Puedo volver a sentir el espíritu de mi padre. Pero esta vez, en lugar de decirme que estoy demasiado chiquito para el trabajo, oigo que me dice: "Hijo, estoy muy orgulloso de ti y te respeto por haber luchado por tu sueño".

*Rubén Navarrete,
Sr.*

Mi abuela puertorriqueña

Esto es por las plegarias incumplidas de mi abuela. Esto es por los santos y la Virgen, quienes

la consolaron a través de los millones de lágrimas saladas que derramó durante largas, oscuras y tempestuosas noches. Esto es por Puerto Rico, la familia que dejó atrás,

con todas sus cosas dentro de una maleta, en un barco hacia Brooklyn. Esto es por sus sueños evasivos, manos de costurera, fuerte voluntad y nervios encrespados. Esto es por una religión que nunca reconoció los esfuerzos

de sus mujeres, por los niños a quien ella vistió y dio de comer, y por los que se sacrificó día y noche, perdida en la humedad y futilidad de Panamá. Esto es por la Gran Depresión y la guerra, por las latas de comida y los huesos de la sopa. Esto es por una mujer que resistió para que yo y otros entráramos en este mundo.

Dicho y hecho lo anterior, sus oraciones fueron escuchadas y una vida que quizá nunca imaginó se manifestó.

. *Patricia L Herlevi Balquin*

Patricio Flores

Nosotros podemos elegir usar nuestra vida para que otros creen un mundo mejor y más justo para nuestros hijos.

César Chávez

En el corazón de Texas, vive el único arzobispo católico de origen mexicano-estadounidense. A sus 75 años, este buen hombre mide tan sólo 5'2", pero su estatura en la comunidad está más allá de cualquier medida. Como arzobispo de San Antonio, es responsable de unos 660 mil católicos. Ha comido con presidentes y políticos, con los pobres y con el Papa. El se comunica con igual fluidez en inglés y en español, y fomenta una comunidad de colaboración que trasciende barreras religiosas y tradiciones étnicas. Esta carta, escrita a su difunta madre (fallecida en 1957 y quien, sin duda alguna, está en el cielo), honra al hombre a

quien los latinos pueden considerar con orgullo como uno de los suyos.

Estimada señora Flores,

Usted y su esposo se sentirían orgullosos del hombre en quien su hijo, Patricio, se ha convertido. Él fue el primer mexicano-estadounidense en convertirse en obispo, y hoy es el arzobispo con mayor antigüedad en el cargo del país. Ahora, en el crepúsculo de su carrera, mucha gente mira atrás para apreciar el alcance de los logros de su hijo, algunos de los cuales se discuten en los párrafos que siguen. Escribo esta carta para honrarla mientras honro a su hijo, y para dar gracias a Dios por hacer todo esto posible.

Usted estuvo con su hijo en su ordenación en 1956y también durante su primera peregrinación a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe en la Ciudad de México en 1957. Su muerte, ocurrida aquel mismo año, tuvo un profundo impacto en su hijo. El dolor de perderla hizo que él creciera como hombre y como sacerdote. Durante la década de los 60, experimentó otro duro golpe: la muerte de su padre, Patricio. Su hijo volcó su corazón dolorido hacia una fe renovada en la promesa de la resurrección de Jesús.

Esta fortaleza lo guió durante su servicio en diversas comunidades parroquiales. A pesar de que aún se topó con prejuicios —como la advertencia por parte de uno de sus pastores de dejar de hablar en español a sus feligreses— él no sólo los superó, sino que transformó la situación. Fue de los primeros sacerdotes en organizar misas con mariachi, que traían la música del pueblo a los sagrados muros de una iglesia.

En 1970, su hijo se ordenó obispo. No mucho tiempo después, apoyó a César Chávez en el boicot de la uva y fundó la Oficina de Servicios Católicos para Inmigrantes. También fue cofundador del Centro Cultural Mexicano Americano (MACC), el primer centro de capacitación para quienes participaban en el ministerio para la población hispana. Él tuvo un enorme impacto en el área de la educación superior cuando inició el Fondo

Nacional de Becas para Hispanos. Su hijo tuvo su primer roce con la muerte cuando fue tomado como rehén junto a varios otros mientras asistía a un conferencia episcopal en Ecuador. Por fin, fue nombrado arzobispo de San Antonio en 1979.

Durante los años 80, su hijo fomentó mucho crecimiento y desarrollo en su diócesis. Guiado por los principios que presentó en su primera carta pastoral: "Un nuevo Pentecostés: Una Visión para la Arquidiócesis de San Antonio", luchó por alcanzar las metas que se había propuesto; un

llamado al ministerio; desarrollo parroquial; preferencia por las necesidades especiales; una reorganización de las estructuras diocesanas; y un aumento del servicio a las áreas rurales. En medio de todo esto, viajó a Cuba para una visita pastoral y recibió al papa Juan Pablo II durante la propia visita pastoral del pontífice al estado de Texas. La década de los 80 también le hicieron experimentar su segundo roce con la muerte mientras se sometía a una operación por síndrome de Ménière.

Su hijo ha proseguido con su ministerio a lo largo de los años 90 y lo que va del siglo XXI. Para ser honestos, en este período ha tenido varios momentos de angustia y desesperación. Ha cometido errores e incluso ha estado cerca de la muerte, no una, sino dos veces en los últimos catorce años. (Fue tomado como rehén una segunda vez y se le practicó una cirugía séptuple de corazón.) Pero usted debe saber bien esto, pues sin duda ha sido su ángel guardián durante todo este tiempo.

Señora Flores, aunque todo esto es maravilloso, no es lo que convierte a su hijo en alguien verdaderamente sobresaliente. Cualquiera que pase unos cuantos minutos charlando con él queda con la sensación de que este hombre es especial. Él en verdad cree que hablando las cosas se entienden. Tome, por ejemplo, su respuesta ante la ruptura de la iglesia con el catolicismo liberal, que ha ido más allá del alcance de la enseñanza católica. Su hijo no condena la conducta que se opone a las enseñanzas de la iglesia, pero tampoco condena a la persona. "Tenemos que orar por una guía", dice. "Se nos envió para lidiar con pecadores —y todos nosotros lo somos—. Tenemos que preguntarnos: '¿Qué haría Jesús?'" Él cree que es más importante escucharnos mutuamente y orar unos por otros que cerrar las puertas al prójimo. Esta política de puertas abiertas es algo que él practica a diario. Las personas necesitadas van a su oficina en busca de ayuda. ¿Y qué hace su hijo? Si las personas tienen hambre, les ofrece un bono para recibir alimentos gratis en la tienda de abarrotes de la comunidad. Les proporciona información acerca de los albergues que hay en el área y las agencias que ayudan a los pobres a largo plazo. En algunos casos, él mismo come con ellos. ¿Y recuerda el segundo incidente en que se le tomó como rehén? Al parecer, el perpetrador estaba afligido por la inmigración y dificultades económicas. Después de su ordalía, su hijo no cerró sus puertas. En cambio, procuró que la familia del hombre recibiera asistencia financiera y legal.

Creo que le debo unas palabras de agradecimiento por haber educado a su hijo en el respeto de otras personas y culturas y por recordarle que cada conexión que desarrollamos con otra persona es una nueva oportunidad de ver el rostro de Dios. Esto es bastante evidente en su hijo. Pregúntele lo que piensa de las personas que pertenecen a otras religiones, y su respuesta será sencilla pero elocuente: "Hay quienes Dios quiere en el cielo por medio de nosotros (los católicos), y hay quienes él quiere en el

ciehpor medio de otros. De una u otra manera, eso está en manos de Dios, así que no debemos preocuparnos". Y sobre las personas de otras culturas, él habla sobre su aprecio por lo que ellas ofrecen (tradiciones, música, comida, etcétera). En torno a los inmigrantes ilegales, él dice de broma que la Sagrada Familia (Jesús, María y José) eran personas indocumentadas que tan sólo buscaban seguridad y abrigo. Con una chispa en los ojos, añade: "Yo también soy sólo un obispo recolector de algodón", en referencia a los años en que trabajó como peón de granja.

Los enfermos y los presos tienen un lugar especial en el corazón de su hijo. De hecho, son ellos quienes más se beneficiarán de su retiro, pues espera predicar más para ellos en el futuro. "Es un ministerio que se puede hacer y que no hay excusa por no hacer", dice con énfasis. Él cita las beatitudes como su fuente de inspiración para este acercamiento. Dice: "Puedes resumirlas (las beatitudes) diciendo que Jesús vino a amarnos, y que él quiere que nos amemos unos a otros. Ha traducido esta enseñanza a su movimiento episcopal: "Yo trabajaré no para mí, sino para los demás". Esto es algo que él hace de todo corazón.

Aunque él nunca tuvo un hijo propio, su hijo es como un abuelito para muchos jóvenes en esta diócesis. Su paciencia con los niños es inamovible, su preocupación por ellos, interminable. Albergues, servicios, escuelas ~su hijo apoya éstos y muchos otros sistemas que sirven a nuestra juventud—. Es un fiel creyente en el valor de la educación y nunca deja pasar una oportunidad para comunicar esto a los niños y a sus padres por igual. Usted sabe lo que significó para él tener que abandonar el bachillerato cuando adolescente y lo difícil que le resultó terminar sus estudios profesionales. En cada oportunidad que tiene, exhorta a los jóvenes a aprender de su experiencia.

Los padres de familia con quienes habla también reciben un mensaje fuerte y claro de él: "Padres, amen a sus hijos. Díganles que los aman. Mamas y papas, deben hablarles de su amor por ellos, aun cuando ellos parezcan no escucharlos". Su hijo ve que el mayor regalo que un padre puede dar a su familia es amar a su esposa y a sus hijos; y lo mismo para las madres. ¡Gracias, señora Flores, por compartir ese regalo con su familia!

Su hijo es en verdad un hombre notable. Pero también es tan humano como el resto de nosotros, y como tal tiene sus defectos. Él es el primero en admitirlo. Incluso ahora, él insiste: "Espero que mi sucesor sea alguien diferente de mí, alguien que pueda funcionar en las áreas en que yo no pude".

Nosotros celebramos a un hombre que, a lo largo de los años, ha luchado por superar sus fallas, que ha permanecido fiel a su vocación sacerdotal, que ha defendido a los marginados y oprimidos, que ha valorado todas las culturas y religiones, que ha predicado los evangelios de Jesús

con humildad y humor, que ha inspirado a otros con su fe y que se ha ganado a la gente con su compasión y servicio. Nosotros celebramos a su hijo, señora Flores, en quien hemos tenido el privilegio de ver el rostro de Dios: Celebramos a Patrick F. Flores, arzobispo de San Antonio.

Ménica González

"Soy curandera"

Era una mañana horrible: fría, lluviosa y gris, sin promesa de sol para calentar el gélido aire montañoso. El sol estaba escondido tras unas ominosas y oscuras nubes de lluvia. Mis dientes chasqueaban y yo temblaba bajo mi ligero poncho impermeable. Una enorme gota de lluvia me cayó en la frente, rodó justo por en medio de mis ojos y luego cayó hasta la punta de mi nariz. Deseé estar en algún otro lado —donde fuera.

Nosotros nos habíamos reunido en esta aldea montañoso en las tierras altas del Perú para escuchar a las parteras hablar sobre su trabajo. Eramos un heterogéneo grupo de profesionales de la salud en un viaje de educación continua, y el curso era un estudio de la curación alternativa en Sudamérica. Proveníamos de diversas partes del mundo y todos poseíamos distintos grados de fe en la medicina, tanto alternativa como tradicional. Pero todo lo que habíamos visto la semana anterior nos había cambiado. Incluso los escépticos del grupo habían empezado a examinar las posibilidades de otras visiones en el campo de la curación.

Primero, dos hombres nos hablaron sobre su experiencia como parteros. Me sorprendió saber que en esta cultura los hombres pueden ser parteros; yo creía en el falso estereotipo de que se trataba de un trabajo para mujeres, pues así es en los Estados Unidos. Ambos hombres habían aprendido su trabajo de su padre, quien a su vez lo había aprendido de su padre. Aprendí que, aunque un curandero o curandera suele recibir el llamado a su profesión por medio de un sueño —del propio curandero o de alguien más—, la mayoría de los curanderos transmiten su vocación de generación en generación, de modo que suele ser cosa de familia.

Ambos hombres describieron técnicas similares que emplean para recibir a los bebés. Sus técnicas incluyen prácticas indígenas como el frotamiento del estómago de la mujer con una piedra mojada con orina en los partos prolongados, y la revisión de la posición del feto al tomar el pulso de la madre en sus pies. Por tradición, ambos hombres cortan el cordón umbilical con un fragmento de cacharro, roto en la casa en el momento del parto.

Agripina fue la última de las tres personas que hablaron con nosotros. A diferencia de los hombres, quienes llevaban puestos unos ponchos tejidos con intensos colores rosa, anaranjado y rojo, ella vestía tan sólo un larga falda gris de lana y un suéter verde oscuro. Su negro cabello colgaba en una sola gran trenza bajo su sombrero gris, y le llegaba casi a la cintura. Ella había permanecido sentada en silencio y con la cabeza gacha mientras los hombres hablaban. Cuando ellos terminaron, ella se levantó y empezó a hablar con una voz suave y serena que tuvo un efecto casi místico en la pequeña concurrencia.

"Yo soy curandera", dijo, y nuestro guía nos lo tradujo. "Siempre he sido curandera. Hace muchos años, cuando tenía sólo ocho años, una oveja madre me lo dijo. No es algo que yo haya elegido. Es algo que me eligió".

El sonido de la lluvia cesó. Aquellos que se movían sin cesar o se frotaban los brazos con fuerza para calentarse dejaron de moverse. Las palabras de la mujer habían sido suficientes para despertar mi curiosidad, pero era su voz —un murmullo suave y melodioso— lo que me dejó fascinada. Poseía una atemporalidad y una tranquilidad que no parecían de este mundo. Era como si un ángel me hipnotizara con sus palabras.

Al observar a la pequeña concurrencia, noté que su voz nos había atrapado a todos. El grupo entero se inclinaba hacia delante con extática atención. Agripina tenía algo especial, algo precioso que decir, y nadie quería perderse su mensaje. Pero ¿cómo es que una oveja le dijo que ella sería partera? El siempre escéptico Thomas tenía preguntas. ¿Qué quería decir con eso?

Ella explicó que cuando tenía ocho años, toda su familia había salido de su casa por varios días. Ella no explicó a dónde ni por qué se fueron, tan sólo que la dejaron ahí para hacerse cargo de un pequeño rebaño de ovejas. En esta cultura comunal, los niños son personitas responsables que trabajan duro desde el momento en que empiezan a caminar. Todos deben de participar en

el progreso de la comunidad. Así pues, no era cosa rara que a Agripina la hubiesen dejado sola para cuidar de los animales.

Su labor consistía en llevarlos hasta el arroyo todos los días, una vez por la mañana y otra por la tarde. Entre cada ida al arroyo, el rebaño pastaba. Aún no era la temporada de nacimiento de corderillos. Sería una tarea fácil. Además, su familia no estaba demasiado lejos. "Tan sólo han ido aquí a la esquina y regresarán en pocos días", nos dijo. Claro que, según aprendimos aquella semana, aquí a la esquina era una expresión que podía significar justo eso, o bien, un viaje de varios días. El tiempo y la distancia significan diferentes cosas para las distintas personas.

"Pero", prosiguió, "aunque aún no era temporada, una oveja madre empezó a dar a luz a su crío. Ella lloró y lloró por tanto rato que empecé a asustarme de verdad. Mi corazón latía muy rápido. Yo me asomé, pero sólo pude ver una pezuña que salía de las entrañas de la madre. ¿Qué podía hacer?"

Mientras Agripina relataba su historia, sus ojos se abrían y se abrían. Su hablar se volvió más intenso, aunque sin cambiar jamás su ritmo lento y melódico. Nos tenía atrapados. Esperamos con impaciencia a que nuestro guía tradujera su relato.

"¿Qué podía hacer? Yo era sólo una niña de ocho años. Pero entonces, la oveja madre habló a mi mente.

"Ella dijo: Ayúdame', y yo supe lo que tenía que hacer. Sujeté aquella pezuñita y tiré y tiré de ella con todas mis fuerzas. La oveja madre me gritó: '¡Tira con más fuerza!' Y yo jalé una y otra vez hasta sentir que los brazos se me rompían. Pero el cor-derillo se negaba a salir. Mi corazón latía fuerte como un tambor en mis oídos.

"Entonces, poco a poco, empezó a rodearme un sentimiento de paz y tranquilidad. Mi corazón ya no retumbaba en mis oídos. Y supe lo que tenía que hacer. En mi mente, dije a la oveja madre: 'No temas. Aquí estoy. Yo te ayudaré'. Mi mente habló a su mente y ella se quedó quieta. Ya no luchaba contra mí. Ya no luchaba contra su propio cuerpo.

"Ahora, de la madre salían dos patitas mojadas y resbaladizas. Yo tomé una pata en cada una de mis manos y tiré de ellas hasta que, por fin, nació un corderino diminuto y perfecto. Entonces, supe que yo era una curandera".

Agripina explicó también que, cuando sus padres volvieron a casa y escucharon lo que había ocurrido, también entendieron que ella era una curandera. Y de este modo, con sólo ocho años de edad, empezó a prepararse con la partera de la aldea. A lo largo de los años, ella ha seguido aprendiendo de los viejos sanadores de su aldea y de aldeas cercanas. Pero, a diferencia de los otros dos parteros que ejercen justo como su padre les enseñó, ella también ha aprendido partería moderna con enfermeras y médicos de otros países que van a su aldea a enseñar.

"Soy una curandera moderna", nos dijo con una sonrisa orgullosa.

Cuando concluyó la presentación, me acerqué a esta adorable mujer y, con la ayuda del guía, le pregunté cómo podría yo ayudarla en su práctica de la partería en su aldea. "¿Hay algo que usted necesite y que yo pueda enviarle desde los Estados Unidos?", le pregunté.

Con timidez, ella sonrió. Entonces, hurgó en su bolsa y sacó un rollo de tela colorida tejida a mano. Lo desenrolló y reveló un juego de instrumental médico básico —hemóstatos y tijeras—. Ella explicó: "Yo hiervo todo esto en agua todos los días. Así, no enfermarán el bebé ni la madre. Pero todo esto me lo prestó una enfermera norteamericana. Debo regresárselo. En verdad, me gustaría tener mi propio juego de instrumentos. Si lo tuviese, no tendría que cortar el cordón umbilical con un pedazo de cacharro", dijo con franqueza.

Era una petición tan sencilla. Cuando volví a casa, compré los instrumentos. Nuestro guía los llevó a la aldea seis meses después, cuando se realizó la siguiente visita. Agripina nunca tendría que volver a cortar el cordón umbilical con un trozo de barro.

Me siento llena de respeto y admiración por esta mujer. Agripina será maestra de la siguiente generación de parteras. Esta curandera —como ella misma se llama— enseñará prácticas milenarias de partería indígena, incorporando lo que le sirve de otras tradiciones parteras. En el aislamiento de su aldea, Agripina recorre los siglos y une culturas.

Con un pie muy bien plantado en el pasado y otro igual en el presente, esta curandera seguirá trabajando por la salud y el bienestar de su aldea.

Nancy Harkss

Frente a frente con mi héroe de la infancia

*JVo es suficiente con saber montar; también debes saber
cómo caer.*

Proverbio mexicano

Sólo puedo recordar una cosa del año de 1967. Tenía cinco años de edad. Aquél fue el año en que mi héroe brilló como nunca en su carrera dentro de las ligas mayores.

Lo llamábamos El Torito, con su andar contoneado, sus home runs largos y altísimos, sus vistosos juegos a primera base, su ca-risma. Nunca olvidaré cómo mi padre traducía con paciencia al español los detallados comentarios de Jack Buck cada vez que Orlando Cepeda pisaba el puesto de bateo. Yo me sujetaba fuerte a mi papá cada vez que Orlando conectaba un hit. Lleno de emoción, mi papá gritaba: "Atrás, atrás, atrás, ¡y la bola se llevó

la cerca!" Puedo recordar sólo a los que salieron a ganar aquel año, a los 25. Todos y cada uno de ellos quedaron grabados para siempre en los anales de la historia del béisbol.

Orlando sobresalió durante dieciséis años en las ligas mayores. Hubo otros —Clemente, Aparicio, **Manchal**— pero, a mis ojos, Cepeda era la estrella. Cada noche, me iba a la cama soñando que un día tomaría su lugar para continuar su tradición de excelencia. El 12 de diciembre de 1975, esa tradición se convirtió en una cruel pesadilla. Mi héroe, el hombre que admirábamos yo y otros cientos de miles de chicos, fue encarcelado en una prisión federal por cuestiones de drogas.

Durante años, lloré a mi héroe como si hubiera muerto. Me sentía incapaz de poner en perspectiva aquel hecho. "Dios no comete errores. ¿Cómo pudo cometerlos Orlando?" La pregunta permaneció en mi mente durante muchos años, hasta que un día de 1986, el destino me puso frente a frente con mi héroe de la infancia. Habían pasado once años y el tiempo había respondido muchas preguntas. Ya no sentía amargura, pero aún estaba decepcionado.

Un viernes por la noche, en la fiesta de un amigo, conocí a Orlando Cepeda hijo, o como se le llamaba en los comerciales de televisión, Orlandito. Empezamos a hablar y congeniamos de inmediato. Cepeda, de veinte años, era un personaje muy divertido y nunca paraba de hablar. Pasamos toda la noche recordando la carrera de su padre. Escuchar todas esas historias de alguien que las había vivido en persona era un sueño hecho realidad. Al final de la fiesta, intercambiamos números telefónicos y él me invitó a comer a su casa al día siguiente. Aquella noche, no pude dormir —iba a estar frente a frente con mi ídolo.

El sábado por la mañana, me dirigí a un modesto pero encantador apartamento en Burbank, California. Siempre fantaseé con que conocería a Orlando en algún viejo campo de pequeñas ligas en Fajardo, Puerto Rico, mi tierra natal. En mi fantasía, yo acababa de jugar dos partidos sucesivos en los cuales quedaba seis a ocho con dos home runs, cinco carreras impulsadas y un par de bases robadas. La había repasado en mi mente tantas veces: Orlando se acercaba a mí y me decía: "Tienes todo lo que se necesita, chico. Te veré en las grandes ligas". Esta debe haber sido la fantasía más duradera de toda mi vida.

Mientras me acercaba a la entrada, pude oler el aroma de los frijoles rojos sazonados con sofrito casero y cebollas fritas. Este olor maravilloso volvió a recordarme mis días de niñez, cuando todas las casas olían así a la hora de la cena.

Y al fin, con gran emoción, toqué el timbre. La puerta se abrió, y ahí estaba él, alto, casi como yo lo recordaba, aunque quizá con unos kilillos de más. "Pasa. Orlandito estará aquí en un momento. Tú eres Carlos, ¿verdad? Ponte cómodo, compañero", dijo con voz profunda y una cálida sonrisa.

"Sí señor, Carlos Bermúdez", respondí y saludé de mano a una leyenda. El tiempo se detuvo, y la electricidad de aquellos sueños de ayer pasó por mi mente a la velocidad de la luz.

Entré en la casa y miré alrededor, fascinado por todos los trofeos, fotografías e imágenes de béisbol que había en las paredes y anaqueles: Premio al novato del año, 1958; Corona MPV al jugador más valioso de la Liga Nacional; Jugador rehabilitado del año, 1966; Bateador designado del año, 1973. Fue un maravilloso recorrido por el camino de los recuerdos. Caminó detrás de mí y respondió a todas mis preguntas. Me sentí invadido por un sentimiento extrañísimo; ahí estaba yo, en charla con un hombre a quien nunca había conocido, pero a quien sentía conocer muy bien. Incluso a los hombres de las fotografías los sentía como a viejos amigos: Mays, McCovey, Maris, Mande, Pérez, Bro-ck, Musial —la mayoría de los cuales estaban en el Salón de la Fama—. De repente, mis ojos se enfocaron en una de las fotos, la cual mostraba a Willie Mays al lado de Orlando Cepeda, ambos sosteniendo sus bates en actitud de batear.

"El mejor jugador que he visto", dijo. El comentario me desconcertó pues, para mí, Orlando era el mejor, y su padre Perucho era quizá el mejor jugador latino en la historia del juego. Por desgracia, él nunca tuvo la oportunidad de medir su talento contra los grandes de las ligas mayores pues, en aquel entonces, las ligas estadounidenses aún excluían a los jugadores de piel oscura.

Orlandito bajó por las escaleras, y todos nos dirigimos a la cocina para disfrutar del arroz, las habichuelas y el bistec encebollado, preparados con maestría por Miriam, la esposa de Orlando. Nos sentamos a la mesa y hablamos sobre béisbol, béisbol y más béisbol.

Mientras escuchaba las inagotables historias, vi en Orlando a un hombre bueno, puro y sencillo. Era tan humano como cualquiera, y los humanos cometemos errores. Mi héroe —ahora convertido en mi amigo— había cometido algunos errores y pagado caro por ellos —más de lo que nadie podría imaginar—, pero ya había pagado suficiente, y su legado por su desempeño en el campo de béisbol estaba muy subvaluado.

La cena estuvo deliciosa, y llegó el momento de decir adiós. Volvimos a recorrer el muro de los recuerdos y yo me quedé como un niño frente a una tienda de dulces. Orlando se quedó pensativo y, con una palmadita en la barbilla, se volvió hacia mí.

"Sí, Carlos", dijo mi héroe, "era todo eso y más. El olor del césped, el crujir del bate, los cantos de la afición. Cada vez que agito el bate, lo hago por ti y por todos esos niños que soñaban con llegar a estar ahí. Quizá tú nunca vayas a estar en el puesto de bateo al fondo de la novena con las bases cargadas y el juego en la línea..." Puso sus gigantescas manos en mis hombros, me miró a los ojos y prosiguió: "...pero tendrás tu propia gloria, y espero que yo esté ahí para darte ánimos".

¡Mi héroe me había dicho esas palabras! El admiraba el hecho de que yo me haya ido a Hollywood sin un centavo para

buscar una carrera de guionista. Él pensaba que yo tenía mucho valor. Por una fracción de segundo, me convertí en el héroe de mi héroe. ¡Imagínate!

Apreté su poderosa mano una vez más.

"Estoy orgulloso de ti, hijo", dijo él. "No dejes de luchar por tu sueño". Y entonces, caminé hasta mi auto, sobrecogido por un monumental sentimiento de esperanza. El vacío que se había creado en 1975 ahora estaba lleno.

Mi héroe había recuperado su lugar en mi salón de la fama personal.

Carlos R. Bermúdez

[NOTA DEL EDITOR: En 1999, el comité de veteranos por fin incluyó a Orlando Cepeda en el Salón de la Fama.]

8

LO ESPIRITUAL Y
LO
SOBRENATURAL

*Lo espiritual es cualquier cosa que nos permita darnos
cuenta de la naturaleza milagrosa de la vida.*

Aurora Levins Morales

SIN RODEOS ®



Flores de lavanda

"No logro hacer que crezcan estas flores de lavanda", dijo frustrado mi papi una tarde.

Mi padre había trabajado toda la mañana en su jardín de rosas, que bajo la brillante luz de aquel cálido día de julio lucía casi demasiado bello para ser real.

"No te preocupes por eso, José", le aconsejó mi madre. "Ya has tenido rosas de muchos y muy hermosos tonos".

Mi madre se inquietaba por la constante preocupación de Papi por la perfección de las cosas; la hipertensión de mi padre y sus cincuenta años de fumar su amado puro cubano hecho a mano daban a mi madre razón para alarmarse.

"Le prometí a tu madre flores de lavanda para su cumpleaños", me explicó. "Se las he estado prometiendo durante al menos los últimos cinco años, pero aquí no brota nada... nada de nada..."

Mi padre no era un hombre perfecto, pero era un hombre de palabra. Había prometido a mi madre flores de lavanda para su cumpleaños, y le quedaba poco tiempo para lograrlo. Había

jurado que haría crecer las flores de lavanda así fuese lo último que hiciera.

Papi y Mami habían llegado a este país desde San Juan, Puerto Rico, en 1927. Cuando Papi dijo a mi madre que quería que nos mudásemos a los Estados Unidos, ella se rehusó con todas sus fuerzas (en la familia, corre la leyenda de que ella rompió todos sus platos de bodas la noche anterior a su salida de Puerto Rico; ella esconde una sonrisa cuando oye esta historia, y además la niega y afirma que los platos fueron robados). Pero Mami acabó por ceder ante la voluntad de su esposo —tal como las mujeres de aquella época estaban educadas para hacerlo— y, de mala gana, dijo adiós a su vida en la isla.

En San Juan, mi madre era una ávida cultivadora de rosas, y era famosa por sus apreciadas flores de lavanda, de las cuales todos decían que eran las más bellas de la región. Una de las promesas que le hizo mi padre antes de abandonar la isla fue que ella podría tener un jardín de rosas en los Estados Unidos. Pero por muchos años, la promesa de Papi no se cumplió. En su nuevo país, pasaron los primeros treinta años en el gélido concreto del centro de la ciudad de Nueva York, y no fue sino hasta que yo me casé y los traje a vivir conmigo al sur de California que tuvieron la oportunidad de poseer un jardín. Pero aun después de diez años de tratar de reproducir su jardín de rosas, mi madre dejó de intentar el cultivo de los platos de lavanda. Aunque todas las condiciones eran propicias; simplemente no podía lograr que florecieran. Entonces, mi padre, quien nunca se había interesado un comino por la jardinería —ni por las rosas—, se sintió responsable de hacerlas crecer. Era el quinto año que trabajaba en el jardín, y aunque no le gustaba reconocerlo, había adquirido un gusto por desherbar, podar arbustos y cultivar la tierra alrededor de las flores. Creo que trabajar en el jardín para mi madre era una manera en que mi huraño padre podía mostrar su amor por ella.

Tristemente, el tiempo de florecer llegó y se fue junto con el cumpleaños de mi madre y las lavandas nunca brotaron. Meses después, una fría mañana de invierno, mi padre se levantó a su hora acostumbrada, se cepilló los dientes y se lavó la cara. Se sentó a la mesa de la cocina y mi madre le sirvió su acostumbrado y enorme plato de avena. Pero mientras se llevaba la primera cucharada a la boca, volteó hacia mí y mi mamá y con una expresión un tanto sorprendida, dijo: "No me siento bien". Y tras ese breve anuncio, se desplomó sobre el piso.

* Mami corrió hacia su arrugado cuerpo y frenéticamente, trató de revivirlo. Pero ya no había nada que hacer. El había muerto.

Mami pasó los meses siguientes en duelo y trataba de acostumbrarse a su nueva vida. Ponía en orden las cosas de Papi y las distribuía entre la familia, respondía las cartas de condolencia y hablaba con nuestros familiares en Puerto Rico y Cuba, quienes llamaban con regularidad para preguntar por ella. Puso en venta la pequeña casa que ellos habían compartido por diez años e hizo planes para venir a vivir conmigo y con mi esposo. La casa se vendió

pronto y el día en que mi mamá cumplió sesenta años la joven pareja que había comprado la casa pasó por ahí para entregar unos papeles. Cuando Mami abrió la puerta se sorprendió de ver que la joven tenía en la mano una flor de lavanda. Mami pensó que se trataba de un regalo de cumpleaños y se sintió conmovida por el gesto tan gentil de la joven mujer.

"¡Muchas gracias!", exclamó mi madre. "¿Cómo supo que hoy es mi cumpleaños?"

"No lo sabía", respondió la chica. "Tan sólo quería traerle una de estas preciosas flores de lavanda de su jardín".

"¿De mi jardín?", preguntó mi mamá con una mirada incrédula.

"Sí", dijo la mujer mientras salía de la casa y señalaba a mi madre el jardín de rosas.

Mi madre miró hacia la puerta frontal y sus ojos se llenaron

de lágrimas. En medio de su jardín, había florecido el campo de lavandas más espectacular que había visto jamás.

"Ay, José, bendito..." exclamó Mami, pronunciando el nombre de mi padre mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

"Deben ser un regalo de cumpleaños de allá arriba", dijo la joven.

Mi madre sólo sonrió.

Caroline *C.*
Sánchez

Vengo del mar

Mi abuela nació en 1880 en Santurce, Puerto Rico. Fue la más joven de doce hermanos y la única mujer. Su nombre de pila era Carolina del Carmen, pero debido a su extraordinaria belleza desde muy pequeña la llamaron La Bella.

Cuando mi abuela cumplió diecisiete años, su padre murió. Su madre, quien no gozaba de buena salud y estaba preocupada por el futuro de su hija, hizo un trato con un comerciante español que frecuentaba Puerto Rico en sus viajes de negocios. El comerciante, Benigno Saavedra, se ofreció a apoyar a mi bisabuela y su familia si ella le permitía casarse con La Bella. Y así lo hizo.

Aunque en realidad nadie sabe si los sentimientos de mi abuela por mi abuelo estaban inspirados por el amor o la obligación, se convirtió en su esposa en 1897, y él se aseguró de cumplir la promesa que había hecho a la familia de ella. Mi abuelo viajaba mucho por cuestiones de negocios, y se cuenta que cuando regresaba a casa de sus viajes, siempre solía recitar este verso a mi madre:

*Vengo yo del mar sólo para verte a ti
Y darte un besito en tu boca de cotí...*

Alejandro, hermano de mi abuelo, era un joyero residente en Puerto Rico que hizo una fortuna por aquellos años. En 1908, recibió una medalla por ser el mejor orfebre de Puerto Rico. Aquel mismo año, mi abuelo murió trágicamente en un choque de trenes en Cuba, y la familia de mi madre empezó a tener problemas económicos. De acuerdo con mi abuela, Isabel, la esposa de mi tío Alejandro, era una mujer banal y orgullosa. Además, sentía celos de mi abuela, quien a los 28 años estaba más hermosa que nunca y seguía arrancando suspiros adondequiera que fuese, a pesar de los cinco hijos pequeños que ya tenía.

Sin esposo y con hijos en necesidad, mi abuela recurrió a Alejandro e Isabel. Aunque nadie entiende por qué, ellos se negaron a ayudar a la familia. Se cuenta que, cuando mi abuela le pidió dinero para dar de comer a sus hijos, Alejandro dijo que no podía ayudarles, y culpó de ello a los caros gustos de Isabel y al dinero que gastaba en telas, perfumes y otros artículos que importaba desde España.

Sin su ayuda, la familia se vio en serias dificultades. Cuando mi madre cumplió doce años, se hizo pasar por una adolescente mayor y entró a trabajar a una fábrica de puros. Al mismo tiempo, mi tío Luis consiguió un empleo de contador para una firma de ultramarinos en San Juan llamada Cebollero. La economía de la familia mejoró bastante y así lograron sobrevivir.

El tiempo pasó, y cuando mi madre cumplió dieciocho años, la invitaron a un baile en el Centro Español de San Juan. Al igual que mi abuela, mi madre, también llamada Carolina del Carmen, era una belleza de oscuros cabellos que atrapaba la atención de todos en cualquier lugar donde entrara. Por coincidencia, su tío Alejandro también asistía al baile, y cuando vio a mi madre bailando con su pareja, primero le sonrió, pero luego empalideció —esta hermosísima desconocida se parecía mucho a su hermano Benigno—. Alejandro se acercó a mi madre y le preguntó si acaso era la hija de Benigno. Ella le dijo que sí. El vaciló un segundo y entonces dijo: "Nena, soy tu tío Alejandro... tu padre era mi hermano..." Mi madre fue cortés en su reacción, pero como recordaba el hambre que había sufrido por causa del egoísmo y el descuido de su tío, mantuvo su distancia.

Muchos años después, mi madre vivía en South Bronx en la ciudad de Nueva York. Su apartamento se encontraba en un edificio alto, y la ventana de su cocina daba al corredor trasero. Eran los años de la Gran Depresión y la situación era muy dura. Los vendedores, traperos y dijes se acercaban por dicho corredor y pregonaban hacia los apartamentos para ofrecer sus productos y servicios. A veces, venían músicos y tocaban una o dos melodías y la gente les arrojaba algunas monedas desde la ventana.

Un día en particular, hacia el anochecer, mi madre escuchó música de acordeón que provenía del patio. La melodía le sonaba conocida, aunque a veces parecía salirse de tono. Después de unos minutos, volvió a oír la canción, esta vez más fuerte, y entonces la reconoció: era la canción que su padre solía cantar a La Bella. Mi madre pensó que aquella era una extraña

coincidencia. Mientras trataba de recordar la letra, tomó unos centavos de un frasco y los envolvió en papel periódico para arrojarlos al músico. La música continuó, pero cuando ella llegó a la ventana para arrojar el dinero, el patio estaba vacío. Ella se alejó de la ventana, asustada.

Al día siguiente, recibió un telegrama de su hermana Francisca en Puerto Rico, donde decía que su tío Alejandro había muerto. Mi madre, que ya sospechaba la respuesta, preguntó a mi tía Francisca cuándo había muerto él. Ella dijo a mi madre que Alejandro había muerto el día anterior hacia el anochecer. Cuando mi madre oyó las palabras de su hermana, se recargó en la ventana y miró fijamente hacia el patio.

"Dios mío", susurró, "Alejandro por fin ha venido a pedir perdón".

Susan Sánchez-Casal

Feliz Navidad

Tras haber comido pemil, arroz con gandules y postres como flan y pastel, empezaron a resonar canciones como Feliz Navidad y otros villancicos mientras mis tíos y tías se sentaban en círculo para cantar y mis primos y yo tomábamos nuestros regalos de debajo del árbol y los abríamos. En este punto, mi tía Magaly se fue a su cuarto, se puso ropa y accesorios de los años 70 y volvió para presentar un pequeño espectáculo. Bailó y nos hizo reír con sus canciones y chistes porque lo que más le gustaba era ver una sonrisa en nuestra cara. Y era su sonrisa lo que más alegría nos daba, pues todos sabíamos que, en su interior, ella sufría en silencio.

A mi tía se le diagnosticó cáncer de mama en 1989, por lo cual se le extirpó el seno izquierdo. Aunque se recuperó y recobró sus fuerzas, en 1997, se le informó que el cáncer había regresado y se le había extendido a la médula espinal. Una vez más, mi familia y yo la vimos recobrar de incontables cirugías y nauseabundos tratamientos de quimioterapia, y todo sin perder su hermosa sonrisa.

A partir de entonces, mi familia celebró su salud cada día. Cualquier festividad, cumpleaños, graduación o celebración pequeña era pretexto para reunimos en su casa a celebrar y convivir como si todos los días fuesen Navidad. Ella decoraba su casa y preparaba todo con amor porque ver a su familia unida era lo que la mantenía fuerte. Había salido de la República Dominicana sin otra cosa que esperanzas y sueños de crear una vida mejor para su familia en los Estados Unidos. Estudió contaduría en una escuela nocturna y abrió un pequeño pero próspero negocio de pasteles en su propio hogar. Sus deliciosos pasteles dominicanos se volvieron famosos en nuestro vecindario por sus increíbles y originales adornos.

La tía Magaly fue una inspiración para mi familia. Nosotros vimos cuando duro trabajaba a pesar de la debilidad de su cuerpo. Su salud empezó a deteriorarse en 2001, y todos temimos que el cáncer hubiese vuelto a su cuerpo. Yo cumpliría dieciséis años en diciembre, y aunque había planes para organizar mi fiesta, mi mamá y mis tías no querían pues mi tía entraba y salía del hospital constantemente. Hablé con mi tía Magaly y ella dejó bien claro que quería que hubiese fiesta. De hecho, me dijo que haría todo lo posible por hacer y decorar ella misma el pastel. Tía Magaly lo había dicho, ¡entonces tenía que hacerse! Un mes antes de mi cumpleaños ella y yo planeamos la fiesta. Ella se encargó de decorar, me acompañó a comprar mi vestido y preparó el pastel más increíble que he visto. Quedé asombrada de cómo este evento familiar le dio la fuerza y el valor necesarios para levantarse cada día y hacer lo que más le gustaba: apoyar y celebrar a su familia. En mi fiesta, bailó y rió como alguien que nunca se ha enfermado en su vida.

Un año después, el 21 de diciembre de 2002, me aferré a ese recuerdo de ella mientras la veía dejar este mundo. El cáncer se había extendido al cerebro y los tumores imposibilitaban la cirugía. Mis primos, tíos y abuela nos tomamos de la mano mientras

ella moría tranquila en su cama del hospital. Faltaban sólo cuatro días para Navidad, y nosotros sabíamos que las cosas nunca volverían a ser iguales sin ella. En vez de prepararnos para celebrar la Navidad como todos los años, nos preparamos para su funeral. Pasamos la Nochebuena en el panteón, dando el último adiós a tía Magaly.

El día de Navidad, nos reunimos en su casa, pero no había canciones. No había risas, baile ni comida. Sólo lágrimas y dolor.

Su hijo no soportó ver así a la familia, de modo que empezó a cantar Feliz Navidad. Al principio, cantó con timidez, pero después, se sacudió las lágrimas y empezó a cantar con más energía: "¡Feliz Navidad, feliz Navidad, próspero año y felicidad!"

Nos pidió que dejáramos de llorar y empezáramos a celebrar. Nos dijo que teníamos que celebrar no porque fuese Navidad, sino para celebrar la vida de mi tía, la persona que era y lo que significaba para nuestra familia. Y así cantamos ésa y muchas otras canciones, pues nos dimos cuenta de que, aunque ella no estaba ahí en forma física, aún se encontraba celebrando la Navidad con nosotros. La tía Magaly estuvo con nosotros aquella Navidad. Estuvo en nuestro corazón, nuestra alma, nuestras canciones y, lo más importante, en la unidad de nuestra familia.

Adriana Rosales

En mi altar

El otoño me recuerda que el tiempo siempre está en movimiento. Es la época del año en que el cálido verano indio se endurece para dar paso al frío crujido de principios del invierno. Es un período en que los cambios revolotean a nuestro alrededor mientras los tomates y la albahaca del jardín dan paso a las calabazas y los higos. El otoño me alienta suavemente a sentir mi propia mortalidad y, al hacerlo, me impulsa a celebrar mi vida. Sentir el cambio de temporada es algo que me invita a embriagarme, a disfrutar de lo que está aquí, justo ahora.

Los mexicanos han dominado la habilidad de extraer la plenitud de la vida a partir de la fría realidad de la muerte. El 1º de noviembre, celebran el Día de los Muertos, con el cual levantan el delicado velo que separa a los muertos de los vivos. Las tumbas se limpian y adornan con flores y velas. Se hacen altares llenos de incienso y flor de cempasúchil —la caléndula picante— cuyos aromas dulces y ásperos a la vez guían a los espíritus de regreso a casa. Es una escena asombrosa y agridulce, un día que reboza de vida y de muerte.

El Día de los Muertos honra a quienes han pasado a mejor vida, pero para mí también honra el propio paso del tiempo. *Mé* exige que me detenga, recuerde, lamente, celebre y viva con plenitud. Al saborear el pasado y llorar por lo que se ha ido, despej un camino para mi futuro.

Cada año a fines octubre pongo mi propio altar. El año pasado, cuando disponía los pétalos de flor de naranja por sobre las fotos de mis abuelos y un periódico del 10 de septiembre, y*estaba embarazada de mi segundo crío. Este año, con mi familia ya completa, mezo a mi bebida en mis brazos mientras mi hijo juega con una calaverita sonriente de azúcar. Ablando la cobijita bordada y reconozco a mi propio yo, este cuerpo que una vez fue joven y que nunca volverá a crear un niño. Corto el tallo de las caléndulas y recuerdo mi vida antes de que llegaran mis hijos: conduciendo a casa por la noche, vagando por Oaxaca en busca de plata antigua, holgazaneando en la cama un domingo por la mañana con mi esposo. Al encender el incienso, me preguntó' por mi futuro. ¿Acaso mi hija se dedicará a la música? ¿Mi hijo; montará a caballo? ¿Alguna vez cargará a un nieto? Lleno mi altar de hojas doradas, las llaves de un negocio que poseí, una foto de mi panza redonda y preñada. Estos símbolos de mis momentos decisivos se iluminan mientras enciendo las velas. Inhalo^{1*} mi pasado, lo retengo, y entonces lo dejo ir.

Con hijos pequeños no se puede ignorar el paso del tiempo. Se pasean a nuestro lado mientras compramos (¡de nuevo!) zapatos nuevos y nos ven sacudir la cabeza al ver que esos pantalones recién estrenados ya no les quedan. Mientras mi bebida se convierte en niña siento un dolor agriado cuando me deshago de sus pequeñísimos vestidos de volantes y sus pañalitos como de muñeca. Me entristezco un poco cuando mi hijo de dos años deja de pedirme una canción de cuna cada noche antes de dormir. Me detengo un momento y saboreo la escena: mi hija gatea hacia mi hijo, quien hace pasar su trencito de juguete

por encima de ella. Ambos estallan en risas. Entonces, paladeo los recuerdos futuros —mi hijo que vuela por primera vez en una bicicleta sin ruedas de apoyo; una noche oscura en la sierra, buscando meteoritos con mis hijos adolescentes; una toga y un birrete que vuelan por los aires. ³

Ve pasar de nuevo mis recuerdos, un caleidoscopio en el que una cosa se convierte en otra. Entré en la adultez durante una aventura en México, la cual derivó en una tienda de artesanías en San Francisco. Después, cambié ese negocio por la maternidad y un hogar con un delicioso jardín en Berkeley. Mientras mis hijos crecen, me convierto en escritora. El ciclo continúa; los finales se convierten en principios. Y hoy, mientras arranco los últimos tomates de su planta tendida y cansada, miro hacia atrás y hacia delante, y siento el cambio del reloj.

Conforme los días se hacen más cortos, reverencio el paso del tiempo. Agradezco la cosecha del otoño: calabazas magníficas, sopas calientitas y picantes, níscolas sensuales y goteantes de jugo. Al saborear las delicias de esta breve temporada me doy cuenta de que están en su punto sólo para este momento y eso las hace mucho más ricas. Quiero disfrutarlas plenamente, hasta hartarme. El invierno se aproxima, la rueda gira sin parar, mi hijo aprende a silbar, mi hija duerme toda la noche. Me encuentro una cana y, sonriendo, la aparto para mi altar del próximo año.

*Suzanne
LaFetra*

La mariposa blanca

Yo provengo de una familia de mujeres latinas fuertes y seguras. Mi abuela tuvo una fuerte influencia en mí con su sentido común, su humildad y su espíritu cariñoso.

Gloria Estefan

Tuve suerte: en la escuela alcancé a tomar el camión vespertino rumbo a mi casa. Como mis dos padres trabajaban y el trabajo de mi mamá estaba cerca del colegio de mi hermana, decidí que todos los días tomaría desde mi escuela el camión a mi casa.

La parada del autobús estaba justo en frente de mi preparatoria católica privada, de modo que mis compañeras más pudientes podían ver cómo yo y otros estudiantes más modestas esperábamos nuestro lento transporte a casa. Cada tarde, alrededor de las 2:45, el camión pasaba y recogía al impaciente grupo de

alumnas pobretonas. El camino a casa solía ser divertido, lleno de charlas y chismes de adolescentes. Mientras el camión repartía a cada una de las compañeras, yo rogaba porque al indigente apestoso o a la loca del sombrero no se les ocurriese sentarse junto a mí. De lo contrario, tendría que aguantar la respiración o fingir que hacía la tarea hasta llegar a mi destino.

Me estiraba para alcanzar el timbre del camión, con lo que hacía saber al chofer que estábamos cerca de mi parada. Y el enorme, humeante y monstruoso camión pasaba por enfrente de mi casa y avanzaba hacia la parada, que estaba sólo a media manzana de la puerta de entrada. Tan pronto como el camión dejaba atrás mi casa, yo veía siempre la pequeña figura de Boya —como llamábamos a mi abuela todos sus nietos— en el umbral de la puerta que lleva del patio delantero de mi casa a la acera. Mi abuela vivía con nosotros desde que yo tenía siete años, lo cual había sido genial hasta que empecé a sentirme molesta y sofocada por su atención y consentimiento, dos cosas que antes me encantaban de ella.

Cuando la veía esperarme en la puerta, ponía los ojos en blanco de manera automática, frustrada de que mi abuela de setenta y tantos años aún me tratara a mí —una madura mujer de quince años— como a una niñita a la que había que vigilar como un halcón. Aquello me parecía algo ridículo.

Después de darle un abrazo y un beso, le decía en español: "Boya, no tienes que esperarme aquí. Es sólo media manzana. Nada va a ocurrirme. Puedo cuidarme sola".

Ella movía la cabeza y decía: "Nunca se sabe. Hay muchos locos sueltos por ahí. Alguien podría secuestrarte".

Siempre me asombró su paranoia. Cuando yo era más joven, nunca imaginé cómo alguien pudiera desconfiar tanto de todo. Yo tan sólo ponía los ojos en blanco (y me aseguraba de que ella no me viera por miedo de que me arrojase una chancla) y la seguía hasta el interior de la casa con la esperanza de que preparara uno de mis platillos favoritos para cenar. Algunos días cuando el camión pasaba por mi casa, yo no la veía en el patio delantero. Me emocionaba al pensar que quizá ella estaba tan absorta en su telenovela favorita que había perdido la noción del tiempo, o que por fin se había dado cuenta de que yo ya no era una niña y había decidido dejar de ser mi nana. Entonces bajaba del autobús y feliz emprendía mi breve recorrido a casa. Pero antes de dar siquiera el primer paso aparecía ella, precisa como reloj, esperándome media manzana más adelante. De alguna manera, su pequeño cuerpo se veía más grande en la acera que daba a la entrada de mi casa: parecía un sargento haciendo guardia. Todo lo que yo podía hacer era dar uno de mis grandes suspiros de adolescente enfadada, poner los ojos en blanco y mover la cabeza mientras avanzaba por esa peligrosísima media manzana.

Durante los siguientes siete años, mi abuela permaneció pendiente de nosotras mientras mi hermana y yo crecíamos y concluíamos el bachillerato, hasta que dejamos la casa para ir al colegio universitario. Incluso asistió a mi

graduación del colegio universitario (yo fui la primera mujer de nuestra familia en hacerlo).

Un mes después de mi graduación, mi hermosa, fuerte y asombrosa Boya perdió su breve batalla contra el cáncer de páncreas. Verla sucumbir ante una enfermedad tan horrible me partió el corazón y me dejó abrumada.

Mientras mi familia trataba de recuperarse de la tremenda pérdida que significó su muerte, yo empecé a recordar mis recorridos en camión de la escuela a la casa y su constante vigilia sobre mí. Cada vez que visitaba a mis padres los fines de semana, mientras conducía a su casa pensaba en mi Boya, siempre esperando verla avanzar por el umbral de entrada a mi casa para recibirme. Por supuesto, mi guardiana ya no estaba ahí. Ahora tan sólo podía soñar con aquellos días en que caminaba media manzana hasta su sonrisa, sus abrazos, e incluso, sus regaños.

Un día, mi prima Wendy y yo salíamos de un restaurante cuando, de repente, la oí decir: "Hola, Boya". Al ver mi desconcertada expresión, ella señaló a una mariposa blanca que revoloteaba a nuestro alrededor. "Esa es Boya", dijo Wendy. "¿No has notado que la mariposa blanca siempre está cerca, sobre todo cuando piensas en Boya?"

No lo había notado. Sin embargo, a partir de aquel día, empecé a ver a la mariposa blanca casi a diario. No importa dónde me encontrara —en el trabajo, en mi casa, de compras o en algún mandado— la mariposa blanca siempre estaba cerca y siempre me hacía detenerme y sonreír. Me reconfortaba saber que mi Boya nunca me había abandonado, tan sólo no había reconocido su presencia.

Incluso hoy, diez años después de su muerte, la mariposa blanca aún me sigue adondequiera que vaya. La veo en todos lados, revoloteando cerca de mí, cuidándome a lo largo de mi viaje para asegurarse de que siempre llegue a casa sana y salva.

¡Gracias, Boya!

*Jennifer
Ramon-Dover*

La magia de mi abuela

Mi abuela fue una de las personas más influyentes en mi vida. Vino a vivir con nosotros justo después de que mi abuelo murió, cuando yo tenía cinco años de edad. Siempre que yo regresaba de la escuela, ella estaba ahí para convertir mi mundo en algo mágico. No importaba lo que hiciéramos, ella lo convertía en algo más grande y brillante de lo que era.

Antes de mudarse con nosotros, mi abuela tenía una casita en Wilmington, California. Detrás de su casa había un riachuelo poco profundo y casi siempre seco, atravesado por un pequeño puente de madera. Cuando la visitábamos nos llevaba a mi hermana y a mí a aquel puentecillo que para otras personas quizá no fuese la gran cosa. Pero como para mi abuela no había momentos o sucesos ordinarios, ella siempre nos preparaba para nuestro paseo al hablar de nuestro difícil viaje por el puente y de cómo necesitábamos fijarnos bien en cada paso que dábamos. Siempre nos elogiaba antes y después del viaje por nuestro valor al cruzar aquel peligroso y profundo río, y nos recordaba que, al hacer ese viaje a diario, nos preparábamos para los grandes retos de la vida.

Mi hermana y yo crecimos con la impresión de que éramos extraordinariamente valientes por realizar aquel acto que desafiaba a la muerte; nos sentíamos orgullosas y seguras de nosotras mismas. Años después, ya como adultas, tuvimos la oportunidad de regresar al peligroso y profundo río y al puente, y nos sorprendimos de ver que en realidad era sólo un pequeño arroyo atravesado por un puente ornamental. Mi abuela había creado otro mundo para nosotras a través de sus narraciones e imaginación, un mundo mucho más interesante que cualquier otra cosa en nuestra vida diaria.

A mi abuela le encantaba contarme anécdotas sobre su niñez en Puerto Rico, sobre sus hermanos, hermanas y madre. Para ella, las experiencias psíquicas eran sólo una parte de la vida cotidiana. Cuando su hermano Tito murió en Puerto Rico su sombra se le apareció en Nueva York mientras ella tomaba café en la mesa de la cocina. Cuando nació su primer nieto, dijo que se le había aparecido un ángel que tocaba una trompeta y le anunció que el bebé era un varón. Anotó la hora de esa aparición y resultó ser sólo unos minutos después de que nació mi sobrino John. Justo antes de que muriese mi abuelo, ella y mi madre tuvieron sueños idénticos con él.

Por eso, cuando mi adorada abuela murió hace cuatro años pensé que de alguna manera escucharía sobre ella. Pero eso nunca ocurrió. Yo había tratado de tener hijos y me había embarazado varias veces, pero había perdido a todos los bebés. Me había sometido a tratamientos de fertilidad, y dos años después de que murió mi abuela empecé el proceso para reiniciar el tratamiento. Un día, al regresar a casa tras haber ido al doctor, tomé una siesta. Mientras dormía, escuché que sonaba el teléfono. No respondí y se activó la máquina contestadora. Era la voz de mi abuela que decía: "¡Hola Chinita!" (Mi abuela me llamaba Chinita.) "Sólo llamé para desearte feliz cumpleaños. Te quiero mucho".

Quando desperté, recordé el sueño y pensé que era curioso que mi abuela hubiese mencionado mi cumpleaños, pues faltaba mucho para eso. La semana siguiente, fui al doctor, y me inform que estaba embarazada. ¡Estaba tan feliz que no podía creerlo! Cuando le pregunté la fecha aproximada en que nacería, él me dijo: "El 3 de octubre".

El 3 de octubre es mi cumpleaños.

Michele Caprio '

Yo y don Paco

El mejor espejo es un viejo amigo.

Proverbio latino

Desperté llorando esta mañana. Ahora entiendo el patrón. No le digo a las personas cuánto las amo cuando aún tengo la oportunidad. Así ocurrió con Don Paco, un hombre octogenario gordi-to, calvo y cariñoso que se había convertido en mi amigo íntimo y mi confidente. En la única fotografía donde aparecemos juntos se nota el cariño que me tenía. Ahí, mis ojos brillan mientras pongo la mano sobre su hombro; en su cara picara, Paco luce una mirada orgullosa, como si pensara: "ella está conmigo; muéranse de envidia". Es una de mis fotografías favoritas y me veo radiante. Paco y yo parecemos iluminarnos uno a otro con nuestra luz.

Fue Paco, y no mi Padre, quien pidió conocer a Ed, mi prometido, para darle, como él decía, "el A-OK" para casarse con-

migo. Mi padre y yo estábamos muy distanciados. Él había sido . un buen proveedor y un padre protector. Pero a medida que yo ¹ crecía, ya no podía pasar por alto su actitud machista con mi ; madre. Cuando sus infidelidades se volvieron descaradas, muy a **f** mi pesar, me puse del lado de ella. Yo no lo había visto ni había ; hablado con él desde que se divorció de mi madre, más de una década antes. Por eso, el interés paternal que Paco tenía en mí tuvo una especial importancia en este momento tan decisivo de mi vida.

Paco y yo comíamos juntos una vez al mes en su restaurante favorito, un mesón español en Puerto Rico donde lo conocía todo el personal y lo trataban de maravilla. Él siempre me recordaba que aquél era nuestro tiempo especial juntos, nuestro pequeño secreto. Todo un picaro encantador, decía que no necesitábamos contar a nadie lo que charlábamos él y yo —ni a Ed ni a su esposa Martha, quien había sido mi compañera de trabajo durante < varios años en una firma internacional de cosméticos con sede en Puerto Rico.

Durante nuestros almuerzos, Paco y yo nos sentábamos con las cabezas juntas y, con gentileza, él me contaba sobre su niñez en España, su posterior migración a Cuba o su huida a Puerto Rico tras la Revolución Cubana, cuando tuvo que abandonar todas sus posesiones. Había tenido que reirüiciar su vida muchas veces —un fracaso matrimonial, un negoeio fallido.

Yo percibía que él había mostrado un corazón muy generoso en cada situación negativa que vivió. Dio todo lo que tenía a su primera esposa. Cuando cerró su negocio se había preocupado más por sus empleados que por él mismo. Pero por fin había hallado en Martha a la mujer de sus sueños. Él me decía en broma que no debía ponerme celosa. Estaba seguro de que yo había sido su hija o esposa en alguna otra vida.

Siempre me traía un regalo para que lo recordara —¡como si alguna vez fuese a olvidarlo!—: un muñeco de Pierrot, y luego, otro Pierrot más pequeño —el hijo de Pierrot, según Paco—, un adorno con forma de árbol japonés, finísimo en su tallado y a la vez tan pequeño y delicado... una fila de elefantitos de mármol tomados de la cola... un pequeño fogón de cerámica para mi cocina, un lugar que, según él, siempre era el alma del hogar.

Durante nuestra última y preciosa comida juntos, él me tomó de la mano durante un largo rato. Me contó que siempre había querido llevar a Martha a España para visitar los lugares importantes de su niñez. Me dijo: "Asegúrate de que ella haga ese viaje si algo llegara a ocurrirme".

Cuando nos fuimos, me acompañó a mi auto como siempre lo hacía —todo un caballero—. Pero aquel día había algo diferente en él. Parecía reacio a dejarme ir y me miró con tristeza cuando me fui. Quise detenerme y preguntarle si ocurría algo malo, pero iba retrasada a una junta de negocios al otro lado de la ciudad, de modo que le mandé un beso y aceleré. Poco después, viajé a las oficinas centrales de la compañía donde trabajo en la ciudad de Nueva York. El día que regresé a Puerto Rico, lucía despampanante y me sentía en la cima del mundo. ¡La vida me sonreía! En el aeropuerto, me

esperaba Aura, una compañera de trabajo. Me dijo que, de alguna manera ella imaginaba que yo estaría vestida de rojo porque estaba enamorada.

Mientras me llevaba a casa, Aura me anunció serenamente que tenía malas noticias para mí. Yo no estaba preparada en absoluto para lo que ella iba a decirme. Paco se había ido a pescar el fin de semana y regresó a casa emocionado porque había atrapado el pez más grande de su vida, y luego lo había dejado ir. Martha le preparó uno de sus platillos cubanos favoritos. El le dio el beso de las buenas noches, le dijo cuánto la amaba y murió en paz aquella noche mientras dormía, con los brazos flexionados bajo su cabeza, como un querubín.

Pero eso no era todo. Aquel mismo domingo, mi padre había sido internado de emergencia en el hospital. Había sufrido una

apoplejía muy severa. De inmediato, supe lo que tenía que hacer. Era demasiado tarde para estar con Paco, pero quizá, si me apresuraba para estar al lado de mi padre y tomaba su mano, aún había tiempo para enmendar nuestra relación. Eso ocurrió hace doce años.

Hoy, mi padre aún está conmigo y sabe que a pesar de los errores que haya cometido en el pasado, siempre lo amaré. No me cabe la menor duda de que fue mi ángel Paco quien, al no querer que yo me quedase sin el amor de un padre, volvió a unirnos.

Marie Delgado Travis

Oraciones, papas y un tomado

"Tornados tocan tierra cerca de Dallas", decía la noticia. Al oír esto, me sentí agradecida de vivir en el extremo occidental del estado, donde las Montañas Franklin funcionan como barrera contra ese tipo de tormentas. Entonces, un recuerdo comenzó a trepar desde el fondo de mi mente. Recordé la conmoción que me hizo salir de mi casa aquel día, y encontrar a mi abuelita orando mientras veía cómo un tornado giraba a lo lejos. El negro cabello de mi abuelita lucía tintes plateados, estaba plegado en una larga trenza que remataba en un chongo. Su piel, del color de la canela, estaba arrugada por el tiempo y sus ojos marrón se enfocaban con intensidad en aquel monstruo que salía del cielo.

Yo estaba más interesada en la conducta de mi abuelita que en la nube de embudo que se retorció a lo lejos. A mis ocho años ya me había acostumbrado a sus maneras. "Jesús, María y José!", solía decir ante el estampido de los truenos y "Jesús mil veces!" cuando aparecía otro rayo. Siempre que le quedaba tiempo libre para rezar, sacaba el rosario de su bolso. Nunca permitió que mis palabras interrumpiesen la letanía. Jamás le pregunté por sus

motivos para invocar a Dios y a su Santa Madre. Se me educó en su fe sin cuestionarla.

Yo la miraba, y ella seguía con la mirada fija en el remolino mientras sostenía una papa y un cuchillo de cocina. Ella oraba con fervor sin dejar de ver las nubes que se acercaban. Alzó la papa, cortó una rebanada y dijo: "En el nombre del Padre, ¡vete!" "Y del Hijo, no nos hagas daño", y cayó otra rebanada al suelo. "Y del Espíritu Santo, ¡vete!"

Yo aprendí la riqueza de mi origen sentado en la rodilla de mi abuelita. Su devoción por la Iglesia Católica estaba coloreada por la cultura de su México natal. "Nada es posible sin la voluntad de Dios" era su frase más constante. La había visto preparar pociones medicinales y tés con hojas, cortezas e incluso las hierbas que crecían atrás de la escuela. Preparaba infusión para el dolor de estómago, flor de saúco para la tos y los resfriados severos y, además, tenía una planta en la cocina que aliviaba el dolor de toda clase de quemaduras, la cual también me ayudó a librarme del acné. Sí, los remedios de mi abuela curaban casi todo.

Mi abuelita rebanaba la papa casi como si se tratase del propio tornado. Parecía estar en trance pues no advertía mi presencia. Mientras las rebanadas de papa caían sobre el polvo, vi desintegrarse aquel raro fenómeno celeste tal como la papa que mi abuelita estaba cortando. Ella rogaba una y otra vez a la Virgen y a todos los santos que le ayudaran a hacer desaparecer la nube. Me impresionaron su determinación, sus oraciones y las herramientas que utilizó. Pronto, el tornado se disipó hasta que no quedaron más que unas cuantas nubes negras que vagaban desperdigadas por el cielo.

Mi abuela bajó sus cansados brazos y dijo: "Gracias a Dios, ya se fue".

La gente se juntó a nuestro alrededor y nos miró, trazando una línea de visión que iba de las rebanadas de papa en el suelo hasta el cuchillo en la mano de mi abuelita. Una mujer la abra

zó. "Muchas gracias", le dijo con ojos llorosos. Mi abuelita sonrió mientras nos dábamos la vuelta y entrábamos en la casa.

Nunca cuestioné sus acciones con la papa, pero nunca tuve que hacerlo. Yo sabía que aquel día, hace mucho tiempo, mi abuelita había hecho un milagro.

Margarita B. Vélez

SIN RODEOS ®



La fe de un ángel

Las lecciones de la vida vienen en todas las formas. Para mí la inspiración vino en la forma de mi primita de cinco años —y 40 libras—. Para ser sincera, Debra me desesperaba. Yo estaba a punto de iniciar la preparatoria y lo último que quiere una adolescente es una primita-pegoste. Lo que yo no sabía era que, aunque yo siempre me sentía como la maestra y a ella como la alumna, los papeles pueden invertirse en cuestión de segundos. Y los papeles se invirtieron una cálida tarde de julio cuando descubrí que en un abrir y cerrar de ojos, tu felicidad puede hacerse pedazos.

Era el banquete de bodas de una amiga y todos estábamos ahí. La decoración era sencilla pero elegante, y como permanecíamos al aire libre, el sol iluminaba las caras —de por sí relucientes— de la novia y el novio. Las comadres iban de mesa en mesa para enterarse de las últimas noticias, ya que cuando provienes de un pequeño pueblo del sur de Texas, todo el mundo es familia. Los niños corrían por doquier, jugaban y saludaban a sus familiares. La tarde no podía haber sido mejor. Mis amigas y yo

nos reunimos y hablamos de nuestro primer año de preparatoria que estábamos por comenzar y de todos los chicos guapos que conoceríamos. Después de todo, ya empezábamos a olvidar a los chicos de la secundaria y ahora nos fijábamos en los hombres de la preparatoria. Debra quería unirse a mi grupo de amigas, pero ¿en qué podría contribuir una niña de cinco años a nuestras estimulantes conversaciones?

Me retiré de la mesa donde estábamos y ahí se quedaron mi madre, mi tía Jeñ, mi abuela y Debra. Entré a la casa y saludé a todos antes de dirigirme al baño. La cola no era larga, gracias a Dios —¿cómo me había cabido tanto ponche?—. Mientras me lavaba las manos, se oyó un ruido sordo y la puerta del baño se abrió de golpe. Era Silvia, una de mis primas mayores. Nunca olvidaré la mirada de temor, desamparo y sobresalto que llevaba en el rostro. De inmediato, empezó a abrir cajones en un loco esfuerzo por encontrar toallas. Yo supuse que alguno de los niños se había lastimado mientras jugaba hasta que ella gritó: "¡Cristina! ¡Ha ocurrido un terrible accidente! ¡No salgas de la casa!"

¿Qué clase de accidente? ¿A quién le ocurrió? ¿Alguien resultó herido? ¿Era alguien que conozco?

La mente se me inundó de preguntas. Me reuní con mis amigas en la sala entre los gritos y el llanto de los padres que enloquecían por encontrar a sus hijos y más toallas. Una mujer se nos acercó y nos contó que un invitado que se retiraba había perdido el control de su auto y había ido a dar justo al sitio de la fiesta. ¡No podía creerlo! ¿Cómo puede haber tanta alegría en un instante y tanta tragedia al siguiente?

Entonces oí que una voz gritaba mi nombre. Era Paul, un alumno de mi madre. Me dijo que necesitaba encontrar a mi madre porque estaba buscándome. Entonces me dijo: "Debbie está herida de gravedad". Mis pensamientos se fueron hacia la única Debbie que yo conocía, la niñera de mi prima Debra. Dios mío, pensé, pobre Debbie. Corrí hacia fuera. Nada pudo haberme preparado para aquel espectáculo dantesco. Cuerpos en el piso, mesas y sillas de cabeza por doquier, y ahí, la causa de la destrucción: un desbocado sedán al cual sólo había detenido la cerca que estaba frente a las canchas de tenis.

Encontré a mi madre. Me abrazó. Tenía los ojos llenos de lágrimas y me dijo que teníamos que irnos de inmediato. ¡Debra estaba muy mal herida! Sentí que el corazón se me caía hasta los pies. ¿Debra? La chica a quien había arrollado el coche no era Debbie, la niñera, sino Debra, mi primita de cinco años. Era la pequeña Debra. Quedé en estado de shock. Mi madre rápidamente acercó nuestra furgoneta y bajó el respaldo del asiento trasero. Pero ¿dónde estaba Debra? Vi a dos hombres salir corriendo de la cochera con una tabla justo del tamaño de Debra. No vi a mi primita sino hasta que la levantaron sobre la tabla y la recostaron en la furgoneta. Su vestido blanco y sus zapatos nuevos estaban desgarrados y manchados de sangre, y tenía una

marca de neumático en el zapato izquierdo, tan clara como el día. La cubrimos con una cobija que mi madre guardaba en la furgoneta. La cobija tenía una imagen de la Virgen; qué adecuado, pensé. Debra nunca perdió la conciencia, pero el recorrido parecía interminable.

Justo cuando mi tía Jeri y yo estábamos por romper en llanto, Debra nos habló en voz baja.

"Oremos juntas", dijo, y fue ella quien nos dirigió por un Padre Nuestro y un Ave María. Ahí estaba esa niña, herida y sangrante, y sin embargo, su espíritu y fe nunca se perdieron. ¡Ella trataba de consolarnos! Preguntó si acaso iba a morir y nos dijo cuánto nos amaba —yo lo sentía como una despedida.

Al llegar al hospital, nos encontramos con su hermano Jacob y mi tía Stella. Nunca antes había visto llorar a Jacob. ¡Eso me aterró! De inmediato, Debra fue llevada a cirugía y todos oramos por ella. Seis horas después llevaron a Debra a la sala de recuperación. Se nos dijo que había sufrido extensas lesiones y

que tal vez no pudiese volver a caminar. Mi madre entró en la habitación y tomó en su mano la diminuta mano de Debra. La niña despertó y pidió a mi madre que se acercara. Debra le susurró al oído: "Tía Norma, vi a Dios con dos ángeles". Mi madre rompió en llanto y abrazó a Debra.

Aprendí más aquel verano en cuestión de minutos de lo que he aprendido en toda mi vida. Descubrí que yo estaba tan encerrada en mi mundo que no me había dado tiempo para ver **CUAN** preciosa era mi prima, y **CUAN** afortunada era de ser el objeto de su atención. También aprendí de Debra a aceptar con decoro lo que la vida me da, pero también a nunca rendirme y a amar y cuidar siempre de quienes me rodean. Pero, sobre todo, ella me enseñó a aferrarme con fuerza a mi fe. El ejemplo que dio aquel día nos mostró a todos que el tamaño del corazón y la profundidad del alma no pueden juzgarse por la edad, sino sólo por las acciones.

Gracias, Debra, por hacerme despertar y por compartir con nosotros tu corazón de león.

Cristina Cornejo

[NOTA DEL EDITOR: La recuperación de Debra fue larga y dolorosa, pero, como era de esperarse, ella perseveró. ¡No sólo volvió a aprender a caminar, sino que también aprendió a bailar danzas regionales!]

Alimentar el alma

Mis padres no son personas letradas. Por el lado de mi madre, somos texanos de tercera generación. Los padres de mi padre eran españoles y él nació en México. Mis dos padres eran muy religiosos y activos dentro de la Iglesia Católica. Nosotros no pudimos asistir a una escuela católica, pero diario íbamos a misa con la misma constancia con que nos cepillábamos los dientes. En la noche rezábamos el rosario juntos como familia, y si venía algún amigo a visitarnos, católico o no, también lo incluíamos en nuestros rituales.

Recuerdo que una mañana dormí de más y fui el único miembro de la familia que no fue a misa. Era un día entre semana, así que no pensé mucho en ello. Sin embargo, sabía que mi padre me esperaba en su camioneta aquella noche (como lo hacía con todos los que despertaban tarde). Como sabía que yo era la única que no había asistido, no pensé que mi padre se tomara la molestia, pero pocos minutos antes de la misa nocturna, escuché que mi padre llamaba a mi puerta.

"Chela, ¿acaso dormiste de más esta mañana?", preguntó.

"Sí", le respondí, "pero, Papá, tengo mucha tarea y no creo que vaya a misa hoy".

Yo pensé que el asunto estaba arreglado (¡y con qué facilidad!) cuando mi padre respondió con voz compasiva: "Oh, ya veo. Tienes que hacer la tarea. Muy bien".

Salió de mi habitación y yo pensé, ¡Guau! ¡Qué fácil fue! En verdad no creí que su respuesta estuviese demasiado fuera de lugar. Como ninguno de mis hermanos se había rehusado jamás a ir a misa todos los días, no sabíamos cómo iba a reaccionar. Vaya, pensé, en realidad no tenemos que ir. Me sentí como una especie de heroína que había librado a mis otros hermanos de tener que ir a misa diariamente. Pero mi padre no se había ido.

"Así que tienes mucha tarea", volvió a preguntar.

"Sí", le respondí mientras le mostraba lo que me habían dejado.

"Muy bien", respondió manteniendo su interés. 'Ahora sé lo que estudiaste en la escuela hoy, y sé que aprendiste algo. Por lo tanto, alimentaste tu mente. ¿Y qué almorzaste?'

Yo le describí con el mayor detalle que pude el menú escolar.

"¡Fabuloso!", dijo él. "Sé que alimentaste tu mente porque me has dicho lo que aprendiste hoy en la escuela. Sé que alimentaste tu cuerpo, pues me has recitado de memoria el menú del día. ¿Alimentaste tu alma hoy?" \$

Y no tuvo que decir más. Yo lo seguí hasta su camioneta y fuimos a misa. Pero más que eso, empecé a tomar en serio la lección de mi padre de que debía dedicar tanto tiempo a alimentar mi alma como al resto de mi persona. La lección que me dio mi padre aquel día me convirtió en lo que soy. Seguí alimentando mi mente, mi cuerpo y mi alma al realizar estudios y graduarme en teología, y hasta hoy, siempre me he desempeñado en labores ministeriales. Gracias a mi padre, cuando me levanto por la mañana, la primera pregunta que me hago es: "¿Cómo vas a alimentar tu alma hoy?"

Chela González

¿Más sopa de pollo?

Muchos de los relatos y poemas que has leído en este libro nos fueron proporcionados por lectores como tú que habían leído libros anteriores de la colección de *Sopa de pollo para el alma*. Nosotros publicamos al menos cinco o seis libros de *Sopa de pollo para el alma* cada año. Te invitamos a contribuir con una historia en uno de nuestros próximos volúmenes.

Las historias pueden constar de hasta 1 200 palabras y deben ser edificantes o inspiradoras. Puedes enviar un texto original, algo que hayas leído o tu cita favorita de la puerta de tu refrigerador.

Para obtener una copia de las instrucciones para el envío de colaboraciones y una lista de los próximos libros de *Sopa de pollo*, por favor escríbenos, envíanos un fax o revisa nuestro sitio en internet.

Por favor envía tus colaboraciones a:

Chicken Soup for the Soul

Apdo. Postal 30880 Santa Bárbara, CA93130

Fax: 805-536-2945 Página en internet:

www.chickensoup.com

Nos aseguraremos de que tanto a ti como al autor se les dé el crédito por su colaboración.

Para información acerca de charlas, otros libros, cintas de audio, talleres y programas de entrenamiento, por favor contacta a cualquiera de nuestros autores de manera directa.

Ayudar a los demás

Con la intención de ayudar a los demás, un porcentaje de las ganancias de *Sopa de pollo para el alma latina* serán donadas al National Council of La Raza, NCLR (Consejo Nacional de La Raza).

Fundado en 1968, el NCLR empezó como una organización regional preocupada sobre todo por brindar apoyo de la comunidad en general a las personas de origen mexicano en el suroeste de los Estados Unidos. De carácter privado, no lucrativo y no partidista, y creado para reducir la pobreza y discriminación y mejorar las oportunidades de vida para los hispano-es-tadounidenses, el NCLR es hoy la mayor organización nacional

hispana con base en electores, y la voz principal de la comunidad latina en Washington, D.C. El trabajo de la organización se enfoca en cuatro funciones esenciales: Asistencia en el desarrollo de aptitudes; investigación aplicada, análisis de políticas y defensa; esfuerzos de informador! pública; y proyectos especiales e internacionales. Estas funci<\$hes complementan el trabajo del NCLR en cinco prioridades estratégicas: Educación, valores/inversión, movilidad económica^ salud y derechos de medios, imagen y civiles.

Para más información, por favor contáctanos en:

National Council of La Raza Oficinas
generales ' 1 1 2 6 16th Street, NW
Washington DC 20036 202-776-1750
Sitio en internet: www.nclr.org Correo
electrónico: resources@nclr.org 358

¿Quién es Jack Canfield?

Jack Canfield es uno de los principales expertos en el desarrollo del potencial humano y la efectividad personal. Es un conferencista dinámico y entretenido, y un instructor muy solicitado. Jack tiene una capacidad maravillosa para informar e inspirar al público para lograr una mayor autoestima y un rendimiento óptimo.

Es autor y narrador de varias cintas de audio y video que incluyen, *Self-Esteem and Peak Performance*, *How to Build High Self-Esteem*, *Self-Esteem in the Classroom* y *Chicken Soup for the Soul-Live*. Aparece con frecuencia en programas de televisión como Good Morning America, 20/20 y NBC Nightly News. Ha sido coautor de numerosos libros, incluida la serie de *Chicken Soup for the Soul*, *Dore to Win* y *The Aladdin Factor* (todos ellos con Mark Víctor Han-sen), *100 Wdys to Build Self-Concept in the Classroom* (con Harold C. Wells), *Heart at Work* (con Jacqueline Miller) y *The Power of Focus* (con Les Hewitt y Mark Víctor Hansen).

Jack es invitado con regularidad a dar conferencias para asociaciones profesionales, distritos escolares, agencias gubernamentales, iglesias, hospitales, organizaciones de ventas y corporaciones. Entre sus clientes han estado la American Dental Association, la American Management Association, **AT&T**, Campbell's Soup, Clairol, Domino's Pizza, **GE**, **ITT**, Hartford Insurance, Johnson & Johnson, el Million Dollar Roundtable, **NCR**, New England Telephone, Re/Max, Scott Paper, **TRW** y Virgin Records. También ha impartido cursos de nivel profesional en Income Builders International, una escuela para empresarios.

Jack dirige una vez al año un curso de siete días llamado Training of Trainers (Adiestramiento para adiestradores), dirigido al área de la autoestima y el rendimiento óptimo. El curso ha atraído a empresarios, educadores, consejeros, terapeutas de pareja, instructores laborales, conferencistas profesionales, ministros y otras personas interesadas en desarrollar sus habilidades para hablar en público e impartir seminarios.

Para mayor información sobre sus libros, cintas y programas de capacitación, o para invitarlo a dar una charla, por favor dirígete a:

Self-Esteem Seminars Apdo. Postal 30880
Santa Bárbara CA 93130 Teléfono:
805-563-2935 Fax: 805-563-2945 Página en
internet: www.jackcanfield.com

¿Quién es Mark Víctor Hansen?

En el área del potencial humano, nadie es más respetado que Mark Víctor Hansen. Por más de treinta años, Mark se ha enfocado sólo en ayudar a gente de todas las profesiones y oficios a reconstruir su visión personal de lo que es posible. Sus poderosos mensajes sobre la posibilidad, la oportunidad y la acción han ayudado a crear un cambio poderoso y asombroso en miles de organizaciones y millones de individuos en todo el mundo.

Es un solicitado conferencista, escritor de éxito y experto en mercadotecnia. El curriculum de Mark incluye toda una vida de éxito empresarial, además de una amplia preparación académica. Ha sido autor de varios best-seller, entre los que destacan *The One Minute Millionaire*, *The Power of Focus*, *The Aladdin Factor* y *Daré to Win*, además de la serie de *Sopa de pollo para el alma*. Mark también ha tenido una profunda influencia por medio de su extensa biblioteca de programas de audio y video, así como a través de sus enriquecedores artículos en áreas del pensamiento con ambición, el éxito en ventas, la creación de riqueza, el éxito editorial y el desarrollo personal y profesional.

Mark también es el fundador de la serie de seminarios MEGA. La MEGA Book Marketing University y la Building Your MEGA Speaking Empire son conferencias anuales donde Mark enseña a escritores aspirantes y novatos, conferencistas y otros expertos cómo construir una carrera lucrativa como escritor y conferencista. Otros eventos MEGA incluyen los seminarios MEGA Marketing Magic y My MEGA Life. Ha aparecido en televisión (Oprah, CNN y The Today Show), en la prensa escrita (Time, U.S. News & World Report, USA Today, New York Times y Entrepreneur) y en

incontables entrevistas en la radio y los periódicos, pues asegura a la gente que "uno puede construir con facilidad la vida que merece".

Como filántropo y humanista apasionado, Mark trabaja de manera incansable para organizaciones como Habitat for Humanity, la Cruz Roja Estadounidense, March of the Dimes, Childhelp USA y muchas otras. Ha recibido numerosos reconocimientos que honran su espíritu empresarial, su corazón filantrópico y su ingenio comercial. Es un miembro vitalicio de la Horario Alger Association of Distinguished Americans, organización que ha honrado a Mark con el prestigiado premio Horario Alger Award por los extraordinarios logros de su vida.

Mark Víctor Hansen es un defensor entusiasta de todo aquello que es posible y que motiva a hacer del mundo un mejor lugar.

Mark Víctor Hansen & Associates Apdo. Postal 7665 Newport
Beach, CA 92658 Teléfono: 949-764-2640 fax: 949-722-6912 Visita
a Mark en internet en: www.markvictorhansen.com

¿Quién es Susan Sánchez-Casal?

Susan Sánchez-Casal es doctora en Letras Hispánicas por la Universidad de California. Es profesora universitaria en activo. Las áreas en que especializa su enseñanza e investigación incluyen estudios sobre los latinos en Estados Unidos, la literatura de los latinos estadounidenses y estudios de la mujer. Además de haber publicado numerosos ensayos sobre crítica literaria y estudios sobre los latinos, Susan es coeditora de una antología de ensayos críticos que abordan la creación de la igualdad racial y de género en la enseñanza y el aprendizaje dentro de la educación superior. Es una maestra dinámica y motivadora cuyos talentos para la innovación en métodos de enseñanza y el impacto positivo que tiene en sus estudiantes la han distinguido entre sus colegas.

Como educadora, Susan se ha dedicado a promover la diversidad y la igualdad en el acceso a la educación superior. Pone especial atención en sus alumnos de la comunidad hispana y es consejera universitaria de organizaciones de estudiantes latinos. Es fundadora y directora del ICWES, un grupo intercultural para el fortalecimiento de las mujeres que busca promover la cooperación intercultural entre mujeres jóvenes de diversos orígenes étnicos y raciales. Susan también es miembro del comité ejecutivo de los Future of Minority Studies (Estudios sobre el Futuro de las Minorías) (FMS) en el Summer Institute de la Cornell University, un consorcio de expertos e instituciones académicas con un interés principal en la identidad, la educación y la transformación social de las minorías.

Además de su labor académica, Susan es una poderosa conferencista de motivación que ofrece charlas a grupos pequeños y

grandes en todo el país acerca de la historia, educación e identidad latinas, así como del fortalecimiento de la mujer.

Susan nació y creció en el sur de California, y hoy vive en Nueva York con su esposo y familia.

Por favor, visita su página en internet: www.latinosoul.com. Ahí encontrarás información sobre charlas, firmas de libros y recursos de interés para la comunidad hispana. Si deseas invitarla a dar una conferencia, por favor escríbele a: susan@latinousoul.com.

Colaboradores

Muchos de los relatos de este libro se recopilaron de fuentes publicadas con anterioridad, tales como libros, revistas y periódicos. A estas fuentes se les da su crédito en la sección Permisos. Si deseas contactar a alguno de los colaboradores para información sobre sus obras o quieres invitarlos a dar una conferencia en tu comunidad, en su biografía encontrarás los datos para contactarlos.

El resto de las narraciones nos fueron proporcionadas por lectores de libros anteriores de la serie *Sopa de pollo para el alma* que respondieron a nuestra solicitud de historias. También hemos incluido información acerca de ellos.

María Luisa Alaniz es profesora y vocera del departamento de ciencias sociales de la Universidad Estatal de San José. Obtuvo su bachillerato y maestría en artes en la Universidad Estatal de San José, además de un diplomado en educación y doctorado en filosofía en la Stanford University. Sus investigaciones actuales, las cuales realiza en su casa de Stockton, California, se enfocan en los efectos de las políticas públicas en la vida personal. Es aficionada a leer, pasear y viajar.

Maya Álvarez-Galván obtuvo su bachillerato en español y su maestría en artes en la Universidad Estatal de California, en Los Angeles. Realizó su doctorado en filosofía en la USC. Enseña inglés para extranjeros en el Mt. San Antonio College. Le gusta viajar con su marido. En la actualidad, trabaja en una novela acerca de mujeres latinas educadas. Contáctala en maharez@mtsac.edu.

Irma Andrade, hija de mexicanos, nació en Texas. Sus padres fueron trabajadores inmigrantes que se establecieron en el suroeste del bajo Michigan en 1967. Le gusta escribir ensayos personales y memorias. En su tiempo libre, le gusta viajar así como practicar bicicleta de montaña y artes marciales.

Ellen Batt es profesora asociada de lenguas extranjeras modernas y educación en el Albertson College de Idaho. Enseña inglés para extranjeros, alemán y lingüística e imparte cursos para maestros de inglés, educación bilingüe y educación en lenguas extranjeras. Le gusta difundir sus investigaciones sobre temas relacionados con la condición bilingüe y la diversidad.

Carlos Bermúdez, nació en Puerto Rico. Egresó de la Universidad La Salle en Filadelfia con un bachillerato en inglés y comunicaciones. En tiempos recientes y después de haber realizado guiones para diversos programas televisivos en Hollywood, fue de los creadores y productor ejecutivo de la famosa serie cómica Los Beltrán, producida por Columbia Tristar.

Juan Blea posee un bachillerato en humanidades por el College of Santa Fe. Trabaja como analista de sistemas en Santa Fe y está por terminar una maestría en ciencias, con especialidad en ciencias del conocimiento. Es un ávido lector y ha escrito dos libros: *Under the Same Sky* y *Butterfly Warrior*. Puedes contactarlo en juanbka@spñtpcs.com.

Michelle Capriotti terminó su bachillerato en artes en la Universidad Estatal de California en Long Beach y su maestría en artes en la Azusa Pacific University en enseñanza del inglés a extranjeros. Ha sido maestra por veinte gloriosos años. Le encanta viajar y pasar tiempo con su familia.

Michele Cario, neoyorquina de origen puertorriqueño y pelirroja natural, es escritora y actriz. Se ha presentado en Nueva York como actriz de monólogos, como el personaje cómico Carmen Mofongo y como narradora con *The MOTH*. En 2005, concluirá un cuento sobre cómo es la vida para una niña latina pelirroja.

Ángela Cervantes obtuvo su bachillerato en inglés por la Universidad de Kansas. Dice que la mayor parte de su inspiración para escribir proviene de su familia y su niñez en Kansas. Hoy reside en Kansas City, Missouri, donde escribe una columna mensual para el periódico KC Hispanic News. Pertenece al consejo de The Writers' Place y se atraca de queso fundido cada vez que puede.

Zulmara Cline es una escritora de motivación para latinas y latinos. Ha publicado varios artículos acerca de la expresión de los latinos, la condición bicultural y la vida en dos mundos. Como profesora asociada en Cal State San Marcos, la doctora Cline es también una educadora activa y ha escrito de manera extensa acerca de la alfabetización, la diversidad y la educación multicultural. Vive en San Marcos con su familia. Puedes buscarla en zcline@csusm.edu.

José (Joe) Colón nació y creció en Brooklyn, Nueva York, y está orgulloso de su ascendencia puertorriqueña. Se ha dedicado a las artes por más de 24 años durante los cuales ha actuado, cantado y escrito, sobre todo, para eventos y proyectos de su comunidad. Esta será su primera aventura editorial y está fascinado de que se le publique junto a otros latinos que comparten su misma historia de lucha, amor, cultura y transición.

Randy Córdova, mexicano-estadounidense de tercera generación, vive en Phoenix, Arizona. Es reportero de The Arizona Republic, donde informa sobre acontecimientos del mundo del espectáculo. Es egresado de la Universidad Estatal de Arizona y miembro de la Phoenix Film Critics Society (Sociedad de Críticos de Cine de Phoenix) y de la National Association of Hispanic Journalists (Asociación Nacional de Periodistas Hispanos). Vive a cinco minutos de la casa de su hermano. Escríbele a rrc1230@aol.com.

Cristina Cornejo obtuvo su bachillerato en ciencias en la Texas A&M University en 2003. Hoy trabaja para una organización no lucrativa que se especializa en la producción de anuncios de servicios al público. Además, Cristina se prepara para obtener su maestría en comunicaciones en la Johns Hopkins University. Por favor, escríbele a cristina_cornejo@hotmail.com.

Antigua maestra de inglés y de estudios de la mujer, **Sylvia M. DeSantis** vive en Pennsylvania con su pareja, y divide su tiempo entre administrar proyectos educativos

en multimedia y escribir ficción, poesía y ensayos que complementan sus estudios sobre curación holística. El relato que publica en este libro está inspirado en la historia verdadera de una familia y está dedicado tanto a las mujeres inmigrantes de principios del siglo xx que trabajaron duro en su búsqueda desinteresada del sueño estadounidense, como a nuestros niños auristas, quienes influyen en nosotros de maneras profundas y preciosas. Puedes encontrarla en wordsong@sylviamdesantis.com.

Alejandro Díaz posee una maestría en cine por la Universidad de Miami y una licenciatura en comunicaciones por la Universidad de Illinois en Chicago. Ha publicado varios textos y escrito diversos guiones sobre la vasta experiencia de ser latino. El señor Díaz dirigió el cortometraje *Pan dulce y chocolate*, que fue exhibido en el Sexto Festival Anual Internacional de Cine Latino de Los

Ángeles, el CineSol Film Festival en Texas, el LEMI Emerging Filmmakers Mini-Fest en California, el San Antonio's CineFestival y el Tulipanes Latino Art and Film Festival - Michigan. Alejandro tiene como ambición principal continuar con la escritura y producción de relatos sobre gente y temas que no suelen mostrarse al público.

Johnny Díaz forma parte del equipo de escritores del Boston Globe y fue reportero del Miami Herald, donde empezó a escribir a la edad de dieciséis años. Hijo de cubanos exiliados, nació y creció en Miami Beach, lugar que visita con frecuencia para disfrutar del flan de su mamá, de los emparedados de medias noches de su papá y del clima cálido. Por favor, escríbele a johnn-idiuz@aol.com

María Ercilla, nacida en La Habana, inmigró a los Estados Unidos cuando tenía cuatro años de edad. Su vida ha sido rica tanto en tradiciones cubanas como estadounidenses, y esta mezcla de culturas ha sido la mayor fuente de inspiración de sus escritos. Egresó de la UCLA con un bachillerato en inglés y una maestría en educación. Durante los últimos veinte años, ha impartido cursos de escritura creativa y literatura inglesa a estudiantes de preparatoria. Hoy da clases a personas discapacitadas. Sus relatos y poemas han aparecido en las revistas *Calyx*, *Puerto del Sol* y *Amelia*, entre muchas otras. Entre los numerosos premios que ha recibido se encuentran: The International Hemingway Poetry Award (1997 y 1998) y el Alien Tate Memorial Award (1998). Algunas de sus obras han aparecido de manera reciente en *So Luminous the Wildflowers*, una antología de poesía de escritores californianos. Actualmente trabaja en su tercera novela, *The Year of the Bad Boy*. Sus otros intereses son la fotografía, el collage y la lectura. La señora Ercilla vive en Los Angeles con su hijo y su hija.

Renee Fajardo descubrió de manera temprana que en verdad le encantaba el arte de contar historias. Hace diez años, empezó a recolectar y escribir historias de su familia para contarlas a sus hijos. Hoy es escritora y narradora en Denver, Colorado, donde vive con su esposo, siete hijos, dos gatos, un pájaro, un pez, un perro y un cactus.

Antonio Farias vive en Nueva York, pero anhela encontrar un lugar con clima más templado, de preferencia donde haya un parque acuático infantil donde él y su hija Lina puedan pasar el tiempo mientras se persiguen uno a otro entre chorros de agua. Ahora escribe una novela. Puedes contactarlo en afarias@gmail.com.

Roberto G. Fernández es un escritor cubano-estadounidense. Imparte clases en la Universidad Estatal de Florida y ha publicado las novelas *Raining Backwards*, *Holy Radishes!* y *En la ocho y la doce*.

Por treinta años, Dahlma Llanos Figueroa fue maestra de inglés y escritura creativa, así como bibliotecaria en preparatorias públicas de la ciudad de Nueva York. Sus relatos se basan en sus experiencias como miembro de la comunidad puertorriqueña en la ciudad de Nueva York y en la isla. Hoy, Dalma revisa su novela Legacy, y trabaja en una colección de relatos cortos. Sus obras se han publicado en varias revistas literarias.

Aurelio Deane Font obtuvo su licenciatura en educación bilingüe en la Temple University en 1976. Ha trabajado como maestro en escuelas públicas, como músico y como asistente de investigación para la Universidad de California en San Francisco. Puedes escribirle a logerfont@aol.com.

Elizabeth García imparte los cursos de estudios latinos en el Hunter College de la ciudad de Nueva York. Es la fundadora de dos sitios en internet, www.latinopromo.com y www.latinafeminist.com. Le gusta hablar ante diversos tipos de público acerca de sus experiencias como latina en los Estados Unidos. Por favor escríbele a egarci@hunter.cuny.edu.

En 2001, Alvaro Garduño recibió el grado de bachiller en estudios chicanos con estudios secundarios en escritura creativa por parte de la Universidad de California en Berkeley. Trabaja con académicos de todo el mundo y atiende sus necesidades relacionadas con su seguro de gastos médicos en el UHS Tang Center. A Alvaro le gusta dedicar tiempo a arreglar su casa. Puedes escribirle a aharo_g14@hotmail.com.

Rogelio R. Gómez obtuvo su bachillerato en artes en la Universidad de Texas en San Antonio en 1980, y su maestría en artes en 1990 en la Escuela Estatal del Suroeste de Texas en San Marcos. A Roy le encanta pasear en motocicleta, tatuarse, salir a trotar y tocar el bandoneón. Está por concluir su primera novela.

Chela González tiene un bachillerato en psicología así como una licenciatura y un postgrado en estudios teológicos. Ha impartido clases desde en primaria hasta en licenciatura y ha realizado servicios como ministra juvenil, líder catequista, asociada pastoral y directora permanente de formación de diáconos. Hoy es directora de la Oficina de Catequesis de Santa Fe.

Linda M. González empezó a escribir relatos cuando estudiaba el séptimo grado. Aunque hace veinte años obtuvo el bachillerato en inglés en Stanford con estudios secundarios en escritura creativa, apenas empieza a considerarse escritora. Tiene dos hijos, Gina y Teotli, quienes son su inspiración para crear caminos de amor y curación para esta generación y las futuras.

La religión y los rituales siempre han interesado a Mónica González. A principios de los años 90, recibió sus grados de bachiller en estudios religiosos y maestra en teología. Desde entonces ha trabajado como ministra religiosa escolar y actualmente escribe un libro de oraciones para adultos jóvenes. Su correo electrónico es livelongyprosper@yahoo.com.

La cubana Bárbara Gutiérrez vive en Miami, donde ha trabajado como periodista tanto en la prensa como en la televisión. En los últimos cuatro años se ha dedicado a las relaciones públicas y de medios. A Bárbara siempre le ha interesado la literatura y pertenece a un club de lectura de mujeres feministas. Puedes escribirle agestela44@aol.com.

Nancy Harless es enfermera, y ahora vierte su entusiasmo de menopausia en viajes, labores voluntarias en varios proyectos de salud y la narración escrita de esas experiencias. Realiza la mayor parte de sus escritos en lo alto de un gran arce, dentro de una pequeña casita que su esposo Norm le construyó para tal propósito. Hoy escribe un libro, *Womankind: Connection and Wisdom Round the World*, acerca de las mujeres fuertes, hermosas y valientes que han iluminado su camino. Escríbele a nancyharless@hotmail.com.

Patricia L. Herlevi Balquin nació en una familia multicultural y se considera una todóloga. Esto le fomenta un sentido de unidad con todas las razas y especies.

Cindy Jordán nació en Redondo Beach, California. Es la autora de "*José Cuervo, You Are a Friend of Mine*", nombrada canción country del año por la revista Billboard en 1983.

Heather J. Kirk es escritora y fotógrafa, actividades que suele combinar como artista digital. Publicó un libro de poesía. Puedes encontrarla en HJ-Kirk@juno.com.

Suzanne LaFetra ha contribuido con numerosos periódicos, revistas y publicaciones literarias. Vive en Carolina del Norte con su familia y ahora se dedica a escribir unas memorias. Contáctala en suzlafetra@yahoo.com.

Yahaira Lawrence es madre de dos preciosos niños, Aislynn y Gabriel. En la primavera de 2006, se graduó en la Pace University en dos licenciaturas: inglés y psicología aplicada. En la actualidad, trabaja en numerosos proyectos literarios y espera convertirse en una novelista romántica de éxito.

Aurora Levins Morales nació en Maricao, Puerto Rico. Hoy vive en Berkeley, California, con su hija Alicia Raquel. Es escritora de tiempo completo, cronista de su comunidad y autora de tres libros así como de muchos poemas, relatos y ensayos.

Melody Delgado Lorbeer es escritora independiente. Vive en el área de Jacksonville, Florida. Casada y con dos hijos, disfruta de la lectura y de las caminatas largas por la playa. Ahora trabaja en una novela para niños de nivel intermedio de primaria. Por favor, escríbele a cms6731@aol.com.

Charles Arthur Mariano, nacido y criado en el pueblo californiano de Merced, en el Valle Central, vive hoy en Sacramento, en el mismo estado. Tiene un puesto muy modesto en el gobierno estatal. Después de trabajar, permanece en el sótano del edificio para escribir.

Nilsa Mariano posee una licenciatura y una maestría en artes de la Bing-hamton University en Nueva York. Imparte clases en un colegio universitario y es narradora de historias en su comunidad y para Spoken Word. Ha publicado textos en diversas revistas literarias en línea.

Cynthia Leal Massey es la premiada autora de *Fire LÁlies*, una novela histórica acerca de la Revolución Mexicana. En 2003, su segunda novela *The Caballeros of Ruby* fue nominada al premio WILLA como mejor novela original. Cynthia es editora de una revista en San Antonio, Texas. Visita su página en internet en www.cynthialealmassey.com.

Jacqueline Méndez fue maestra de escuela y hoy es escritora de tiempo completo. Tiene una maestría en educación y una licenciatura en artes liberales. Recién ha concluido el manuscrito de *Heart of the Jaguar*, una novela para adultos jóvenes. Puedes escribirle AJmendez27@hotmail.com.

Colín Mortensen-Sánchez es un galardonado escritor y conferencista que asistió a la Universidad de California en Berkeley, apareció en el programa *Real World* de MTV, y dirige el popular sitio en internet www.colmswoM.com. Debutó como escritor con *A New Ladies' Man A complete Guide to Getting, Pleasing and Keeping the Girl*.

Kathy Gano Murillo, la "Crafty Chica" (Chica artística), es artista, co-lumnista y escritora de Phoenix, Arizona. Es en verdad adicta a la cultura pop, en particular al glamour, los reality shows, el cine, la música y los moca cuádruples. Conoce más de su trabajo en www.CraffyChica.com o escríbele a Kathymurillo@hotmail.com.

Rubén Navarrete, Jr., obtuvo su licenciatura en artes en la Universidad de California en Berkeley en 1996. Trabaja para la cadena televisiva FOX dentro del área de promociones nacionales, en programas como American Idol, The OC, y el popularísimo reality show The Simple Life.

Rubén G. Navarrete, Sr., oriundo del centro de California, dedicó su vida a reforzar la ley, actividad que desempeñó entre 1966 y 2003. Fue alguacil suplente, sargento del Departamento de Policía de Sanger, investigador de la Fiscalía de Distrito del condado de Fresno e investigador de estándares laborales para el estado de California.

Martha Alicia Oppenheimer nació y creció en Puerto Rico. Estudió la licenciatura en la Clark University y la maestría en el Pratt Institute of Art. Hoy es una artista exitosa y, según dice, espera incursionar en la literatura. Vive en Miami con sus tres maravillosos perros y Budweiser, su gordo y mimado gato.

Norma Oquendo se crió en Connecticut, pero hoy reside en Carolina del Norte, donde trabaja como gerente en una aseguradora. Ha escrito poemas desde que estudiaba la primaria. En tiempos recientes publicó dos libros de poemas y hoy trabaja en su primera novela. Por favor, escríbele a spring049@yahoo.com.

Johnny Ortez egresó de la Universidad de Texas en Arlington con un bachillerato en comunicaciones y periodismo. Desde 1996, se ha desempeñado como escritor independiente para toda una diversidad de publicaciones. Hoy vive en Los Angeles con Kirkland Tibbels, su pareja de dos años, y Rufus, su dachshund miniatura rojo. Johnny trabaja para Funny Boy Films, el primer estudio cinematográfico de homosexuales y lesbianas. Hoy trabaja en una novela y un guión para cine.

Salvador González Padilla obtuvo su licenciatura en comunicaciones en la prestigiosa Loyola Marymount University de Los Ángeles en 1995. Hoy reparte su tiempo entre tres pasiones: la enseñanza, la actuación y la escritura. Salvador ha publicado algunos poemas y hoy trabaja en su primera novela. Por favor escríbele a api2010@post.com.

Xiomara J. Pages es escritora independiente, periodista y conferencista de motivación. Ha escrito cuatro libros e impartido talleres en los Estados Unidos, Europa y Latinoamérica. Realiza trabajo voluntario para la Asociación Internacional del Síndrome de Rett (enfermedad que padece su hija) en Maryland. Xiomara se ha interesado en los padres de niños con discapacidades, los ancianos, la violencia doméstica y los problemas de la mujer. Apoya todas las artes en su comunidad. Puedes escribirle a www.xiomarapages.com.

Steve Peralta es escritor independiente y consultor de medios. Obtuvo el grado de licenciado en letras inglesas en la Universidad de Colorado en Den-ver en 2000, y hoy vive en San Antonio con sus dos hijos, Steve y Benjamín.

Lauren Pérez, de 21 años, es una escritora de origen puertorriqueño nacida en el Bronx. Posee una licenciatura en psicología forense del John Jay College. Tiene la bendición de contar con su madre Bárbara, su tío Iván, su amiga Mary Jane Torres y su abuelita Heriberta Figueroa, quien alienta su creatividad de manera incondicional. ¡Siempre pa'lante! Su correo electrónico es pmz_lauren@msn.com.

Mary Helen Ponce es la autora de *Hoyt Street, An Autobiography*. Posee un doctorado por la Universidad de Nuevo México y ha publicado en Francia, Alemania, México y España. En la actualidad, escribe una novela histórica desarrollada en el siglo xvm. Puedes contactarla en mhpon@aol.com.

Jennifer Ramon-Dover vive en Los Angeles, California, donde es gerente de mercadeo en una importante empresa cinematográfica. Agradece a su esposo James, a su madre mexicana Ana María, a su padre peruano Simón y, sobre todo, a su difunta abuela mexicana Julia Escobedo por inspirarla para siempre luchar por alcanzar sus sueños.

Regina (Reggie) Ramos es una chicana a quien le encanta viajar, comer y reír. Vive en California y realiza varias actividades con su familia, sus amigos, sus trezudas y su comunidad. El sueño de Reggie es hacer una maestría y conseguir una certificación para dar clases.

Anjela Villarreal Ratliff se licenció en la Universidad Estatal de San José en California. Sus trabajos han aparecido en diversas publicaciones, entre ellas, *Cantos al Sexto Sol An Anthology of Aztlanahuac Writing* y *The Mesquite Review*. Anjela creció en el sur de California y hoy vive en Austin, Texas.

Esther Bonilla Read fue maestra de escuela por varios años. Siempre ha dedicado su tiempo libre a escribir. Hoy es profesora de medio tiempo en la Texas A & M University en Corpus Christi. A ella y a su esposo les gusta viajar, cuidar de su jardín, leer, ir al cine y visitar a sus cuatro hijos y cuatro nietos.

Rick Rivera, hijo de campesinos analfabetos, ingresó al colegio universitario a los treinta años de edad mientras trabajaba tiempo completo en una fábrica. Obtuvo su maestría en inglés en la Universidad Estatal de Sonoma y ha publicado dos novelas, *A Fabricated Mexican* y *StarsAlways Shine*. Rivera es un asesor de inglés en un colegio universitario de California.

Liza M. Rodríguez nació y creció en Puerto Rico. Es esposa, madre y educadora. Ha desarrollado programas educativos con base en la comunidad así como diversas iniciativas para toda la ciudad de Filadelfia. Hoy realiza su doctorado en educación urbana en la Temple University.

Sylvia Rosa-Casanova, hija de inmigrantes puertorriqueños, nació y creció en la ciudad de Nueva York. Es la autora de *Mama Provi* y *The Pot of Rice*, un libro de dibujos vagamente inspirado en sus recuerdos de infancia. Sylvia vive en Congers, Nueva York, con su esposo y sus dos hijos.

Adriana Rosales estudia actualmente la licenciatura en inglés y educación en la Rutgers University. Le gusta leer y escribir poesía. Como maestra de inglés, espera inspirar a los individuos para ser creativos y considerados, pues cree que el conocimiento tiene el poder de cambiar el mundo y la vida de las personas.

Mónica García-Sáenz es originaria de Kansas City, Missouri, pero tiene profundas raíces en Chihuahua, México, donde pasó los veranos de su niñez. Se siente afortunada de ser 100 por ciento bilingüe y bicultural. Mónica vive en Florida y tiene tres hijos. Le encanta leer, escribir y cocinar auténtica comida mexicana. Ahora tiene algunos libros en el tintero. Por favor escríbele a monica_garcia_saenz@hotmail.com.

María Luisa Salcines nació en Guantánamo, Cuba y Llegó a los Estados Unidos en 1961. Es educadora de padres con certificado de The International Network for Children and Families. Es la autora de *Little Things Remembered*, una colección de historias acerca de la vida, la paternidad y la identidad cultural. Para información sobre los talleres y visitas de la autora, puedes llamarla al 956-631-7667 o escribirle a MLSalcines@aol.com.

Caroline C. Sánchez proviene de una larga tradición de narradores españoles y puertorriqueños cuya rica imaginación ha desempeñado un papel muy importante en su vida diaria. Goza de la música, las artes y la lectura. Tiene muchos pasatiempos, entre los que destaca el cultivo de rosas.

Melissa Annette Santiago es maestra de artes de la lengua en la Pembroke Pines Charter High School en Pembroke Pines, Florida. Recibió su licenciatura en letras inglesas por la Universidad Internacional de Florida en 2003, y hoy estudia la maestría en letras inglesas.

Aunque Deborah Rosado Shaw creció en el distrito más pobre de la nación, sus estrategias para triunfar la llevaron de sus duros orígenes de barriada a convertirse en una galardonada empresaria y consejera de directores ejecutivos en *Fortune 500*. Como fundadora de Umbrellas Plus, LLC, y Dream BIG Enterprises, Deborah ha creado, negociado y cerrado contratos multimillonarios. Es autora de *Dream BIG!*, obra aclamada por la crítica. Es egresada del Barnard College y vive con sus tres hijos.

Robert Suárez realizó la carrera de ingeniería en sistemas de información computacional en el Calumet College de St. Joseph en 2003. Tiene 54 años, está casado y trabaja como fabricante industrial en el área suburbana del sur de Chicago. Robert es apasionado del béisbol infantil y la genealogía, y maneja una librería por internet. Aunque no piensa escribir de manera regular, está ansioso por escribir sus memorias, a las cuales piensa intitular *Cubs Win... I Lwed to See the Cubs Win!* Por desgracia, quizá sean sus descendientes quienes tengan que escribir sus memorias.

La neoyorquina Marie Delgado Travis está muy orgullosa de sus raíces puertorriqueñas. Escribe poesía y prosa en español e inglés. Trabajó en el área de ventas y publicidad para algunas de las empresas transnacionales más importantes por más de veinte años. Está casada con Edmunds, quien es abogado retirado. La pareja divide su tiempo entre su casa de Houston, Texas y su casa de Isla Verde, Puerto Rico. Contacta a Marie en marihittravis@aol.com.

Olga Valle-Herr recibió con honores su grado de Licenciatura en trabajo social por la University of Texas-Pan American. Desde que se retiró, toma clases de escritura creativa. Actualmente trabaja en su primera colección de poemas para un libro. Le encanta leer, escribir y pasar tiempo con su familia. Recibirá con gusto tus mensajes en enpoetagro@aol.com.

Margarita Vélez es una escritora oriunda de El Paso, Texas. Sus textos han aparecido en las publicaciones *Southwest Woman*, *Deming Headlight* y *El Paso Herald Post*. Publica una columna semanal en *El Paso Times*. Acaba de concluir una novela. Por favor, contáctala en mbvelez@elp.rr.com.

G.M. Zapata está por publicar sus memorias, *Magic Mountain*, con Avalon Publishing. Otros de sus escritos han aparecido en *Under the Fifth Sun: Latino Literature From California* (Heyday Books). También ha publicado en el *Hispanic LinkNews Service*, *Newsweek* y otras publicaciones internacionales, donde narra el valor y el creciente conocimiento de su hijo acerca de la fibrodiasplasia osificante progresiva (FOP), un raro desorden genético que convierte los músculos en huesos con tumoraciones, y suele predecirse en niños con los dedos de los pies muy largos y malformados a los que falta una articulación. Para más información acerca de la FOP, visita en internet la página www.JFOPA.org

Permisos (continúa de la página legal)

La bendición. Reproducido con el permiso de Aurelio Deane Font. ©2002 Aurelio Deane Font.

Donde los rosarios vuelan con el viento. Reproducido con el permiso de María Ercilla. ©1997 María Ercilla.

La máquina pastelera de Titi Flori Reproducido con el permiso de José Luis Colón. ©2004 José Luis Colón.

Lecciones de salsa. Reproducido con el permiso de María Luisa Salcines. ©2003 María Luisa Salcines.

La mejor lección de Papá. Reproducido con el permiso de Olga Valle-Herr. ©1998 Olga Valle-Herr.

La receta de mi abuela. Reproducido con el permiso de Jacqueline Méndez. ©2002 Jacqueline Méndez.

Abolengo. Reproducido con el permiso de Marie Delgado Travis. ©2003 María Delgado Travis.

Mi mamá no sabe leer. Reproducido con el permiso de Charles Arthur Mariano. ©2004 Charles Arthur Mariano.

Me gradué de Barkely. Reproducido con el permiso de Regina Ann Ramos. ©2004 Regina Ann Ramos.

Hermanos. Reproducido con el permiso de Randy Richard Cordova. ©2004 Randy Richard Cordova

La promesa. Reproducido con el permiso de Antonio Farias. ©2003 Antonio Farias.

El niño bendito de la abuela. Reproducido con el permiso de Sylvia M. DeSantis. ©2004 Sylvia M. DeSantis.

El oso. Reproducido con el permiso de Zulmara Cline. ©2004 Zulmara Cline.

Más allá de la cripta. Reproducido con el permiso de Yahaira Lawrence. ©2004 Yahaira Lawrence.

Papá, la estrella de rock de los tamaleros. Reproducido con el permiso de Kathy Cano Murillo. ©2004 Kathy Cano Murillo.

En la sangre. Reproducido con el permiso de Arte Público Press y Pat Mora. ©1985 Pat Mora.

Nuestra maravillosa tragedia. Reproducido con el permiso de Carlos R. Bermúdez. ©2002
Carlos R. Bermúdez.

Tita. Reproducido con el permiso de Cindy Louise Jordán. ©2003 Cindy Louise Jordán.

Ostiones y zarzuelas. Reproducido con el permiso de María Ercilla. ©1997 María Ercilla.

El baile de la cocina cubana. Reproducido con el permiso de Johnny Díaz. ©2004 Johnny
Díaz.

Los zapatos de Mamá. Reproducido con el permiso de Irma Yolanda Andrade. ©2004 Irma
Yolanda Andrade.

Cosas que aprendí de mi madre. Reproducido con el permiso de Sylvia Rosa-Casanova.
©2003 Sylvia Rosa-Casanova.

Aprender a volar. Reproducido con el permiso de Esteban Jesús Peralta. ©2003 Esteban
Jesús Peralta.

Cada primer viernes. Reproducido con el permiso de Alejandro Díaz. ©2001 Alejandro Díaz.

El capítulo final de Isabel. Reproducido con el permiso de Linda María González. ©2004 Linda
María González.

Aprender a apreciar a Papi. Reproducido con el permiso de María Luisa Salcines. ©2003 María
Luisa Salcines.

Nada como un pez. Reproducido con el permiso de Melissa Annette Santiago. ©2004 Melissa
Annette Santiago

¡Oiga, señor! Reproducido con el permiso de Rogelio R. Gómez. ©2004 Rogelio R. Gómez.

Un puente hacia la libertad. Reproducido con el permiso de Jacqueline Méndez.
©2000 Jacqueline Méndez.

El Día de Sadie Hawkins. Reproducido con el permiso de Carol Marie Zapata. ©2004 Carol
Marie Zapata.

El anillo. Reproducido con el permiso de Esther Bonilla Read. ©2003 Esther Bonilla Read.

Lecciones que me enseñó mi madre. Reproducido con el permiso de Martha Alicia
Oppenheimer. ©2004 Martha Alicia Oppenheimer.

Esperanza, tu nombre es Lina. Reproducido con el permiso de Elizabeth García. ©2004
Elizabeth García.

Mi Alma. Reproducido con el permiso de Heather J. Kirk. ©2001 Heather J. Kirk.

Sobre la enseñanza. Reproducido con el permiso de Salvador González Padilla. ©2004
Salvador González Padilla.

Del jaloneo la danza. Reproducido con el permiso de Juan Blea. ©2004 Juan Blea.

¿No soy mexicano? Reproducido con el permiso de Rubén Navarrete, Jr. ©2003 Rubén Navarrete, Jr.

Hambre. Reproducido con el permiso de Nilsa Evette Mariano. ©2004 Nilsa Evette Mariano.

Mi trasero (todos los lugares incorrectos). Reproducido con el permiso de Michele Cario. ©2003 Michele Cario.

Amador. Reproducido con el permiso de María Luisa Alaniz. ©2003 Maña Luisa Alaniz.

Policía por destino. Reproducido con el permiso de Rubén G. Navarrete, Sr. ©2002 Rubén Navarrete, Sr.

Mi abuela puertorriqueña. Reproducido con el permiso de Patricia L. Herlevi. ©1996 Patricia L. Herlevi.

Patricio Flores. Reproducido con el permiso de Mónica Moran González. ©2004 Mónica Moran González.

"Soy curandera". Reproducido con el permiso de Nancy Leigh Harless. © 2002 Nancy Leigh Harless.

Frente a frente con mi héroe de la infancia. Reproducido con el permiso de Carlos R. Bermúdez. © 1997 Carlos R. Bermúdez.

Flores de lavando. Reproducido con el permiso de Caroline C. Sánchez. ©2001 Caroline C. Sánchez.

Feliz Navidad Reproducido con el permiso de Adriana Rosales. ©2004 Adriana Rosales.

En mi altar. Reproducido con el permiso de Suzanne LaFetra. ©2002 Suzanne LaFetra.

La mariposa blanca. Reproducido con el permiso de Jennifer Ramon-Dover. ©2004 Jennifer Ramon-Dover.

La magia de mi abuela. Reproducido con el permiso de Michelle Sánchez-Capriotti. ©2000 Michele Sánchez-Capriotti.

Yo y Don Paco. Reproducido con el permiso de Marie Delgado Travis. ©2003 Marie Delgado Travis.

Oraciones, papas y un tornado. Reproducido con el permiso de Margarita B. Velez. ©1981 Margarita B. Velez.

Lafedeun ángel Reproducido con el permiso de Cristina Cay Comejo. ©2003 Cristina Cay Comejo.

Alimentar el alma. Reproducido con el permiso de Chela González. ©2004 Chela González.

Amaa L

Polici C

*Mi c
í*

Patri

"Soy

p_m

Fhm

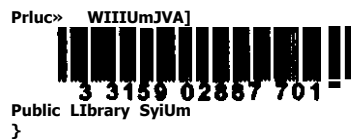
Feh

En

La

La

Printed in the United States by HCI Printing
Impreso en los Estados Unidos por HCI Printing



SP 248 Sop

Sopa de pollo para el alma latina :
una Ge'.6brsGión ds !s cernunld
latina /

0 2 09 5 Prince

Wm VA Pub Lib Sys (CE)

***Inspiradora, enternecedora
y humorística, esta colección
especial de relatos celebra la vida y
la comunidad latinas de todo el país.***

Ya sea que tengas tus raíces en México, Centroamérica, Sudamérica, el Caribe o la península Ibérica, las historias de este volumen te recordarán el orgullo, la esperanza y la alegría de formar parte de la comunidad hispana de los Estados Unidos. Este libro muestra las tradiciones narrativas de nuestra cultura:

- Una abuela comparte los recuerdos de su encuentro con Pancho Villa y su ejército en una cálida y polvorienta mañana de verano mientras recolectaba agua en la plaza del pueblo.
- Una tía explica su filosofía de la vida por medio de la metódica preparación de las enchiladas.
- Un joven aprende una importante lección sobre la vida mientras intenta hacer que su madre pronuncie el inglés con *corrección*.
- Una muchacha relata la lucha de su familia por sobrevivir a la Gran Depresión en el Harlem hispano.

Con narraciones que exploran la cultura e identidad y celebran a la familia, la espiritualidad, la vida bilingüe, el cruce de fronteras y la superación de los retos de la vida, cada capítulo se enfoca en la condición única de la experiencia y la tradición latinoamericana en Estados Unidos.

Jack Canfield y Mark Victor Hansen son los renombrados autores de la serie de libros *Sopa de pollo para el alma*, nombrada #1 por el New York Times y USA Today. Susan Sánchez-Casal es profesora de estudios latinos en Estados Unidos.

AGUILAR

\$ 14.99 US

